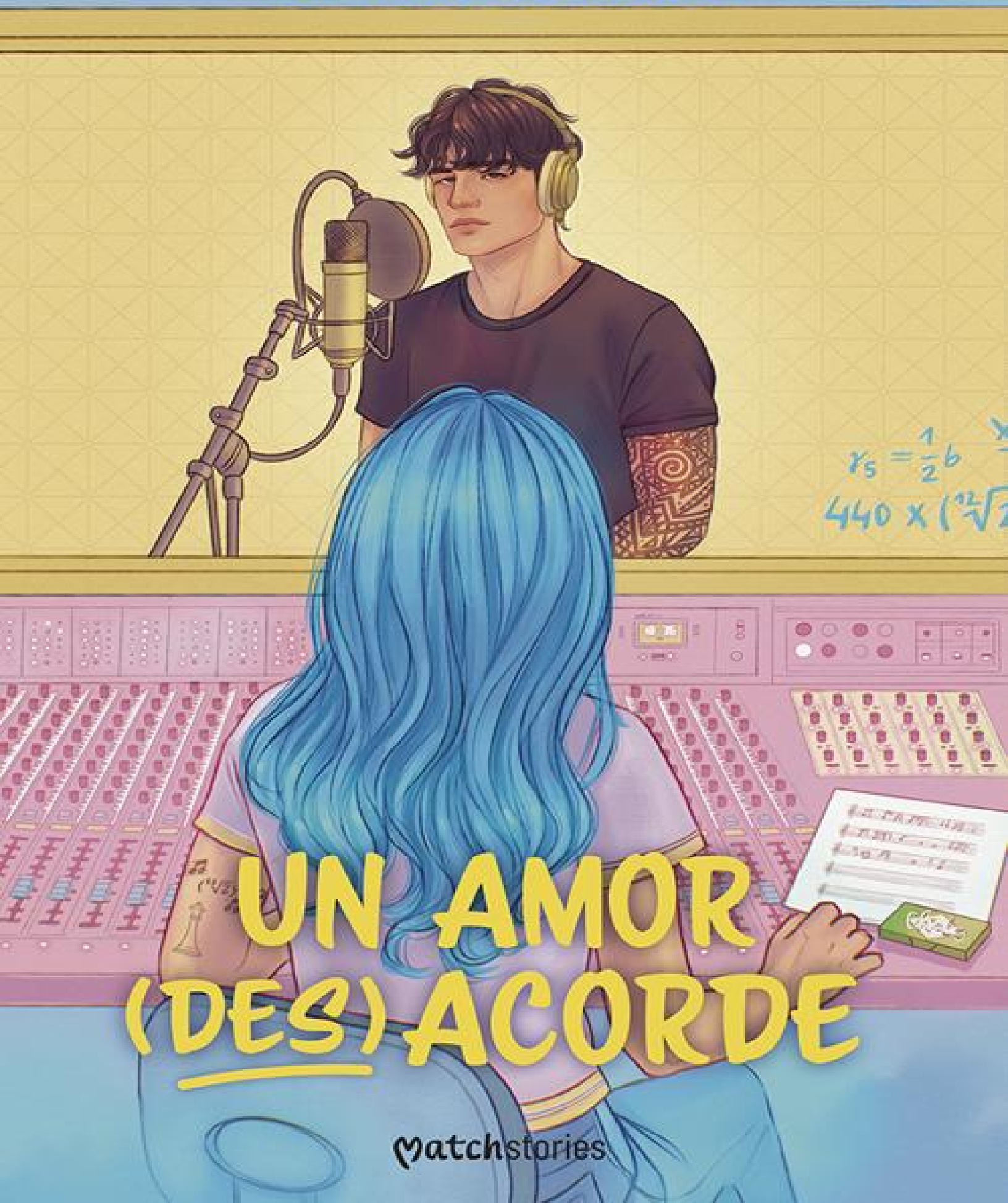
S. M. Alcaine



UN AMOR (DES)ACORDE

matchstories

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Lista de reproducción

Prólogo

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

Epílogo

Agradecimientos

Banda sonora

Biografía

Créditos

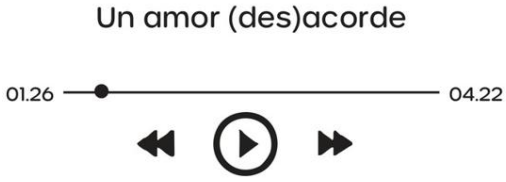
Un amor (des)acorde

S. M. Alcaine

matchstories

A todos los que no dejan que el mundo los encasille.
A mi padre, Jordi, por enseñarme a volar alto.
A mi madre, Eva, por enseñarme a pisar firme.

Lista de reproducción



Prólogo
«Vampire» – Olivia Rodrigo // «The Grudge» – Olivia Rodrigo

Capítulo 1
«Could Have Been Me» – The Struts

Capítulo 2
«Do Re Mi» – blackbear

Capítulo 3
«Vigilante Shit» – Taylor Swift //
«Who's Afraid of Little Old Me?» – Taylor Swift

Capítulo 4
«Look What You Made Me Do» – Taylor Swift //
«Paint the Town Red» – Doja Cat

Capítulo 5
«AVA» – Natalie Jane

Capítulo 6
«I Love You, I'm Sorry» – Gracie Abrams

Capítulo 7
«The Search» – NF // «Wrecked» – Imagine Dragons

Capítulo 8
«I Sent My Therapist to Therapy» – Alec Benjamin

Capítulo 9
«Fine» – Kyle Hume // «Numb Little Bug» – Em Beihold

Capítulo 10
«Good to Be» – Mark Ambor

Capítulo 11
«Different» – James TW // «Umbrella» – Rihanna y Jay-Z

Capítulo 12
«Strong» – One Direction

Capítulo 13
«I Got You» – Bebe Rexha // «Nonsense» – Sabrina Carpenter

Capítulo 14
«Guilty Conscience» – Tate McRae

Capítulo 15
«Daydream» – Lily Meola //

«Party in the U.S.A.» – Miley Cyrus

Capítulo 16

«Never Be the Same» – Camila Cabello //
«Shivers» – Ed Sheeran

Capítulo 17

«Baby» – Justin Bieber y Ludacris

Capítulo 18

«Jealous» – Nick Jonas // «Can I Be Him» – James Arthur

Capítulo 19

«Alone, Pt. II» – Alan Walker y Ava Max

Capítulo 20

«Carry You Home» – Alex Warren

Capítulo 21

«Vulnerable» – Selena Gomez // «Best Friend» – Conan Gray

Capítulo 22

«In the Stars» – Benson Boone // «Eyes Closed» – Ed Sheeran

Capítulo 23

«Lose Yourself» – Eminem // «Unstoppable» – Sia

Capítulo 24

«Lose Control» – Teddy Swims //
«Beautiful Things» – Benson Boone

Capítulo 25
«Be Kind» – Halsey y Marshmello

Capítulo 26
«Austin (Boots Stop Workin')» – Dasha

Capítulo 27
«Before You Leave Me» – Alex Warren //
«Making the Bed» – Olivia Rodrigo

Capítulo 28
«Old Phone» – Ed Sheeran //
«I Wish You Cheated» – Alexander Stewart

Capítulo 29
«Feel Like Shit» – Tate McRae // «SNAP» – Rosa Linn

Capítulo 30
«Burning Down» – Alex Warren

Capítulo 31
«I Miss You, I'm Sorry» – Gracie Abrams //
«Back to December» – Taylor Swift

Epílogo
«Still Into You» – Paramore // «Applause» – Lady Gaga

Escucha la *playlist* del libro en Spotify:



Prólogo



Aria

18 de julio de 2022

Owen, soy Aria Simmons.
Nos conocimos en el Ritz,
no sé si te acuerdas de mí.

Solo quería decirte que
me alegra mucho que te
gustase mi canción y
agradecerte de nuevo que
te ofrecieras a enseñársela a
los de tu discográfica. Es un
detallazo.

3 de agosto de 2022

Owen, aquí Aria Simmons otra vez. ¿Alguna noticia de tu discográfica? ¿Pudiste enseñarles la canción?

12 de agosto de 2022

DIOS MÍO. DIOS MÍO, DIOS MÍO.

¿TE HAS ENTERADO DE LO DE OWEN COX?

ARIAAAAAAAAAAA.

CONTÉSTAME!!!!!!!!!
ashfafjaklhgdjkaf

Addie, por Dios, ¿qué pasa?



Dicen que fue un accidente de coche. El hashtag

#TrailerCRASH ya es
trending topic.

...



CAPÍTULO 1

SHOOTING RECORDS,
Nueva York,
NUEVA YORK

Maverick

¿Alguna vez has querido algo con tanta intensidad que te queman las entrañas? ¿Con tanta intensidad que repasas de forma obsesiva —y claramente insana— todo el camino que has recorrido y te cuestionas cada una de las decisiones que has tomado, intentando discernir cuál era errónea y cuál te hubiera llevado a destino más rápido? ¿Con tanta intensidad que sueñas cuando estás despierto y estás despierto cuando deberías estar soñando? ¿Con tanta intensidad que nada de lo que haces es nunca suficiente y cada pequeño paso que logras dar se convierte en una minucia al lado de tu siguiente objetivo?

Yo sí. Y cumplí mi sueño con diecinueve años.

Tenía catorce cuando me di cuenta de que sabía cantar, de que cantaba bien. Algo cambió en mi voz cuando pasé la pubertad y empezamos a tocar en un almacén abandonado que había al lado de nuestro camping. No estábamos de vacaciones, no sé quién coño

pagaría por ir de vacaciones a Austin, en particular a esa zona de la ciudad; éramos vecinos de tráiler, él y yo. Vecinos de caravana, vecinos en clase y vecinos en el aula de castigo. Vecinos de aspiraciones y sueños. Vecinos de vida.

En el instituto no fueron abiertamente burlones —no tenían el valor—, pero ambos sabíamos que todos nuestros compañeros se reían a nuestras espaldas y que dudaban de nuestra capacidad de salir de ese tugurio de Texas, en especial siendo tan pobres. Su insulto favorito, «basura de tráiler», fue el origen de lo que, más tarde, decidimos que sería nuestra identidad musical. Nuestro primer público fueron los yonquis que se drogaban en el almacén donde empezamos a ensayar, y, después de componer nuestra primera canción, su madre, Etta, nos llevó cada viernes y cada sábado al norte de la ciudad conduciendo un coche destartalado de segunda mano para suplicar a los bares y pubs de la zona que nos dejaran actuar en su establecimiento, hasta que uno dijo que sí.

Fue entonces cuando entendí el verdadero significado de «trabajar duro», pues siempre había sido mediocre en los estudios, en gran parte, por mi falta de esfuerzo —y, seamos justos, mi falta de estabilidad familiar y emocional—, pero había algo en la música que hacía que me perdiese en otro mundo, en uno en el que era sencillamente feliz y en el que podía ser quien yo quisiera. Algo me agarró del pecho y nunca más me soltó en cuanto mi mejor amigo me enseñó a tocar los acordes de esa guitarra vieja y descolorida que había sido de su padre, y, desde ese momento, supe que, para bien o para mal, no tenía otra opción que dedicarme a esto durante el resto de mi vida, así que, sí: trabajamos duro. Yo sabía que tenía que ser así, porque siempre iba a haber alguien que lo querría con la misma intensidad e incluso más y siempre habría alguien que estaría dispuesto a hacer lo que hiciese falta. Tocamos en ese bar del mejor

barrio de Austin cada fin de semana a lo largo de más de un año, hasta que un ojeador de una discográfica de Nashville nos ofreció un contrato que, visto con la perspectiva de los años, en realidad no valía nada, pero que, al mismo tiempo, tenía un valor incalculable, pues era todo lo que siempre habíamos soñado.

Mis padres casi no pestañearon cuando les dije que me mudaba a otro estado para ser músico y no volví a saber de ellos hasta que oyeron mi nombre en la radio. Etta lo dejó todo atrás y me acogió en su caravana como a un hijo más, consolidando el sentimiento que notaba hasta en los huesos de que Owen Cox era más mi hermano que mi mejor amigo, y nos fuimos a vivir los tres a la capital de Tennessee, la ciudad de las oportunidades musicales.

Y oportunidades hubo. También mucha presión y mucho esfuerzo. La gente cree que escribes un *single*, este se convierte en un éxito y, después, todo cambia, pero nunca es así de rápido ni así de sencillo. Hubo muchos rechazos y desilusiones. Muchos cambios de dirección y mucho replantearse las cosas. Muchas estrategias de marketing, reuniones de prensa y muchísimos otros procesos que no tenían nada que ver con la música —y que, en lo personal, me sacaban de quicio—, pero seguimos creyendo en ella, y, solo un año después de llegar a Nashville, nuestro primer *single* fue número 56 en el Billboard Hot 100 durante cinco semanas. Tras eso vinieron los Grammy, los números uno en iTunes y Spotify tras la salida de nuestro primer álbum y los conciertos. La fama. La paranoia. Los fans. El agobio. Pero eso nunca me había importado. Cuando toqué por primera vez en ese pub en Cedar Park, me prometí que yo jamás sería uno de esos capullos que alcanzan la fama que tanto han estado persiguiendo y después se quejan; que la dan por sentada; que dan por sentados a los fans. Y que no paran de lloriquear por todo lo que la fama comporta. «Tú lo querías, así que ahora cierra el

pico». Y eso hice durante años. No me quejaba cuando los *paparazzi* invadían mi privacidad y no me quejaba cuando los fans se me lanzaban encima por la calle. No. Contraté a un guardaespaldas y seguí sonriendo y haciéndome fotos con ellos. Entablé una relación de confianza con la prensa; ofrecí entrevistas y exclusivas a los periodistas a cambio de respetarme a mí y mi espacio privado en la medida de lo posible. Y nunca perdí de vista el motivo de todo lo que hacía: las notas.

Me importan mis canciones. Me importan mis fans. Me importa mi trabajo. Y, sin embargo, ya nada importa como antes. Pese a que tengo muchas cosas, siento que lo he perdido todo, y me repatea que el hombre cincuentón y trajeado que tengo delante y que seguramente no ha tocado una cuerda o una tecla en su vida se crea con derecho a decidir sobre lo único que me queda: mi música..., como si fuera suya, como si le perteneciera. Lo peor es que tal vez así es, y lo odio.

Desvío la mirada hacia el enorme disco de oro que ocupa buena parte de la pared que hay detrás de él y la placa con nuestros nombres, y me fijo en esas letras hasta que se me nubla la vista. Siento una presión en el pecho que no consigo quitarme de encima desde hace un año, cinco meses y veinte días. Todo es lo mismo y, a la vez, todo es diferente. Pensé que el mundo se me venía encima cuando mi mejor amigo me confesó entre llantos que la adicción a las drogas se le estaba yendo de las manos, y me dio igual poner mi carrera en pausa en su punto más álgido mientras él ingresaba en un centro de rehabilitación. Pensé que lo echaba de menos durante esos meses en los que estuvo incomunicado, pero no sabía lo que era echar de menos a alguien hasta que recibí esa llamada. Inspiro para intentar aliviar el dolor torácico que empeora por momentos, pero salgo de mi estupor cuando noto un codazo en el costado por

parte de mi mánager, Richard King, CEO de King Management, que me lanza una mirada de advertencia.

Frunzo el ceño, aunque, en el fondo, le agradezco que me haya sacado sin querer de esa espiral de ansiedad en la que me meto cuando pienso en Owen, es decir, todo el tiempo. Richard parece irritado con mi actitud, y no puedo reprochárselo. Muchas cosas lo irritan, de un tiempo a esta parte. Como el hecho de que el cincuenta por ciento de su grupo más exitoso, los Trailer Trash, haya tenido la osadía de morir en un accidente de coche en plena cima de nuestra carrera musical; algo muy egoísta por parte de Owen, evidentemente. Si no fuera porque ha estado con nosotros desde el inicio, desde ese primer contrato penoso de Nashville que nos catapultó a la fama, le diría cuatro cosas sobre su insensibilidad en momentos así.

Él no entiende lo que es, cómo me siento; nadie lo hace. Todo el mundo parece entenderlo durante un tiempo efímero, los primeros meses, pero, al cabo de un periodo prudencial, el raro soy yo por seguir aferrándome a una tristeza que me paraliza.

Un silencio expectante me envuelve y me doy cuenta en ese instante de que me han hecho una pregunta que no he escuchado. Carraspeo antes de centrarme en la conversación por primera vez desde que he entrado en este despacho. Ted Brown, el director ejecutivo de mi discográfica, Shooting Records, mantiene su sonrisa fingida, aunque ese ceño levemente fruncido delata su molestia.

—Perdona, ¿decías? —pregunto, con toda la educación que logro reunir. Si hay alguien ahora mismo que tiene el poder de aplastar mi carrera musical es este hombre, me guste o no.

Su sonrisa acaba decayendo y suspira, mirándome como si fuera una gran decepción en lugar del artista más vendido con el que ha

firmado nunca. Me revuelvo en la incómoda silla de cuero en la que me tienen atrapado.

—Mav, amigo mío —empieza a hablar, y siento el impulso de pegarle un puñetazo en la rolliza mejilla—, te seré sincero: estamos preocupados. Sabes que desde Shooting Records te apoyamos por completo, pero tienes que darnos algo. Hace casi dos años que no sacas nada nuevo, no has escrito ni una sola canción y apenas das conciertos. ¡Es inaudito! Por suerte las ventas aún se mantienen gracias a lo de Owen... —Su voz pierde potencia cuando se da cuenta de lo que ha dicho, pero ya es demasiado tarde.

A mi lado, Richard cierra los ojos con pesar, perfectamente consciente de que estoy a un pelo de perder los nervios. Me agarro a los brazos de la butaca con tanta fuerza que mis dedos se marcan en el cuero.

—Me alegra que la muerte de mi mejor amigo haya sido conveniente para las ventas —gruño, y me obligo a cerrar el pico, porque diría unas cuantas cosas más, como que Owen era mucho más que un número o una gráfica de ganancias. Era una puta persona, la mejor que había conocido.

—Venga, Mav... Ya sabes que no es lo que quería decir. —Ted se seca la frente ligeramente con un pañuelo limpio y bordado con sus iniciales—. La muerte de Owen ha sido una pérdida devastadora para todos, pero tienes que seguir adelante. Necesitamos movimiento. Necesitamos que tú te muevas. Que vuelvas a ser el de antes. Tus fans te esperan. Han sufrido un golpe muy duro y que tú estés fuera de juego solo los pone más nerviosos. Tenemos que hacer que vean que Trailer Trash sigue al pie del cañón.

Cierro los puños y desvío la vista de nuevo hacia ese disco de oro que Owen y yo tanto habíamos deseado, el primero de muchos. La verdad es que si estoy parado es porque no sé hacia dónde tirar.

Owen siempre había sido mi brújula, mientras que la música había sido el barco que nos había llevado a destino, pero ahora estoy perdido en medio del océano, agarrado a un trozo de madera de deriva, y odio a Ted por mencionar lo único que podría hacer que empezase a nadar: mis fans.

—En realidad, Mav y yo hemos hablado de volver a ponernos en marcha —interviene Richard, con tanta confianza que hasta yo me lo creo. Lo observo con una ceja alzada. Rick me ignora—. Estamos preparando algo muy grande para su vuelta.

—¿El qué? —pregunta Ted, inclinándose hacia delante, interesado. La luz se refleja en sus pupilas y, durante un segundo, me parece ver el símbolo del dólar en ellas.

—Una gira —declara Richard. Yo lo miro con expresión de reproche, pero ninguno de los dos me hace ningún caso—. Será la gira más grande que hayamos hecho hasta ahora y durará meses, incluso puede que un año. Primero recorreremos Norteamérica y después haremos una parada en cada país del mundo. Será un *tour* internacional. Con un recopilatorio de todos sus álbumes.

—¿Ahora estamos copiando a Taylor Swift? —pregunto, con una sonrisa sarcástica, pero mi mánager solo me fulmina con la mirada.

—Taylor Swift no ha inventado las giras —me recuerda él, y después vuelve a girarse hacia Ted. Yo me contengo de recordarle que, hoy por hoy, cuando alguien piensa en «gira internacional» y en «todos los álbumes», lo primero que le viene a la cabeza es The Eras Tour, pero, claro, no quiero explotar la burbuja de felicidad y, técnicamente, tiene razón. En cualquier caso, si tengo que rebajarme a copiar las estrategias de otro compañero de la industria, me alegra que sean las de alguien a quien admiro tanto como a ella —. Será brutal. Haremos *shows* en casi cada estadio de los

cincuenta estados, y se llamará... —Su voz emocionada se apaga cuando su activa imaginación se niega a colaborar.

Lanzo una nueva ojeada hacia la placa dorada con nuestros nombres.

—Legacy Tour —termino yo por Rick, y él parece esperanzado—. Quiero que sea un homenaje a Owen. Quiero que su nombre aparezca en cada cartel publicitario y en cada entrada. Este *tour* será su legado.

—¡Eso mismo! —Mi mánager aplaude emocionado y Ted asiente, satisfecho.

No lo hago por ellos, que estén contentos es solo un plus.

—¿Y lo de la música? —pregunta Ted de repente, con el ceño fruncido, y la pequeña sonrisa que se había creado en mi rostro desaparece.

—¿Qué le pasa a mi música? —replico, tremendamente a la defensiva. Pocas cosas me tocan más la fibra que las críticas a las canciones a las que les he dado hasta el alma.

—¿Vas a crear algo nuevo? —pregunta, y Rick también me mira expectante.

—Un álbum no aparece de la nada —les digo. A veces tengo la sensación de que creen que cago las letras de mis canciones después de cada comida—. Y nunca he compuesto nada sin Owen.

—Pues tendrás que hacerlo —ordena Ted, y aprieto la mandíbula con fuerza—. Quiero un *single* inédito para el final de la gira. Lo cantarás en el último concierto de la gira americana como una de las canciones sorpresa. Un tema de tres minutos, no pido más. —Él puede creerse magnánimo, pero yo soy consciente de que están pidiendo mucho de alguien que hace solo unos meses apenas conseguía salir de la cama y para quien ducharse se había convertido en un lujo—. Necesitamos otro éxito como «Jaque mate».

—«Jaque mate» la compuso Owen —les recuerdo.

En realidad, el mago de las melodías era él, yo solo añadía las palabras y últimamente me había quedado sin ellas. La única canción que Owen había compuesto sin mi ayuda se había convertido en un *hit* mundial en cuestión de segundos y, pese a ese cariño indescriptible que había recibido, no había vuelto a tocarla en vivo desde que la canté por primera vez en el funeral de mi mejor amigo. Fue su mejor obra, pero nunca llegó a ver lo mucho que gustó, y eso me mata.

—Pues haz algo similar —me rebate el hombre con sequedad. Yo niego con la cabeza, pero me apoyo contra la butaca, abatido.

—Escucha, Maverick: sé que estás un poco desentrenado —interviene Richard—, pero no estamos diciendo que tengas que hacerlo solo. Hay muchísimos profesionales que estarían encantados de colaborar contigo. —Por primera vez la presión sobre mis hombros disminuye, y yo asiento, aliviado—. Hay una chica... Es muy buena. Ha trabajado con artistas de gran calibre. Tal vez deberías... —Su tono culpable hace que entrecierre los ojos.

—¿Qué chica?

—Mav... —continúa mi mánager, pero yo le leo la mente.

—¿No estarás hablando de la Loca? —le pregunto, rezando para que no vuelva a cabrearme justo cuando me acabo de calmar.

—¿La Loca? —pregunta Ted, del todo confundido, pero, por una vez, Rick no le hace caso.

—Sí, Mav, pero...

—¡No! —exclamo, saltando de la silla—. No voy a trabajar con ella. Me da igual lo buena que sea.

—Mav... —insiste Richard, pero yo me limito a lanzarle una mirada asesina y me cruzo de brazos.

Él traga saliva y se inclina ligeramente hacia atrás, intimidado por mis brazos musculosos y tatuados.

—¿Alguien me puede contar qué está pasando? —pregunta Ted, rojo de rabia y en pleno berrinche infantil por no ser el centro de la conversación.

Mi representante suspira.

—Hay una chica, una compositora, que vino un par de veces al estudio afirmando que... No es importante —farfulla Richard—. Es algo absurdo.

—Afirmaba que Owen y yo le habíamos robado una canción —suelto, cabreado.

El recuerdo hace que me hierva la sangre. Nunca llegué a verla ni la conocí en persona, y, sinceramente, me alegro, porque no sé qué habría hecho si hubiese tenido a esa mentirosa compulsiva delante. Intentar adueñarse de la propiedad intelectual de alguien que acaba de morir es lo más bajo que se puede caer, pero yo no necesitaba pruebas para saber que solo buscaba llamar la atención; Owen nunca habría hecho algo así. Jamás.

—¿Será un problema? —pregunta Ted, con la mano encima del teléfono, casi a punto de llamar a un abogado.

—No —declaro yo—, Rick ya se encargó de dejarle claras las cosas en su momento, y no ha vuelto a contactar con nosotros desde entonces. —Me giro hacia mi mánager—. Por eso creo que sería un error volver a meterla en nuestras vidas. Da igual lo buena compositora que sea. Como bien has dicho, hay muchísimos músicos que estarían encantados de colaborar conmigo.

—Mav, me gusta tan poco como a ti, puede que incluso menos —replica él, y puedo ver en sus ojos que dice la verdad—, pero antes de todo este desastre era una de las colaboradoras principales de artistas como The Weeknd, Ava Max o Miley Cyrus.

—¿Qué tiene de especial? —«Aparte de estar como una cabra, claro».

—No es solo una artista, es una *music technologist* —contesta Rick, y yo lo miro como si me hablara chino.

—¿Una qué? —pregunto.

—*Music technologist* —repite Richard—. Es alguien que trabaja con la música desde un punto de vista tecnológico y científico. Utilizan la ciencia y las nuevas tecnologías para hacer música con ellas. Mira, no me hagas explicarlo porque no tengo idea de en qué consiste exactamente, pero no hay muchos en el mundo, es algo bastante innovador, y creo que sería beneficioso que trabajaras con ella.

Paso de explicarle que lo de mezclar la música con la ciencia suena a catástrofe, porque sé que, cuando se le mete algo entre ceja y ceja, no hay quien lo pare.

—Sería un insulto a la memoria de Owen —gruño, frustrado.

—Owen lo entendería —me rebate Rick—. Ted tiene razón, tienes que volver al mundo del espectáculo. Tus fans te esperan y tu carrera no puede seguir en pausa para siempre. Y esta chica estará loca o buscará atención o quién sabe qué, pero sabe componer. No nos vendría mal darle un toque fresco a tu música. Créeme, es lo mejor que puedes hacer.

—Joder —me quejo, y me froto los ojos con las yemas de los dedos.

—¿Cómo se llama la chica? —pregunta Ted.

—Aria Simmons —responde Richard.

Los oigo teclear en el ordenador, pero intento ignorarlos con todas mis fuerzas.

—Trabaja como profesora adjunta de Física en el MIT. Tiene que ser todo un cerebrito... —murmura Ted con aire pensativo. El MIT es

una de las universidades más prestigiosas del mundo en cuestiones de tecnología y ciencia, y odio la punzada de admiración que siento al pensar en lo lista que tiene que ser esta mujer para poder enseñar en ella—. Me gusta. Id a buscarla. Quiero que este *single* sea lo mejor que has escrito en años, Mav. Lo digo en serio. Necesito números.

Suspiro y me resigno a la idea. La cara de mi mejor amigo flota sonriente ante mis ojos y yo le pido perdón mentalmente, porque tendré que trabajar con la desequilibrada que intentó sabotearlo cuando ya no podía defenderse. Y a esa tía más le vale ayudarme a escribir el mejor *hit* del verano, porque, si no, me va a pagar muy caro lo que hizo. Muy pero que muy caro.



CAPÍTULO 2

MIT (MASSACHUSETTS INSTITUTE OF TECHNOLOGY),
Cambridge,
MASSACHUSETTS

Maverick

El sonido incesante y monótono de las hélices del helicóptero cortando el aire me mantiene en trance durante casi todo el viaje, pero vuelvo a la realidad cuando oigo la voz del piloto avisando de nuestro aterrizaje. El viento me despeina al abrir la puerta corredera y bajo de un salto del enorme vehículo de metal. Cruzo la azotea del hospital en la que hemos aterrizado y hago caso omiso de la expresión de recelo de un doctor con bata blanca cuando entro en el ascensor. Veo en sus ojos que me juzga y que piensa que me creo el rey del mundo por usar su lugar de trabajo de este modo, pero, por una vez, no lo puedo culpar. Quizá usar mi dinero para conseguir una parada rápida en el helipuerto del hospital más cercano a mi destino es demasiado para algunos, pero la idea de tener que subirme a esa trampa mortal que llaman «coche» hace que un escalofrío me recorra la columna. Me pongo las gafas de sol y camino hacia la salida principal del hospital general de

Massachusetts, ignorando las miradas de curiosidad que me dedican algunas enfermeras, quienes debaten entre susurros poco disimulados si soy o no soy el famoso cantante al que tanto me parezco.

La constante presencia de Roy Wilson, mi enorme guardaespaldas, me reconforta y calma los nervios que los furtivos vistazos de los transeúntes me generan en cuanto piso la acera de la entrada. Por suerte, mi visita, breve, a Massachusetts no es conocida por la prensa, por lo que nadie espera toparse conmigo en la calle y no se fijan tanto en mí. Aun así, me reajusto las gafas de sol sobre el puente de la nariz y me bajo un poco más la visera de la gorra. Roy se fija en mi postura tensa y posa su mano, pesada, sobre mi hombro con gesto preocupado, sin dejar de escanear nuestros alrededores.

—Puedo llamar a alguien para que nos venga a buscar —dice, aunque sabe perfectamente que contestaré que no, así que ni siquiera le respondo y sigo caminando. Él suspira—. Cabezota — acaba susurrando con su voz grave, y se mantiene pocos pasos por detrás de mí como una sombra. Aunque sus palabras pretendían sonar a crítica, el tono suave que usa lo delata.

Los treinta minutos de paseo hacia el sitio se me hacen eternos y mi cuerpo se tensa como la cuerda de una guitarra cada vez que alguien saca el móvil del bolsillo o nos mira más de la cuenta. Sé que no me reconocen y que solo les llama la atención la talla de mi escolta y el hecho de que vaya tan pegado a mí, pero, aun así, los nervios no me sueltan hasta que estamos delante del enorme edificio de piedra del MIT. Odio que mi cuerpo reaccione de forma tan visceral a las miradas, sobre todo porque nunca había sido dado a ese tipo de respuesta, pero ignoro la sensación de alarma que me

recorre cuando los alumnos de la universidad se giran hacia mí y mantengo mi postura relajada y una expresión neutra en el rostro.

Le pido a Roy que se espere al final del pasillo para no llamar tanto la atención y me paro delante del aula en la que dará clase la innombrable. Me apoyo contra la pared, viendo cómo los alumnos entran y toman asiento sin dejar de lanzarme miradas de curiosidad y cuchichear. Ella aún no ha llegado y ojeo irritado el Patek Philippe que me rodea la muñeca izquierda. Suelto un bufido, impaciente, y decido ir a sentarme en una de las sillas de plástico que hay a uno de los lados del pasillo. Solo he dado un par de pasos hacia allí cuando me fijo en la chica que está sentada en una de esas incómodas sillas. Está encorvada sobre una libreta, concentrada, y mueve ligeramente la cabeza al ritmo de la música que escucha por unos auriculares blancos inalámbricos, ignorando el mundo a su alrededor. Lo primero que capta mi atención, como es lógico, es su pelo, que cae en suaves ondas de un color verde menta no muy intenso, casi como si estuviese desgastado, pero hay algo más de ella aparte de su rasgo más evidente que me provoca curiosidad. Tal vez sea la forma en la que ni siquiera levanta la cabeza cuando me siento a su lado o el hecho de que parezca estar absorta en su universo. Tal vez sea la manera en la que muerde la punta del bolígrafo que hace que me remueva en mi asiento. Tal vez sea la camiseta de Metallica sin mangas que viste y que de manera instintiva sé que no lleva solo porque esté de moda. O tal vez sea la manga de tatuajes coloridos que se extiende por su brazo izquierdo mientras escribe y que, de algún modo, la hace más real.

No sé qué es, pero no puedo dejar de contemplarla. Tiene el teléfono desbloqueado encima del muslo y estiro el cuello para averiguar qué está escuchando y veo que tiene seleccionada una *playlist* de Spotify con canciones actuales que se reproducen en

modo aleatorio. Mi corazón pega un bote de emoción cuando la canción termina y la siguiente que se reproduce es una de las mías, una del penúltimo álbum que sacamos y que tuvo muchísimo éxito, pero esa extraña sensación de orgullo se apaga como una vela al viento en cuanto veo el ceño fruncido de la chica y la rapidez con la que desliza el dedo por la pantalla para pasar de tema, como si no soportara que estuviera en reproducción ni un solo segundo más.

—¿No te gustan los Trailer Trash? —pregunto, incapaz de contener mi decepción.

La cabeza de la chica se gira hacia mí con rapidez, casi con sorpresa, al notar mi presencia y se quita uno de los auriculares.

—¿Perdona?

Quiero repetirle la pregunta, pero, de repente, no recuerdo lo que iba a decir. Si su pelo llama la atención, no es nada en comparación con lo que impactan sus rasgos delicados. Sus ojos son entre verdes y color miel dependiendo de la luz, tiene unos pómulos altos, y también una adorable y pequeña nariz respingona que me roba el aliento durante un par de segundos. Pestañeo tras las gafas de sol, que no me he quitado por miedo a que me reconozcan, y, por un momento, siento el impulso de quitármelas para poder observarla bien, seguro de que he leído mal el color de sus ojos.

—¿No te gustan los Trailer Trash? —repito, finalmente, cuando consigo recobrar el habla.

—¿Nos conocemos? —plantea ella, ignorando mi pregunta inicial y cerrando la libreta en la que estaba trabajando—. ¿Estudias aquí?

—He venido a asistir a la clase de la profesora Simmons, como oyente. —No sé por qué no le digo la verdad, que no soy estudiante, y, en vez de eso, dejo que piense que sí que lo soy. Frunzo el ceño solo de tener que pronunciar ese nombre, que sabe a ceniza en mi boca.

La chica parece captar mi expresión de desagrado, porque me contesta con un brillo de curiosidad y confusión.

—¿No te gusta la profesora Simmons? —indaga, devolviéndome la pregunta de antes—. ¿Te puso malas notas en el pasado?

Me debato sobre si soltar que la odio o bien fingir interés. Me decido por la verdad.

—No la conozco —respondo—, pero he oído que es buena en lo suyo.

—Eso dicen —responde ella. Nos quedamos en silencio y sé que debería ir entrando en el aula, porque es probable que la profesora en cuestión ya esté dentro, pero, por algún motivo, soy incapaz de levantarme de esta silla y no volver a ver a la misteriosa chica del pelo verde. Me quedo donde estoy—. Yo también voy a esa clase.

—¿Te gusta la física? —pregunto, impresionado.

Ella se queda muy quieta, como si no supiera cómo tomarse mi comentario.

—¿Por qué? ¿No tengo cara de lista?

Bajo la vista hacia su camiseta de Metallica, pero la subo al darme cuenta de que le estoy mirando el pecho.

—Pensé que te iba más la música —contesto al oír que se ha puesto a la defensiva. No quería ofenderla, pero parece que es justo lo que he hecho.

Su ceño vuelve a fruncirse y se yergue de forma sutil.

—Pueden gustarte ambas cosas —me rebate, irritada, y tengo la sensación de que es una discusión que tiene muy a menudo, por el tono crispado de su voz—. La música y la ciencia no son tan opuestas. La música es un conjunto de frecuencias, cadencias y ritmos. Hay matemáticas en ella.

—Eso es lo que no paro de oír últimamente, pero no sé si estoy de acuerdo.

No sé por qué le llevo la contraria, pero ver cómo se frunce su pequeña nariz me hace sonreír por primera vez en meses.

—Tal vez la profesora Simmons te haga cambiar de opinión —dice mientras se levanta, y yo hago lo mismo, casi hipnotizado.

Sus vaqueros están raídos y no sé si los compró así o es por el uso, pero, en cualquier caso, le hacen un culo increíble mientras camina hacia la puerta del aula. No es alta y delgada como las chicas de las que suelen rodearme en la industria de la música, pero, en su caso, eso es casi una bendición; es bajita y de curvas pronunciadas, y sé sin probarla que debe pegar más fuerte que un chupito de absenta. Cuando está cruzando el umbral, me doy cuenta de que esa será la última interacción que tendré con ella y mi cuerpo se rebela ante ese pensamiento. Antes de que me dé cuenta, la estoy cogiendo del codo y su expresión es de asombro.

—Espera —le pido. Sé que sueno demasiado desesperado para ser un cantante famoso, pero no quiero que la conversación se termine —, no me has dicho cómo te llamas.

La suelto y la mano me cosquillea donde ha tocado su piel suave, así que la cierro en un puño. Ella solo sonríe con picardía y se aleja un par de pasos sin dejar de mirarme. Yo contemplo sus hoyuelos casi hechizado, sin entender lo que está ocurriendo hasta que se gira y sigue caminando hacia la tarima.

—Buenos días, alumnos —saluda, con voz alta y clara, y la vista clavada todavía en mí.

—Buenos días, profesora Simmons —responden algunos a coro, y yo me quedo plantado al lado de la puerta, como un auténtico idiota. Congelado.

Tardo un par de segundos en darme cuenta de que tengo la mandíbula en el suelo y cierro la boca, irritado conmigo mismo. Y con ella. De repente toda la conversación que acabamos de tener

cobra un nuevo significado y me siento gilipollas por no haberlo pillado antes. ¿Quién se cree que es?

—Hoy tenemos un oyente especial en nuestra clase —comenta concentrada en mí, y más de sesenta pares de ojos se giran para mirarme, lo que no hace más que aumentar mi irritación y vergüenza—. Hacedle un sitio en primera fila, chicos. Parece que tiene mucho que aprender.

Los alumnos se desplazan hacia la izquierda, observándome con curiosidad, y me dejan un par de asientos libres en la primera fila. Yo me dirijo hasta allí a grandes zancadas y me siento, ignorando el bochorno que me invade por no haber captado con quién estaba hablando. Intento parecer relajado y sonrío con arrogancia cuando sus ojos vuelven a posarse sobre mí, aunque en realidad estoy incómodo y desearía haber buscado fotos de ella antes de venir. Tendría que haberlo hecho, pero no esperaba que fuera tan joven, o tan guapa, o tan... ella. «Irritante», me corrijo. Aria Simmons me lanza otra sonrisa divertida antes de empezar a impartir su curso sobre física aplicada a la música y yo me cruzo de brazos, obligado a escuchar hora y media de cosas que no entiendo y que me niego a entender.

La peliverde habla con la soltura de alguien que no tiene miedo a los escenarios y nadie la interrumpe ni se burla de ella en ningún momento; de hecho, solo se oye su voz, y las únicas miradas de interés que veo no van dirigidas a mí. Aria habla de cadencias, de notas y ritmos y cosas que conozco, pero luego lo mezcla con otros conceptos, como números, ecuaciones o fórmulas matemáticas, que me suenan completamente a jeroglífico egipcio y me pierdo, lo que solo me recuerda que a duras penas terminé el instituto antes de dejar los estudios para dedicarme a la música. Pese a que millones de personas matarían por ser yo, tengo que luchar contra la

quemazón que siento en el pecho y la pequeña voz que insulta mi inteligencia al ver a chavales de veintipocos años asintiendo ante las larguísimas operaciones matemáticas de la pizarra, como si tuvieran todo el sentido del mundo y no fuesen simples garabatos.

Cuando la clase finaliza, siento un alivio inmenso al poder largarme de aquí, pero me recuerdo el porqué de mi visita y me obligo a mantener el culo pegado al asiento mientras observo cómo los alumnos van abandonando poco a poco el aula, animados. Mis ojos no se desvían de la chica de nariz menuda a la que, definitivamente, no le estoy mirando el culo mientras recoge con parsimonia sus cosas de la mesa y las mete en una bolsa de cuero. Frunzo el ceño, de nuevo irritado conmigo mismo y con toda la situación. No quiero trabajar con ella, y menos después de lo que acaba de suceder, y quiero convencerme de que no tiene nada que no tengan los otros millones de compositores que matarían por trabajar conmigo, pero, después de esta clase magistral —porque no se le puede llamar otra cosa—, no me queda otra que admitir que puede que sea más lista que algunos —sin duda más lista que yo— y que, si existe la más mínima posibilidad de que esa audacia me ayude a componer algo especial, no puedo echarlo todo por la borda. No si mi carrera entera está en juego.

Aria Simmons se apoya contra la mesa que hay encima de la tarima y me observa en silencio. Yo no digo nada durante un buen rato y copio su actitud desde mi silla. Aunque estoy más bajo que ella, no dejo que tenga una posición de poder sobre mí.

—¿Qué te ha parecido la clase? —inquiere finalmente.

—Aburrida —suelto, pero ella solo sonríe, para nada acomplejada.

—¿Sigues pensando que la ciencia y la música no tienen nada que ver? —pregunta sin perder la sonrisa, y algo en esa confianza me irrita más que nunca.

La necesidad de desestabilizarla tanto como lo ha hecho ella desde que nos hemos conocido me carcome.

—¿Qué tienes en contra de los Trailer Trash? —pregunto yo, ignorando por completo la suya.

La sorpresa cruza su rostro, pero desaparece tan rápido que casi creo haberlo imaginado... si no fuera por la forma en la que sus hombros se han tensado de golpe, claro.

—Nada —responde encogiéndose de hombros. Su sonrisa parece falsa por primera vez y la manera en la que finge desinterés me indica que nada de lo que está diciendo le resulta indiferente—. Es un buen grupo de música.

—Entonces, ¿te gustan sus canciones? —insisto.

—Sus canciones están bien.

Su tono neutro me irrita y bufo.

—¿Solo bien? —pregunto—. Deberían encantarte. ¿No vas diciendo por ahí que las has compuesto tú?

Su cuerpo se tensa de golpe y su posición relajada desaparece.

—¿Quién eres? —plantea, de pronto completamente en alerta, y no me parece la reacción que tendría alguien inocente, sino alguien que sabe que la han pillado.

De repente estoy cansado de tanto tonteo y tanto teatro. De repente soy consciente de que llevo casi dos horas aquí y me parecen dos horas más de las que querría haber malgastado en un sitio así. Quiero hacer lo que he venido a hacer y largarme de una vez. Bufo, exasperado, y me quito las gafas de sol y la gorra. Veo el exacto segundo en el que esa mentirosa se da cuenta de con quién está hablando, pero me desestabiliza un poco lo que detecto en sus ojos. Esperaba vergüenza o bochorno, culpa o incluso remordimiento, pero no esperaba ver pasar su cara de la diversión al asco o sus ojos brillar con furia contenida.

—¿Qué haces aquí, Maverick Sutton? —exige saber, sin amedrentarse una pizca al tener a alguien de mi calibre delante.

No esperaba que lo hiciera, no parece ese tipo de persona.

—Vengo a darte la oportunidad de tu carrera —empiezo a decir—. La oportunidad de tu vida.

—Paso.

Su tono es definitivo y una punzada de rabia me atraviesa. ¿Cómo se atreve a actuar como si fuera yo el leproso de esta habitación cuando debería estar besándome los pies por el mero hecho de considerarla para lo que estoy a punto de proponerle? Es ella quien mancilla el nombre de mi mejor amigo con rumores absurdos e insultantes.

—¿No vas a escuchar mi propuesta siquiera? —inquiero, parcialmente asombrado. No pillo su juego ni su actitud.

—He dicho que paso —repite ella, y se cuelga el bolso del hombro sin mirarme, pero yo no me he tragado hora y media en Guantánamo para que ahora se vaya sin escucharme. Me planto delante de ella impidiéndole la salida.

—La discográfica quiere que componga una canción nueva para mi gira —suelto de sopetón—. Te estoy dando la oportunidad de componer para mí, para los Trailer Trash. Así, por lo menos, cuando digas que has compuesto uno de nuestros temas, será cierto.

Su cara está roja y abre la boca para decirme algo, pero la cierra de golpe. No por indecisión, sino porque no tiene claro si debe o no decir lo que está pensando. De nuevo, esa reacción me sorprende tanto que la dejo pasar cuando me pega un empujón con el hombro.

—Paso —repite, cabreada.

Camina hacia la puerta y yo me giro para mirarla, desconcertado.

—¿Prefieres dar clases a adolescentes a componer para mí? —pregunto, incapaz de creerlo—. ¿No echas de menos la industria de

la música?

Aria ya está casi en la puerta cuando se detiene en seco y se vuelve para mirarme con un odio ardiente que me hace retroceder un paso inconscientemente pese a que le saco varias cabezas.

—Dar clases es mi trabajo —me rebate ella con rabia—. ¿Y por qué iba a echar de menos la industria de la música? ¿Qué ha hecho la industria por mí? La última vez que compuse una canción, tu amigo me la robó. Así que no, no pienso trabajar para ti. ¿Por qué no buscáis a otra chiquilla inexperta que os mande su última maqueta? Siempre podéis cambiarle un par de acordes y venderla como vuestra. ¡Eso se os da de lujo!

El corazón me late a mil por hora y cierro la mandíbula con fuerza para controlarme. Siempre he sido impulsivo y de mal temperamento, pero nunca había estado tan tentado de dirigir mi furia contra alguien que apenas me llega a la clavícula.

—¿Sabes qué? Olvida lo que he dicho —mascullo entre dientes—. Estás como para que te encierren... No sé cómo se le ocurrió a Rick que esto podría funcionar, pero, por mí, como si me echan de la discográfica. ¡No hay forma humana de que componga contigo, tarada! Y borra el nombre de Owen de tu memoria. Él era una persona decente y sincera, no como tú.

—Es evidente que no conocías a Owen Cox tan bien como crees —insiste, y mis cejas se alzan con gesto amenazante; aunque nunca, bajo ningún concepto, le pondría la mano encima a una mujer, eso no significa que no pueda caerle una denuncia por difamación—. ¿Y sabes qué? No te preocupes. Borraré ese nombre de mi memoria. Ya está olvidado, y el tuyo también. No pensaba trabajar contigo, de todos modos. Sois todos iguales. ¡La industria de la música da asco! ¡¡¡Y para que conste, «Jaque mate» no está pensada para ser cantada en versión acústica!!!

Con ese último grito abandona el aula dando un portazo y yo me quedo con la boca abierta, observando el espacio vacío que ha dejado la Loca e intentando ignorar el nudo que me aprieta el estómago y la desagradable sensación de haber cometido un terrible error.



CAPÍTULO 3

MIT (MASSACHUSETTS INSTITUTE OF TECHNOLOGY),
Cambridge,
MASSACHUSETTS

Aria

El corazón me late tan rápido que parece querer salírseme del pecho. La rabia me carcome y la sangre me hierve a tal temperatura que no me extrañaría que me empezaran a salir erupciones en la piel, una sensación a la que estoy bastante más acostumbrada de lo que me gustaría. El aire sale a borbotones de mis pulmones y tengo tantas ganas de escapar de este edificio claustrofóbico y tomar una bocanada de aire fresco que casi ni registro al alumno que se tropieza con sus propios pies para esquivar mi embestida. Por una vez, me da igual que piense que soy una pirada o que se me ha ido la pinza; solo quiero salir del edificio y alejarme de «él».

Camino a paso rápido —casi de marcha— por el parking de la universidad hasta llegar a mi coche y desbloquear la puerta con las llaves, que tintinean entre mis dedos temblorosos. Me instalo en el asiento del conductor y respiro hondo por la nariz mientras sostengo el volante con las manos agarrotadas, o, más bien, el volante me

sostiene a mí. Me quedo así un buen rato hasta que el sonido de una llamada entrante en mi móvil me saca ligeramente de mi estupor, pero cuelgo sin mirar siquiera quién es. No me extrañaría que fuera el... el... «descarado» al que he dejado boquiabierto en el aula 13 del bloque B, o incluso alguien de su equipo. Alguien como Maverick Sutton tiene los medios para encontrar mi número privado y no se conforma nunca con un «no».

Pero yo no he dicho exactamente «no», ¿verdad? Más bien he respondido con un rotundo «ni harta de vino, aunque eso me hiciera millonaria, aunque fuera el último grupo de música de la tierra, aunque fuera mi última oportunidad de trabajar en el mundo de la música, aunque me lo pidiera de rodillas». ¿Y qué se esperaba que pasase? ¿Que saltara a sus brazos y llorara de alegría por la oportunidad de trabajar con el grupo que había destrozado mi carrera, mis sueños y mis ilusiones de un plumazo?

Se me acelera la respiración y de repente me veo transportada a hace un par de años, a ese lujoso ático del Ritz, ojos abiertos como platos mientras admiraba la cantidad de famosos que me rodeaban y sintiéndome la persona más especial del planeta. Poco sabía que esa noche yo sería, en efecto, una persona bien especial. Especialmente imbécil, en concreto. En ese momento mi carrera como *computer musician* y compositora estaba en auge y yo me sentía en las nubes, pero ese sentimiento duró poco. Rápido me bajaron de una hostia para que volviera a tener los pies en la tierra, no fuera a ser que empezara a creer que mi sueño de vivir de la música y la ciencia podía llegar a cumplirse con tanta facilidad.

Hoy por hoy, cuando pienso en lo inocente, idiota y confiada que era y lo fácil que se lo puse a ellos para aprovecharse de mí, todavía se me llenan los ojos de lágrimas y eso hace que me sienta aún más estúpida de lo que ya me siento de por sí, por complicado que

parezca. Cabe decir que no fue todo culpa mía. Es evidente que tuve gran parte de la culpa por dejarme embaucar con esa increíble facilidad, y, sin embargo, la otra mitad de la culpa la tuvo un chico rubio de sonrisa cálida y ojos azules y humildes que en realidad era de todo menos cálido. Owen Cox era un lobo con piel de cordero, y yo, la Caperucita que creyó a ese maldito desconocido con el que se cruzó de camino a casa de la abuela. Pero nunca más. Ya he aprendido la lección y, por culpa de ese lobo, me he convertido en un ser desconfiado —he dejado de creer en los otros y también en mí misma— y ahora prefiero ser la cazadora en lugar de la presa. Lo que no esperaba esta Caperucita convertida en cazadora despiadada es que otro lobo de la misma manada volviera a aparecer años después para pedir su ayuda. Y el increíblemente descarado lobo de pelaje negro y ojos chocolate no solo se ha plantado en su territorio sin siquiera disculparse por haberla desgarrado de pies a cabeza y habérsela comido con huesos y todo, sino que, además, ha actuado como si le estuviera haciendo un favor, como si fuera ella la que tuviera que inclinarse y agachar la cabeza. Ni. De. Puta. Coña.

Había imaginado un millón de veces lo que le diría a Maverick Sutton si pudiera hablar con él, pero, cuando lo he visto sentado en esa silla de madera raída, se me ha olvidado hasta mi nombre. El suave cosquilleo de atracción que he sentido durante nuestra conversación en el pasillo ha padecido una muerte rápida y el ácido se ha aposentado en mi estómago, como siempre que pienso en lo que ocurrió o que una canción de los Trailer Trash suena cerca de mí. No puedo negar que, en persona, Maverick es todavía más impactante que a través del filtro de una pantalla, y eso ya es decir mucho, porque Sutton es alguien extremadamente fotogénico. No es ningún secreto que el dúo de amigos eran los hombres más codiciados del planeta. Owen Cox tenía ese aire de buen chico

aunque algo picarón, mientras que Maverick Sutton era todo lo contrario. Donde su amigo era rubio, él tenía el pelo oscuro, y donde el rubio estaba siempre sonriendo y de buen humor, Maverick era una sombra de misterio y peligrosidad acompañada de una máscara permanente de indiferencia o una sonrisa seductora que volvía locos a los «Suttoners», como se denomina a los fans del cantante. A los seguidores de los Trailer Trash les costaba decidir cuál de los dos chicos era más atractivo, si el gracioso golden retriever o el esquivo gato negro de mirada intensa, pero ambos habían sido un imán cuyo atractivo había revolucionado el mundo del espectáculo y causado furor en la industria de la música: eran la *boy band* definitiva. Por lo menos hasta que Owen falleció en ese accidente de tráfico. Pese al intenso odio que puedo sentir por momentos contra él por lo que me hizo, una punzada de pena siempre me atraviesa cuando recuerdo su rostro sonriéndome en esa fiesta privada en la que lo conocí. Habría querido que reconociera lo que había hecho, pero nunca le hubiera deseado ningún mal. Tampoco le he mentido a Maverick cuando le he dicho que pensaba que su música me parecía buena, porque lo es. Lástima que no pueda confiar en que sea de ellos y que no se la hayan robado a otro desgraciado como yo.

Cuando otra llamada vuelve a sacarme de mi vorágine de pensamientos, me doy cuenta de que estoy agarrando el volante con tanta fuerza que mis uñas se clavan en el cuero. Con un suspiro —y casi con miedo, aunque no lo admitiría nunca en voz alta— me saco el móvil del bolsillo, esperando ver una llamada de un número desconocido, pero un bufido de alivio se me escapa cuando veo que solo es mi hermana. Mi dedo revolotea encima del botón de colgar, porque no estoy en condiciones de charlar con nadie, pero un instinto imperativo de hermana mayor me obliga a hacer lo opuesto en contra de mi voluntad; por desgracia, no puedo hacer nada

contra mi necesidad biológica de ser responsable de ella y estar ahí siempre que me necesita.

—Dime, Addie —respondo, sin saludar. No tiene sentido perderse en la etiqueta con mi hermana, quien me llama cada cinco minutos por una cosa u otra.

—Una duda muy rápida —contesta con un tono falsamente tranquilo, lo que no me da demasiada confianza—: ¿tener una fuga en el fregadero es grave?

Me pellizco el puente de la nariz para no soltar ningún sonido que pueda ofender al peligro mortal que es Adele Simmons recién independizada. Cualquier otro día tendría que hacer un esfuerzo para no reírme, pero, por una vez, no tengo ni fuerzas para burlarme de su increíble capacidad para atraer problemas, algo con lo que lleva lidiando desde que salió del vientre de nuestra madre.

—Déjame verlo —respondo con más paciencia de la que creía que me quedaba para el día de mierda que estoy viviendo. Mi hermana activa la cámara y veo su barbilla durante un segundo hasta que apunta bajo el fregadero, que, efectivamente, está perdiendo agua a una velocidad tan alarmante que no me extrañaría que los vecinos del piso de abajo aparecieran en bañador y sombrillas para pasar el día cerca de ese gran cuerpo de agua—. Tienes que apretar esa tuerca.

—¿Esta? —pregunta ella, señalando la tuerca en cuestión.

Yo asiento y luego respondo que sí en voz alta cuando recuerdo que ella no puede verme a mí. Tras criticar su elección de herramienta e indicarle cuál sería la más adecuada, le doy instrucciones sobre cómo arreglar ese desastre y, después de varios minutos de probar ambos sentidos para saber cuál es el bueno, consigue que la tubería deje de perder agua. Yo suspiro, contenta de

haber podido solventar algo, ya que mis problemas no tienen tan fácil solución.

—Bien, ya está —la felicito en mi papel de hermana mayor, y ella sonríe ante la cámara con ese hoyuelo que tan mona la hace parecer antes de dejar el teléfono apoyado en algún sitio.

Sus enormes ojos verdes me devuelven la mirada y admiro su belleza a la vez que maldigo mis genes por haber manchado los ojos verdes de papá con el marrón de mamá. Por suerte, he heredado los hoyuelos de ella.

Addie deja de secar el suelo con un trapo sucio y levanta la cabeza hacia la pantalla del móvil, con el ceño fruncido.

—¿Estás bien, tata? —pregunta con un deje preocupado.

Siento un retortijón de culpabilidad al ver esa expresión en su rostro. Ella no debería preocuparse nunca por mí, sino al revés: para eso están las hermanas mayores.

—Sí, está todo bien —miento, tras dudar un segundo, pero ella solo se cruza de brazos y me ordena que conecte la cámara, a lo que no me puedo negar sin despertar sospechas.

Conecto la cámara y me apunto el móvil a la cara. Addie se queda en silencio y sus ojos me analizan con una precisión que hace que me coloque un mechón de pelo verde detrás de la oreja y que desvíe la vista con nerviosismo.

—A ti te pasa algo —afirma ella, y frunzo el ceño, a la defensiva.

—No me pasa nada —miento de nuevo.

—Aria... —replica ella en tono de reproche.

—¿Qué? —pregunto con aire inocente.

—¿Cómo ha ido el día? ¿Estás en tu coche? ¿Dónde estás parada? ¿Eso es el parking del MIT? ¿Han ido bien las clases? ¿No ha ocurrido nada destacable?

Hago una mueca al oír esa retahíla de preguntas y de deducciones que me recuerdan por qué Adele Simmons es una de las periodistas en plantilla más jóvenes del *Washington Post* de la última década. Abro la boca para mentirle otra vez, pero esos ojos marrones y ese rostro irritantemente perfecto bañado en asco y censura me pasan por la mente y me hacen vacilar durante un momento.

—¡Lo sabía! Desembucha.

Suspiro. Aunque no me gusta mostrarme débil ante Addie, y mucho menos preocuparla con mis problemas, por algún motivo que desconozco, siento la necesidad de sacarme ese peso enorme del pecho y le cuento lo que ha sucedido. Se lo cuento todo de principio a fin: cómo se ha acercado a mí en el pasillo y me ha parecido encantador, cómo no he desmentido su suposición de que era una alumna más y se ha sorprendido al verme subir a la tarima del profesor y, por último, cómo me ha descubierto su identidad en cuanto nos hemos quedado a solas y cómo ha perdido la calma cuando me ha acusado de ir mintiendo por ahí para apropiarme de los méritos ajenos, como si no fuera exactamente lo que hacen (o por lo menos hacían) ellos. La cara de Addie es un poema y tiene la mandíbula cada vez más en el suelo a medida que voy hablando.

—... le he gritado que «Jaque mate» no está pensada para ser cantada en acústico y me he ido pegando un portazo —concluyo la historia con un nudo en el estómago y ese sentimiento de no estar a la altura me recorre.

—Guau... —Suspira y yo asiento, entendiendo a la perfección que necesite unos segundos para absorber toda la información—. Pero ¿tendrá morro, este tío? —suelta, irritada. Un calorcito se extiende por mi pecho al ver su indignación—. Me da igual lo famoso que sea y me da igual que sea el puto Maverick Sutton... ¿De qué va?

Levanto una comisura de los labios de forma casi involuntaria e intento no mostrar la vulnerabilidad y el tumulto de emociones que siento por dentro.

—¿Verdad? —pregunto aliviada y tremendamente agradecida—. ¡Fue él quien me robó la canción a mí! ¡O su amigo, da igual! Es imposible que no lo supiera... ¿Y tiene las narices de venir a hacerse el ofendido a la vez que me ofrece un trabajo como si me estuviera haciendo el favor de mi vida? —Soy lo bastante madura para admitir que componer para los Trailer Trash es la oportunidad de una vida, pero no en mi caso. No cuando hay tanta mala sangre entre nosotros.

—¡Que le den! —exclama Addie, y la rabia que llevo tanto rato conteniendo empieza a hervirme por dentro con más fuerza que antes, como si la indignación de alguien externo validara mis sentimientos.

—Sí, eso. ¡Que le den! —repito yo, cada vez más cabreada.

—Además, es poco probable que no sepa lo que hizo su amigo —continúa Addie en el mismo tono irritado—. Seguro que se ríen de todos los profesionales con los que se cruzan y les roban su propiedad intelectual. ¡Menudos estafadores!

—¡Eso! —continúo apoyando esa línea de pensamiento, casi en el borde del asiento.

—¡Y, encima de que se salieron con la suya, Sutton tiene el morro de dirigirte la palabra! ¡De pedirte ayuda! ¡Yo, en tu lugar, aceptaría solo para vengarme! —exclama, iracunda.

—¡Exacto! —exclamo yo, y milésimas después registro sus palabras y el corazón comienza a latirme con fuerza—. Espera. ¿Qué?

—¡Sí! ¡Es una idea buenísima! —insiste ella, emocionada, y yo subo el volumen al móvil, convencida de que ha habido una

interferencia y no he entendido bien sus palabras—. Se enriquecen a costa de robarles a otros su trabajo, ¿no? ¡Pues que les den! Ten a tus amigos cerca y, a tus enemigos, aún más, ¿verdad? ¿Quién se cree que es? ¿El Arsène Lupin de la música? Deberías aceptar el trabajo e infiltrarte entre sus filas. Encontrar pruebas de que Owen no escribió «Jaque mate», sino tú, y descubrir si hay más canciones que hayan robado. Luego podrías mandarme las pruebas y seguro que Jade estaría encantada de publicar un artículo sobre el escándalo en el *Washington Post*. ¡Tenemos que desenmascarar a los Trailer Trash!

Me quedo con la boca abierta y suelto una risa irónica y hueca a mis oídos. Espero a que mi hermana me diga que habla en broma, pero su mirada posee ese brillo que le chispea en los ojos siempre que tiene en mente una exclusiva que explotará como la bomba de Oppenheimer. Quiero decirle que está loca. De hecho, estoy a punto de recomendarle de manera encarecida que se dé un paseo por una clínica psiquiátrica, pero entonces me doy cuenta de que esa disparatada idea podría funcionar. La imagen del estúpido agente de Maverick Sutton me asalta y recuerdo la humillación que sentí cuando amenazó con denunciarme por calumnias si seguía insistiendo en afirmar que esa canción era mía. Me sentí pequeña. Me sentí indefensa. Me sentí inútil. Me sentí demasiado tonta para un mundo que podía devorarme entera. Así que lo dejé.

Dejé mi sueño y me centré solo en la parte académica de mi carrera: la ciencia. Aunque en el MIT tuvieron el detalle de permitirme dar clases de Física Aplicada a la Música, sé que mi sueño de vivir de mi trabajo de compositora y cantante es imposible a menos que pueda demostrar que «Jaque mate» la he escrito y compuesto yo; a menos que pueda volver a la industria de la música como una cazadora en lugar de una niña inocente vestida con capa

roja. Una nueva versión de mí. Una versión mejorada. Una versión inteligente, capaz de navegar entre el mar de tiburones y pirañas que conforman ese mundo. De repente, la idea se me mete en la cabeza y noto el aguijón de la esperanza que me atraviesa la piel y se me clava en el pecho.

—¿Lo dices en serio? —le pregunto a Addie con voz firme, y mi hermana asiente con posado intenso y profesional.

Veo en sus ojos que haría lo que fuera por mí, igual que yo he hecho todo por ella cada vez que me ha necesitado. Cuando sucedió intenté minimizar la situación y no darle importancia, aunque siempre sospeché que no había podido engañar a mi hermana, que vio perfectamente que ese gran bache en el camino me había descolocado muchísimo y me había sacado de la carrera. Pero yo lo intenté. Intenté que no viera cómo mi corazón se rompía y mi alma se hacía pedazos al escuchar mis versos en boca de otro, al darme cuenta de que no iba a recibir ningún reconocimiento por mi trabajo y, sobre todo, que había depositado mi confianza en la persona equivocada. Es curioso cómo puedes acusar semejante traición de alguien a quien apenas conoces, pero en quien creíste ciegamente. Mis padres no escuchan ese tipo de música, por lo que nunca han reconocido la canción que escribió su hija, y tampoco la toqué tantas veces delante de ellos para que pudieran identificarla si sonaba en la radio. Así que preferí mentirles y decirles que me había alejado del mundo de la música por decisión propia, y, aunque no entendieron esa decisión después de tantos años abogando por mi sitio en ambos mundos, la respetaron y me apoyaron como pudieron, pero Addie lo sabía. Addie sabía la verdad, si bien una versión muy edulcorada.

—No necesito hablar con Jade para saber que daría palmas haciendo el pino por una exclusiva de ese calibre —añade mi

hermana.

Pienso de nuevo en lo pequeña que me sentí bajo la sombra de las amenazas que me llovieron y decido que, en realidad, no soy ni la mitad de pequeña e indefensa de lo que me quisieron hacer creer. Y se lo voy a demostrar.

Hay que ver cómo cambian las tornas en un momento, ¿no?



CAPÍTULO 4

KING MANAGEMENT,

Nueva York,

NUEVA YORK

Aria

Me duelen las piernas cuando aparco delante del edificio de cristal que se alza en el centro de Manhattan. Abro la puerta del coche de un tirón, deseando poder estirarlas después de haber estado conduciendo durante cuatro horas para llegar a Nueva York. Sé que debería haber parado un par de veces más de las que lo he hecho, pero el nudo que tenía en la garganta y el manojo de ansiedad que se me acumulaba en el estómago desde hacía días no me ha permitido levantar el pie del acelerador; quería llegar de una vez y sacarme esta pesadilla de reunión de encima.

Ese ha sido mi estado permanente desde que contacté con King Management, la empresa que dirige el mánager de los Trailer Trash, y los informé de que me estaba planteando aceptar la oferta de trabajo que Sutton me había ofrecido, pero que requería algo más de información al respecto (ninguno de los dos mencionó el hecho de que ya tendría toda la información que necesitara y más para

tomar la decisión si no le hubiera cerrado la puerta en las narices a uno de los cantantes más famosos del panorama del pop actual). Así que por eso me encuentro en el Upper East Side de Manhattan, un lunes de febrero, congelándome de frío delante de las ostentosas oficinas y planteándome quién demonios me convenció para seguir adelante con esta locura —mi hermana— y por qué le sigo la corriente a alguien que ha declarado de forma reiterada a lo largo de los años que prefiere la pizza con piña.

Cualquier otro día de la semana, esa aberración culinaria bastaría para causarme el malestar que siento en el estómago, pero, por una vez, la culpa del retortijón reside única y exclusivamente en los recuerdos que me asaltan al entrar por la puerta. La recepción está igual que la última vez que me encontré en este espacio de muebles nuevos, y tengo que contenerme para no vomitar en una de las plantas del vestíbulo ante la mirada altiva de las rubias de moño tieso que están al otro lado del mostrador. Carraspeo y me acerco a ellas con una sonrisa forzada, intentando ignorar todas las alarmas que han saltado en mi cabeza al poner pie en territorio enemigo.

—Buenos días. Tengo una cita con el señor King —le digo a la chica que tengo más cerca.

Su superioridad desaparece en un segundo en cuanto oye el nombre del CEO y da paso a una sonrisa sumisa y lameculos que me provoca más satisfacción de la que debería. Sé que es infantil que parte de mí se alegre de volver a estar aquí y de que me necesiten después del modo en el que me trataron, pero no puedo evitar sentir un cierto orgullo al saber que, de todos los profesionales que hay en el mundo, se han visto obligados a venir a buscarme a mí, con las orejas gachas y el rabo entre las piernas.

—¿Su nombre? —El *gloss* de la recepcionista me ciega. Quiero preguntarle de dónde es.

—Eh... —tartamudeo.

—Señorita Simmons, bienvenida. —Una voz grave a mi derecha me saca del trance y el perfume masculino con aroma a billete de cien y a fondo fiduciario me transporta a ese día horrible de nuevo, cuando me planté en esta misma oficina para pedir que se me reconociera el mérito de haber escrito la canción más premiada en los American Music Awards de ese año. Richard King se acerca a mí con movimientos confiados, un traje que no me gustaría manchar ni por accidente y el pelo carbón ligeramente canoso y repeinado con aires de Antonio Banderas, y tengo que esforzarme mucho para no poner cara de asco. Creo que no lo logro cuando sonríe con unos dientes blancos que se pueden ver desde la luna—. Espero que no siga enfadada por ese desagradable asuntillo de hace unos años... Yo solo era el mensajero, después de todo. Sin rencores, ¿verdad? —bromea, y mi ceño se frunce aún más sin permiso.

Casi me resulta una obra de arte la forma en la que minimiza el peor momento de mi carrera, y es posible que de mi vida, al tiempo que me hace sentir infantil y rencorosa por no haberlo olvidado. Manipulación en estado puro. Tengo que recordarme varias veces el motivo real de mi presencia en ese lugar antes de responder con una sonrisa falsamente cándida.

—Para nada. Es agua pasada —miento. Sí, claro. El día que me olvide de lo que me hicieron será el día que me entierren.

—Me alegra oír eso. —«Por supuesto que sí», pienso de manera irónica—. Bien, vayamos a mi despacho, que estaremos más cómodos. Maverick estará al caer.

Yo asiento con la misma sonrisa forzada de antes y lo sigo antes de que mi sentido común me obligue a correr en dirección contraria. Ni siquiera me molesto en quejarme por el hecho de que la estrella del pop aún no haya llegado, pese a que hace casi una semana que

acordamos la hora de la reunión. Maverick Sutton es el tipo de famoso cuya mierda todos fingen que huele a rosas, así que no sirve de nada reprocharle algo tan nimio como la puntualidad; la culpa siempre es del resto por llegar antes de tiempo.

Nos subimos a un ascensor de cristal transparente que permite ver cada una de las plantas y yo aprovecho las vistas para ignorar el incómodo silencio que se instala entre nosotros. Con cualquier otra persona intentaría arreglarlo, pero, en este caso, decido ignorar el impulso, pues, si abro la boca, terminaré diciendo cosas que contradicen la imagen que estoy intentando dar. Necesito que crean que he superado lo que ocurrió para que no sospechen de mis intenciones, pero es complicado suprimir el aluvión de sentimientos que me oprime el pecho al estar en constante contacto con los responsables de la destrucción de mi sueño y mi carrera. De todos modos, cuando llegamos al despacho, el silencio es tan opresivo que siento la necesidad imperiosa de hablar para rellenarlo.

—Bonito edificio.

Él solo sonríe, como si fuera un cumplido que oye cada día; tal vez así sea. Richard King me señala una butaca de cuero que hay delante de su escritorio para que me siente y se aposenta en su sillón como un rey en su trono. El teléfono de encima de la mesa interrumpe el ambiente falsamente amigable y él responde sin siquiera disculparse por su mala educación.

Me instalo en la silla y me apoyo en el respaldo, fingiendo un desinterés y una tranquilidad que no siento, pero no pienso darle el gusto de mostrar que preferiría estar en cualquier otro sitio del mundo antes que aquí. Saco el móvil y finjo que reviso mensajes, asegurándome de que el cristal que tengo detrás no traiciona que estoy navegando por las redes sociales sin un motivo claro. Estoy a punto de perder los nervios y largarme cuando un sonido rítmico,

parecido a las aspas de un ventilador gigante, corta el silencio. Levanto la cabeza, alarmada, a tiempo de ver que King empieza a despedirse de su interlocutor con una gran sonrisa, y tardo unos segundos en darme cuenta de que ese sonido es el motor de un helicóptero aterrizando justo arriba, en la azotea del inmueble.

—Tengo que dejarte, el helicóptero de Maverick ya está aquí —le dice a la persona que está al otro lado de la línea.

Yo me revuelvo en la butaca, incómoda ante la idea de volver a verlo. La última vez, el shock de descubrir que lo tenía sentado en una de las sillas de primera fila de mi aula palió los efectos, pero aquí, en este despacho, en la empresa de su agente, en pleno Upper East Side de Nueva York, no hay forma de ignorar su fama, ignorar el hecho de que un estadio entero de gente daría lo que fuera por estar en mi lugar o ignorar esa presencia magnética que ha enamorado a millones de Suttoners en todo el planeta. Y aunque creía estar mentalmente preparada, odio la forma en la que mi corazón me salta en el pecho y casi se me sale por la boca al verlo salir del ascensor.

Tal vez debería haberme fijado en el modo en el que se le pegan los vaqueros oscuros que lleva, en el mechón de pelo negro que le cae ondulado por la frente o en la manera en la que esa chaqueta de cuero parece a punto de explotar alrededor de ese pecho corpulento y esos brazos musculosos, pero, por algún motivo, me quedo anclada en esos ojos marrones de color chocolate que, en lugar de cálidos, parecen muertos. Sus ojos recorren el pasillo que atraviesa con una pasividad que roza la insensibilidad e, incluso cuando sus comisuras se alzan para saludar a alguien, sus ojos permanecen apagados, sin luz. Casi agradezco el brillo de desagrado que veo en ellos en cuanto nuestras miradas se cruzan a través de la pared de cristal que nos separa. Casi.

Hago un esfuerzo consciente para no moverme ni un centímetro de mi posición cuando entra y quedarme cómodamente sentada en mi silla, al contrario que Richard King, quien enseguida se levanta para darle la mano como si fueran los mejores amigos del mundo. Es probable que lo sean; las almas podridas siempre se encuentran. Yo hago como que la cosa no va conmigo hasta que Maverick Sutton se sienta en la butaca que tengo al lado y me veo obligada a saludarlo con un mero asentimiento de cabeza. Él no me responde, pero no me quita los ojos de encima mientras se apoya contra el respaldo, separando las piernas hasta casi tocar uno de mis muslos con los suyos, y reposa los codos en los brazos de las butacas. Las mangas de su chaqueta de cuero tiran hacia abajo y veo sus muchos tatuajes asomar por esos centímetros de piel que quedan libres. Mi corazón se salta un latido al fijarme en sus manos masculinas y llenas de callos por las cuerdas de la guitarra, y me obligo a apartar la vista antes de empezar a babear, lo cual sería extremadamente vergonzoso, teniendo en cuenta nuestro historial.

Me quedo en silencio y le sostengo la mirada como una campeona, aunque la intensidad en ella es tan fuerte que me pica el cuello por la necesidad de bajar la cabeza. El silencio se alarga unos segundos más y ninguno de los dos dice nada hasta que el carraspeo incómodo de su mánager nos saca de nuestra lucha de voluntades. Los ojos marrones que segundos antes quemaban con el odio de mil soles vuelven a quedar vacíos y se dirigen hacia Richard King con indiferencia, aunque, más de cerca, me doy cuenta de que no es pasividad lo que reflejan sus ojos, sino tristeza, y mi pecho se encoge con incomodidad.

—Bien, ahora que ya estamos todos, podemos tratar la oferta laboral —empieza a hablar King.

El estómago se me revuelve con asco al pensar en trabajar para cualquiera de los dos y tengo que recordarme por qué estoy haciendo esto antes de asentir. Mi gesto inocente parece avivar la llama en los ojos del cantante, que se incorpora de golpe en su sillón para perforarme con ellos.

—¿Oferta laboral? —pregunta irónico—. ¿Qué te hace pensar que sigue sobre la mesa?

—Mav... —Richard King usa el tono de alguien que ha repetido las mismas palabras una y otra vez—. Ya lo hemos hablado. La discográfica... Créeme, es una candidata más que adecuada para...

—Me da igual —lo corta—. Dejaste muy clara tu posición la semana pasada. ¿Qué te hace pensar que aún quiero trabajar contigo después de lo que dijiste?

Le devuelvo la misma mirada furiosa, pero me muerdo la lengua con fuerza. Quiero levantarme e irme, quiero gritarle por hacerme conducir cuatro horas para nada, y quiero desfogarme una vez más con él por la jeta que tiene, pero no lo hago. En lugar de eso intento ponerme en su lugar y seguir con mi papel.

—Sé que he hecho un cambio de trescientos sesenta grados, pero tú también tienes que entenderme... Me pillaste por sorpresa —pronuncio, y, de momento, nada de lo que digo es mentira—. No reaccioné del mejor modo, pero... Tenías razón. Echo de menos la música. Echo de menos componer. Echo de menos crear. Ser profesora no es suficiente para mí. —Aunque quiero fingir que todo esto lo digo solo para mantener una fachada coherente, tengo que reconocer que admitirlo en voz alta por primera vez en casi dos años hace que note el pecho algo más ligero. Su expresión no se dulcifica ni un ápice pese a mi arrebato de sinceridad y, de repente, la idea de conducir cuatro horas más y tener que dar clase al día siguiente me parece un auténtico infierno, lo que hace que mis próximas

palabras sean aún más sentidas—. Quiero este trabajo, Maverick —confieso, en un tono extrañamente vulnerable para mí, y mis mejillas se tiñen un poco por la sinceridad que encierra esa frase, lo que, espero, solo le dé veracidad a mi historia.

Maverick Sutton se queda muy quieto y da la impresión de que el agente contiene el aliento mientras aguarda su respuesta, o tal vez me lo parece porque hace rato que no me entra aire en los pulmones. Por fin carraspea y desvía la mirada antes de apoyarse de nuevo en el respaldo.

—No permitiré que mancilles el nombre de Owen —me advierte, y, aunque su rostro no ha cambiado, sus ojos muestran más emoción que en todo el rato que llevamos aquí—. Si oigo una sola palabra fuera de lugar sobre mi mejor amigo, estás despedida —gruñe, y yo asiento despacio.

Maverick Sutton será muchas cosas, pero nadie puede negar que quería a Owen Cox. Un pinchazo de culpabilidad me atraviesa al pensar, por primera vez, en las repercusiones emocionales de lo que estoy a punto de hacer, pero entonces me acuerdo de la sonrisa inocente de Owen en esa fiesta y la forma en que me manipuló, y rememoro lo que dijo nuestra reina Taylor Swift: «Si los hombres no quieren que escriba cosas malas sobre ellos, no deberían hacer cosas malas».

—Es agua pasada —miento de nuevo, repitiendo lo que le he dicho a Richard King hace una media hora. Maverick asiente, conforme, y el pecho se me llena de algo parecido a la esperanza—. ¿Y bien? ¿Cuándo empezamos?

—No corras tanto —suelta el cantante con el ceño fruncido, y mi pecho se desinfla como un globo—. Aún no tienes el trabajo.

—Te recuerdo que me viniste a buscar tú, Superestrella —replico, resentida.

Sus cejas se alzan al oír ese mote, y yo misma me sorprendo como él, pero afortunadamente no comenta nada al respecto.

—Sí, me han asegurado que eres la mejor —dice, y siento unas cosquillas en el estómago que no experimento ni en las primeras citas—, pero antes de darte el puesto quiero verlo con mis propios ojos.

Maverick se gira y le hace una señal a una empleada que está apostada al otro lado de la pared de cristal, quien aparece segundos después con un carrito negro y lo deja en medio del despacho. Enarco las cejas al ver un estudio en miniatura con su ordenador, su mesa de mezclas, un pequeño teclado y todo lo que podría necesitar para componer la base de una canción de música electrónica.

—¿Quieres que componga una base? —pregunto, incrédula, aunque no sé por qué me sorprendo, si los Trailer Trash siempre han disfrutado de amargarme la existencia.

—¿Hay algún problema? —pregunta él, y casi suena a reto. Sé que está deseando que falle esta estúpida prueba para poder humillarme una vez más.

—Para nada —contesto con tranquilidad, y me levanto de la silla para examinar ese estudio improvisado más de cerca.

Me doy cuenta de que es todo tecnología punta, aunque no esperaba menos. Mi mente repasa todas las canciones que conozco de los Trailer Trash para analizar un poco su estilo y determinar qué tipo de base les podría gustar. Una idea de melodía aparece en mi cabeza, pero decido sacar la artillería pesada y los trucos de magia que más impresionan de mi arsenal.

—Necesitaré una pizarra —pronuncio.

Maverick frunce el ceño, pero llama otra vez la atención de la chica situada al otro lado, para pedirle un rotulador de pizarra que se

pueda borrar con facilidad. Supongo que intuye lo que quiero hacer, porque asistió a una de mis clases magistrales.

—Usa el cristal de la puerta —declara el cantante, y Richard King abre la boca para quejarse antes de cerrarla de golpe al ver la mirada de Maverick.

Yo le doy un par de vueltas al rotulador entre los dedos —sí, solo para chulear— y lo destapo con decisión para ponerme a trabajar. Comienzo a pensar en distintas combinaciones de sintetizadores y otros instrumentos digitales para recrear los sonidos que me vienen a la mente. La mano me tiembla un poco de lo fuerte que estoy apretando el rotulador contra la superficie transparente y vuela por ella a gran velocidad a medida que voy dibujando diagramas con flechas y fórmulas que se me pasan por la cabeza. Hago una pausa, y me pregunto de qué tipo de armonía quiero dotar este tema. Imagino las teclas del piano. Cuando pienso en sus teclas, me vienen a la mente toda clase de relaciones frecuenciales y simetrías, y ante mis ojos veo cómo los acordes se transforman en números, signos y ecuaciones mientras escribo. Mi estómago tenso se relaja al hacer algo que, para mí, es tan natural como respirar mientras calculo la tonalidad de la canción que voy a crear, y reajusto en mi cabeza la melodía que he imaginado para que sea coherente con el tono.

Me aparto del cristal cuando ya está media puerta llena de garabatos y prácticamente tengo que agacharme para leerlos todos. Luego me dirijo a la mesa de Richard King. Intento no fijarme en su mandíbula descolgada e ignoro su reacción a mi trabajo, porque no quiero ponerme nerviosa y perder el hilo musical que he trazado. Cojo el bote de metal en el que tiene todos los bolígrafos y lo vuelco con brusquedad sobre la mesa para vaciarlo. Me giro otra vez, antes de que pueda quejarse por mis acciones, y me dirijo al pequeño

aunque muy profesional micrófono que hay enganchado en un pie mecánico al borde de la mesa. Con uno de los bolígrafos que he desparramado, le doy pequeños toques en el ritmo que he calculado en el cristal de la puerta. Cuando estoy satisfecha con el resultado, abro la estación de trabajo de audio digital —o, como las llamamos nosotros, DAW, por sus siglas en inglés— que encuentro instalada en el ordenador, de última generación. Hago una mueca al ver que no es mi *software* favorito, ya que suelo usar Cubase y aquí solo tengo Ableton, pero decido que no estoy en condiciones de quejarme por una nimiedad así y me pongo a grabar el sonido del bolígrafo contra el bote de metal.

Richard King se acerca despacio —con la boca abierta una vez más— y me observa con clara curiosidad hasta que lo fulmino con la mirada para que me deje espacio y da un paso hacia atrás. Maverick continúa en su asiento, sin quitarme ojo, pero imperturbable. Tal vez mi numerito del rotulador en el cristal lo haya impresionado, pero sé que esta parte del proceso le resulta igual de conocida que a mí; cualquier músico que se precie y que tenga un mínimo de conocimientos de tecnología de grabación puede crear una base de canción a través de la repetición o *loop* y la modificación de sonidos grabados, como demuestra Charlie Puth a menudo en sus redes sociales. Eso no significa que no vaya a hacer todo lo posible por crear una melodía pegadiza y que esté en la línea del género que suelen grabar los Trailer Trash. A ese patrón rítmico del bolígrafo contra el metal, empiezo a añadirle instrumentos y sonidos, y sonrío al ver que, gracias a los esquemas que he hecho antes, todo suena exactamente como lo había imaginado.

Dejo que la corta progresión que he creado suene en bucle por los pequeños altavoces instalados a cada lado del ordenador y me aparto del carrito para observar a Maverick con expectación. Está

cruzado de brazos, lo que solo consigue que los músculos se le marquen más bajo la chaqueta ajustada. Su mirada me recorre de las verdes raíces del pelo hasta la punta de los pies y luego pasa por los garabatos expuestos en la puerta de cristal del despacho antes de volverse hacia su agente y asentir de forma seca. Contengo la enorme sonrisa que amenaza con extenderse por mi cara, porque no quiero darle el gusto.

—Maverick necesita un *single* nuevo para cuando termine la gira norteamericana —me anuncia Richard King.

—¿Gira? —pregunto, incapaz de contenerme.

No me suena haber visto ningún anuncio de gira para los Trailer Trash, aunque admito que no los sigo demasiado por motivos obvios.

—El Legacy Tour —explica Maverick, hablando por primera vez desde que he hecho mi demostración. La melodía que acabo de componer sigue sonando de fondo como una especie de premonición—. Es un homenaje a Owen.

Me esfuerzo en no mostrar ninguna reacción, pues sé que lo usará como excusa para demostrar que sigo buscando *vendetta* contra su amigo fallecido. Quizá sea así, pero eso no significa que no admire los niveles a los que está llegando Maverick para honrar la memoria de su amigo.

—Viajarás con el equipo de Maverick durante la primera parte del *tour* —continúa Richard y yo lo miro con los ojos muy abiertos—. Sí, has oído bien. Y saldremos de Nueva York para nuestro primer destino en tres días. La gira abarcará de marzo a agosto. Medio año. —Se me seca la garganta, pues estoy dándome cuenta ahora de que el trabajo al que me estoy comprometiendo requerirá algo más de compromiso del que tenía pensado. Seis meses. Renunciar a mi trabajo estable en el MIT. Vivir de forma nómada. Compartir espacio

vital con... él. Trago saliva—. Estarás con él la mayor parte de las horas del día. Todos los gastos incluidos. Se te pagará un adelanto que creo que considerarás más que suficiente y luego recibirás un veinticinco por ciento de regalías que dependerán del éxito de la canción. Queremos que pilles bien la vibra de Maverick para que esa canción suene a Trailer Trash y se adapte a su estilo de composición.

Eso me saca de mi estupor.

—Solo para que quede claro: no soy una compositora fantasma. Mi nombre estará en los créditos de composición —exijo en un tono inflexible que no admite discusión.

—Por supuesto —gruñe Maverick, como si el simple hecho de que lo hubiera especificado fuera ofensivo, pero yo me limito a mirarlo con los ojos entrecerrados. Valiente reacción, teniendo en cuenta nuestro pasado.

—Y quiero un treinta por ciento de las regalías —añado en el último momento.

Sé que los compositores suelen llevarse un cincuenta por ciento de regalías, pero va a ser una colaboración con Maverick y tampoco estoy en condiciones de pasarme de la raya.

—Hecho —acepta el representante del grupo—. ¿Entiendes las condiciones? Estarás viajando con ellos hasta el verano. Maverick cantará el nuevo *single* como canción sorpresa en el último concierto de la gira norteamericana y después serás libre. La gira continuará por todo el mundo, pero no será necesario que sigas en el equipo.

Se hace el silencio durante unos segundos y sé que tengo que decidirme, aunque, si soy sincera conmigo misma, eso no cambia nada. De hecho, es perfecto para mi plan. Tendré seis meses para encontrar pruebas de que me robaron la canción y desenmascararlos. Después podré componer para otros grupos y cantantes y seguir con mi carrera de *computer musician* tal y como

la había planteado. De nuevo, la idea de volver a mi vida de profesora en Massachusetts me deprime, y sé que he tomado mi decisión.

—Antes de aceptar, tengo condiciones —pronuncio, sin embargo, intentando mantener la cabeza fría. Aunque mi primer instinto sea aceptar antes de que cambien de opinión, esto es una negociación y debo mirar por mí—. Os encargaréis de pagar el alquiler de mi piso en Massachusetts mientras esté viajando. Y quiero tener un laboratorio portátil. Además de música, soy científica, y necesito continuar con mis investigaciones. Para eso necesitaré material que viaje conmigo, una buena conexión a la red, varios monitores, un ordenador potente con todos los programas que utilizo instalados, altavoces, cascos, micros y todos los cables e instrumentos que pueda requerir. Ah, y no olvidemos un buen escritorio y una silla cómoda.

—Entréganos una lista por escrito de lo que te hace falta y lo meteremos todo en uno de los autobuses de la gira —confirma el agente. Abro la boca para defender mi posición, pero la cierro cuando me doy cuenta de que no se está negando—. ¿Algo más? —pregunta Richard.

—Solo eso —contesto, fingiendo calma—. Y lo quiero todo por escrito, obviamente.

—Pediré que lo añadan al contrato —confirma el representante. Maverick y Richard vuelven a intercambiar una mirada y el cantante asiente otra vez, siempre en su posición de gárgola inmóvil—. Pues bienvenida a los Trailer Trash. —Richard King me tiende la mano y yo la observo como si fuera una serpiente de cascabel antes de estrecharla con firmeza.

La tinta sella un pacto con el diablo, pero lo que ellos no saben es que, esta vez, el diablo soy yo. Y que voy a disfrutar devorando su

alma como ellos pulverizaron la mía.



CAPÍTULO 5

MANHATTAN,
Nueva York,
NUEVA YORK

Aria

A veces cometes una locura y piensas que va a salir bien. No tiene ningún sentido, pero sientes confianza absoluta en esa idea de mierda. No es el caso. Soy completamente consciente de que esto es una locura y, aun así, camino maleta en mano por el descomunal descampado lleno de tráileres y autobuses de gira que se amontonan unos al lado de otros. Las ruedas del inmenso maletón que llevo conmigo se atascan con unas piedrecitas y las manos me sudan tanto por los nervios que creo que se me va a resbalar el asa. Me paro un momento ante ese espectáculo de ajetreados hombres y mujeres con sudaderas negras con enormes letras blancas en la espalda que los designan como parte del equipo; hombres y mujeres con los que conviviré durante los próximos seis meses. Le pego un tirón a la maleta hasta que está justo a mi lado y me tomo ese instante de observación para coger aire lentamente por la nariz.

—Impresiona, ¿verdad? —La voz femenina que oigo a mi lado me sobresalta y por poco no le doy un golpe sin querer con la mochila que llevo colgada al hombro. La chica que tengo al lado es sencillamente espectacular. Incluso bajo la estilosa combinación de ropa de invierno, puedo intuir un cuerpo escultural, tiene una de esas caras perfectas con pómulos altos y pestañas larguísimas que harían llorar a una *influencer* y su melena, de un color pelirrojo cobrizo, cae en ondas perfectas sobre sus delgados hombros. No va vestida con la sudadera de STAFF, así que me planteo que sea una de las teloneras de la gira, aunque desecho la idea rápidamente; si fuera cantante, la reconocería—. Llevo tres años viajando con ellos y cada vez que veo con mis propios ojos la bestial cantidad de gente que colabora, participa y trabaja para que las giras sean posibles se me pone la piel de gallina. —Sus ojos brillan con tanta emoción que sin siquiera conocerla siento orgullo por ella. Abro la boca para responder, pero no se me ocurre qué decir, así que vuelvo a cerrarla —. ¡Perdona! ¡Qué tonta soy! No me he presentado y ya estoy presumiendo como madre primeriza de su bebé.

Se ríe y yo sonrío. Aunque no sé cómo se llama, su cercanía es contagiosa y tengo la sensación de conocerla de toda la vida. Su rostro iluminado delata su inocencia y me recuerda al de mi hermana cuando está emocionada por algo; el corazón se me ablanda.

—No te preocupes —le digo con calidez, y sonríe de oreja a oreja —. Me llamo Aria —me presento.

—¡Lo sé! —exclama ella, emocionada—. Te he reconocido por el pelo —señala la melena que justo ayer me cambié a violeta, uno de mis colores favoritos y que repito con asiduidad—, aunque me habían descrito el color más tirando a verde.

La marca de acondicionadores de color que uso es tan intensa sobre mi cabello decolorado que ha sustituido completamente el poco verde que me quedaba tras casi tres semanas de lavado.

—Nunca sé con qué color de pelo me voy a despertar, así que, si tiene que describirme, la gente suele usar mi increíble genética y mi belleza natural para hacerlo —bromeo en tono serio, y la chica se carcajea tapándose la boca con la mano con una elegancia que muchas desearían. Incluida yo, que llevo años intentando cambiar mi risa de hiena de parto por algo más delicado.

—Me llamo Ava Miller —se presenta, y tiene tanta energía en el cuerpo que casi está dando saltitos de emoción. Me recuerda a un cachorrillo y tengo que contenerme para no reír—. Soy la secretaria, la asistente personal y la publicista de los Trailer en un solo cuerpo, así que tú y yo nos veremos mucho durante esta gira —explica, y entrecruza su brazo con el mío mientras me acerca a los autobuses. Yo no aparto el brazo, aunque por norma general soy bastante arisca, y escucho con atención toda la información que me está dando—. Estos son los autobuses de los trabajadores. Aquí transportamos todo el equipo para los conciertos, pero eso ya lo sabes —se recuerda Ava a sí misma al ver mi sonrisa paciente.

Varias personas se paran para preguntarle dudas y ella les da indicaciones con una profesionalidad que me sorprende.

—¿Siempre hay tanta gente? —le planteo con curiosidad.

—Tenemos un equipo muy grande, pero este año somos casi el doble. ¡Esta será la gira más grande que hayamos hecho hasta ahora!

Yo asiento, pues es lo que imaginaba.

—¿Cuál es el mío? —pregunto, pues, aunque Ava está siendo encantadora, me he levantado a las cuatro de la mañana para poder

estar en Nueva York a primera hora con todas mis cosas y estoy cansadísima—. Me gustaría instalarme y tumbarme un rato.

—¿El tuyo? —pregunta, confundida, y, durante un segundo, pienso que me he equivocado y que he traído la maleta para nada.

—Mi autobús —especifico—. Se supone que tengo que viajar con el equipo, ¿no?

—¡Ah! Claro, pero no viajarás en autobús, tonta —me corrige Ava con despreocupación, y yo frunzo el ceño imaginando los peores escenarios posibles. Furgonetas abarrotadas de cacharros, trenes con miles de trasbordos diferentes, una bola de hámster con ruedas...

—¿Y cómo lo haré? —inquiero con miedo. No me extrañaría que Maverick aprovechara la excusa para hacerme pagar nuestros «desacuerdos».

—Viajarás con nosotros —responde ella, y se aparta la melena del hombro con sus uñas acrílicas perfectamente pintadas y decoradas —. Eres parte del círculo central del equipo, así que viajarás en el *jet* privado de Mav y te hospedarás en el mismo hotel que el resto.

Tengo que controlarme para que la mandíbula no se me desencaje y también para no salir corriendo de aquí como alma que lleva el diablo. Sabía que iba a tener que pasar tiempo con ese sinvergüenza, pero nadie me avisó de que íbamos a ir en *pack*, como los yogures. Ava me tira del brazo, ajena a mi tumulto interno, y me empuja hasta una furgoneta negra inmensa con puertas correderas. Un hombre que podría ser el doble latino de John Cena nos abre la puerta y me quita la maleta y la mochila de las manos para meterlas en el maletero. Ava tira ahora de mí para que me suba al vehículo en algo que podría ser perfectamente catalogado como secuestro en vía pública y solo cuando mi culo está posado en el asiento puedo mirar a mi alrededor.

Un hombre igual de musculoso que el fortachón que había fuera está sentado entre Maverick y su agente, Richard King. El cantante tiene la vista clavada en su móvil de última generación y no la levanta para hablar.

—Por fin —gruñe con voz grave plagada de sueño.

—No he llegado tarde —me defiendo con el ceño fruncido mientras me pongo el cinturón.

Mis ojos se pasean sin permiso por ese rostro angular que tanto me irrita y por ese cuerpo musculoso enfundado en unos vaqueros oscuros, una sudadera gris y la ya habitual chaqueta de cuero, esta vez de una talla ancha. La suave cadena de plata que suele envolverle el cuello está a la vista y descubro que tiene una medallita de algún santo, lo cual me choca, porque Maverick Sutton no parece el típico cristiano que va a misa cada domingo, aunque tal vez es por la imagen de «cantante famoso que pasa de todo» que proyecta. Alza la vista de la pantalla y la clava en mi cara un instante; me recorre el pelo durante unos segundos más de lo normal según la etiqueta social y siento el impulso de bajar la cabeza, pero me obligo a no hacerlo.

—Es culpa mía, Mav —dice Ava a mi lado, rompiendo la silenciosa tensión que se ha creado entre los dos y nuestro infantil duelo de miradas.

Richard carraspea y Maverick desvía su imponente atención de mí hacia su publicista. Me coloco las manos temblorosas bajo los muslos y controlo mi respiración para que nadie vea que el corazón me va a mil por hora al tiempo que me reprendo internamente por reaccionar de modo tan visceral a algo tan tonto como sus ojos sobre mí, aunque tampoco me castigo demasiado, pues Maverick Sutton tiene una intensidad difícil de describir y difícil de gestionar cuando la dedica toda a una misma persona.

—La he distraído —añade la chica, y la mandíbula casi me cae al suelo cuando los ojos del cantante se dulcifican y su boca se curva en una sonrisa tierna.

Mi mente intenta repasar las imágenes de internet que he visto de él y todas las fotografías de revistas del corazón en las que lo habían pillado con alguna modelo o actriz con la que estaba saliendo en el momento y me doy cuenta de que en todas tiene su habitual ceño fruncido. Las únicas imágenes que hay de él sonriendo genuinamente en internet son hechas a traición cuando estaba con su amigo y compañero de banda, Owen Cox. No me hace falta más de un segundo en presencia de ambos para saber que la pelirroja es alguien especial para el cantante de los Trailer Trash, alguien muy especial. ¿Quién es Ava Miller? ¿Y por qué me molesta tanto que Maverick Sutton tenga una novia secreta que nadie conoce? Me la sopla. Me la resopla, en realidad. Felicidades para él. Me da completamente igual.

—¿Vamos? —interviene Richard, que ha estado sumergido en su teléfono hasta ahora—. El resto del equipo nos está esperando en el aeropuerto.

—Sí, claro —responde Ava con su voz más profesional antes de meterse un mechón de pelo detrás de la oreja.

Quiero odiarla por confraternizar con el enemigo, pero, por algún motivo que desconozco, no consigo que me caiga mal. Es como intentar odiar a uno de esos cachorritos golden que salen en los anuncios de papel de váter; hay que ser un psicópata.

La furgoneta arranca por fin y miro por la ventana para huir del silencio que se hace en su interior. Ava le susurra de vez en cuando cosas a Maverick, que le responde con gruñidos puntuales. No entiendo lo que dicen. Mejor. No lo quiero saber. Al cabo de un buen rato entramos en el aeropuerto y bajamos del vehículo. Pasamos por

un control vacío y mucho menos exhaustivo de lo que debería ser legal y nos conducen por unos pasadizos hasta una pista de aterrizaje que está muy apartada del resto de los aviones. Cuando llegamos, tengo que controlar mi mandíbula, de nuevo, para que no toque el suelo al ver el enorme *jet* privado que nos espera ahí en medio. Intento mantener mi fachada más profesional mientras sigo a los demás por las escaleras y entramos por la puerta lateral. Una azafata rubia y bien peinada me da la bienvenida a bordo y yo le sonrío con educación antes de absorber toda la decoración interior con la mayor sutileza de la que soy capaz.

—Chicos, venid —ordena Ava al entrar, y varias personas se levantan de los cómodos sillones de cuero beige para saludarnos. De todos, solo reconozco a los cuatro músicos que tocan siempre con los Trailer Trash. Un cosquilleo de nervios y emoción me recorre al darme cuenta de que estoy rodeada de algunos de los mejores músicos del planeta—. Esta es Aria Simmons. Como ya sabéis, se unirá a nuestro equipo durante los próximos seis meses para ayudar a Mav a componer un nuevo *single*. Espero que la ayudéis en todo lo que podáis para que se adapte lo antes posible. —Todos asienten y yo sonrío con alivio y algo de culpa por mis turbias intenciones al ver todas esas sonrisas amables—. Aria, ellos son Nick, Teddy, Elijah y Kurt. Son los músicos que acompañan a Mav en el escenario —explica, y les tiendo la mano para que la estrechen. La mayoría tienen la edad de mi padre, pero mis mejillas se tiñen de rojo.

—Lo sé —digo, intentando controlar mi emoción—. Soy una gran admiradora de vuestra música. Si algún día toco la guitarra o el teclado la mitad de bien que vosotros, seré feliz.

—¿Por qué no te enseñamos algunos trucos en cuanto estemos instalados en el primer hotel? —pregunta Kurt Lee, y tengo que controlarme para no dar saltitos—. ¿Qué tipo de instrumentos...?

—Está bien —lo corta Maverick con el ceño fruncido y los brazos cruzados—. Ya habrá tiempo para charlar. No tengo todo el día.

Yo me aparto de los músicos a regañadientes y lo fulmino con la mirada. ¿Qué mosca le ha picado?

—Continuemos con las presentaciones —dice Ava de modo apaciguador, y se vuelve a dirigir al grupo de gente que no conozco y que son de varias formas físicas y etnias diferentes—. Aquí tenemos a Svetlana, o Svet, nuestra coreógrafa y escenógrafa; Mack, el entrenador personal de Maverick; Lena, su dietista; Rita, la entrenadora vocal; Hannah, su psicóloga; Giuseppe, nuestro cocinero; Renaud, el estilista de la banda; Malik, médico y fisioterapeuta, y, por último y no menos importante, Leo, el entrenador de Spotify —termina ella con una sonrisa.

Eso último me descoloca.

—¿La aplicación? —pregunto, sin entender nada.

Ava se ríe y niega.

—Spoti, ven aquí —ordena ella, y, un silbido después, un monísimo corgi salta aterrizando sobre sus cortas patas desde uno de los asientos y corre moviendo la colita por el pasillo hasta llegar a nosotros y pararse justo delante de Maverick. Intento no mostrar mi asombro cuando el cantante lo coge en brazos, casi ocultando la totalidad de su cuerpecito, y le da un par de besos detrás de las orejas—. Spotify es la perrita de Mav y la mascota del equipo. —Ava acaricia la cabeza del animal, que lame con ganas el cuello de su amo, para envidia de muchas—. Leo se encarga del cuidado y adiestramiento de Spoti cuando estamos de gira.

Yo asiento, y saludo a todos los presentes como he hecho con los músicos, agradeciéndoles que me dejen formar parte de su equipo, y ellos me responden con sonrisas sinceras que me hacen pensar que no saben nada del conflicto entre Sutton y yo, lo cual me

sorprende, porque pensaba que el cantante los habría puesto en mi contra desde un inicio. O tal vez yo soy la única rastrera rencorosa que no sabe dejar las cosas del pasado en el pasado, después de todo.

Cuando las presentaciones están hechas, Ava me conduce hasta uno de los sillones del fondo del avión y cada uno vuelve a su asiento. La pelirroja se instala delante de mí con posado profesional y saca una carpeta que deja en la mesilla que nos separa. Maverick acaricia a la corgi con aire ausente mientras nos lanza miradas furtivas desde su asiento e ignora a la azafata que intenta llamar su atención.

—Ahora que ya te he presentado a todo el mundo, tenemos que hablar de cosas importantes —dice, algo tensa—. Desde hoy formas parte del equipo interno de Maverick Sutton, alguien de fama mundial, lo que significa que presenciarás conversaciones o verás cosas que los *paparazzi* matarían por saber, pero forman parte de la privacidad de Mav, y la privacidad es algo que nos tomamos muy en serio por aquí. Eso significa que, desde ahora, no puedes contarle a nadie información confidencial. No puedes contar nada de lo que hagas o vivas en redes sociales, no saques a Mav en fotos y no las cuelgues. Es más, todo contacto que tengas con las redes sociales deberá ser aprobado por mí. Y, desde luego, no se te permite hablar con la prensa, ¿queda claro? —Su tono es tajante, pero no abiertamente hostil, y puedo entender que quiera proteger a su pareja y su relación. Aun así, me parece algo exagerado.

—Es un poco extremo, ¿no crees? —pregunto con una sonrisa burlona, pero ella no me la devuelve. Me mira sin más. Me pongo seria—. Está bien —acepto, recordando de quién estamos hablando y el acoso diario que recibe Maverick por parte de la prensa, las revistas y los fans—. Mi hermana es periodista —recuerdo en ese

instante—. ¿Significa eso que no puedo hablar con ella en seis meses? —Suelto esto último con ironía, porque quiero que entienda que no pienso *ghostear* a mi hermana solo porque ellos me lo pidan.

—Puedes hablar con tu hermana —explica Ava—, solo limítate a no hablar de Maverick y todo estará bien. Si nos enteramos de que se ha filtrado alguna información a los medios que afecte la privacidad de Mav... —añade ella muy firme.

—Estaré despedida, lo sé —la corto.

Ava asiente y desvía la vista hacia el hombre del momento, que sigue lanzándonos miradas de soslayo desde su asiento. Su rostro se torna sombrío y triste al volverse hacia mí.

—Sé que te parece exagerado, y puedo entenderlo —comenta ella en tono comprensivo—, pero hemos sufrido mucho estos últimos años con lo de... —Traga saliva y sus ojos vidriosos se desvían hacia el cantante, una vez más con ternura. Siento como si alguien me estrujara las entrañas y tengo el impulso de consolarla, pero me esfuerzo en mantener el rostro impasible, porque sé que nadie apreciará mi compasión—. Maverick ha vivido momentos muy duros y es mi trabajo asegurarme de que las cosas vayan lo mejor posible. Se merece un poco de paz —susurra ella antes de volver a girarse hacia mí. Toma aire despacio y luego esboza una sonrisa débil—. Solo pido que le facilites las cosas, ¿vale? —Yo digo que sí y de manera automática me siento una auténtica mierda por estar mintiéndole a la cara. Sé que no voy a hacerle la vida fácil, más bien todo lo contrario. Ava sonríe de forma más natural y me aprieta el hombro con agradecimiento, volviendo a su actitud positiva y arrolladora de antes—. Te dejo descansar —dice finalmente—. ¿Quieres que le pida a la azafata que te traiga una manta para dormir?

Yo niego con la cabeza, casi sin saber qué me está diciendo, porque no puedo dejar de pensar en lo que estoy haciendo y en si es lo correcto. Lex Luthor también debía de pensar que hacía lo correcto cuando se enfrentaba a Superman, ¿no? Salgo de mis pensamientos cuando oigo que alguien se instala en el asiento de delante de mí y me sorprende ver al susodicho, aunque poco tiene Maverick Sutton de superhéroe con capa.

—¿Qué quieres? —pregunto, cruzándome de brazos.

—¿De qué hablabais? —pregunta él, y sé al momento que se refiere a Ava.

—De nada que te incumba.

En realidad, sí. Soy consciente de que estoy siendo desagradable, pero el discurso de la pelirroja me ha hecho ver a Maverick como una persona con sentimientos en lugar del robot psicópata robasueños por el que lo he tomado y estoy demasiado confundida para tenerlo delante. La perrita que retoza entre sus brazos tampoco ayuda.

—Eres un auténtico rayo de sol —responde él en tono irónico—. ¿Siempre estás así de sonriente, Hoyuelos?

—No tengo hoyuelos —miento. En verdad sí que los tengo, y es evidente que se ha dado cuenta por la forma en la que sus ojos chocolate se desvían hacia mis mejillas como esperando que aparezcan—. Y no te hagas el santo, que tú tienes menos modales que una manada de lobos.

—«Salvaje» es mi segundo nombre —bromea Maverick en el mismo tono sarcástico—. De momento no he tenido quejas. A las chicas parece gustarles mi lado lobuno.

Yo pongo los ojos en blanco. Por supuesto que toda referencia tiene que volverse sexual. Además de maleducado, guarro.

—Mira, Superestrella, he dormido menos de cinco horas —le suelto hastiada mientras me froto los ojos—. Así que, si tienes algo que decir, dilo ya.

Él no responde, pero sus ojos vuelven a pasearse por mi rostro y mi pelo como cuando estábamos en la furgoneta. Empiezo a ponerme nerviosa y esos nervios se convierten en latidos acelerados cuando una de sus masculinas manos llenas de callos se acerca a mi cara y pienso que me va a acariciar, pero solo coge suavemente uno de los mechones violetas que se me ha escapado de la coleta.

—No deberías teñirte el pelo de estos colores —pronuncia en un tono grave que no acabo de descifrar.

Le aparto la mano de mala manera y me coloco ambos mechones tras las orejas, irritada.

—No sabía que iba a tener que llevar el pelo a tu gusto —me quejo, obviamente sarcástica. No pienso cambiar un solo pelo solo porque él lo diga.

—No es por eso; me gusta así —susurra, y yo contengo el aliento, pues no me esperaba el halago—, pero llamarás mucho la atención. Los *paparazzi* se te echarán encima en cuanto te reconozcan por la calle —explica, y, de nuevo, tengo la sensación de que el tema de la privacidad es especialmente importante para él.

Casi parece preocupado por mí, pero yo sé que eso no puede ser cierto, así que enseguida busco la razón más lógica. Mi voz se suaviza al comprenderlo.

—No importa de qué color lleve el pelo, no hablaré de ti con la prensa —le prometo.

Por lo menos hasta que encuentre pruebas de lo que hicieron él y su amigo.

Me observa en silencio de esa manera tan intensa que me pone los pelos de punta y siento que está analizando mis pensamientos

con rayos X. Tal vez sí que sea Superman después de todo. Al final, baja la vista y se saca un paquete de chicles Trident de menta del bolsillo. Se mete un par en la boca y empieza a masticar. Su mano se acerca de nuevo para ofrecerme el paquete.

—¿Quieres? —pregunta, y noto que un par de miradas en el avión se clavan sobre nosotros con curiosidad.

—No, gracias —respondo, incómoda por la atención—. Me gustan más los de fresa.

Él suelta una risa irónica.

—Por supuesto que sí —susurra, casi para sí mismo, y no entiendo que se levante de golpe y se vaya al final del avión sin siquiera despedirse.

—A mí también me ha encantado charlar —gruño sarcástica, irritada con su falta de modales—. Imbécil —murmuro cuando ya no me oye.

Cojo mi mochila y, de mal humor, le pego un par de manotazos para que se ablande y poder usarla de cojín. La coloco a un lado del respaldo del asiento e intento ponerme cómoda para que el primero del puñado de viajes que haré en este *jet* privado durante los próximos meses se pase un poco más rápido. Pese a lo cansada que estoy, me cuesta coger el sueño y sé que la culpa la tiene el idiota que me lanza miradas de fastidio desde la otra punta del avión. Si antes pensaba que esto era una locura era porque aún no había asimilado que tendría que pasar seis meses encerrada con semejante animal; ahora, sencillamente, me parece una idea de ingreso psiquiátrico.

Aún no hemos aterrizado en la primera ciudad del Legacy Tour y ya estoy comenzando a arrepentirme de esa impulsividad que me caracteriza y buscando en mi cabeza la salida más próxima, aunque sea saltar de un *jet* en marcha.



CAPÍTULO 6

T-MOBILE ARENA,
Las Vegas,
NEVADA

Aria

Los autobuses tardaron varios días en llegar a Las Vegas y, para cuando empezaron a montar el escenario en el T-Mobile Arena —el enorme estadio en el que se juegan normalmente los partidos de hockey—, yo ya me había hecho una idea bastante clara de cómo iban a ser los siguientes seis meses. Las Vegas era una ciudad increíble que no dejaba de impresionarme pese a que no era la primera vez que la visitaba, y el hotel en el que nos habíamos instalado era uno de los más lujosos en los que había estado jamás. El equipo de Maverick había reservado las habitaciones de toda una planta para garantizar la seguridad del cantante. Yo había obviado la cara de malas pulgas que había puesto Roy —el enorme doble de John Cena que acompañaba a Sutton como una sombra— y había escogido la habitación con las mejores vistas y que, por mala suerte, resultaba ser la contigua a la del cantante.

Eso no había supuesto ningún problema para Maverick, quien se había pasado los siguientes seis días ignorándome por completo —algo que agradecía de corazón, si bien me resultaban molestos sus repentinos cambios de actitud—, lo que me había dejado con una gran cantidad de tiempo para adaptarme a mi nueva situación y encontrar mi lugar en esa locura. Había hecho entre poco y nada durante esos días, aparte de disfrutar del *spa* del hotel y del servicio de habitaciones, pero si una cosa no podía negar —y tenía que admirar a regañadientes— era lo mucho que Maverick trabajaba a diario. Ya tendría que haberme hecho una idea al conocer a su equipo, pero los días del cantante eran una mezcla de entrenamientos vocales, entrenamientos físicos —en los que lo hacían correr en una cinta cantando durante horas—, entrenamientos de coreografía, paseos sutiles para promocionar su presencia en la ciudad —los Suttoners flipaban al verlo en vídeos y fotos de las redes sociales comprando tranquilamente en una tienda de lujo de una de las calles más concurridas de Las Vegas—, más entrenamientos físicos y muchísimas pruebas de escenario y ensayos generales en un estadio vacío en el que practicaba la coreografía —de nuevo—, haciendo *playback* para no gastarse la voz antes de tiempo.

Llevaba en el Legacy Tour menos de una semana, pero, para el jueves, ya estaba agotada tan solo de verlo, y tuve que admitir que no todo el mundo podría aguantar ese ritmo sin tener algunos días de descanso. Y días de descanso era algo que Maverick Sutton, definitivamente, no tenía.

Ese ritmo frenético no baja el fin de semana, sino que se intensifica con un concierto de casi tres horas de pura intensidad tanto el viernes como el sábado y el domingo, razón por la que ahora mismo me encuentro acompañada por Ava en uno de los

pasillos con paredes de hormigón del estadio más grande de Las Vegas, en dirección al camerino de Maverick en el *backstage* de su primer concierto de la gira.

Mis ojos se pasean con avidez por cada rincón de esta parte del estadio que los fans no vemos nunca y a la que yo, como música, aún no había tenido el placer de acceder, y, por primera vez desde que firmé el contrato, me doy cuenta de la enormidad de lo que estoy viviendo. Solo ver el estadio por fuera y su inmensidad ya me había puesto la piel de gallina, pero el ambiente que se respira en este lado del concierto es casi tan contagioso como los nervios de los fans que esperan por ver a su grupo favorito tocar en directo. Los trabajadores de Mav —decenas y decenas de personas— corren arriba y abajo asegurándose de que todo sea perfecto: las luces y los focos, los efectos especiales de fuego, los instrumentos afinados, las decoraciones del escenario y cualquier otro pequeño detalle queda controlado por profesionales del espectáculo. Me siento completamente inútil rodeada de gente con un propósito y, por primera vez en una semana, siento la responsabilidad del trabajo que se me ha asignado. En seis meses, Maverick subirá al escenario de un estadio parecido a este y, delante de más de ochenta mil personas, tocará una canción que yo ayudaré a componer. De repente, me tiemblan las manos y me aparto el pelo violeta de la frente sudada.

—Vamos, no te pares —me ordena Ava, que sigue acelerando por los infinitos pasillos de debajo del escenario para ir a buscar a su pareja.

Cuanto más tiempo paso con Maverick y Ava más veo los detalles de intimidad que comparten a diario: pequeños besos en la frente, roces robados y otras sutiles muestras de cariño que siempre me hacen apartar la vista.

Llegamos al camerino de Maverick, que tiene la puerta entreabierta y está hasta arriba de estilistas que llevan horas preparando a la estrella para que esté impoluta. La escena parece sacada de un documental de la Semana de la Moda de París, porque la habitación está llena de percheros con ropa extravagante, zapatos, maquillaje y todo tipo de artilugios para peinar; el sueño erótico de cualquier peluquera o diseñadora de moda. Lo que es también un sueño erótico es la imagen que veo de Maverick reflejada en el espejo. Nuestras miradas se cruzan y un escalofrío me recorre la columna. Tiene a una mujer terminando de empolvarle la frente y, aun así, rezuma masculinidad por cada uno de sus poros. Enfundado en unos pantalones de cuero que se le pegan al cuerpo como si estuvieran pintados, va sin camiseta y lleva encima solo una chaqueta, también de cuero, abierta. Su piel reluce casi como si la llevara embadurnada de aceite y, si no fuera porque he visto las fotos de sus conciertos en Pinterest, pensaría que he entrado en el camerino de una estrella del porno. Tiene el pelo peinado de forma que da la impresión de caerle con descuido sobre la frente, pero lleva tanta laca que no se movería ni aunque estuviera en medio de un huracán, y sus labios se ven carnosos y teñidos de un rosado suave y natural, como si se los hubiera estado mordiendo.

El hombre que tengo delante no es el hombre malhumorado que me lanza miradas airadas desde el otro lado del *jet* privado o el que sonríe con dulzura al acariciar a su perra paticorta. Es otra persona. Es un ídolo. Es una estrella. Es un famoso. Es una máscara. No lo reconozco. Y, de pronto, siento el impulso de acercarme a él y revolverle el pelo hasta despeinarlo, ensuciarlo o dejarle un manchurrón de maquillaje en la mejilla. Lo que sea que haga que ese ser perfecto vuelva a ser el Maverick que conozco y al que estoy acostumbrada. Salgo de mis pensamientos cuando Ava se acerca a

su novio y le da un suave beso en la sien, ignorando las miradas de odio de las estilistas que llevan horas maquillando ese rostro inmaculado y angular.

—¿Cómo estás? —le pregunta la pelirroja con rostro dulce y algo preocupado.

Esa pregunta parece desatar algo en Maverick, cuya rodilla empieza a moverse arriba y abajo con gesto nervioso y exhala.

—No sé si puedo hacerlo, Avs... —le susurra, y, si no tuviera un oído tan fino, no habría oído esas palabras.

Le lanzo una mirada de odio a la estilista cuando enciende un secador justo al lado de Maverick y me pierdo el resto de la frase.

Sea lo que sea lo que la publicista le responde, Maverick parece cada vez más tenso y su pierna se mueve con ansiedad mientras habla con ella. Ava le acaricia el hombro y él apoya la frente sobre el abdomen de ella, que está de pie a su lado. Cuando levanta la cabeza, pide algo y extiende la mano con la palma hacia arriba.

—¿Qué? —pregunta Ava, por encima del secador.

Maverick vuelve a decir algo, pero no se le oye.

—Para esto —le ordena a la peluquera—. Páralo. —Aparta el secador de mala manera y lo desconecta de la pared. Vuelve a girarse hacia Ava—. Quiero mis chicles. ¿Dónde están mis chicles? —pregunta nervioso.

—Mav..., no lo sé. —Ava echa un vistazo a su alrededor, angustiada. Busca el paquete de chicles que Maverick lleva siempre encima, pero el camerino está patas arriba.

—Quiero mis chicles ahora —exige el cantante, y su respiración empieza a alterarse—. ¡Ava, mis chicles! —En este momento ya está gritando y tirando las cosas que hay encima de la mesa al suelo. Las estilistas se quejan, pero él se limita a fulminarlas con la mirada—.

¡¿Alguien puede traerme un puto paquete de Trident?! —grita, completamente fuera de sí, levantándose del taburete.

Se me descuelga la mandíbula, pero Ava no parece preocupada lo más mínimo por el tío de metro noventa que está vociferando a un par de palmos de su cara y solo saca el móvil del bolsillo para hacer una llamada. El pecho de Maverick sube y baja con rapidez y se pasa los dedos por el pelo, alterado.

En cuestión de minutos, un trabajador entra en el camerino con un paquete de chicles de menta Trident precintado en la mano. Ava mira el paquete como si fuera un fajo de billetes de quinientos y corre a dárselo al cantante, desenvolviéndolo a un tiempo. Maverick se mete dos chicles en la boca, sus hombros se destensan de golpe y vuelve a sentarse en el taburete. Ava se acerca a él por detrás y le acaricia los hombros, para nada disgustada con el berrinche de niño pequeño que la estrella acaba de protagonizar. De pronto, veo de nuevo al ídolo como el idiota malhumorado que es y frunzo el ceño. Maverick Sutton es la definición de multimillonario caprichoso. Gritando por un paquete de chicles y contaminando el planeta con viajes en *jet* privado entre ciudades muy cercanas y en helicóptero para trayectos de menos de veinte minutos en coche. Un auténtico mimado. Nuestras miradas se cruzan en el espejo de nuevo, pero en esta ocasión lo miro con desdén. Él no despega sus ojos de mí, aunque vuelven a estar completamente vacíos, como cuando lo vi en la discográfica. Nos quedamos observándonos en silencio, él masticando su estúpido chicle de menta y yo cruzada de brazos en un ambiente que no es el mío y en el que no pinto nada, hasta que la puerta del camerino se abre por enésima vez.

—Cinco minutos y a escena, Maverick —indica un hombre joven que va con una carpeta y unos cascos con micrófono.

El cantante asiente y se levanta de su taburete para dirigirse a la salida. Ava lo sigue y me hace una señal con la mano para que vaya con ellos. Aunque no quiero pasar tiempo con él, la parte de mí que sueña con tocar en un concierto algún día me impulsa a acompañarlos para observar más del proceso. Camino detrás de la pareja por los pasillos hasta que estamos justo debajo del escenario, a través del cual se atisba a los miles de fans que están chillando de emoción y esperando con impaciencia que empiece el espectáculo. El corazón se me acelera al ver a tanta gente junta pendiente del escenario, con el móvil en la mano y las pequeñas pulseras-linternas iluminando el estadio como si fueran luciérnagas en el cielo. Siento cosquillas en el estómago y la piel se me vuelve a erizar al ser consciente, de nuevo, de la enormidad de lo que estoy viviendo, de lo que formo parte.

—No te acostumbras nunca —oigo en un susurro la voz de Maverick a mi lado, que contempla a sus fans.

Yo me giro hacia él y veo su rostro pensativo, pero sus ojos brillan de nuevo con algo parecido al agradecimiento y a la tristeza. Si el sentimiento agridulce tuviera una expresión, sería la que muestra él ahora mismo.

No se me ocurre qué responderle, pero tampoco tengo tiempo, porque los teloneros —un grupo de chicos jóvenes que tienen un potencial increíble— terminan de tocar su último tema y una música delata la entrada de los Trailer Trash. La banda que acompaña a Maverick también se acerca a donde estamos con sonrisas y nerviosismo, pero muchas ganas. El público se vuelve loco, pues sabe que sus artistas favoritos entrarán en escena en cuestión de segundos, y los Trailer Trash se montan en una plataforma que va subiendo poco a poco hasta que están en medio del escenario y los gritos son ensordecedores.

Ava me agarra de la mano y me conduce por un lateral hasta que estamos a un lado del escenario, ocultas entre bastidores. Los focos se mueven y Maverick saluda al público con la mano mientras se acerca a su micrófono personalizado de color amarillo chillón —siento una punzada de envidia sana por que esté viviendo mi sueño— y los fans enloquecen.

—¡¡¡Buenas noches, Las Vegas!!! —chilla el cantante con un buen humor magnético, y su sonrisa es tan sincera que me pregunto si tengo delante a la misma persona que hace cinco minutos estaba teniendo una pataleta en su camerino.

Miro las enormes pantallas que hay a su alrededor y que reflejan su cara en grande, y me fijo en que esa sonrisa no le llega a los ojos. El público se vuelve loco, completamente ajeno a la máscara que el cantante lleva puesta. Su máscara de ídolo, de superestrella.

Y veo con claridad por qué lo es. Desde un lado del escenario puedo apreciar a la perfección el puro talento que desprende y cómo ese magnetismo que tanto impone en persona se ve multiplicado por un millón en el escenario. La presencia de Maverick ocupa un estadio entero, y tengo la piel de gallina durante la primera mitad del concierto. Su voz no falla una nota pese a los saltos y movimientos bruscos del baile perfectamente ensayado que comparte con sus bailarines. El cantante se acerca al público e interactúa varias veces con él —sobre todo, con ellas—, haciendo que se peleen por poder tocar un pequeño trozo de su piel. Entre canción y canción habla a sus espectadores, lee los carteles que sostienen en las manos y los hace reír con sus comentarios, dando un espectáculo que va mucho más allá del musical, y es realmente inspirador. Y, pese a toda esa interacción y la sonrisa sincera que no desaparece de la cara de Maverick durante el concierto, advierto que una parte de él está en otro lado, que no está del todo aquí. Hay

una cierta rigidez en sus movimientos, como si fueran practicados, como si intentara llegar al final de la obra de teatro sin que se notara que se le han olvidado la mitad de sus frases, como si estuviera tirando por completo de memoria muscular, y yo solo puedo preguntarme cómo de impresionante debe de ser verlo actuar cuando su corazón está al cien por cien en esa actuación.

Pese a esa falta de pasión, su coreografía y su afinación son perfectas, y cada tema es un espectáculo. El entusiasmo de los fans es contagioso y, muy a mi pesar, tengo que admitir que su música es absolutamente adictiva y hace que te entren ganas de saltar y bailar, pero hago un esfuerzo por controlarme, no como Ava, quien menea las caderas y chilla la música sin pudor desde un lateral del escenario. Me cruzo de brazos para evitar la tentación de moverme y me apoyo contra una de las vigas de metal, pues sé lo mal que se me da bailar y, con la mala suerte que tengo, aún terminaría en algún vídeo viralizado de TikTok haciendo el ridículo, que es lo último que quiero.

Disfruto del concierto en silencio y todo fluye con naturalidad, por lo menos hasta que lanzo una mirada rápida al *backstage* y veo con nitidez que algo va mal. El cantante se toca el auricular que tiene en la oreja y tamborilea el ritmo de la canción contra su pantalón mientras canta, obviando la coreografía que debería estar haciendo.

—¿Qué hace? —pregunta Ava, preocupada.

—Creo que sus In-Ear están fallando —susurro, contemplando cómo sigue tamborileando el ritmo de la canción contra su muslo.

—¿Sus qué? —pregunta Ava, en completo pánico.

—Los pinganillos que lleva en la oreja —explico. Aunque mucha gente cree que solo son para bloquear el sonido del público, en realidad los sistemas de monitorización In-Ear tienen muchas otras funciones, como las indicaciones de cuándo tienes que empezar a

cantar, marcar el tempo y permitirte escuchar tu propia voz, la base y los instrumentos, entre otras—. Es lo que le da el ritmo. Está intentando no desacompasarse —añado en tono urgente, pero ya me estoy girando hacia los técnicos de sonido, que están intentando descifrar las miradas furtivas que va lanzando Maverick. Les cuento lo mismo que le he dicho a la pelirroja y ellos enseguida arreglan el problema técnico desde la mesa de mezclas.

Los hombros de Maverick se destensan ligeramente y, una vez que vuelve a tener la canción bajo control, se incorpora a la coreografía en el punto álgido sin que nadie se haya dado cuenta de lo que ha ocurrido. Cuando finaliza ese tema, nuestras miradas se cruzan durante un instante y una de las comisuras de su boca se alza con agradecimiento antes de guiñarme un ojo. Yo asiento, sin moverme de la columna en la que estoy apoyada, fingiendo que ver a ese hombre sudado y sin camiseta guiñarme un ojo no hace que un escalofrío me recorra la columna. Desvío la vista hacia el público, rogando por dentro que no se vea lo calientes que tengo las mejillas, pero mi atención regresa al cantante cuando oigo sus siguientes palabras.

—La próxima es una canción muy especial —pronuncia, y todos los presentes se vuelven locos, porque ya saben de cuál se trata. Yo también, y una roca de cemento parece haberse aposentado en mi estómago. Trago el sabor a cenizas y me obligo a escuchar—. Es una canción que solo he tocado una vez en vivo y que compuso alguien muy importante para mí. —Su voz se rompe y, de repente, tengo un nudo en la garganta. El público está más o menos calmado, seguramente igual de conmovido que yo al ver la emoción que no he visto en el cantante aparecer de golpe en una sola frase. Le brillan los ojos y se agarra el pecho desnudo como si el corazón fuera a salírsele de la caja torácica. Me siento idiota por pensar que el vacío

en las emociones de Maverick se debía a una especie de *alter ego* que se había creado para actuar, cuando la realidad es que tenía delante a una persona que estaba dando su primer concierto desde que su mejor amigo y compañero de escenario murió. Abre la boca y se acerca el micrófono, y sé que, sea lo que sea lo que va a decir, nos romperá el corazón, pero después parece que cambia de opinión y vuelve a ponerse la máscara de cantante divertido y alegre—. Así que esta canción es para ti, hermano. ¡«Jaque mate»!

Trago saliva con fuerza y me obligo a no moverme un centímetro mientras uno de los grupos más famosos del mundo toca en directo el tema que yo compuse y que con tanta facilidad me robaron, pero es solo en ese momento, oyendo la emoción en su vibrato y la forma en la que sus ojos brillan al cantar esa letra, cuando me doy cuenta de que Maverick Sutton, pese a sus muchos defectos, no es un ladrón. Nadie que supiera que esa canción fue robada podría cantarla con esa devoción y, en este momento, entiendo que Maverick creyó sin dudarlo a su mejor amigo cuando le dijo que esa canción la había compuesto él. De repente, entiendo su hostilidad al pensar que yo estaba genuinamente insultando la memoria de un ser querido y se me revuelve el estómago. La canción llega al puente, donde la música es tan sencilla que casi parece que cante a capela, y solo de escucharlo tengo ganas de llorar por la muerte de alguien a quien no conozco, y me planteo si algún amigo me ha querido alguna vez con esa intensidad. Y entiendo en una sola canción lo que Maverick había intentado explicar con sus pocas palabras: Owen Cox era su amigo, pero también era la persona con la que se había criado, la persona con la que había crecido y compartido sueños, hoteles y escenarios, la persona con la que había compartido secretos y risas, canciones, y toda una vida.

Y tal vez Owen Cox se había aprovechado de la inocencia de una pobre niña que se creía preparada para la industria de la música, pero, fuese lo que fuese lo que su mejor amigo había hecho, Maverick Sutton creía ciegamente en él y no había nada que yo pudiese decir para hacerlo cambiar de opinión.



CAPÍTULO 7

T-MOBILE ARENA,
Las Vegas,
NEVADA

Maverick

Siento mi sonrisa acartonada pegarse a mi rostro como el sudor a mi frente. Me quito los monitores In-Ear para captar los gritos del público y tengo que agarrarme del soporte del micrófono para no marearme. Un nudo en la garganta no me deja tragar bien y en ese momento me odio. Me odio porque estoy aquí de pie escuchando ese sonido que tantas veces he disfrutado junto a Owen y que él ya no puede oír. Me odio por disfrutarlo pese a su ausencia. Me odio por sentirme agradecido de que estas personas hayan venido. Me odio por querer a cada una de ellas. Y me odio por odiarlas por haber venido como si nada hubiera cambiado.

Tantas contradicciones hacen que se me acelere el corazón y mi pecho se mueva arriba y abajo intentando coger aire, pero casi sin poder respirar. Salgo del escenario a trompicones, saludando con la mano por pura memoria muscular y manteniendo esa sonrisa de cartón hasta que las cámaras y los focos ya no pueden acceder a mí.

Los brazos suaves de Ava me envuelven y su olor familiar me reconforta a la vez que termina de clavarme el cuchillo por todos los recuerdos que hemos compartido en los que había otra persona que ya no está. Dejo que me guíe por los pasillos del *backstage* hasta mi camerino y no levanto la vista de mis pies mientras camino. Cuando llegamos, levanto la cabeza y, por la periferia, capto una melena violeta y unos ojos miel que ahora mismo no puedo ni mirar. Sigo andando, casi como un robot, hasta que alcanzo el sofá situado al otro lado de la pequeña habitación.

Aparto de mala manera las perchas de ropa que hay ahí tiradas, me siento y apoyo la cabeza en las manos para intentar olvidar el resto del mundo. Me quedo así un rato, hipnotizado por el sonido rítmico del ventilador, que gira más rápido que los pensamientos en mi mente. Alguien me deja una toalla en el cuello y me seca el sudor, y bebo de la botella de agua que me acercan de forma instintiva, procurando calmar el ardor que noto en la garganta y que no viene de llevar tres horas cantando sin parar y sin *playback*. El cansancio me invade de golpe y siento los músculos atrofiados por todo el ejercicio físico y, sobre todo, emocional. No sé cuánto tiempo pasa, tanto podrían ser diez minutos como una hora, pero no salgo de ese bajón hasta que alguien menea con suavidad mi hombro, y levanto la cabeza con los ojos desenfocados.

—Deberías ir al hotel a descansar —susurra Ava comprensiva.

Mi mirada se pasea por el camerino y se queda unos segundos de más fijos en la chica que tantos sentimientos contradictorios me hace experimentar y que me observa con unos ojos que me analizan más que mi psicóloga.

—Haré los *meet and greet* —le digo en tono definitivo, y ella me observa con preocupación.

—Puedo cancelarlos —insiste ella—. Estás agotado, y los fans lo entenderán. Es el primer concierto desde... Todos estamos dando nuestro máximo.

Eso me cabrea y le lanzo una mirada airada.

—Esa gente ha pagado por verme en el *backstage* —le recuerdo, seco—. Algunos con el dinero de papá, sí, pero otros han ahorrado durante meses solo para poder venir aquí. Las mismas personas que compran mis cedés y que pagan todas estas chorradas. —Señalo el camerino y todas las prendas de marcas de lujo que decoran las sillas y los percheros—. Pasar diez minutos haciéndome fotos y dando abrazos no es «mi máximo», es lo mínimo que les debo.

Ava abre la boca para rebatirlo, pero la cierra con un asentimiento. Detrás de ella, Aria emite un sonido con la garganta que no sé interpretar y mi mirada se desvía de nuevo hacia ella. Alzo una ceja con gesto de interrogación, retándola a contradecirme, pero solo veo aprobación en su rostro y una sorpresa insultante. Eso solo me irrita más. No quiero que se me felicite por hacer mi puto trabajo, no soy ningún héroe.

Salgo del camerino sin mirar hacia atrás y mis dos guardaespaldas se me pegan a los talones, algo a lo que estoy tan acostumbrado que ya casi ni lo noto. Richard se acerca a nosotros y parlotea en mi oído mientras me riñe por haber cantado *esa* canción, «Jaque mate», que no estaba en el repertorio de esta noche... ni de ninguna de las noches de la gira, para ser sincero. La política de Shooting Records en todo lo que hace referencia a la muerte de Owen es clara: fingimos que no ha pasado nada. Eso es lo que querría hacer todo el mundo, fingir que no había pasado. Fingir que Owen nunca ha formado parte de los Trailer. Fingir que todo sigue igual. Pero Owen no solo formaba parte de los Trailer Trash; Owen era los Trailer Trash. Sin Owen, no hubiera habido nada de todo esto,

porque no hubiera tenido los cojones de admitirle al borracho de mi padre que quería bailotear vestido de cuero por los escenarios. Y no hubiera tenido el apoyo de Etta, la que fue mi verdadera madre durante toda mi infancia y adolescencia, y lo sigue siendo.

Ignoro a mi mánager durante todo el camino hasta llegar a la sala privada en la que me encuentro con los fans. Esos diez minutos pasan en un abrir y cerrar de ojos, y mi mente se desconecta de mi cuerpo mientras sonrío, abrazo y aguanto las manos que me manosean por todos lados y la gente que me llora encima. Los *flashes* me ciegan y, de repente, puedo ver claramente a Owen a mi lado, charlando con las fans y lanzándoles guiños juguetones, y daría lo que fuera para que esa visión fuera real. Si estuviera aquí, Owen llamaría la atención hacia sí mismo, como hacía siempre que los focos empezaban a ahogarme, y soltaría un par de chistes que harían reír a los fans para que yo no tuviera que llevar el peso de la conversación. Podría refugiarme en el silencio y ser yo mismo. Daría todos los millones que tengo en el banco por cinco minutos más con él, pero ya no está, así que cojo aire y hago todo lo que puedo por responder las preguntas de las pocas fans que no están teniendo un ataque de nervios al conocerme. Firmo camisetas, cedés y fotos, y vuelvo a forzar esa sonrisa acartonada mientras me fotografían con cada una de las personas de la sala. Cuando termino tengo los músculos agarrotados de estar tan tenso y tropiezo un par de veces hasta que llegamos a la puerta trasera, en la que hay un coche enorme esperándonos.

—Lo siento —dice Roy en tono comprensivo al ver mi cara pálida.

Yo le doy una palmada en el brazo para que sepa que lo entiendo y me meto en el SUV con sillones de cuero, intentando no vomitar. Cierro los ojos y apoyo la cabeza contra el cristal frío del coche

mientras me saco el paquete de Trident del bolsillo y me meto un par de chicles en la boca.

—Iré poco a poco, mijo —añade Javier Cruz, mi segundo guardaespaldas, con su acento cubano antes de sentarse en el asiento del conductor.

Roy se sienta a mi lado, siempre preparado para proteger mi flanco.

—Solo quiero llegar ya —gruño, masticando el chicle de menta de manera casi obsesiva.

Javier arranca el motor y yo me agarro al asa de encima de la puerta con los nudillos casi blancos y cierro los ojos durante todo el trayecto. El resto del equipo va en coches justo delante y detrás de nosotros, y cuento en voz baja los segundos hasta que el vehículo se detiene frente al Waldorf Astoria Las Vegas. Suspiro, completamente agotado, cuando veo el montón de fans y *paparazzi* que se agolpan a la puerta del hotel, pero, llegados a este punto, prefiero enfrentarme a lo que sea antes que quedarme un segundo más aquí dentro, así que abro la puerta y sonrío ante los *flashes* de las cámaras. Me paro delante de los periodistas y hago un par de declaraciones cutres sobre lo emocionante que ha sido volver al escenario después de tantos meses de inactividad. Mi fachada despreocupada se agrieta cuando preguntan por Owen, pero Roy me empuja hacia la puerta y los aparta de mí antes de que pueda responder, lo que me recuerda que tengo que subirles el sueldo a esos dos por todo lo que aguantan.

Sigo avanzando hacia la entrada y me paro cuando oigo mi nombre en una voz aguda y femenina. Veo a una adolescente que está llorando y fuerzo mis pies a dar la vuelta para acercarme a firmarle el cedé. La joven llora mientras se agarra de mi chaqueta de cuero, y luego siento más manos agarrarme. Acerco el rotulador

hacia todos los tejidos y papeles que me ponen delante de la cara, casi sin ver lo que firmo, y me mareo al sentir tantas manos tirando de mí. Un cartel con la cara de Owen se alza frente a mí entre las fans, hecho a mano, y casi me tropiezo al caminar hacia él: «Los coros de ángeles necesitaban un director, y ahora te tienen a ti». Mi mirada baja hacia la chica que sostiene el cartel entre lágrimas y agarro su mano de entre todas las que intentan llegar a mí, en agradecimiento, y ella llora más fuerte. Los *flashes* se vuelven locos a mi alrededor y sé que mañana pagaré por esto en las redes sociales, pero ahora mismo me da igual. Ahora que los tengo cerca, me doy cuenta de que los fans no han olvidado a Owen para nada, y que toda la tristeza que llevo acarreando encima todo el día ha sido compartida.

Javier tira de mí con suavidad para que continúe andando y suelto la mano de esa chica que me ha acercado a Owen durante un segundo con sus dulces palabras. Nunca he sido especialmente religioso, pero, por un momento, rezo para que la visión que ha creado sea cierta y Owen pueda seguir haciendo música desde arriba. Cruzo las puertas del hotel y dejo atrás a todo el mundo, pero siento algo de paz por primera vez en meses. Una paz que desaparece en un pestañeo en cuanto paso la tarjeta magnética por el pomo de la puerta y, nada más encender la luz, alguien se me lanza encima. El corazón me salta del pecho y siento auténtico terror, que se convierte en asco al ver a una chica en ropa interior besuqueándome la mandíbula con expresión desquiciada.

Roy y Javier reaccionan antes de que me dé tiempo de hacerlo a mí y uno de ellos la aparta de mi cuerpo mientras el otro tira de mí y me arrastra hacia la habitación más cercana para mantenerme a salvo de cualquier ataque. Aún en shock, solo oigo el pitido de la llave maestra que llevan encima al abrir la puerta contigua a la mía y

su mano callosa me lanza dentro de la habitación y cierra la puerta para ayudar a su compañero a neutralizar la «amenaza». Estoy tan ido que ni siquiera registro que hay otra persona en la estancia hasta que oigo su voz.

—¡Eh! Esta es mi habitación —exclama Aria, indignada—. ¡Podría haber estado desnuda! ¿Cómo has entrado? ¿Con qué derecho...? —Calla de repente al registrar mi expresión y, de pronto, sus ojos verdes y terrosos parecen preocupados—. ¿Maverick? ¿Estás bien? —Todo ha pasado tan rápido y hace tantas horas que estoy intentando calmar mi psique descontrolada que ese sentimiento de violación e invasión es lo que hace que toda la ansiedad y los sentimientos negativos que llevo procurando embotellar desde hace meses explote. Doy un par de pasos hacia la pared a mi espalda y me dejo resbalar hasta el suelo, agarrándome el pecho para poder controlar mi respiración agitada, lo que solo empeora mi vergonzoso ataque de pánico—. ¡Maverick! —Aria se arrodilla delante de mí y me coloca una mano en el pecho—. Respira, Mav, respira. No cojas tanto aire, coge poquito. Por la nariz. Así, muy bien. —Intento imitar sus movimientos y su pequeña mano caliente sobre mi pecho me ancla. De pronto, la aparta de mí y vuelvo a entrar en pánico, intentando agarrar su mano—. Chist... Chist... Ya está —susurra, dándome la mano de nuevo y apoyándola contra mi pecho desbocado—. Inspiraciones pequeñas —me recuerda. Yo asiento y mi mirada desenfocada se fija en una toalla algo mojada y llena de manchas de tinte violeta que hay tirada en el suelo. Por algún motivo, la imagen de esa toalla colorida me ayuda a centrarme—. Muy bien —me felicita Aria con esa voz suave y ronca que me eriza la piel. Su pelo violeta cae delante de mi cara como una cortina y el olor a producto químico mezclado con el olor a fruta de su champú me roba los sentidos hasta que solo puedo concentrarme en eso—.

Así, exacto. Chist... —termina de tranquilizarme la última persona que habría esperado que me echara un cable, a menos que fuera para electrocutarme.

Poco a poco mi respiración vuelve a la normalidad y me siento estúpido por tener su mano agarrada contra mi pecho, pero ella no hace ningún gesto para soltarla, y yo tampoco.

Carraspeo, azorado.

—Lo siento —susurro, con voz rasposa.

Me da tanta vergüenza mirarla a la cara que clavo la vista en esa toalla manchada como si fuera un bote salvavidas.

—¿Quieres contarme qué ha pasado? —pregunta la chica del pelo de colores y los hoyuelos en las mejillas. Su tono es de comprensión y no me suelta la mano, aunque estaría en todo su derecho de sentirse incómoda con tanto toqueteo.

—Había alguien en mi habitación —musito.

—¿Qué? —pregunta, y el pánico se instala en sus ojos, alarmada.

De repente, me siento culpable por asustarla.

—Tranquila, no era ningún psicópata con un cuchillo —intento bromear con un nudo en la garganta—. Solo era una chica. —«Desnuda», añado para mis adentros, asqueado. Ni siquiera me he fijado en su cuerpo, me era completamente indiferente ante la sensación de invasión que me ha sobrecogido—. Me he asustado por nada —acabo confesando, de nuevo concentrado en la toalla del suelo.

—¿Solo una chica? —pregunta ella de forma irónica—. Da igual si era una chica o un pervertido de cuarenta tacos. Eso es acoso y es algo muy serio.

Su tono urgente calma algo dentro de mí, así que confieso el resto.

—Estaba desnuda. Se me ha echado encima cuando he abierto la puerta. —Cojo aire y suelto una risa débil—. Como he dicho, ha sido una reacción exagerada. Muchos hombres estarían encantados de tener una «sorpresa» así. —Al ver su cara de indignación, me siento culpable—. No pasa nada. Estoy acostumbrado a que me toquen y me abracen desconocidos. Soy de dominio público —digo eso en tono despreocupado, pero, por algún motivo, mis dedos se agarran aún más fuerte a los suyos.

Ella me devuelve el apretón.

—Mav, mírame —ordena, y vuelvo a subir la mirada de nuestras manos entrelazadas a sus ojos decididos—. Alguien se ha colado en tu habitación, el lugar en el que deberías poder relajarte y olvidarte de los fans, y te ha tocado sin permiso. No está bien, lo mires como lo mires. Puedes traerte todas las chicas que quieras a la habitación, pero nadie debería entrar sin tu permiso. Que seas famoso no los hace propietarios de ti. Si alguien hace algo que no te gusta, tienes el derecho a poner límites. —Exhalo, algo aliviado, aunque parte de mí sigue pensando que estoy haciendo una montaña de un grano de arena—. ¿Sabes que me gustaría cantar en conciertos algún día? —pregunta ella, y el cambio de tema me descoloca, pero asiento—. Entonces sería también un personaje público —añade, y yo asiento de nuevo—. Podría pasarme a mí. ¿Te parecería aceptable? ¿Que un hombre al que no conociera entrara en mi habitación sin mi permiso y me pusiera las manos encima?

Se me hiela la sangre y me hierve por la rabia simultáneamente, y sé que, si algo así le sucediera a ella o a cualquier otra mujer de mi equipo, removería cielo y tierra hasta encontrar responsables, y ese desgraciado no se saldría con la suya.

—No —gruño, y ella sonríe un poco.

—Exacto —dice en voz baja, y yo asiento.

Mis hombros se relajan y ella se sienta a mi lado, contra la cama, sin soltarme la mano. Nuestros dedos entrelazados quedan apoyados sobre mi muslo y no decimos nada durante un momento. Mi mirada vuelve a esa toalla manchada de violeta y de repente tengo la necesidad de entenderlo mejor. O tal vez solo quiero distraerme.

—¿Por qué cambias de color de pelo tan a menudo? —pregunto, incapaz de contener mi curiosidad. Ha pasado apenas un mes desde que la fui a buscar al MIT y ya la he visto con dos colores diferentes.

Ella sigue mi mirada hasta ver la toalla y su rostro parece colorearse un poco.

—Mi hermana tiene sinestesia —explica, y, de todas las cosas que podía decir, esa es la que menos me esperaba.

—Sinestesia... ¿Es eso de la gente que puede saborear los colores? —pregunto, cada vez más interesado.

—No son solo los colores —explica Aria—. Es una patología que afecta la percepción humana. Los sentidos se cruzan y puedes oler texturas, saborear colores o ver formas en la música.

—¡Qué pasada! —exclamo, incapaz de evitar mi admiración. No puedo negar que tiene que ser increíble experimentar la música de esa manera.

—Puede ser una pasada —admite ella—, pero, cuando tienes trece años, solo te sientes un bicho raro. —Yo asiento, pues alcanzo a entender cómo algo así puede hacerte sentir diferente, sobre todo a esa edad—. Hice todo lo posible para que Addie aceptara esa parte de ella misma, e incorporamos su modo de ver el mundo a nuestro día a día. Me encantaba crear canciones solo para ver cómo iba a percibirlas y jugábamos a expresar nuestras emociones a través de los colores. Y empecé a teñirme el pelo de colores en función de mi estado de ánimo cuando tenía quince años y ya no he dejado de

hacerlo —me cuenta, y yo asiento, pues tiene mucho sentido. Su expresión se ha vuelto más dulce al pensar en su hermana y advierto que hay mucha ternura en esa relación.

—¿Qué significa el violeta? —digo paseando la mirada por los mechones de pelo que le caen sobre esa pequeña nariz. De pronto, siento el impulso de mordérsela y agradezco la distracción que su respuesta me brinda.

—El violeta es misterio o desconocimiento —declara ella, y yo alzo una ceja. Eso la hace sonreír—. He empezado un trabajo nuevo, en un equipo nuevo en el que aún estoy intentando encontrar mi lugar. Supongo que mi vida es bastante incierta, y de ahí el color.

Yo asiento, pensativo.

—¿Qué diría alguien con sinestesia de mi música? —pregunto, en voz baja, y, por algún motivo, necesito la respuesta a esa pregunta más que nada en el mundo.

Ella sonríe con cariño y algo de tristeza, lo que me descoloca.

—Después de ver el concierto de hoy, diría que vuestras canciones son como un círculo, porque inspiran cercanía y comunidad. —Asiento para animarla a seguir hablando, con el pecho caliente—. Diría que vuestra música es de color negro, porque combina con todo.

—¿Qué diría de mí?

—Diría que tienes textura de cuero, porque eres resistente, pero lujoso. —Se ríe, pero yo solo levanto una comisura de los labios con ironía; no me siento particularmente fuerte ni resistente desde hace un tiempo.

—Owen sería unos vaqueros —susurro con un hilo de voz. Su sonrisa decae un poco, pero veo la comprensión en su mirada, que me anima a seguir hablando—. Cómodo, adaptable y para el día a día —explico, y ella asiente.

Me saco el paquete de chicles Trident del bolsillo y me meto uno en la boca. Ella me mira contemplativa.

—¿Por qué te gustan tanto los chicles de menta? —pregunta, y me doy cuenta de que debo parecerle un desquiciado.

Estoy tan acostumbrado a que mi equipo lo sepa que no me había planteado qué pensaría alguien de fuera.

—Owen siempre los llevaba encima —le cuento, y después sonrío con el recuerdo—. Un día le ofreció un chicle de menta a un periodista y se convirtió en un meme de internet —recuerdo entre risas melancólicas. Ella entrecierra los ojos y asiente, como si estuviera intentando recordar el chiste que ruló por las redes—. Lejos de avergonzarse, se lo tomó a risa, y al día siguiente tenía a todas las marcas de chicles del país ofreciéndole millones a cambio de publicidad, y firmó una colaboración con Trident. —Aria asiente de nuevo, entendiendo por fin mi obsesión—. Siempre olía a menta, y siempre iba ofreciendo esos malditos chicles a todo el mundo —termino en voz baja mirando el paquete con cariño—. Yo estaba hasta el moño de verlos por todos lados, pero cuando murió... —Carraspeo, incapaz de acabar la frase, incapaz de decir que daría una pierna y un brazo por volver a lanzar esos estúpidos chicles en arco para que los cazara con la boca o le golpearan en la nariz y cayeran desparramados por el suelo—. Me hacen sentir más cerca de él —pronuncio al final.

Los labios de Aria se curvan en una sonrisa tierna y un pequeño hoyuelo aparece en una de sus mejillas. Me fijo en su boca más tiempo del que es socialmente aceptable. Tanto tiempo que ella también se da cuenta y su mirada baja de mis ojos a mi boca, de forma inconsciente. Así, de cerca, veo que su labio inferior es bastante más grueso que el superior y, acostumbrado a una belleza artificial creada en laboratorios, esa pequeña imperfección me roba

el aliento durante un momento. No sufro de sinestesia, pero, en este instante, sé que su boca tendría un sabor que quedaría grabado a fuego en mi memoria. Por suerte, un golpe de nudillos nos saca a los dos de ese microclima de confesiones que se había creado a nuestro alrededor y ella me suelta la mano con gesto acusador, como si le hubiera lanzado un hechizo para hacer que bajara la guardia. Su mirada vuelve a ser cautelosa y desconfiada cuando la puerta de su habitación se abre y mis guardaespaldas entran para decirnos que ya se han ocupado del problema.

Pese a la intensa atracción inicial que sentí por ella antes de saber quién era, Aria Simmons era la última persona con la que pensaba poder relajarme después de un día de mierda como este. Y, definitivamente, era la última persona del mundo a la que debería querer besar ahora mismo. Irónico que sea la primera vez que me he sentido cómodo hablando de mi mejor amigo con alguien que no sea mi psicóloga... y que resulte ser la misma persona que ha ensuciado su nombre hasta en la tumba.



CAPÍTULO 8

STATE FARM STADIUM,
Glendale,
ARIZONA

Maverick

Roy y Javier aumentan la seguridad a mi alrededor durante el resto del fin de semana. Yo intento ignorar lo que ocurrió en mi habitación y cómo me sentí en el escenario el viernes y, como de costumbre, hago una bola con todos mis sentimientos negativos, la empujo bien hacia el fondo e intento olvidarme de ella durante unos días, o, por lo menos, hasta que tenga tiempo de gestionar esos sentimientos de forma algo más sana. Ignoro mi tristeza, mi ansiedad y mis miedos durante todo el concierto del sábado y todo el concierto del domingo, y hago mi trabajo, que tan generosamente se me paga por hacer. Lo hago todo como es debido: doy espectáculo, hago los *meet and greet* y me paro a firmar las camisetas y cedés de todos los fans con los que me cruzo tanto en el T-Mobile Arena como fuera de él.

Sonrío hasta que me duelen las mejillas y canto hasta que me duele la garganta y, al final, como es habitual, me paso todo el lunes

en estado vegetal, tumbado en la cama y sin mover un solo músculo, durmiendo durante catorce horas del tirón y disfrutando del servicio de habitaciones y del estúpido —aunque muy adictivo— programa de televisión en el que unos personajes tremendamente operados se intercambian las parejas en una isla del Caribe. Hago todas esas cosas intentando ignorar la ansiedad irracional que me provoca el pensamiento de que haya alguien dentro de los armarios o debajo de la cama, e intentando ignorar el recuerdo de esa nariz respingona, esos hoyuelos, o la suavidad de la mano que agarraba la mía. Me paso los siguientes tres días convenciéndome de que lo que sucedió la noche del viernes no ha cambiado nada entre nosotros. Convenciéndome de que Aria Simmons sigue siendo una mentirosa y sigue siendo solo una persona más de mi equipo. Convenciéndome de que no es más que alguien que estaba allí de casualidad cuando necesitaba que alguien estuviera allí, y de que solo estuvo en el momento adecuado, pero eso no la hace la persona adecuada. Convenciéndome de que cualquier otra persona del equipo habría podido calmarme. Y convenciéndome de que esa conversación entre susurros no me había dado fuerzas renovadas para continuar aguantando la presión de los focos y las manos de los fans sobre mi cuerpo durante las dos noches siguientes.

Después de ducharme dejo la toalla mojada en el suelo y una propina enorme encima de la cama para las mujeres de la limpieza, y, para cuando me subo al *jet* privado, ya casi me he convencido de todas esas cosas. Casi. Saludo a mi equipo con un asentimiento y a Ava con una caricia en la mejilla y me dirijo a mi asiento en silencio; parecen tan cansados como yo. Mi mirada se cruza con la de Aria, pero ella la aparta y se sienta antes de que pueda plantearme cómo reaccionar. ¿Nos seguimos odiando? Genial. Mucho más fácil para mí. Ignoro la irritación que se expande por mis entrañas como fuego

ante su actitud y me digo que eso es justo lo que quería. ¿Qué se puede esperar de alguien que prefiere los chicles de fresa?

Me siento en los sillones de cuero con un gruñido y durante la hora y media de vuelo desde Las Vegas hasta Glendale nadie se acerca a hablar conmigo. Todos saben que no responderé; los siguientes dos días a un concierto son para descansar la voz. Spotify corre por el pasillo del avión con sus cortas patitas y la cojo en brazos cuando intenta subirse sobre mí. La dejo con cuidado en el asiento de al lado y acaricio con aire distraído su brillante pelambrera mientras selecciono la canción que quiero escuchar en los auriculares. Recibo un mensaje de Ava, que está justo a dos filas de mí y me pasa los resúmenes de todas las noticias relacionadas con mis primeros conciertos de la gira. Me alegra ver que el público opina positivamente de las primeras actuaciones y apenas hay titulares negativos. Veo enlazados varios vídeos cortos de mi actuación que se repiten por TikTok, Instagram o YouTube Shorts y los paso hasta que veo un vídeo viral de la chica con el cartel de Owen y los bonitos mensajes de los fans en comentarios, que analizan el emotivo momento en el que me acerco para darle la mano. Se lo mando a Ava con un solo mensaje: «Repostea esto». Siento su mirada clavada en mi nuca, pero la ignoro mientras sigo leyendo mis mensajes y notificaciones. La mayoría son de famosos que me felicitan por mis primeros conciertos de la gira, pero los paso por alto y dejo que Ava se encargue de responder como vea adecuado. Solo hay uno que me llame realmente la atención:

> Felicidades por tus primeros conciertos, cariño. ¡Han sido todo un éxito! Owen estaría orgulloso de ti, igual que lo estoy yo.

Trago saliva, emocionado, mientras releo una y otra vez el mensaje de la madre de Owen. Mi segunda madre. O primera, depende de cómo se vea. Tendría todo el derecho del mundo a odiarme por seguir con este paripé sin su hijo, pero ella no es así. Henrietta Cox sabe que todo lo que hago es para homenajear a Owen.

Gracias, Etta. ¿Estás bien?
¿Necesitas algo?

Etta se pasa un buen rato escribiendo y sonrío con ternura, pues la imagino con sus enormes gafas de pasta en la punta de la nariz y tecleando en la pantalla de su teléfono de última generación con un solo dedo.

Solo que vengas a verme un día de estos. ¿Es mucho pedir que una madre quiera ver a su niño?

Aparto la mirada de la pantalla hasta que tengo las emociones bajo control.

Nos veremos pronto, Etta.
Lo prometo.

Ella me responde con una retahíla de emojis completamente aleatorios y desprovistos de significado, pero que, imagino, intentan ser una muestra de cariño, así que le respondo con un par de corazones negros. Exhalo y mando otro mensaje, esta vez a Hannah, mi psicóloga, quien, de nuevo, está solo a un par de hileras de mí en el *jet*. Hannah era la psicóloga de los Trailer Trash, en realidad, y fue

contratada para ayudarnos a gestionar todo lo que conlleva la fama, pero su rol como psicóloga ha adquirido un matiz aún más urgente con la reciente muerte de uno de los integrantes del grupo.

Sesión cuando lleguemos.

Mav..., tienes que reservar
la voz.

Hoy.

No pierdo el tiempo explicándole que lo necesito, sé que sabe lo mucho que me hace falta. Ella es la única persona del equipo con la que me permito la debilidad de hablar de lo mucho que me ha afectado la muerte de mi mejor amigo. Pienso en ello durante el resto del viaje, y también en lo que le quiero contar. Pienso en todas las emociones que he estado reprimiendo estos tres días y decido que tengo que tratarlas antes de que me incapaciten para el próximo concierto. Con la cabeza en las nubes y la música en los oídos, el avión privado aterriza antes de que me dé cuenta en el aeropuerto, donde ya me está esperando el helicóptero que me llevará al hotel en el que me hospedaré durante la próxima semana. Sé que hay muchísima gente que critica lo mucho que estoy jodiendo el medioambiente con tanto viajecito en *jet* y en helicóptero, pero la simple idea de... No. Sencillamente no.

El helicóptero aterriza en el parking que hemos reservado entero para este mismo propósito y que hay a un lado del Renaissance Phoenix Glendale Hotel & Spa en el que nos hospedaremos. Varias personas sacan la cabeza —y los móviles— por la ventana del hotel para ver nuestra ruidosa llegada, y yo dejo que Roy y Javier bloqueen el acceso de esas cámaras a mí con sus cuerpos mientras

camino hacia la entrada. En cuestión de minutos, todo internet sabe que estoy en ese hotel y la gente se amontona tanto en la puerta como en la recepción, intentando verme pasar. Le lanzo una mirada a Hannah, quien asiente y me sigue hasta mi habitación para escapar de esa locura. Ava se queda detrás para hablar con los fans y distraerlos, haciendo un par de declaraciones y pidiendo espacio y respeto a mi privacidad —algo que siempre prometen y nunca cumplen—, pero Aria sube en el ascensor con nosotros. Intento ignorar su presencia como puedo, pero, cuando este se detiene en una planta, se llena de gente y ella tiene que dar un paso hacia atrás, pegándose a mí, se me hace imposible obviar el olor químico y frutal de su pelo violeta, que tengo de nuevo a solo centímetros de la cara. Exhalo de alivio cuando los desconocidos bajan en su planta poco después y puedo volver a respirar sin marearme.

Cuando llegamos a nuestro piso, Roy me dirige a la mejor habitación y me paro delante de la puerta. Javier entra primero y comprueba la estancia de arriba abajo antes de dejar siquiera que me acerque, y, en ese rato, me fijo en la chica del pelo de colores, que parece indecisa mientras balancea su peso de un lado a otro con la maleta en la mano.

—¿Cuál es la mía? —pregunta.

Podría haber pedido que las dos habitaciones contiguas a la mía quedaran vacías, como suelo hacer, o podría haber pedido que las ocupara alguien de confianza. Alguien a quien pudiera acudir cuando necesitara hablar, como Hannah o Ava. Y, sin embargo, todo el trabajo que llevo haciendo estos días para autoconvencerme de que esa sensación de paz que sentí con Aria Simmons había sido solo producto del azar y de las circunstancias sale directo por la ventana cuando me veo a mí mismo señalando la habitación pegada a la mía.

Ella abre la boca, como si fuera a rebatirlo, pero finalmente nos miramos en silencio y asiente, antes de entrar.

Me irrita lo que acabo de hacer, pero me irrita más saber que en el par de minutos que tarda en desbloquear la puerta y entrar no me echo para atrás ni me retracto. Javier me hace una señal de que la habitación está despejada y de que no hay «regalos sorpresa de bienvenida», y yo entro con Hannah en los talones. Me tumbo en la cama, aún regañándome por el desliz que acabo de cometer. Hannah coge una de las butacas que decoran la habitación y se sienta cerca de mí, con las manos cruzadas sobre el regazo. Me mira. La miro. No me apresura y yo suspiro, alzando la vista hacia el techo e intentando ordenar mis pensamientos. La verdad es que no sé por dónde empezar y ella parece notarlo, así que me echa un cable.

—¿Has hablado con Etta últimamente? —pregunta con voz cálida.

Yo asiento.

—Me ha mandado un mensaje esta mañana para felicitarme por el éxito que está teniendo la gira —le explico, de nuevo sobrecogido por la gratitud—. Ha querido felicitarme por los primeros conciertos.

—Eso es muy amable por su parte —declara Hannah.

—Es Etta —le recuerdo con una sonrisa de lado ante la ternura que siento al imaginar su rostro rollizo y esos cálidos ojos enmarcados por mechones cortos y rizados de pelo rubio—. La conozco desde hace más de veinte años y sigue sorprendiéndome.

—¿No pensabas que se alegraría por ti? —pregunta mi psicóloga, en su tono observador.

Yo miro de nuevo hacia el techo, incómodo.

—No la culparía si no lo hiciera —confieso—. Su hijo ya no está, pero yo sigo aprovechando la fama y el dinero como si nada hubiese cambiado.

—Hummm... —La observo, pero, como de costumbre, no sé lo que piensa. Y ella no da su opinión—. ¿Cómo te sentiste en ese escenario? ¿Cómo te has sentido en los conciertos que has dado hasta ahora?

Exhalo, porque sé que tengo que hablarlo y, sin embargo, siento vergüenza por no saber gestionar mis emociones. Aun así, me fuerzo a ser sincero.

—Sentí que me ahogaba —reconozco sin mirarla a la cara— y a la vez fueron de los mejores momentos que he vivido desde la muerte de Owen. Me sentí eufórico y feliz, pero también...

—¿Culpable?

Asiento.

—Y triste —añado—. Owen llenaba el escenario con su presencia. Y estar ahí solo era una experiencia del todo diferente. No necesariamente mala, solo diferente. Siento que soy el único que se da cuenta de que todo es diferente sin Owen, el resto del mundo se empeña en seguir adelante como si todo siguiera igual.

—Pero no es del todo cierto, ¿verdad? —pregunta Hannah—. El equipo echa de menos a Owen, los fans echan de menos a Owen.

—Puede —digo al final, pensando en la chica del cartel. Me quedo en silencio un momento antes de volver a hablar—. Tuve un ataque de pánico.

—¿Por el coche? —pregunta, y yo niego.

—Seguro que eso no ayudó —admito—, pero no fue el único motivo. Tenía la cabeza hecha un lío y... estuve ansioso todo el concierto del viernes.

—No se notó.

—Pues lo estuve —confirmo—. Y después el coche, y cuando llegué...

—La fan —declara Hannah, que ya sabe lo que ocurrió. Asiento—. ¿Cómo te sentiste?

—Primero sentí miedo, no entendía cómo podía haber alguien en mi habitación —explico—. Y después me agobié. Era demasiado. Después de la noche que había tenido, fue demasiado.

—¿Y entonces tuviste el ataque de pánico? —pregunta, y asiento de nuevo.

—Aria dijo que... dijo que el hecho de que sea un personaje público no les da derecho a hacer este tipo de cosas —comento.

—Tiene razón —conviene mi psicóloga, pero, al ver que no voy a añadir nada más, me lleva por donde quiere que vaya—. Háblame de Aria —pide, y, aunque su expresión se muestra igual de neutra que siempre, veo el brillo de curiosidad en sus ojos.

—No hay nada que contar —gruño.

Ella asiente, como si mi reacción le hubiera dado más información que mis palabras. Me cruzo de brazos.

—Estaba contigo cuando tuviste el ataque de pánico, ¿no?

—Roy me metió en su habitación —explico, casi a la defensiva—. No es como si yo hubiera ido a buscarla.

—Hummm —repite, y yo me incorporo de golpe, irritado.

—¿«Hummm»? ¿Qué significa «hummm»? —suelto, observándola desde la cama con el ceño fruncido.

—Nada —dice ella—. ¿Y qué pasó entonces? Con el ataque de pánico.

—Se me pasó y me fui a mi habitación.

—¿Aria no te cae bien? —me plantea de repente, y vuelvo a tumbarme para intentar evitar su mirada y su pregunta. La verdad es que no sé qué responder. Debería decir que no, que no me cae bien, pero no estoy seguro de que sea cierto—. Y, sin embargo, le has dicho que cogiera la habitación contigua a la tuya. —Yo gruño,

exasperado, y me froto los ojos con los dedos. Sabía que esa decisión iba a causarme dolores de cabeza y no me faltaba razón—. ¿Cuál es tu relación con ella?

—No tengo ninguna relación con ella —murmuro, molesto—. Ninguna.

—Pero parece haber una historia —replica ella—. Tenéis una dinámica... peculiar. Me he fijado.

Me quedo mirando el techo y dudo sobre si contarle la verdad o no. Algo en mí quiere tener a alguien con quien hablarlo, alguien imparcial, pero aborrezco la idea de repetir esas palabras venenosas; esparcir esas mentiras que salieron de su boca.

—No sé si debería hablarte de ello —confieso—. Richard dijo que era mejor que el equipo no lo supiese. Si te lo cuento...

—Mav —me interrumpe—, ante todo, soy tu psicóloga. Todo lo que me cuentas es confidencial y no saldrá de aquí.

Yo dudo un segundo más, pero finalmente asiento.

—Aria Simmons... La conocía de antes —empiezo a decir en tono inseguro—. Vino una vez al estudio y... empezó a soltar tonterías.

—¿Qué tipo de tonterías?

—Dijo que «Jaque mate» la había escrito ella —explico, y luego cierro la mandíbula con fuerza. Me muerdo la lengua sin querer, pero disfruto de la distracción—. Que Owen se la había robado.

Hannah levanta una ceja, y es la única señal que veo en ella de que la historia le haya impactado.

—¿Y por eso no te llevas bien con ella? —indaga.

—Es una mentirosa —aclaro, por si acaso—. La contratamos porque Richard dijo que es buena en su trabajo, pero sigue siendo una mentirosa. Y atacar a alguien que acaba de morir es muy rastrero, y muy conveniente para ella.

—¿Conveniente? —pregunta Hannah—. ¿Se llevó dinero por esa... mentira?

Eso me hace pensar.

—Eh... No —digo, algo más calmado—. Nuestros abogados se encargaron del tema. No volvió a repetir eso, que yo sepa.

—Hummm —susurra mi psicóloga de nuevo, y yo le lanzo una mirada exasperada—. O sea, que mintió y no sacó nada de ello. Pero ¿sigue afirmando que es la verdad? —Yo asiento—. ¿Te has planteado que tenga razón? ¿Has dudado alguna vez? ¿Es por eso por lo que no te cae bien? ¿Porque te hace dudar de tu amigo, que no se puede defender? —Yo me incorporo de golpe, y Hannah se mantiene impasible, aunque sabe perfectamente que se ha pasado de la raya—. No digo que yo crea que tiene razón, solo digo...

—Owen nunca habría hecho algo así —mascullo enfurecido, indignado por tener siquiera que pronunciar esas palabras—. ¿De verdad te lo imaginas haciendo eso?

Hannah abre la boca, pero la cierra mientras niega.

—No —susurra finalmente, y sé que lo dice con sinceridad. Se da cuenta, como yo, de que es imposible.

—Esa chica es una mentirosa, y por eso siempre habrá una parte de mí que no la soporte —declaro—. No sé qué pretendía ni qué ganó con ello, pero no se lo voy a perdonar. Me da igual cuántos ataques de pánico me evite o lo adorable que sea su nariz. —Esos dos conceptos no tienen ninguna relación y las cejas alzadas de Hannah lo dejan claro—. No confío en Aria Simmons.

Hannah asiente como si lo que acabo de decir tuviera todo el sentido del mundo, y yo asiento también..., convencido de que, si la imito, me voy a creer de una vez mis propias palabras.



CAPÍTULO 9

AT&T STADIUM,
Arlington,
TEXAS

Maverick

Me froto los ojos con frustración mientras descarto mentalmente una melodía más. La música para de golpe y Aria Simmons me mira con exasperación.

—No —gruño—. No me gusta.

—Está bien. —Suspira—. ¿Qué es lo que no te termina de encajar?

—Es muy... —Tamborileo con los dedos en el aire y ella enarca una ceja oscura—. No estamos en Broadway —me quejo.

En realidad, la melodía es increíble. Todas las que me ha mostrado lo son: frescas, modernas, pegadizas... Y a Owen le hubieran encantado. Pero Owen ya no está aquí.

Mi mirada se pasea por la sala de actos del Live! by Loews, el hotel de lujo en el que nos hospedamos para los *shows* de este fin de semana en el AT&T Stadium de Arlington, Texas. El estudio de grabación que han instalado aquí los de mi equipo es tan completo que me siento casi como en casa.

—La verdad, no sé qué quieres —bufa Aria mientras borra los cálculos, ecuaciones y otros signos matemáticos que ha estado garabateando en la pizarra blanca.

Bajo una gorra negra echada hacia atrás, una melena de color rosa chicle, que se tiñó hace un par de días, cae en suaves ondas que se balancean sobre su espalda mientras su metro sesenta de altura se pone de puntillas y estira el brazo para llegar a cada rincón de esa pizarra. Me gustaría saber qué significa el rosa para ella y por qué esta vez se lo ha teñido de ese color, pero sé que no es el momento para preguntarle algo tan personal y tampoco sé cómo reaccionaría si lo hiciera, así que contengo el impulso y me centro en lo que estamos haciendo. Por lo menos, lo intento, como intento no mirarle el culo, sin éxito, mientras termina de borrarlo todo y subo la vista de nuevo, irritado conmigo mismo por mi debilidad, cuando se gira hacia mí de nuevo con el rotulador destapado en la mano.

—Llevamos aquí toda la mañana y te he mostrado mínimo siete fragmentos diferentes de melodías que podrían ser parte de un *hit* de pop. ¿Qué quieres? ¿Lo quieres más lento? ¿Más rápido? ¿Más instrumentos? ¿Menos? —pregunta, rascándose la cabeza antes de girarse hacia esa estúpida pizarra y ponerse a garabatear de nuevo.

Mi mente le da un segundo sentido a sus palabras y siento un escalofrío, lo que solo termina de sacarme de mis casillas. Me levanto como un resorte de la silla en la que estoy sentado, impulsado por una rabia que no acabo de entender, pero que no puedo controlar. Le arranco el rotulador de la mano y con la otra borro lo que había escrito, manchándome la palma de tinta azul en el proceso.

—Quiero que pares con los numeritos, para empezar —farfullo, desquiciado. Y me dirijo a la pared en la que tenemos todos los instrumentos apoyados. Cojo una guitarra acústica y se la pego al

pecho hasta que la agarra boquiabierta—. ¿Por qué no puedes componer como la gente normal?

—¡Eh! ¿De qué vas? —pregunta ella, anonadada y cada vez más cabreada. Empuja la guitarra con tanta fuerza contra mi pecho que casi me la inserta en el esternón, pero no digo nada, porque me lo merezco—. Soy profesora de Física en el MIT. Sé componer con una guitarra, lo hago a menudo. Solo estaba intentando mejorar nuestras probabilidades de...

Esa palabra activa mi cólera otra vez y dejo la guitarra de mala manera en el suelo, apoyada contra la pizarra.

—¡La música no son probabilidades! —exclamo—. ¡La música no es ciencia!

—Tú me contrataste a mí —me recuerda Aria sin amedrentarse, y sus ojos verde miel me lanzan llamas—. ¡Si eso es lo que crees, no haber contratado a una *computer musician*!

—Créeme, eras la última de mi lista —suelto con veneno, y su expresión indignada me produce tan poca satisfacción que decido que tengo que hablar de esto con Hannah en la próxima sesión.

La chica del pelo de colores coge aire y finalmente exhala, algo más tranquila.

—Mira, nos guste o no, tenemos que trabajar juntos —declara, y yo me cruzo de brazos, aunque lo que dice es cierto y, en el fondo, me alegro de que uno de los dos sepa mantener la mente fría—. Esto no nos llevará a ningún lado.

—Estoy de acuerdo —pronuncio en tono cauteloso.

—¿La música no es ciencia? ¿La armonía no se puede entender como un conjunto de relaciones simétricas? Está bien. Dime, ¿qué es la música para ti? —pregunta, y yo no tengo que pensármelo ni un segundo antes de responder.

—La música es sentimiento. La música es instinto. La música es inspiración. La música es emoción. La música es oír a los pájaros cantar, ver a una pareja de ancianos bailar en un salón, es la banda sonora de la vida —le explico, y siento que el corazón se me acelera solo de pensar en ello—. Y todo eso no puedes calcularlo.

Ella asiente despacio y me parece ver en sus ojos que está ligeramente impresionada, o, tal vez, solo lo imagino.

—Está bien —dice, y recoge su bolso de la silla.

—¿Te vas? —pregunto, y, de repente, me siento más solo que nunca. Tengo que componer una canción antes de que termine la gira y ya estoy alejando a la única persona que puede ayudarme. Pero su respuesta me sorprende.

—Nos vamos —sentencia ella, mientras se coloca la tira del bolso sobre el hombro y me mira expectante.

—¿Irnos? ¿Adónde? —inquiero, anonadado.

—A la calle —contesta, como si fuera algo obvio—. Tú lo has dicho: «La música es la banda sonora de la vida». La vida está en la calle. Los pájaros, el baile... No encontraremos esa inspiración aquí —afirma, y entiendo a qué se refiere.

Me planteo lo que dice y siento un cosquilleo en el estómago de emoción, de esperanza, ante la idea de salir a la calle y simplemente vivir, observar, pero en ese momento recuerdo quién soy.

—Aria..., agradezco la intención —digo, muy consciente de que esa no es su forma habitual de hacer las cosas y que está intentando adaptarse a mí, a mis necesidades—, pero no puedo salir de este hotel. Los fans se me echarán encima.

Ella se ríe.

—Por favor, Maverick, no eres tan importante —suelta. Yo alzo una ceja, intentando recordarle que estamos en esta ciudad para que más de setenta mil personas puedan verme cantar, y ella debe de

leerme la mente, porque rebusca en su bolso antes de sacar de él unas gafas de sol enormes y de aspecto glamuroso—. Son de Addie —aclara, y recuerdo que ese es el nombre de su hermana. Abro la boca para quejarme cuando veo que las acerca a mí, pero no tengo tiempo de negarme a llevar esa monstruosidad antes de que me las coloque sobre la nariz. Después se quita la gorra negra que lleva puesta y me la encasqueta en la cabeza. Tiene el pelo despeinado y siento el impulso de apartarle un mechón de la cara, pero me contengo—. Ya está. Ahora eres Clark Kent y nadie te reconocerá —declara, y yo río, repentinamente divertido con la absurdidad de toda la situación—. ¿Vamos?

Sé que debería negarme. Debería. Pero no lo hago.

—Vamos —susurro.

Acerco la mano a la chaqueta de cuero, pero ella la coge antes de que pueda agarrarla.

—Olvídate de la chaqueta —dice mientras se la pone por encima de un jersey fino de color verde que hace que sus ojos parezcan más color musgo que miel—. Demasiado reconocible.

Yo asiento y, desde luego, no me fijo en lo bien que enmarca esa chaqueta de cuero su amplio y firme escote. Me pregunto si, cuando me la devuelva, olerá a frutas y químicos como su pelo, y, de pronto, me viene a la cabeza esa toalla blanca manchada de colores.

Roy nos sigue de cerca en cuanto salimos de la sala en la que estábamos encerrados y Aria se gira hacia él antes de darle un par de palmadas en el brazo musculoso.

—Tú intenta pasar desapercibido, grandullón —le pide, y Roy asiente con una sonrisa.

—Ni os daréis cuenta de que estoy ahí —promete, con su habitual buen humor, y yo lo miro con escepticismo antes de negar entre risas.

Mientras Roy nos conduce a una salida trasera del hotel, me siento más ligero de lo que me he sentido en mucho tiempo y, mientras caminamos por una calle poco concurrida de Arlington, disfruto de la sensación de no tener todos los ojos sobre mí. Roy se aleja un poco de nosotros, dándonos espacio, y paseo al lado de la chica del pelo de colores en silencio. Caminamos por Randol Mill Road durante cinco minutos hasta que llegamos al Choctaw Stadium, un estadio de béisbol en el que hay una cafetería a pie de calle. Aria propone sentarnos en la terraza y tomar un café, y yo acepto al ver lo vacía que está la calle. Ella insiste en que me siente y dejo que vaya a buscar los cafés mientras me instalo en una de las tres mesas de la pequeña terraza. Acostumbrado a Nueva York, las vistas son horribles. Edificios de lujo en construcción y un suelo terroso, pero, por una vez, disfruto del silencio a mi alrededor y oigo el sonido de los pájaros en los árboles frondosos de hojas verdes. Al cabo de unos largos y relajantes minutos, Aria vuelve a la mesa con un par de cafés espumosos y un par de galletas de chocolate. Me abstengo de decirle que mi dietista, Lena, me mataría si se enterara de lo que está a punto de entrar en mi cuerpo, y Giuseppe, mi cocinero, se sentiría ofendido de que no le hubiera pedido a él que preparara las galletas, pues sé que puede hacerlo mucho mejor que un par de trozos de pasta semidescongelada, y, aun así, las disfruto como nunca mientras las saboreo.

—¿Vamos a hablar de la canción? —pregunta Aria finalmente, después de darle un enorme sorbo a su café y exhalar con gusto. Yo miro hacia mi taza y la hago girar entre los dedos, pensativo. Pienso en la calma que tanto estaba disfrutando y luego en las bases que me ha estado componiendo toda la mañana—. Está claro que ninguna de las bases que te he hecho te ha llamado la atención.

Quizá sea la decepción que intenta ocultar con otro trago de café, pero le digo la verdad.

—Me ha gustado lo que has hecho —reconozco con sinceridad—. Eres buena, Aria.

Sus ojos se alzan de la taza y me mira en silencio durante un momento.

—¿Pero? —pregunta en voz baja—. He estado analizando todos tus cedés y... pensaba que alguna te llamaría la atención; son del mismo rollo.

—Sí, creo que ese es el problema —comento en tono frustrado—. Soy una estrella del pop, pero ya no estoy de humor para canciones divertidas y desenfadadas. Tal vez era mi rollo cuando componía con Owen, pero ahora...

—Owen ya no está —susurra ella, y sus ojos verdes con motas marrones brillan con comprensión—. Quieres algo más serio —añade, y no es hasta que lo oigo de sus labios que no me admito la realidad a mí mismo.

—Sí —confieso.

—¡Bien! —exclama ella, mucho más animada—, eso es fácil de arreglar. Podemos hacerlo.

—Pero ¿deberíamos? —pregunto, casi hablando para mí mismo, y la duda se cuela en mi voz. Me fijo en un pajarito marrón que se desplaza por la mesa de al lado intentando recoger las migajas que han dejado los clientes—. Sería algo completamente diferente a lo que hemos hecho hasta ahora. Los fans han perdido a Owen tanto como yo, no quiero que pierdan la música que les gusta. No quiero perder nuestra esencia.

Esos ojos inteligentes que trato de evitar me observan de nuevo y me siento desnudo.

—Mav —dice con voz suave—, los fans te quieren y van a querer cualquier cosa nueva que les traigas. Y tú mismo lo has dicho, ellos también han perdido a Owen. ¿Qué te hace pensar que un estilo diferente no resonaría también en ellos? Tienes derecho a sacar un *single* triste si te apetece. ¡Qué digo, un cedé entero! Nada de eso significa que no puedas volver nunca más a las melodías tontas de Broadway —bromea, y yo la miro con gesto de disculpa por mi comentario de antes.

Estoy a punto de responderle que tiene razón cuando oigo a un par de chicas de unos veintipocos años charlar mientras se acercan a la cafetería; charlar sobre mí, concretamente. Y sobre lo increíble que sería que se cruzaran conmigo antes del concierto. Mis hombros se tensan de golpe y lanzo una mirada discreta a Roy, que disfruta de un *frappuccino* en la mesa más alejada sin perdernos de vista. Aria se da cuenta enseguida de lo incómodo que estoy y se bebe lo que le queda del café de un solo trago.

—No hace falta que corras —susurro bajándome la gorra todo lo que puedo para que las chicas, que están a punto de sentarse en la mesa de al lado, no reconozcan ni mi voz ni mi cara.

—No pasa nada —contesta comprensiva—. ¿Quieres que nos larguemos?

Yo asiento, aliviado, pero es demasiado tarde. Las chicas, que habían empezado a cuchichear al verme, se ponen a debatir sobre la posibilidad de que una estrella del pop esté en una cafetería que se encuentra a unos metros de su hotel de lujo. Finalmente, deciden que, sea o no sea el famoso Maverick Sutton, me parezco lo suficiente para compartirlo en sus redes sociales y comienzan a grabarme antes de que nos dé tiempo a levantarnos siquiera. Roy hace ademán de venir hacia nosotros, pero yo lo paro con un gesto

de cabeza. No quiero dar más motivos a esas chicas para sospechar de mi identidad.

—Mierda —farfullo—. Si cuelgan mi ubicación en internet, tendremos fans rondando el hotel todos los días hasta que nos vayamos —añado, y suspiro, aceptando que terminaré firmándoles un autógrafo y pidiéndoles que no divulguen dónde estaré hospedado esta semana. Y sé que lo harán de todos modos; siempre lo hacen.

Aria me mira seria y luego me coge de la mano con fuerza. Una corriente de electricidad pasa de sus dedos a los míos, pero ignoro la sensación.

—Tranquilo, yo me encargo —dice con la voz de alguien que está acostumbrada a solucionar los problemas—. Tú solo sígueme el rollo.

Yo asiento, algo sorprendido, y sin tener muy claro por qué le estoy dando carta blanca para hacer o decir quién sabe qué a la chica en la que, supuestamente, no confío. Su mano suave encaja a la perfección en la mía, e intento no imaginar si sus labios serán igual de suaves.

—¡Eh! ¿Se puede saber por qué le haces fotos a mi novio? —grita Aria de repente, de mala manera, sacándome de esos pensamientos que no debería estar teniendo. Mi mandíbula se descuelga y la miro anonadado.

—¿Qué haces? —susurro, sin entender nada.

Ella me ignora.

Las chicas tienen la decencia de bajar el móvil, dudosas.

—Eh... Pensábamos que era... —tartamudea una.

—Se parece mucho a... a Maverick Sutton —termina la otra—. Pensábamos que...

—Pues no penséis tanto y borrad ahora mismo ese vídeo —gruñe Aria, fingiendo una irritación que podría ser digna de un Oscar.

Luego se gira hacia mí con tanta ira que trago saliva—. Y tú... ¡¿Has vuelto a hacerte pasar por Maverick Sutton mientras estaba en el baño para ligar con chicas?! ¡Eres increíble, Bart! ¡No sé por qué sigo contigo! —Separa su mano de la mía con cara de asco y se levanta.

Las dos chicas nos miran con la boca abierta.

—Eh... No, no —salta una, roja—. Es la primera vez que lo vemos.

—Ahora mismo borramos el vídeo —promete la otra mientras toquetea su móvil con dedos temblorosos.

—Lo sentimos mucho —dice la primera—. Pensábamos que era Maverick.

—Maverick está en el Hilton —rebate Aria, aún cabreada, mientras se pone la chaqueta. Mi chaqueta—. Lo sabe todo Arlington.

Las chicas bajan la vista, avergonzadas, y yo salgo de mi estupor por primera vez desde que ha empezado ese teatro.

—¡Nena, espera! —grito, poniendo una voz más grave de la que tengo mientras me apresuro a seguir a la chica del pelo de colores, que lleva ya un par de metros recorridos.

Corro hasta atraparla y ella me lanza una mirada cómplice y divertida. Paso un brazo por encima de sus hombros para disimular, para mantener la coherencia, y, desde luego, no disfruto de lo bien que encaja su pequeño cuerpo bajo el peso de mi bíceps. Aria se tensa ligeramente y estoy a punto de retirar el brazo, pensando que me he sobrepasado, cuando siento su mano colarse por uno de los bolsillos traseros de mi vaquero, casi agarrándome el culo. Le dirijo una mueca de asombro, pero ella solo sonríe con picardía; con la misma expresión con la que se subió al estrado de un aula del MIT cuando nos conocimos.

—¿Aún nos miran? —pregunta mientras caminamos lejos de la cafetería.

Despego mis ojos de los suyos y giro la cara para ver a Roy caminar detrás de nosotros, y, detrás de él, a las dos chicas observándonos, anonadadas, desde su mesa.

—Sí. —Me río cuando me vuelvo.

La risa ronca de Aria me eriza la piel. Avanzamos así durante unos minutos, en silencio, hasta que doblamos una esquina y perdemos la cafetería de vista. Aria me suelta como si mi cuerpo le quemara y yo me aparto para darle espacio.

—Gracias —digo con sinceridad, pensando en el lío en el que me habría visto envuelto si esas chicas hubieran descubierto mi identidad.

Ella se encoge de hombros, como si no fuera nada, y, de nuevo, tengo la sensación de que está acostumbrada a apagar incendios.

Su sonrisa se mantiene sincera durante todo el camino de vuelta al hotel, y yo observo su perfil con toda la sutileza de la que soy capaz, agradeciendo que las gafas de sol oculten el movimiento de mis ojos. En todo el tiempo que lleva Aria en el *tour*, no ha hecho ningún intento por hablar con los *paparazzi* o los fans, por hacerse ver a mi lado o por sacar provecho de mi fama, y me doy cuenta después de ese teatro de que tengo que dejar de mentirme a mí mismo y de decir que no confío en Aria Simmons. Puede que no le perdone lo que le hizo a Owen y que no comprenda sus motivos, pero la Aria que se hace pasar por una novia celosa para que no descubran mi identidad no parece la misma que mentiría para ganar notoriedad.

Quiero pensar que aprendió de su error, de su mentira, porque los hechos son los hechos: me cae bien. Ya es la segunda vez que la chica del pelo de colores me saca las castañas del fuego, y no hay nadie con quien me haya sentido más vivo o comprendido en los últimos casi dos años.



CAPÍTULO 10

NRG STADIUM,

Houston,

TEXAS

Aria

En poco más de un mes, he visitado cinco ciudades diferentes y he estado en más de diez conciertos de los Trailer Trash, y, aunque ver el mismo espectáculo noche tras noche y semana tras semana debería hacerse repetitivo, me sigue pareciendo completamente espectacular. Maverick tenía razón: es algo a lo que no te acostumbras nunca. Los conciertos en Tampa pasan como un bólido, y antes de darme cuenta ya estamos en el *jet* otra vez, de camino a Houston, y, en cuestión de horas, de nuevo instalada en otro hotel de lujo.

Cuando llegamos a nuestra planta del Post Oak Hotel, no pierdo tiempo preguntándole a Maverick qué habitación tengo que coger y me instalo en la contigua a la suya, como él ha insistido en que haga en cada uno de los hoteles en los que hemos estado este último mes. Intento no darle mucha importancia a esa petición, pues tengo claro que es solo una cuestión de conveniencia, por si vuelve a

haber un incidente como el de Las Vegas. Esa noche marcó un antes y un después y, de un día para otro, pasamos a estar más relajados uno cerca del otro. Tal vez fue a raíz de su ataque de pánico y el hecho de que yo estuviera allí por casualidad, o tal vez el cambio fue mío, pues no puedo negar que me siento mucho más relajada a su alrededor después de darme cuenta de que Maverick no tiene ni idea de lo que su mejor amigo me hizo.

Durante las dos últimas semanas, hemos dedicado ratos sueltos a seguir componiendo la nueva canción —sin mucho éxito, aunque mejor encaminados después de la conversación que mantuvimos en la cafetería—, y yo he aprovechado las muchas horas en las que el cantante está ocupado con el resto de sus obligaciones para trabajar en mi investigación científica más reciente, sobre la aplicación de las estructuras algebraicas en la composición musical. Mi otra «investigación» —por la que tengo que recordarme a menudo que estoy aquí— está completamente parada, pues, aunque son muchas las ocasiones en las que estoy sola y tengo la oportunidad de hacer preguntas al resto del equipo e indagar, no he descubierto nada nuevo sobre mi canción robada, lo que es, sin duda, un problema. El segundo problema es que cada día me siento más cómoda entre esta gente, y en cada ciudad que visitamos, más segura de cuál es mi rol en este trabajo, uno que no tiene nada que ver con demostrar que yo escribí el *hit* que ha generado millones de dólares en las plataformas de música. Y lo que en definitiva es un problema es la forma en la que mi corazón se acelera al salir de la ducha y ver la montaña de toallas blancas bien dobladas que hay en el baño del hotel en el que nos hemos quedado y que sé, sin tener que preguntarlo, que Maverick ha pedido de forma expresa después de ver el estado en el que quedan tras lavarme el pelo con el acondicionador de colores.

Me peino el pelo rosa mojado —sorprendentemente sano y brillante pese a los constantes cambios de *look*— y me prometo a mí misma que no me dejaré distraer, por muchos detalles que el cantante tenga conmigo, y que encontraré lo que he estado buscando. Me fijo en el color rosa pastel que enmarca mi cara y dejo que la ternura y la calma que me inspira ese color me envuelvan. El rosa me recuerda a cuando era pequeña y no tenía preocupaciones, a cuando me contemplaba en el espejo y me veía siempre perfecta. El rosa es la inocencia de la mirada de un niño y es el amor propio, y me tiño a menudo de ese color, cuando las inseguridades me pueden y quiero engañar a mi cerebro y que me trate mejor. Estas semanas intentando componer sin éxito una base musical que encajase con el estilo de Maverick han sido muy duras, y el síndrome del impostor ha hecho mella, como de costumbre, así que he decidido que era el momento de volver a sacar ese color que me da tanta paz.

Sonrío, más tranquila, mientras me seco el pelo y le doy forma con mi cepillo de aire, y digo mentalmente un par de frases bonitas sobre mi aspecto antes de salir de mi habitación y pasearme por el hotel para ver si puedo interrogar a alguno de los trabajadores que me quedan por abordar. Camino por los pasadizos hasta llegar a la zona reservada para Maverick en la que los trabajadores han montado el estudio. Interrogo con sutileza a uno de los técnicos de sonido, que está revisando un altavoz, pero enseguida me doy cuenta de que nadie tiene nada negativo que decir sobre Mav, y mucho menos sobre Owen, lo que me hace pensar que el nivel de manipulación del cantante fallecido rozaba la psicopatía, porque es imposible que hubiera engañado a todo el mundo de esta manera, incluido a su mejor amigo, con quien pasaba el noventa y nueve por ciento del tiempo.

Camino desanimada por la zona cuando veo a Roy y a Javier parados delante de la puerta del salón de actos del hotel, a través de la cual se cuela la melodía de las canciones de los Trailer Trash. Sé que esto no aportará nada a mi investigación, pero no puedo evitar dejarme llevar por la curiosidad y abro la puerta con cuidado, para no estorbar. Han vaciado la sala y el personal de Mav ha colocado unos espejos con ruedas que hacen que la sala parezca el doble de grande. Todos los bailarines —y sobre todo bailarinas— de Mav están practicando la coreografía con él, en ropa de deporte, con los gritos de Svetlana de fondo. La rusa no tiene ninguna piedad y corrige sin miramientos al grupo, incluido Maverick, quien, pese a lo bien que baila, recibe una gran cantidad de adjetivos severos para describir su actuación. La mujer muestra los pasos a sus bailarines y su estrella con una fluidez admirable para su edad, y apenas se oyen palabras que no sean «pa, pa, pa, ¡ta!», y otras interjecciones similares para marcar los tiempos.

Me quedo en la parte trasera de la sala, observando en silencio, y mi mirada sigue hipnotizada el cuerpo sudado de Maverick Sutton. Aunque he conseguido ignorar hasta ahora la fuerte presencia que el cantante proyecta, cada vez me resulta más difícil fingir que no me tiembla el cuerpo siempre que lo tengo demasiado cerca. Me he asegurado de no pasar más de un par de segundos en sus entrenamientos físicos, pero no había contado con que verlo bailar también haría que tuviera que cruzar las piernas para no sentir un cosquilleo indeseado. Su energía en esta pequeña sala es casi tan magnética como en el escenario y algunos de los bailes son tan sexualizados que es difícil no envidiar a la bailarina que está al otro lado de ese movimiento de cadera. Las manos que le agarran la cintura son respetuosas, pese a las sucias e irreverentes palabras de la letra, y, pese a todo el contacto que se establece entre él y las

bailarinas, me sorprende ver la profesionalidad con la que tratan cada gesto, tanto Maverick como ellas; se ve claramente que nadie en esta sala está aquí para ligar, sino para trabajar. Yo soy la única en esta estancia, al parecer, que tiene problemas para controlar sus pensamientos al ver los gestos obscenos y calculados al milímetro de Maverick Sutton, que solo pierde el paso cuando levanta los ojos y nuestras miradas se cruzan en el enorme espejo que tiene delante.

—*Nyet*, Maverick, ¡por Dios! —grita Svetlana, que para la música de golpe. Carraspeo sin ruido, con las mejillas rojas, ante el repentino silencio que hace que las fantasías de mi cabeza parezcan aún más ruidosas que antes—. Es «Pa, pa, pa, ¡ta! Pa, pa. Ta, ¡ta!». No es tan complicado.

Esas palabras van seguidas de otras en ruso que, si fuera Maverick, me alegraría de no entender, pero él no parece para nada preocupado con lo que le dice su coreógrafa y no me pierde de vista en el espejo. Su pecho sube y baja mientras recupera la respiración y una gota de sudor recorre su cuello musculoso. Y no me imagino lamiéndola. Para nada. Y los ojos del cantante no se encienden con intensidad cuando notan mi mirada sobre él.

—Quiero una pausa —ordena Maverick antes de darse la vuelta sin escuchar la respuesta de Svet y caminar directo hacia mí.

Carraspeo de nuevo, intentando aparentar normalidad y castigándome internamente por ser siempre tan impulsiva. Cuando lo tengo delante, abro la boca para soltar una excusa y despedirme; él se me adelanta.

—¿Por qué no te gustan mis conciertos?

—¿Eh? —pregunto, descolocada.

De todas las cosas que pensaba que podría preguntarme, esa no era una de ellas.

—Te he visto en mis conciertos —explica él—. Siempre estás de brazos cruzados en un rincón.

—Ah, eso —digo, aliviada—. Es que bailo fatal. No quería que alguien me grabara y avergonzar a los Trailer por internet.

Sus hombros se relajan ligeramente, como si la idea de que no disfrutara de sus conciertos fuese más de lo que pudiese soportar.

—No puede ser para tanto —dice con una ceja alzada.

—Te aseguro que sí —respondo yo con las mejillas algo rojas.

Mi madre me había apuntado a ballet y a todos los tipos de baile posibles, para ver si podían arreglar el desastre. Con los años, había mejorado, pero seguían poniéndome en la última fila de las exhibiciones.

Una de las comisuras de los labios de Mav se alza poco a poco y de repente siento sus dedos callosos en la palma de la mano mientras tira de mí hacia el centro de la sala.

—Eso tengo que verlo —pide, y tal vez es el brillo divertido en sus ojos, que suelen estar apagados, lo que hace que no me importe ponerme en ridículo, o quizá sea porque nunca he tenido sentido del ridículo, pero asiento.

—¿Quieres un espectáculo? —bromeo en tono serio. De lejos oigo la puerta abrirse y cerrarse, pero no le presto atención—. Cuidado, Superestrella, que igual te echan del *tour* y me ponen en tu lugar.

Maverick sonríe y teclea en su teléfono hasta que su música suena por los altavoces una vez más. Svetlana nos observa con el ceño fruncido desde un lado de la sala y el resto de las bailarinas empiezan a practicar su parte del baile, pero él se limita a mirarme. La camiseta negra de tirantes que lleva deja al aire esos músculos tatuados que me muero por examinar de cerca, pero ignoro ese pensamiento rebelde y le doy exactamente lo que quiere. Mi cuerpo empieza a moverse al ritmo de la música con movimientos

anticuados, como el robot o el *moonwalk* —mal hecho—, y luego muevo los brazos de un lado a otro, con giros de cadera poco elegantes. Los dientes perfectos del cantante brillan en una enorme sonrisa hasta que se tapa la boca con la mano para fingir seriedad.

—¿Qué te parece? —digo moviendo los brazos a su alrededor en ondas, y el culo como si tuviera un *hula hoop*—. Increíble, ¿verdad?

Esta vez no puede controlarlo y una carcajada grave sale de su pecho, que empieza a vibrar con la fuerza de su risa.

—¡Lo estás haciendo a propósito! —se queja divertido, pero yo solo niego.

—No, esta soy yo bailando —replico con sinceridad mientras hago otro paso de baile estrambótico en el que parece que me esté dando un ataque de epilepsia.

Puede que lo esté exagerando un poco, pero no puedo evitar sonreír al ver ese brillo alegre en sus ojos. Maverick se frota los párpados, como si hubiera llorado de la risa, y se acerca a mí por detrás.

—Para, por favor —suplica mientras sus inmensas manos se posan en mis caderas para que deje de moverme.

Mi sonrisa se apaga y un escalofrío me recorre la columna al ver su enorme cuerpo musculoso detrás de mí en el espejo. Alzo la cabeza para mirarlo y nuestros ojos se encuentran durante un segundo de más en el que los suyos dejan de brillar con diversión y vuelven a hacer esa cosa hipnotizadora cuya intensidad me quema por dentro. Aparto la vista cuando siento que me quedo sin aire, y no es por el ejercicio físico, y sus manos me sueltan las caderas de golpe.

—Esto hay que arreglarlo, no puede seguir así —declara él en el mismo tono ligero de antes, aunque tiene el rostro algo tenso. La canción vuelve a reproducirse y se coloca a mi lado—. Te enseñaré

los pasos, mira —añade, y, paso a paso, me muestra la coreografía que tiene para esa canción. Yo lo observo con atención, incluso más de la que debería, e intento imitar sus pasos de nuevo. Él se ríe cuando le doy un par de pisotones y decide ponerse detrás de mí para mostrarme el movimiento—. ¿Puedo? —pregunta antes de tocar mi cuerpo, y yo asiento.

Debería haber dicho que no, o debería haberme puesto ropa más gruesa para no sentir la rugosidad de sus palmas sobre mi piel, pero sospecho que ni vestida con un traje de apicultor hubiera podido controlar los temblores que me recorren mientras sus manos recolocan mis hombros, mis brazos y mi cintura a su gusto para adaptarlos a la coreografía. Repetimos los últimos dos versos de la canción con los pasos que me ha enseñado y me equivoco un par de veces más antes de poder bailar todo el estribillo del tirón.

Cuando me sale, estoy tan sorprendida y orgullosa que me sobrecoge la emoción y dejo escapar un grito agudo antes de abrazarlo por la cintura. Mav emite un gruñido sorprendido, pero sus brazos envuelven mi cuerpo antes de que me dé tiempo a apartarme, muerta de vergüenza. Su cabeza se acerca a la mía y trago saliva cuando oigo su voz grave susurrarme al oído.

—Eso es, buen trabajo. —Sus brazos no me sueltan y me pregunto cuándo fue la última vez que alguien lo abrazó por ser Maverick y no «la superestrella»—. Ahora bailas mucho mejor.

Sus brazos musculosos me sueltan y puedo retroceder un par de pasos. Por encima de su hombro, veo a Ava mirarnos, apoyada en una de las paredes de la sala, y me alejo del cantante, con culpa. Aunque el momento ha sido del todo inocente, me siento mal por haber estado fantaseando con su chico y, de repente, me siento estúpida por haber olvidado que Sutton tenía pareja mientras me

manoseaba, aunque, para ser justos, seguramente no había significado lo mismo para él que para mí.

Ava se aparta del muro y se acerca a nosotros con rostro serio. Mav enseguida se acerca a ella con expresión de preocupación. Hablan en voz baja y el cuerpo del cantante se tensa de golpe antes de irse por la puerta sin despedirse. Ava suspira y trago saliva cuando veo que se acerca hacia mí con paso decidido.

—Ava, yo... —Estoy a punto de disculparme sin motivo o prometerle que no tiene de qué preocuparse cuando sus brazos me envuelven en un abrazo sentido y mi discurso se corta de pronto.

—Gracias —susurra ella, emocionada—. Es la primera vez que lo oigo reír desde la muerte de Owen.

El corazón se me acelera y le devuelvo el abrazo con los sentimientos desordenados y los pensamientos aún más perdidos. No sé qué decir, pero sus palabras me calientan el pecho cuando recuerdo los ojos sin vida del Maverick Sutton de hace un mes.

—N-no ha sido nada —digo, incómoda, cuando me separo de ella.

—Sí que lo ha sido —rebate, y tiene lágrimas en los ojos.

De repente, vuelvo a sentirme culpable.

—Debe de haber sido duro estar al lado de tu novio mientras pasaba por todo eso —comento en voz baja, y, en el fondo, me alegro de que Maverick tenga a alguien a su lado que se preocupa de verdad por él y no por su fama.

Ava suspira. Mira a su alrededor con indecisión, pero las bailarinas están centradas en su baile y la música camufla nuestra conversación.

—Maverick no es mi novio —me explica por fin, y yo me riño por poner etiquetas a otros. Estoy a punto de decirle que no tiene que darme explicaciones cuando vuelve a hablar, dejándome, una vez más, con la boca abierta—. Es mi hermano.

—¿Qué? —pregunto alucinada. Repaso en mi cabeza toda la información que he visto en internet sobre él y no consigo recordar nada sobre una hermana—. ¿Es como un hermano, quieres decir?

—No, es literalmente mi hermano —declara ella—. Por parte de madre, por eso no llevamos el mismo apellido. No lo sabe mucha gente y lo preferimos así, sobre todo él. Nos llevamos ocho años y sigue viéndome como una niña pequeña a la que tiene que cuidar. Cuando empezó a coger fama, no quiso que la gente supiera que éramos familia para que no sufriera la presión de tener todos los ojos sobre mí a esa edad; quería protegerme de los fans y de la prensa. Y, más adelante, cuando empecé a trabajar para él, preferimos no decirlo para que nadie pensara que tenía trato preferente. Solo los del equipo interno lo saben. Supongo que muchos piensan que nos acostamos y que tengo trato preferente de todos modos, pero me da igual.

Pienso en todas las veces que los he visto interactuar y me doy cuenta de que nunca he visto nada sexual entre ellos, solo gestos de ternura.

—Yo... Siento haber asumido que... —empiezo a decir, pero ella me corta.

—No te preocupes, es normal —afirma en tono despreocupado.

—Pero ¿por qué me lo cuentas a mí? —pregunto extrañada.

Ava apenas me conoce y yo hace poco que llegué al equipo.

—No lo sé —admite, y su expresión parece repentinamente vulnerable y joven; una vez más, ese rostro me recuerda al de mi propia hermana—. Creo que le haces bien. Y me caes bien, no quería que hubiera malentendidos entre nosotras. —La cojo de la mano y le doy un suave apretón con una sonrisa entre sincera y culpable por haber asumido lo que no era y por estar aquí con

segundas intenciones—. Ahora tengo que irme. Lo siento, pero debo gestionar una emergencia de relaciones públicas.

—¿Una emergencia?

—Maverick tiene una visita de alguien a quien odia —me explica Ava—. Solo quiero asegurarme de que no termina en la portada de los periódicos de mañana. ¿Quieres venir? Tal vez tu presencia lo mantenga calmado —añade con una sonrisa picarona, como si supiera algo que yo no sé, y no tengo claro qué idea se ha hecho sobre mi relación con su hermano, pero, por una vez, no me importa que la haya malinterpretado. Me interesa descubrir quién es esa persona a la que Maverick odia tanto y cuál es la historia entre ellos. ¿Será otro artista furioso por el robo de sus canciones?

—Claro —digo, intentando mantener el tono despreocupado—. Vamos.

La sigo por el hotel hasta llegar a la recepción, en la que se han juntado un puñado de personas que están grabando a Maverick con el móvil hasta que sus guardaespaldas les piden que dejen de grabar. Mav lleva ropa distinta de la que llevaba cuando ha salido de la sala de baile y tiene el pelo mojado, por lo que deduzco que se ha duchado antes de venir. Delante de él hay un hombre que reconozco al instante, pues su rostro está en todas las revistas y carteles publicitarios del planeta. Mattia Moretti, el guapísimo italiano, es uno de los modelos más conocidos en nuestro país y, como todo el mundo sabe, es también el novio de Owen Cox. O lo era, por lo menos, antes de que el cantante falleciera. Como siempre, me jode muchísimo tener que odiar a Owen Cox, pues, como bisexual que soy, debo reconocer que era uno de los famosos que más habían hecho por la visibilización de nuestra comunidad y la lucha por nuestros derechos. Owen Cox había sido un auténtico icono gay al que muchos habíamos admirado y parte de mí iba a estarle siempre

agradecida por ello. Tal vez por eso confié en él sin conocerlo, porque sentí que estábamos en el mismo bando, pero, evidentemente, él no lo vio del mismo modo.

Maverick habla con el modelo en voz baja y, aunque no puedo oír lo que dicen, se nota en sus hombros que no está nada cómodo. Ava suspira a mi lado.

—¿No le caía bien el novio de Owen? —le pregunto a Ava, intentando entender por qué hay tanta mala sangre entre estos dos.

Sé que Maverick no tenía ningún problema con la orientación sexual de Owen Cox, con quien hacía conciertos gratuitos cada año por el Día del Orgullo en Los Ángeles. Maverick, como su compañero, es un gran defensor del colectivo y siempre había cortado de raíz cualquier comentario o pregunta fuera de lugar que pudiera ofender al rubio de ojos azules; nadie se metía con Owen delante de Mav y salía de allí indemne.

—Entre tú y yo, siempre hemos pensado que es una rata sarnosa —me contesta Ava, con una mueca que deja bastante clara su posición—, y eso incluso antes de lo ocurrido.

—¿Lo ocurrido?

No puedo controlar mi curiosidad. Sé que no tiene nada que ver con ningún artista indignado y, aun así, los hombros tensos como cuerdas de guitarra de Maverick me ofenden personalmente, después de haber conseguido que se relajara y se riera por primera vez desde que lo conozco en esa sala de baile.

—Owen pilló a Mattia con otro en la cama la noche en que murió —explica Ava en tono grave, y se me desencaja la mandíbula. Estoy cien por cien segura de que nada de esto ha salido en ningún periódico—. Llamó a Mav para contárselo entre llantos y Mav le dijo que pasaría a buscarlo por el hotel, pero él no quiso esperarlo y

cogió el coche alterado. Estaba lloviendo mucho y... Bueno, ya sabemos cómo terminó esa historia. Mav culpa a Mattia de ello.

Mis pensamientos son un torbellino de emociones, entre las que destacan la rabia y la indignación. Owen me había hecho una putada, pero nadie se merece tener que vivir algo así, y mucho menos morir por ello. Y que ese desgraciado tenga la osadía de presentarse delante de Maverick después de lo que hizo hace que me hierva la sangre. Maverick debe de pensar lo mismo que yo, porque da un paso hacia delante de forma amenazadora después de oír lo que sea que ha dicho el modelo. Ava se acerca a ellos y coge a su hermano del brazo; yo la sigo de cerca.

—¿Por qué no tenemos esta conversación en privado? —pregunta Ava, mirando a la gente que, poco disimulada, está intentando escuchar y grabar la escena, pese a los esfuerzos de Roy de mantenerlos al margen.

Javier está a solo un par de pasos de Maverick, listo para actuar en caso de que el modelo resulte ser una amenaza. Mis ojos repasan su cuerpo delgado y fibrado; Mav podría con él con los ojos vendados.

—No vamos a tener esta conversación en ningún lado —gruñe Mav, de mal humor—. Moretti ya se iba.

—No pienso irme sin el reloj, Mavsie —replica Mattia Moretti, con una voz aguda que me irrita de inmediato.

—No me llames así. —Maverick da un paso adelante hasta que están casi pecho contra pecho—. Solo Owen me llamaba así.

—Está bien, cálmate, *va bene?* —La cara perfecta del modelo se contrae en una sonrisa que pretende ser apaciguadora—. *Mio Dio*... Solo quiero el maldito reloj que me dejé en casa de Owen. Era una edición especial Patek Philippe que vale mucho dinero y lo necesito para desfilar en la Semana de la Moda de París.

—Me la trae floja tu semana de la moda —responde Mav subiendo el tono sin querer. Ava le acaricia el brazo y yo me acerco un paso más a él, inconscientemente—. Quemé todas las cosas que tenías en el piso de Owen, así que no hay nada que devolverte.

—*Vaffanculo*, Sutton! —Mattia se pasa una mano por el pelo, nervioso—. Quiero ese reloj o quiero un cheque por el importe de lo que costó. Y te aseguro que no será barato.

Maverick se cruza de brazos.

—No pienso pagarte nada.

—Siempre has sido un capullo, Sutton —gruñe el modelo, fuera de sí—. Tendría que haber dejado a Owen antes; no la chupaba tan bien como para aguantarte a ti.

Veo el momento en el que el instinto homicida atraviesa los ojos del cantante y sé que la cosa va a terminar muy mal, así que actúo por impulso, tal y como hago siempre, y me coloco delante de Maverick para bloquearlo con mi cuerpo, pero soy tan bajita que me arrastra con él mientras camina hacia delante, así que pongo las manos una a cada lado de su cara, sobre la mandíbula, que ahora mismo está cerrada con tanta fuerza que oigo sus dientes rechinar desde donde estoy.

—No, Maverick —susurro, intentando calmarlo—. No vale la pena. Hay cámaras por todos lados —le recuerdo, y él se para en seco, aún mirando al modelo con ojos de Jeffrey Dahmer. Sus brazos me envuelven la cintura y sus dedos se agarran de mi camiseta como si fuera un bote salvavidas. Mattia ha retrocedido un par de pasos, claramente asustado—. Eso es, Superestrella —lo felicito, sin dejar de acariciar su rostro con un gesto tranquilizador.

—Lárgate de mi vista antes de que te coja y tengas que desfilar con la cara del jorobado de Notre Dame —gruñe Maverick sin soltarme en ningún momento.

Ava también se ha acercado a su hermano y le acaricia la espalda con suavidad.

Mattia Moretti traga saliva y camina hacia atrás intentando mantener su dignidad intacta, pero el miedo en sus ojos lo delata.

—Esto no quedará así, Sutton —amenaza—. Hablaré con mis abogados.

Maverick da otro paso sin soltarme, casi levantando mis pies del suelo con el impulso, pero yo arrastro los talones hasta que vuelve a pararse. Moretti sale del hotel y el cuerpo del cantante se destensa de golpe. No puedo evitar estirar los brazos para abrazarlo y siento un pinchazo de afecto en el pecho cuando el enorme y musculoso cantante se deshace en ellos y esconde su rostro en mi hombro.

Digo que quiero vengarme de los Trailer Trash, pero no puedo dejar de correr cada vez que el cantante me necesita. Y en este momento, cuando se relaja entre mis brazos, ni siquiera me importa lo que eso significa.



CAPÍTULO 11

MERCEDES-BENZ STADIUM,
Atlanta,
GEORGIA

Maverick

Cuando abro los ojos solo quiero volver a cerrarlos. Mi pecho se contrae en un ataque de tos y cierro los párpados con pesar, pues esperaba no tener que pasar por esto. Suspiro y le mando un mensaje a Ava para advertirla de que estoy resfriado y me preparo para la avalancha de gente que entrará en mi habitación en los próximos cinco minutos. Y no me equivoco: antes de que pueda sacar un solo pie de debajo de la sábana, ya tengo a mi hermana, mi doctor y tres personas más a las que no conozco bien revisándome la garganta y tomándome la temperatura para ver si tengo fiebre. Segundos después de que Malik determine que es solo un resfriado leve —algo que se puede deducir sin un grado en Medicina—, Giuseppe se acerca a mí con una bandeja en la que lleva una taza de té con miel. Ava se cruza de brazos a mi lado y me mira con el ceño fruncido.

—Estoy bien —le aseguro, y no estoy mintiendo. He estado mejor, pero no estoy mal.

—Te dije que cancelaras el concierto en Houston cuando se puso a llover de esa manera, pero eres un cabezota —se queja, y yo pongo los ojos en blanco.

—No iba a cancelar el concierto por cuatro gotas —le rebato, con una risa sarcástica que pago muy cara cuando la tos me sobrecoge de nuevo.

Ava me acaricia la espalda con cara de malas pulgas.

—Era un diluvio en toda regla. —Yo hago un gesto de despreocupación con la mano; Owen y yo no hemos cancelado un concierto en nuestra vida y no pienso empezar ahora—. Tú sabrás, cabezota, pero será mejor que te recuperes pronto si no quieres tener que cancelar los *shows* de este fin de semana.

—Toseré entre canción y canción —respondo con una sonrisa artificial—. ¿Ahora puedo irme a entrenar?

—Ni se te ocurra —gruñe Malik, que está revisando algo en la pantalla de su móvil—. Tienes fiebre.

—Treinta y siete con dos —le recuerdo.

—Hoy te quedas en la cama. Quiero reposo absoluto.

Yo gimo.

—Por el amor de Dios —protesto—. ¿Podéis dejar de exagerar? Es un puto resfriado, no la peste negra. ¿O hay que llamar a esos del mono blanco para que me tengan en cuarentena? —pregunto en tono sarcástico. Salgo de la cama antes de que me aten a ella y finjo que no noto la forma en la que la habitación da vueltas durante un segundo—. Estoy perfectamente.

—Es pronto para eso —admite Malik—, pero no se te ocurra hacer ejercicio físico.

—Está bien, papá —me burlo, mientras me cambio el pantalón del pijama por unos vaqueros y me pongo una camiseta sin mangas del primer *tour* que hice y que uso tanto que está prácticamente desgastada. Las marcas de lujo se lían a puñetazos por que luzca sus diseños en los eventos, pero, en privado, nadie me dice cómo tengo que vestirme—. Iré a buscar a Aria para trabajar en la canción. ¿Contento?

Malik gruñe un asentimiento.

—Termínate el té —me ordena, al tiempo que me acerca la taza aún humeante a la cara. Yo me la bebo en tres tragos para salir de la habitación antes de que mi hermana saque una jeringuilla de su bolso y me drogue para que no abandone la cama. Sería capaz—. No puedo creerme que, después de tantos años de estudio en las universidades más prestigiosas del mundo, tenga que hacer de enfermero de un cantante consentido —se queja, y yo sonrío, porque sé que le encanta su trabajo.

—Tienes razón, debería subirte el sueldo —acepto mientras me pongo la chaqueta de cuero sobre la camiseta y me acerco a la puerta.

—Más te vale —oigo que gruñe antes de salir de la habitación.

Javier está de pie al lado de mi puerta y sé que Roy debe de estar durmiendo si ha hecho el turno de noche.

—Buenos días, Javi.

Chocamos puños y casi se me salen los pulmones por la boca cuando me da una palmada alegre en la espalda.

Camino por los pasillos del hotel con el guardaespaldas en mis talones y me dirijo al parking en el que están los tráileres del *tour*. Una hilera de *paparazzi* desarreglados sacan fotos desde una esquina del estacionamiento, pues no pueden acercarse más sin que seguridad se les eche encima. Voy directamente hacia el tráiler en el

que sé que la chica del pelo de colores tiene su laboratorio y llamo con los nudillos a la puerta un par de veces antes de abrirla. Me doy cuenta, cuando echo un vistazo curioso a mi alrededor, de que en el mes y medio que llevamos de gira no he estado nunca aquí.

—¿Mav?

La voz de Aria me saca de mis pensamientos y mis ojos se quedan clavados en su menudo cuerpo enfundado en un peto vaquero y una camiseta blanca de manga corta que deja a la vista sus tatuajes coloridos en el brazo izquierdo. Está sentada encima de uno de sus pies y el color negro de su esmalte de uñas me llama la atención a sus pequeños pies descalzos. Lleva un moño desaliñado y un par de mechones cortos le caen a cada lado de la cara. Delante de ella, tres pantallas enormes se extienden sobre una mesa de madera.

—¿Necesitas algo? —pregunta, y yo carraspeo, pues llevo parado unos segundos escrutando, como un acosador rarito.

—Me preguntaba si tienes un rato para trabajar en la canción —explico—, pero, si estás ocupada, podemos dejarla para más tarde —añado, al tiempo que echo un vistazo al documento de Word que tiene abierto y cuyas palabras no podría descifrar ni en cincuenta vidas.

—No hay problema —contesta—. Dame cinco minutos para terminar una cosa —pide, y yo asiento antes de sentarme en una de las butacas que hay justo detrás de ella. Sus ojos me siguen despacio y se hace un silencio raramente cargado—. ¿Te vas a quedar ahí?

—¿Quieres que me vaya?

—Eh... No, no hace falta, supongo. —Aria carraspea y vuelve a girarse hacia las pantallas. Sigue tecleando en silencio y me doy esos minutos para observar el arco de su delicado cuello. En las últimas semanas le ha crecido el pelo, y el medio centímetro de raíz

oscura que crece sobre el rosa le queda extrañamente bien. Suspira y se gira para mirarme—. No me concentro si siento tus ojos clavados en mi nuca —protesta, y yo me apoltrono aún más contra el respaldo de la butaca. Alzo una comisura de los labios con diversión—. ¿No deberías estar entrenando con Mack?

—¿Te sabes mi horario? —Mi sonrisa se vuelve lobuna—. Adorable.

—No te emociones, Superestrella —se burla ella, poniendo los ojos en blanco—. Te tengo localizado para saber qué lugares debo evitar.

—Ajá —digo, fingiendo que no me lo creo. La verdad es que Aria es perfectamente capaz de haber memorizado mis obligaciones solo para no tener que cruzarse conmigo—. Estoy resfriado —respondo a su pregunta inicial—. Malik me ha ordenado que «me lo tome con calma». Quería que me quedara en la cama, pero he pensado que trabajar en la canción sería más útil.

—¿Tienes fiebre? —pregunta, en un tono que no sé descifrar.

—Décimas —respondo con despreocupación.

Desde luego, culparé a esas décimas del calor que tengo al estar encerrado con ella en un espacio tan reducido. Aria se levanta de su silla y se acerca a mí con cuidado, parando justo entre mis piernas. Es tan bajita que, sentado, mis ojos llegan a la altura de su clavícula, y trago saliva cuando da un paso hacia delante hasta que mi cara está a centímetros de su cuerpo. Levanto la vista, de pronto me falta el aire, y me prometo que no miraré los firmes pechos que tengo justo delante y que cabrían perfectamente en la palma de mi mano. Cuando nuestros ojos se encuentran me relamo el labio inferior, de repente seco, y su mirada sigue el movimiento, pero, antes de que mi mente enferma pueda fantasear sobre sus labios, Aria posa la palma de su mano contra mi frente con desenvoltura, y me doy cuenta de que solo está comprobando mi temperatura corporal. Después de un par de segundos, da unos pasos hacia atrás para

volver a sentarse en la silla, y yo tengo que recordarme cómo respirar. Me entran ganas de reír solo de pensar en lo estúpido que soy al creer que iba a besarme; culpo a esas décimas de fiebre por el sentimiento de decepción que me invade.

—¿Tú también vas a decirme que necesito reposo? —pregunto. Mi voz sale más grave de lo que debería por culpa de la película que se ha creado sola en mi cabeza, pero hablo con toda la normalidad de la que soy capaz.

—Nah. —Aria apoya un codo en la mesa que hay a un lado de ella —. Mi madre ha ido a trabajar con fiebres de treinta y nueve, no veo por qué tú no deberías hacer lo mismo. Ya eres mayorcito. Tener millones en el banco no te exime de tus responsabilidades.

Sonrío sin poder evitarlo.

—Eso mismo pienso yo —declaro. Nos miramos en silencio hasta que no puedo aguantar más su mirada y desvío los ojos hacia su pantalla como un auténtico cobarde—. ¿En qué trabajas? Creo que no te lo he preguntado nunca.

—¿Seguro que quieres saberlo? —inquiere, y su postura parece tensa de pronto—. Son cosas aburridas. Ciencia.

Yo frunzo el ceño. Siento mis mejillas enrojecerse al darme cuenta de que, seguramente, no cree que pueda entenderlo y le da pereza explicarlo. Razón no le falta, pero eso no hace que pique menos.

—Supongo que no es algo que alguien como yo pueda entender. —Asiento con la cabeza, intentando ahorrarme la vergüenza de escuchar su explicación y tener que fingir que me entero de lo que dice.

Sus ojos de color verde y marrón miel me analizan en silencio.

—No es por eso, es que no quiero aburrirte —aclara, y, esta vez, son sus mejillas las que cogen algo de color—. Puedo ponerme intensa cuando un tema me apasiona.

Mis hombros se relajan ligeramente al oír eso y dibujo una sonrisa ladeada.

—No me importa escucharte —digo, y me sorprende descubrir que es verdad.

Nunca he sido muy hablador y rara vez tengo paciencia para escuchar a la gente, algo que Owen se encargaba a menudo de criticar. Ahora daría un brazo por escucharlo hablar durante horas sobre posibles ligues, cotilleos, teorías conspiratorias o conjuntos de ropa.

Aria se coloca un mechón de pelo rosa tras la oreja, pero es tan corto que vuelve a caer en su sitio en cuanto lo suelta. Los dedos me hormiguean con la necesidad de repetir el gesto, así que me cruzo de brazos.

—Pues estoy haciendo un trabajo de investigación sobre la composición de canciones a partir de estructuras algebraicas —suelta, y, aunque la mitad de las palabras no tienen sentido para mí, me hipnotiza la forma en que le brillan los ojos al hablar. Una sonrisa se extiende por su rostro, iluminado por la emoción, y puedo ver que su trabajo de investigación la apasiona tanto como a mí cantar frente a miles de personas—. El álgebra abstracta es una rama de las matemáticas que describe simetrías y grupos de elementos que presentan unas propiedades particulares, sobre todo las relaciones entre notas o sus maneras de organizarse. Y resulta que estas estructuras que aparecen, por ejemplo, en ramas de la física como el estudio de las partículas fundamentales o en el electromagnetismo aparecen también en la música. ¿Entiendes? Son las mismas estructuras. —Su voz se acelera por la emoción a medida que va hablando y esos hoyuelos adorables asoman a sus mejillas, lo que me distrae por completo y elimina cualquier ínfima posibilidad que tenía de entender lo que me está explicando—. Y esas estructuras se

pueden usar a la hora de componer de una forma creativa que... Dios, lo estoy volviendo a hacer. ¿Ves? Ya te he dicho que podía ser muy pesada.

—No me importa —repito de nuevo, intentando centrarme—. Aunque no estoy seguro de haber entendido nada de lo que has dicho —confieso, incapaz de fingir que sé de lo que habla si me pregunta algo.

—Una melodía tiene que ver con la armonía y sus estructuras, que son las relaciones existentes entre las notas y el color del sonido. Estas relaciones pueden ser simétricas, al igual que ocurre, a menudo, en la física —explica, y, esta vez, lo que dice parece tener algo más de sentido que antes.

—¿Estás diciendo que patrones que aparecen en física pueden aparecer en música también?

—¡Sí, exacto! —exclama, emocionada—. Por eso podemos usar estos cálculos de frecuencia y simetría en el álgebra para crear melodías.

—¡Vaya! —exclamo yo, sorprendentemente interesado—. Y eso es lo que haces cuando te pones a calcular cosas en la pizarra antes de componer la base de una canción, ¿no? —Ella me observa en silencio un segundo y me arrepiento al instante de haber abierto la bocaza—. ¿O no tiene nada que ver? Tal vez he dicho una tontería, perdona —añado, de pronto avergonzado.

—No, Mav, no es ninguna tontería. Es justo eso —replica con voz suave, y su expresión es de tanto asombro que sé que no lo dice solo por quedar bien.

—¿Sí? —pregunto, contento, y ella asiente.

Exhalo, curiosamente satisfecho. Mi mirada se pasea por las pantallas de nuevo.

—Sí —repite ella—. Perdóname tú, es que no estoy acostumbrada a que la gente me escuche cuando hablo de estas cosas. Mi familia lo intenta, pero para ellos es como si hablara chino.

—Es que eres muy lista. —Ella suelta una risa incómoda y pone los ojos en blanco—. Lo digo en serio —insisto—. Creo que eres la persona más inteligente que conozco.

—Créeme, en el mundo de la ciencia soy mediocre como mucho —afirma ella, con otra sonrisa incómoda, y frunzo el ceño.

—¿Mediocre? —Señalo la pizarra llena de ecuaciones—. ¿Desde cuándo esto es mediocre? ¿En qué mundo vives? ¿Has estado quedando con Stephen Hawking en tus ratos libres y no me he enterado?

Ella se ríe de forma sincera por primera vez en toda la conversación, y ver esos hoyuelos me produce más satisfacción que llenar un estadio entero.

—Más o menos —susurra con una última sonrisa irónica y triste.

—¿Cómo se puede «más o menos» conocer a Stephen Hawking? —pregunto, intuyendo que hay más historia de la que me está contando detrás de sus palabras.

Ella abre la boca como si fuera a hablar, pero después niega. Una suave rojez se extiende por sus mejillas y veo la misma expresión de bochorno que reflejan mis ojos cuando pienso en mis estudios, o en la falta de ellos. Siento un pinchazo en el pecho al ver esa mirada en alguien tan objetivamente increíble y mi mano se acerca de manera inconsciente a la suya. Mi pulgar acaricia la palma de su mano antes de que pueda recuperar el sano juicio, y ella exhala aire de manera temblorosa. Baja la vista hasta nuestras manos unidas, pero no se aparta.

—Mi ex era mucho más listo que yo —admite al final, y quizá sea por la sorpresa de unas palabras que no esperaba, pero siento ácido

en el estómago y tengo que cerrar la mandíbula con fuerza para no interrumpirla.

La mirada de Aria, que acostumbra a ser dura, muestra una vulnerabilidad que no había visto hasta ahora, y su pequeña palma se agarra a mi pulgar antes de coger aire para seguir hablando. Aunque la chica del pelo de colores es la persona más desenvuelta y segura que conozco, y, desde luego, la que menos necesita que la salven, ese gesto despierta todos mis instintos de protección hasta el punto de que tengo ganas de contratar a un detective para que me encuentre información sobre ese desgraciado y arruinarle la vida. Mantengo mi expresión impasible y doy un paso hacia delante sin proponérmelo cuando baja los ojos hasta sus pies antes de continuar.

—Nos conocimos en un curso avanzado de física en la universidad y teníamos muchas cosas en común, pero más tarde quedó claro que mi campo de investigación no era suficientemente bueno para él. Al principio fueron solo pequeños comentarios, hasta que me dejó por una de sus compañeras de investigación. Llevábamos casi siete años juntos y su argumento fue que amaba demasiado su trabajo para estar con alguien que no era una «científica de verdad». —Siento que mis molares se van a agrietar de un momento a otro de lo fuerte que estoy apretando la mandíbula, pero no digo nada—. Dejé mi investigación un par de años y me centré en el mundo de la música, convencida de que era mi lugar. Y funcionó durante un tiempo: compuse canciones con algunos de los mejores artistas de este país hasta que...

Su voz se apaga de golpe y se le tensa el cuerpo. Siento un vacío cuando su mano suelta la mía y me entristece ver que se le endurecen los ojos una vez más con su coraza. No sé qué es lo que iba a decir, pero resulta evidente que el mundo de la música

tampoco fue un refugio para ella, pues dejó de componer para dedicarse a la enseñanza. Aunque no entiendo por qué, siento un nudo en el estómago parecido a la culpa cuando se aparta de mí casi como si fuese una serpiente hipnotizadora y acabara de salir de un trance.

—En fin, eso ya no importa, es agua pasada —pronuncia con su habitual confianza antes de volver a girarse hacia la pantalla.

—Yo no sé de ciencia —empiezo a hablar con cuidado—, pero sigo pensando que eres la persona más lista que conozco, y te lo dice alguien que juega al ajedrez online con Magnus Carlsen.

Sus cejas se alzan con asombro durante una milésima de segundo, pero después entrecierra los ojos.

—¿Por qué haces eso? —pregunta, y parece cabreada, lo que debería molestarme, pero solo me pone nervioso. Me cruzo de brazos, a la defensiva.

—¿El qué? —Sé perfectamente a qué se refiere.

—¿Crees que me impresionas con tus amigos famosos?

Sé que la rabia desmedida en su mirada no se debe a lo que he dicho y, aun así, siento que tengo que disculparme por algo, aunque no tengo ni idea de qué es.

Mi primer instinto es cabrearme, porque, si alguien tiene derecho a estar enfadado con ella, ese soy yo, pero cuando abro la boca para responder en el mismo tono ácido las palabras no salen. Me doy cuenta de que no quiero perder esa cercanía que hemos conseguido en las últimas semanas y no quiero perder a la única persona con la que me he sentido realmente cómodo desde que Owen murió; la única con la que me he sentido realmente yo. No Maverick Sutton, solo Mav. Decido devolverle la sinceridad y vulnerabilidad que me ha mostrado hace un momento.

—Sé que no te impresiono —digo en tono conciliador, aunque mantengo los brazos cruzados por incomodidad. Desvío la mirada, porque es demasiado difícil pronunciar ciertas frases con sus ojos de color verde y miel repasándome con desafío—. Es una de las cosas que más me gustan de ti. —Alza una ceja y su postura se relaja un poco, sorprendida—. Contigo, siento que puedo ser yo mismo; has conocido a más gente como yo, otros famosos, y ya no te impresionan la fama ni el dinero ni mis contactos, pero sigo mencionándolos porque es costumbre. Es lo único interesante que alguien como yo puede contar.

Aria da un paso adelante, creo que sin darse cuenta.

—¿Alguien como tú? ¿Qué significa eso? Lo has dicho antes también.

Temía que fuera a insistir en eso, pero ya hemos llegado hasta aquí, así que continúo.

—Apenas terminé el instituto —digo, como si fuera algo obvio—. No tengo estudios más allá de los obligatorios y mis nociones sobre cualquier tema que no sea la música son tirando a básicas. Incluso en la música hay muchísima gente más formada que yo, con años de conservatorio. Yo solo... canto. —Carraspeo, incómodo, pero me obligo a seguir—. No sé hacer nada más. No sé hablar de nada más. Así que alardeo y, por lo general, funciona. A la gente le encanta que sea Maverick Sutton, aunque no haya mucho más que eso.

Me siento completamente desnudo mientras su mirada me analiza, pero me esfuerzo por no retroceder ni salir corriendo. Aria se queda en silencio un par de segundos que se me hacen eternos, hasta que da un paso más y está casi pegada a mi pecho.

—Hay mucho más que «Maverick Sutton» —sentencia al final con una intensidad que me hace tragar saliva—. La superestrella me irrita —añade, y siento el impulso de sonreír—, pero el Maverick que

hay debajo... —Su voz se pierde durante un momento y contengo el aliento—. Sería mucho más fácil odiarte si solo fueras Maverick Sutton —termina, y, aunque no acabo de entenderlo, exhalo.

La chica del pelo de colores es la persona más inteligente que conozco, y yo sería un idiota de no creer sus palabras. No sé si veo lo mismo que ve ella, pero decido dejar de plantearme si merezco todo lo que tengo y me limito a disfrutar de la seguridad que veo en sus ojos al hablar. La creo. Y, por primera vez desde que firmé mi primer contrato discográfico, la pequeña voz en mi cabeza que me critica constantemente se queda callada y oigo las primeras notas de una melodía nueva más amable, una que me gusta escuchar.



CAPÍTULO 12

NATIONWIDE ARENA,
Columbus,
OHIO

Maverick

Una gota de sudor me cae por la frente y me la seco con la mano sin parar de correr. Hace rato que cantar se ha hecho complicado, pero me recuerdo los ejercicios de respiración y sigo proyectando mi voz por el gimnasio mientras hago cardio en la cinta de correr. El entrenamiento de hoy está siendo especialmente duro por un motivo muy específico. Debería ser porque no paro de estornudar cada tantos minutos, pero lo que de verdad rompe mi concentración es la chica del pelo rosa chicle —ya algo desvaído— que está tumbada en un banco levantando peso justo delante de mí. Sus tatuajes, tan coloridos como su pelo, brillan bajo una fina capa de sudor que me roba el aliento. La cosa está bajo control, por lo menos hasta que cambia de ejercicio y se pone a hacer sentadillas delante de mí con peso en los hombros, y tengo que hacer un esfuerzo increíble por no matarme en la cinta y recordar la letra de mis propias canciones.

—Maverick Sutton, por el amor de Dios —se queja Mack cuando canto la estrofa equivocada por tercera vez—. ¡Concéntrate!

Yo resoplo y me seco el sudor de nuevo, incapaz de responder a su comentario sin sonar como un acosador de primera, así que cierro los ojos y sigo cantando. No sé cuánto tiempo pasa, pero, cuando los abro, Aria ya no está en el gimnasio portátil que hemos instalado en una sala del hotel de Columbus en el que nos hospedamos para los conciertos de este fin de semana. Quien sí que está, y eso me sorprende, es mi mánager, Richard, que ha entrado en la estancia con su traje impoluto y se me acerca con una sonrisa resplandeciente.

—¡Mav! —exclama, con su habitual buen humor—. ¿Cómo van los entrenamientos? Mack no te está machacando demasiado, espero —bromea, dándole una palmada a mi entrenador personal.

Mack se la devuelve y me indica que ya he terminado por hoy, así que bajo la intensidad de la máquina hasta que estoy caminando para no enfriar los músculos de golpe.

—Todo bien —le respondo mientras me seco la frente con una toalla.

—¡Más que bien! —Su cara se ilumina—. ¿Has visto lo bien que hablan la prensa y los fans del *tour*? ¡Ted está encantado con lo mucho que se han disparado las ventas!

—Me alegro —digo, y es cierto, aunque no por los mismos motivos.

—¿Cómo llevas el nuevo *hit*? —pregunta Rick, y contengo un suspiro.

La realidad es que Aria y yo no hemos conseguido avanzar mucho más allá de encontrar una melodía más o menos pegadiza para el estribillo, pero hay algo en mí que aún no conecta con la canción.

—Estamos en ello —le respondo al fin, y, técnicamente, es cierto.

—Bien, bien —suelta, frotándose las manos—. Fantástico.

Pensar en la música me hace recordar dónde será el próximo concierto y mi cuerpo se tensa de forma leve.

—¿Hiciste lo que te pedí para el concierto en Nashville? —pregunto, en tono inflexible.

—Sí, no te preocupes. —Hace un gesto con la mano para que me calme—. Henrietta estará en la zona vip para cuando empiece la actuación, ya he reservado el transporte.

—En helicóptero —le recuerdo seco.

Sé que es un miedo del todo irracional, pero no puedo evitarlo.

—Sí, Mav, en helicóptero —confirma mi mánager, y suspiro más tranquilo.

Todo el viaje ya me pone demasiado de los nervios sin tener que preocuparme por Etta. Nashville es siempre una ciudad que me toca la fibra por mi historia allí, pero es un concierto que no puedo cancelar. Mi carrera musical empezó en Nashville y es uno de los núcleos del mundo de la música. También la ciudad en la que viví con Owen y su madre durante los primeros años de los Trailer Trash. Owen y yo le compramos varias residencias a Etta a lo largo de nuestra carrera musical, entre las cuales está una casa en el centro de Nashville que Etta visitaba a menudo, aunque su residencia oficial era una mansión en un barrio bueno de Austin que pagamos con nuestro primer gran cheque.

—Está bien —acepto por fin.

—Por cierto, hablando de Nashville, hay una cosa que quería comentarte —dice Richard mientras mira la pantalla de su móvil, seguramente para comprobar su correo electrónico de forma compulsiva—. Mañana tendremos que hacer una parada en Nueva York antes de ir hacia Tennessee.

—¿Para qué? —pregunto de mal humor mientras apago la cinta de correr y me bajo—. Ya te he dicho que Aria y yo no hemos terminado la canción. Aún no está lista para grabar.

—No es por eso —me aclara, sin levantar la vista del móvil—. Mañana darás el discurso de graduación de la NYU.

—¿Qué? —Me quedo inmóvil.

—Vas a dar el discurso de graduación de la NYU —repite, y esta vez me mira, irritado.

—Pensaba que esos discursos se daban a mediados de mayo —replico, con el corazón extrañamente acelerado y las palmas de las manos sudorosas.

—Han aceptado avanzarlo un par de semanas para encajarlo en el calendario de tu *tour* —explica Richard—. Muchos actores y cantantes dan discursos allí. Es buena publicidad. Taylor Swift lo dio hace un par de años.

—Taylor Swift estudió allí —le recuerdo—. Tiene un doctorado en Bellas Artes.

Mi mánager pone los ojos en blanco.

—Es solo dar un discurso. Nada que Maverick Sutton no pueda hacer también, doctor o no —suelta antes de ponerme una mano en el hombro y estrecharlo para animarme. Esa actitud me irrita y le aparto la mano con un gesto del hombro—. ¿Hay algún problema?

—¿Tengo que hacerlo? —pregunto, sin contestar a su pregunta.

No quiero admitir que no tengo nada interesante que decirles a un puñado de graduados universitarios. ¿Qué sé yo de la vida que no sepan ya?

—Maverick, cantas cada semana ante más de setenta mil personas —me señala, obviando convenientemente la respuesta, lo que me indica que, en efecto, no tengo otra opción—. Esto no es nada.

Me siento estúpido por ponerle tantas pegas a una tontería así. Es solo un discurso y, para el caso, parece que me hayan pedido que construya el Empire State a tamaño real con piezas de Lego. Richard King es un representante buenísimo y siempre ha sabido lo que era bueno para mi carrera, así que decido confiar en él una vez más y asiento, aunque el corazón me sigue latiendo con rapidez, e intento ignorar el nudo que tengo en el estómago.

—Ese es mi chico. —Rick me da una palmada cariñosa en la nuca —. Si quieres, puedo contratar a alguien para que lo escriba —añade, y eso debería quitarme un peso de encima, pero solo me hace sentir aún más inepto.

—No —respondo en tono cortante—. Lo escribiré yo.

Mi mánager sonríe aún más.

—Está bien, pero no te olvides de mandármelo antes para que podamos revisarlo. Todos sabemos que redactar no es exactamente tu fuerte —dice, y mis mejillas se tiñen de un rojo oscuro que disimulo secándome el sudor de la cara con la toalla que tengo en las manos.

Richard me da una palmada más en el hombro y se da la vuelta para irse, dejándome con un marrón y muchas dudas. Con la mente a mil por hora, camino hacia mi habitación y me ducho con rapidez, intentando pensar en cosas que decir en el discurso, pero todo suena de lo más ridículo. Después de ponerme unos pantalones de chándal, me tumbo en la cama y abro la aplicación de notas en el teléfono para apuntar algunas ideas y frases. Me quedo mirando la hoja en blanco durante más tiempo del que estoy orgulloso y escribo y borro cincuenta veces las cuatro frases que se me ocurren. Cansado, tiro el teléfono a mi lado en el colchón y me froto los ojos. Al final me rindo y me incorporo para recoger el móvil de donde ha rebotado con la idea de escribirle a Richard y pedirle que contrate a

un escritor fantasma, pero cuando abro la aplicación de mensajería mis ojos se quedan clavados en el nombre de Aria. Me debato internamente hasta que recuerdo la conversación que tuve con ella y el brillo en sus ojos verde miel cuando le hablé de mis inseguridades. Algo en su expresión de seguridad al hablar de mí hace que mis hombros se relajen y me sienta con la confianza para coger el móvil y salir descalzo a buscarla.

Llamo con los nudillos a la puerta de su habitación, contigua a la mía, pero las palabras se me quedan congeladas en la garganta cuando la chica del pelo de colores me abre la puerta y la veo. Lleva el pelo mojado recogido en un moño perfecto que brilla con una especie de mascarilla grisácea y una camiseta blanca manchada de todos los colores y que está tan desgastada que puedo apreciar la forma de sus pechos bajo la tela. La camiseta le llega hasta la parte superior de los muslos y va sin pantalones, lo que me deja una visión clara de sus piernas torneadas. Mi mente cortocircuita y olvido lo que había ido a decirle, pues toda la sangre que tenía en el cerebro baja de golpe a otras zonas, pero cuando subo la mirada hacia su cara veo que aún tengo un par de segundos para reaccionar, pues, con las prisas, he olvidado ponerme una camiseta y ella parece igual de absorta con mi pecho desnudo que yo con su cuerpo expuesto.

—¿Has matado a un unicornio? —pregunto, usando el humor en un intento absurdo de gestionar las emociones que me descontrolan el cuerpo.

—Muy gracioso —dice en tono sarcástico—. Es mi camiseta de teñirme. ¿Qué quieres? —Carraspeo y entro en su habitación sin permiso, intentando darle la espalda para recolocar la muy evidente erección que los pantalones de deporte no hacen más que acentuar

—. Adelante —suelta con la voz áspera y un toque de ironía que solo me excita más.

Cierra la puerta y yo respiro hondo antes de sentarme en su cama y mirar a cualquier sitio que no sea la visión que tengo delante.

—Necesito tu ayuda —pronuncio, finalmente, cuando consigo controlar mis cuerdas vocales.

Mis ojos traidores vuelven a mirarla, y desde esta posición sus muslos quedan tan cerca de mí que es imposible no imaginar lo fácil que sería cogerlos con la palma abierta y enrollarlos alrededor de mi cintura.

—Estoy poniéndome el acondicionador —dice, cruzándose de brazos, lo que solo me hace gemir por dentro y darme cuenta de lo cerca que estoy de cometer un error.

—Estás ocupada —suelto levantándome de la cama—. No debería haber venido.

Su mano suave me agarra del antebrazo antes de que pueda siquiera dar un paso hacia la puerta y un escalofrío me recorre la piel.

—Espera —gruñe ella—. No he dicho que te vayas. Podemos hablar mientras hace efecto —acepta al fin, y mi mente enferma se llena de escenas en la ducha que, evidentemente, no tienen nada que ver con cambiarse el color del pelo, pero mis pies me traicionan y la siguen hacia el baño cuando tira de mi brazo.

—Está bien —susurro.

Aria me guía hacia el váter y hace un gesto para que me siente sobre la tapa. Ahora que estoy aquí, solo quiero cambiar de tema.

—¿Cómo tienes el pelo tan sano con todo el tinte que usas? —pregunto con curiosidad, aunque también es una forma de no tener que explicarle mis vergüenzas en voz alta, de alargar el momento.

—Es que no es tinte —explica mientras levanta los brazos para aplicarse más acondicionador grisáceo sobre las raíces oscuras de su pelo y en su moño. Continúa el movimiento mientras habla—. Es un acondicionador con color. Normalmente, sobre pelo oscuro apenas se vería, pero lo tengo decolorado. Las raíces me crecen rápido, pero no quiero hacérmelas muy a menudo, así que me las retoco cada tres meses o así. —Yo asiento—. El acondicionador no es tan dañino como un tinte de caja, así que mi pelo no se ve tan resentido. Y, además, me dejo una fortuna en mascarillas y champús de peluquería que me ayuden a hidratarlo. —Su mano manchada señala la larga hilera de botes de varios colores y marcas que hay encima de la repisa de la ducha.

—¿Qué significa el gris? —pregunto, con repentina curiosidad, mientras observo cómo se aplica el producto. Me sorprende ver lo mucho que ha evolucionado nuestra relación, pues la última vez que se tiñó el pelo no tuve el valor de preguntárselo.

—Es plateado —corrige—. El plateado me recuerda a la dureza del metal, a lo resistente que es, y me hace sentir que yo también lo soy. Me siento protegida cuando tengo miedo, como si llevase mi propia armadura.

—¿De qué tienes miedo ahora? —pregunto, preocupado. Me asusta lo mucho que me molesta que se sienta así, sobre todo porque el miedo es algo que comprendo perfectamente. Miedo a no ser suficiente, miedo a volver a perder lo que más quiero en un abrir y cerrar de ojos, miedo a vivir, miedo a no disfrutar lo vivido... Mis miedos son una lista interminable. Ella se pone roja y desvía la vista un segundo.

—Deja de cambiar de tema —acaba respondiendo, mirándome a los ojos a través del espejo—. Dime a qué has venido. ¿Qué puedo

hacer por ti? —Sus brazos vuelven a alzarse mientras continúa aplicando el producto.

Con los brazos levantados, el borde de la camiseta sube un poco y puedo intuir la curva de su generoso trasero. Los dedos me pican con la necesidad de agarrarlo y morderlo, no necesariamente en ese orden. Alzo la vista de golpe y me centro en el problema en cuestión. Decido que, si esta visión divina que tengo delante no me ayuda a inspirarme, nada lo hará, así que inhalo y dejo que nuestras miradas se encuentren en el espejo mientras le explico mi dilema.

—Richard quiere que dé el discurso de graduación de la Universidad de Nueva York —empiezo a contarle, y vuelvo a sentir la presión sobre mis hombros.

Sus gestos se ralentizan un poco, pero su expresión no demuestra lo que piensa, lo que solo me pone más nervioso que antes.

—¿Y tú no quieres hacerlo? —pregunta con calma mientras pega el pincel a la raíz de su pelo con maestría.

Pienso en la pregunta que me ha hecho y le respondo con sinceridad.

—Sería un honor —acabo afirmando—, pero no soy la persona más cualificada. Terminé el instituto por los pelos. No tengo ningún grado, ningún posgrado y mucho menos un doctorado. Lo único especializado que leo son pentagramas. ¿Qué voy a decirles? ¿«Felicidades por el currazo, aquí va una canción de regalo»? Se supone que tengo que escribir un discurso inspirador y todo lo que se me ocurre es basura.

Aria deja el pincel sobre el recipiente de plástico en el que hay esa pasta grisácea y se gira para acercarse a mí con cuidado de no tocar nada con los guantes manchados. Sus ojos brillan con mil cosas por decir y el olor a químicos de su pelo calma el revoltijo de nervios que lleva acumulado en mi estómago desde esta mañana.

—Hay tantas cosas que quiero decir que no sé ni por dónde empezar —pronuncia Aria en un tono sorprendentemente suave, y yo me froto los ojos con frustración.

—Tienes razón —gimo, abatido—. Voy a decirle que no puedo hacerlo.

Hago el gesto de levantarme del retrete, pero Aria me indica que me siente y su mirada severa hace que no le lleve la contraria.

—Yo no he dicho eso —replica, y reviso sus palabras y me doy cuenta de que es cierto—. Primero de todo, coge aire. Respira. —Hace el gesto de inspirar por la nariz y soltarlo por la boca y yo asiento. Me maldigo por no haberme traído un paquete de chicles, pero ahora mismo no puedo ni quiero moverme de donde estoy—. Así me gusta, Superestrella —me felicita, y ese estúpido mote que siempre usa para burlarse de mí hace que mis hombros terminen de destensarse del todo—. Un discurso de graduación a esos niveles es algo importante de verdad, y, como tú dices, es un honor. Uno para el que estás perfectamente cualificado. Ya te lo dije, pero lo repito: eres mucho más que un cantante, Maverick Sutton. ¿Y qué más da si no tienes grandes títulos? Steve Jobs dejó la universidad sin terminar siquiera el segundo semestre y dio el discurso de graduación en Stanford en 2005. —Exhalo, aliviado, y asiento—. Tal vez no tienes un doctorado, pero has experimentado muchísimas cosas en tus veintisiete años. Has vivido el éxito, la presión de tener todos los ojos sobre ti; desde muy joven has tenido que aprender a gestionar grandes cantidades de dinero, la popularidad, la falta de privacidad; has pasado por una pérdida enorme y sabes lo que es trabajar duro, porque lo veo cada día. —Trago saliva, emocionado con la intensidad de sus palabras—. Pasaste de tener una vida sencilla a la fama con tu talento, y estoy segura de que hay algo de inspirador en eso, ¿no?

—Supongo —susurro, pero sus palabras me dan confianza y pienso en mi vida y en cómo ha sido pasar de vivir en un tráiler destartalado a ser uno de los *«30 under 30»* según *Forbes*.

—Eso es —confirma ella con una sonrisa que muestra uno de sus hoyuelos—, así que ahora escribirás lo que se te ocurra mientras termino de ponerme este potingue, y después lo leeremos juntos. Y no borres ni una sola palabra, que te conozco.

Yo asiento, aún algo nervioso pero mucho más confiado, y dejo que los recuerdos me guíen mientras tecleo en la pantalla de mi móvil las ideas que se me van ocurriendo. Escribo sobre mi infancia, sobre la pobreza, sobre lo que significaba la música para mí, y lo que sigue significando. Antes de darme cuenta, Aria se quita los guantes manchados y acerca la mano para que le pase mi teléfono. Yo me resisto un segundo, pero se lo doy, con las mejillas encendidas.

—No está perfecto —aseguro, avergonzado—. Tendría que haber revisado la ortografía, pero no me ha dado tiempo.

Ella me mira mal cuando me levanto e intento quitarle el móvil de las manos, así que me cruzo de brazos, nervioso, mientras dejo que lea mis palabras. La veo asentir de vez en cuando y sus ojos parecen extrañamente dulces, más color miel que verde, mientras va leyendo el pequeño texto improvisado que he escrito en un momento.

—Esto está muy bien, Mav —acaba comentando, y yo suspiro, aliviado.

—¿Sí? —pregunto, esperanzado y algo sonrojado.

—Está genial, Superestrella —responde en el mismo tono cariñoso de antes, y siento el impulso de besarla en agradecimiento—. Es sincero, real y emotivo. Podemos pulir un poco las ideas, darle algo más de forma, pero es tremendamente inspirador.

Esta vez no puedo evitarlo y la acerco de la nuca hasta que tiene la cara pegada a mi pecho y la estoy abrazando. Ella da un pequeño grito de sorpresa y mi mano se mancha de esa pasta grisácea, pero no me importa.

—Te vas a manchar —dice, intentando apartar la cabeza de mi pecho.

—Me da igual —contesto, y, por fin, se rinde y apoya la frente en mi hombro. Siento sus manos suaves acariciarme la espalda desnuda y trago saliva, dándome cuenta de repente de lo íntimo que es ese abrazo, pero incapaz de soltarla—. Gracias, Hoyuelos —susurro, muy agradecido por sus palabras y la forma en la que me devuelve la confianza que mi propio síndrome del impostor se empeña en quitarme.

Ella se aparta de mí con una ceja arqueada, pero veo en su rostro que le ha gustado el mote.

—¿Hoyuelos? —pregunta en un tono fingidamente irritado, lo que solo me hace sonreír con travesura mientras le aparto con el pulgar un trazo de acondicionador justo donde aparecen esas hendiduras que me vuelven loco.

—¿No te gusta? —pregunto, y el ligero rubor en sus mejillas la delata—. Si tú te empeñas en llamarme Superestrella, yo seguiré llamándote Hoyuelos.

—Superestrella es un mote mucho más original —replica ella, irritada—. Hoyuelos es más genérico.

—Eres la única a la que llamo Hoyuelos, no hace falta que te pongas celosa —bromeo, aunque es cierto que nunca le he puesto motes a otra persona, y mucho menos de ese tipo. Nunca pierdo el tiempo con esas cosas, es demasiado íntimo, pero, por alguna razón, eso no me molesta con ella.

Aria pone los ojos en blanco y me empuja el hombro para apartarme, lo cual me hace sonreír todavía más. El tinte de Aria me ha dejado el cuello manchado, pero me da completamente igual.

Ella se gira hacia el espejo con mi móvil aún en la mano y relee el texto una vez más mientras espera a que el tinte temporal del pelo haga efecto. Su rostro se suaviza de nuevo y se apoya en la encimera para mirarme cuando termina.

—No has mencionado a Owen —dice en tono observador, y yo trago saliva.

—No puedo —confieso, y asiente.

Sé que piensa que es porque me resulta demasiado duro, y eso es cierto, pero la realidad es que literalmente no puedo, pues no es «la política que seguir». Aria no es consciente de lo mucho que la discográfica controla mi vida, y no es el momento de explicárselo.

—¿Lo echas de menos? —pregunta con un deje triste, y tengo que hacer un esfuerzo para que los ojos no se me empañen incluso después de casi dos años.

—Cada día —respondo con la voz áspera.

—¿Owen y tú alguna vez...? —Deja la pregunta a medias, pero soy muy consciente de que está preguntando si hubo algo romántico entre nosotros dos. Era una pregunta que pocos se atrevían a pronunciar, pero que muchos se hacían.

—No. Owen era mi hermano —respondo con sinceridad—. No me atraen los hombres, pero si hubiera sido el caso sé que me habría enamorado de él, porque era mi otra puta mitad, mi alma gemela. Siempre ha estado conmigo, toda mi vida, y a veces aún espero verlo a mi lado en el día a día, y luego recuerdo que ya no está y es..., siento que me ahogo. —Cuando levanto la vista y veo un brillo de admiración en sus ojos, el rubor me sube hasta las orejas, pues me doy cuenta de que le he vomitado hasta las entrañas,

emocionalmente hablando—. En fin, es lo que hay —acabo añadiendo, de forma patética, como si no hubiera confesado mis más penosos sentimientos.

—No me imagino perder a mi hermana, Addie —dice ella—. No me imagino lo que has sufrido. Lo que sufres cada día. La mera idea de ponerme en tu lugar es... —Su rostro se contrae en una mueca de dolor y me siento estúpido por haberla asustado sin motivo.

—Tu hermana está bien —le recuerdo en tono apaciguador—. No hace falta torturarse con vidas inventadas.

—Tienes razón —susurra, pero veo en sus ojos un miedo que no parece solo el de alguien que se pone en el lugar de otro.

—¿Qué ocurre? —pregunto, de repente preocupado. Ella niega con la cabeza, y me acerco hasta que estoy casi pegado a sus curvas de nuevo, pero casi ni me fijo en eso, porque parece turbada. Le levanto la barbilla con el dedo índice hasta que no tiene otra opción que mirarme a los ojos—. ¿Qué ocurre? —repito.

Sé que estoy siendo pesado, y hace un tiempo no me habría imaginado hablándole con estas confianzas, pero algo ha cambiado entre nosotros desde hace semanas, y lo cierto es que viajar juntos y vivir en el mismo espacio nos ha acercado. Me siento más cerca de ella de lo que me siento con el resto de mi equipo, con los que llevo viajando desde hace años, y eso es algo que no puedo explicar, pero que ahora mismo carece de importancia.

—Seguro que no es nada —murmura, aunque la forma en la que se muerde el labio hace que quiera abrazarla de nuevo.

Por primera vez esa seguridad que veo siempre en sus ojos parece fingida, y quiero arreglar el problema, sea cual sea. Mil escenarios pasan por mi mente y sé que haré lo que pueda por ayudarla. Lo que sea.

—Dímelo, Hoyuelos —susurro, sin apartarle la mano de la barbilla. Acaricio su mandíbula con el pulgar en un gesto tranquilizador y por un momento parece estremecerse.

—¿Recuerdas que me has preguntado de qué tengo miedo? —dice, y yo asiento, con el ceño fruncido—. ¿Recuerdas que te comenté que Addie es periodista? —Vuelvo a asentir—. Hablamos hace poco por teléfono. Hacía unos días que no me llamaba y estaba preocupada, porque normalmente hablamos casi cada día. Me contó que está trabajando en un artículo nuevo, algo relacionado con drogas. No sé... Se está juntando con gente rara, camellos, intentando encontrar una fuente que declare no sé qué... No terminé de entenderlo, porque la llamada se cortaba. Le hice prometer que me llamaría si se metía en líos, pero la verdad es que estoy preocupada —concluye, y la manera en la que su ceño se frunce despierta mi instinto de protección.

—Ven aquí —ordeno, abriendo los brazos de nuevo, y ella pone los ojos en blanco, pero no tarda ni un segundo en pegarse a mi pecho otra vez. Sus brazos quedan pegados a su torso, pero, lejos de crear una barrera entre nosotros, solo me permite envolverla con más facilidad. Le pongo una mano en la nuca de nuevo y siento su pequeño cuerpo relajarse de manera gradual contra el mío—. Si es solo la mitad de lista que tú, estará perfectamente.

Aria ríe y nos quedamos unos segundos así, abrazados, hasta que le suena la alarma del teléfono que avisa de que se tiene que enjuagar el pelo y nos saca de nuestra burbuja y nos apartamos de golpe. Me quedo mirándola en silencio y esa alarma que suena de fondo es parecida a la que suena en mi cabeza cuando me doy cuenta de que me estoy enganchando demasiado a la chica del pelo de colores y que, cuando finalice este maldito *tour* por Norteamérica y acabemos de componer la canción, no volveré a verla más.

Y, de repente, me alegro muchísimo por nuestra falta de inspiración y me pregunto si no es mi propio subconsciente el que alarga el proceso para poder pasar un poco más de tiempo con ella antes de que se nos termine del todo.



CAPÍTULO 13

YANKEE STADIUM,

Nueva York,

NUEVA YORK

Aria

El *jet* despega y siento un cosquilleo en el estómago. Entro en mis redes sociales para distraerme durante el vuelo, pero no sirve de mucho. Si antes no tenía claro que Google nos escucha, ahora es más evidente que nunca por la forma en la que mis *cookies* fastidiadas se dedican a enseñarme solo cosas relacionadas con Maverick Sutton o los Trailer Trash: vídeos de fans, publicidad de sus conciertos e incluso vídeos de corgis que solo me recuerdan a la pequeña bola de pelo marrón que tengo ahora mismo en el regazo.

Noto otro cosquilleo que no tiene nada que ver con la altitud y mucho con el pelinegro tatuado que está ahora mismo a un par de filas de mí revisando y releyendo el discurso que dará en cuestión de un par de horas. Su rodilla va arriba y abajo de forma compulsiva, y sus labios se mueven en silencio mientras susurra el discurso una y otra vez. El hecho de que ese hombre que canta casi semanalmente delante de un estadio entero esté nervioso por hablar frente a un

puñado de graduados universitarios me enternece y siento la necesidad de calmarlo, así que aparto a la perrita que tengo encima de las piernas y camino por el pasillo hasta sentarme en el sillón a su lado. Él está tan concentrado que casi ni se da cuenta de mi presencia.

—Me dicen por el pinganillo que, si repites el discurso unas cincuenta veces más, ganas el premio del millón —bromeo, incapaz de evitar burlarme de él. O quizá solo quiero que vuelva a ser el idiota de siempre y pare de preocuparse tanto por este tema antes de que me exploten los ovarios.

Maverick alza la cabeza y me mira con una expresión de pánico que acentúa el cosquilleo en mi estómago. Ignoro esa sensación, al igual que ignoro lo que ocurrió entre nosotros justo ayer. Me paso una mano por el pelo gris plateado de forma inconsciente e intento que mis mejillas no enrojezcan al recordar la manera en la que sus ojos ardientes me repasaban mientras aplicaba el acondicionador de color a mi pelo, o lo definidos y marcados que noté sus abdominales contra mi estómago al abrazarme. O, peor aún, lo cómoda y segura que me sentí entre sus brazos. Definitivamente ignoro todas esas sensaciones por el bien de mi salud mental.

—Ahora mismo daría un millón por poder cancelar esta locura —confiesa, desviando la mirada hacia las hojas arrugadas en las que tiene escrito el discurso—. ¿Me recuerdas por qué acepté? —bromea, no tan en broma, y yo sonrío.

—Todo irá bien —le prometo.

Me meto la mano en el bolsillo del pantalón y saco el pequeño paquete de chicles de menta Trident que he comprado para la ocasión y finjo de nuevo que no se me remueve todo por dentro cuando veo sus ojos brillar con emoción o cuando detecto la leve sonrisa de lado que le aflora a sus labios. Mav pone una de sus

palmas callosas boca arriba y yo deposito un par de chicles en ella con cuidado de no tocarle la piel. Después se los echa en la boca y yo me quedo hipnotizada con el movimiento de su mandíbula cuadrada al masticar, pero ni siquiera el sabor a menta termina de relajar su postura, así que me levanto para ir a por el móvil y los AirPods que he dejado en mi asiento. Noto que sigue mis movimientos como un halcón mientras masca el chicle y tengo que reprimir un estremecimiento al sentir su intensidad sobre mí. Cuando encuentro lo que he venido a buscar, vuelvo al asiento y le acerco uno de los auriculares, lo que hace que él levante una ceja con curiosidad.

—¿Quieres que te enseñe uno de los artistas que he descubierto hace poco y que he estado escuchando estas semanas? —le pregunto con normalidad, ignorando su pregunta silenciosa, y veo en su cara que no puede evitar la curiosidad, así que se coloca el AirPod en la oreja sin dejar de mirarme con esa intensidad que no consigo descifrar.

—Ese soy yo —me informa cuando le pongo una canción a la que me he enganchado últimamente y que resulta ser del segundo álbum de los Trailer Trash. Me limito a sonreír, y él tarda un segundo en pillarlo—. ¿Has estado escuchando mi música? —inquiere sorprendido, aunque detecto en su voz un ligero tono de orgullo y de satisfacción.

Asiento, sin poder evitar una sonrisa.

—Le estoy cogiendo el gusto —confieso, y por un momento, cuando mis mejillas se tiñen de rojo, me arrepiento de haberle revelado esa verdad. La verdad de que esas malditas canciones se me han colado bajo la piel, de que me sé todos los pasos de esos malditos bailes que siempre hace en los conciertos y de que me he tragado horas y horas de *reels* y tiktoks de conciertos suyos, de

entrevistas, frases y videomontajes en blanco y negro con Owen que hacen que parezca el protagonista de una película. Y, aun así, no consigo arrepentirme de habérselo contado cuando veo la sonrisa extenderse por su maldito rostro perfecto—. Que no se te suba a la cabeza —le advierto con fingida cara de malas pulgas para mantener la fachada de indiferencia.

—Jamás —promete él en tono solemne, pero no puede contener esa sonrisa de satisfacción—. Dime qué otras canciones escuchas.

Con las orejas algo rojas y el corazón acelerado de una forma extraña, le enseño las canciones que tengo guardadas en Spotify y mis listas favoritas de reproducción. Me siento desnuda mientras le muestro todos mis gustos y, a la vez, asombrosamente cómoda. Mav comenta sin juzgar ni criticar y debatimos durante un buen rato sobre mejores canciones, estilos y épocas de música. El tiempo se me pasa volando y me sorprendo al darme cuenta de la decepción que siento cuando el piloto anuncia que estamos a punto de llegar a Nueva York, pero no tanto como me sorprende ver la misma expresión reflejada en el rostro de mi compañero de viaje, que parece mil veces más relajado que al subirse al avión.

Cuando bajamos del *jet*, hay un helicóptero esperándonos en la pista y yo me subo al lado del cantante casi sin inmutarme, pues en los últimos dos meses hemos hecho tantos viajes en él que ya me siento como en casa. Subo el peldaño con habilidad y me ato el arnés en cuestión de segundos antes de colocarme los cascos. Miro a mi alrededor y chasqueo la lengua con reprobación.

—Justo cuando me convenzo de que eres una persona normal, pasan cosas de estas —bromeo.

—¿Qué cosas? —pregunta Maverick con el ceño fruncido, y esa respuesta tan privilegiada solo hace que quiera meterme con él aún más que antes.

—¿Sabes lo mucho que contaminan estos cacharros? —planteo en un tono medio burlón y medio irritado señalando el techo del helicóptero—. Por no hablar del *jet* privado... —Ava me mira en silencio y me parece captar una expresión que no reconozco. Javier y Roy, como siempre, permanecen ajenos a la conversación—. ¿Qué? —Me río sarcásticamente—. Solo estamos a media hora en coche del estadio de los Yankees, pero el helicóptero tiene más *glamour*.

—También menos probabilidad de muerte —responde Maverick serio, y mi sonrisa burlona desaparece de un plumazo ante su tono lúgubre.

—¿Qué? —pregunto, descolocada.

Ava suspira y, de repente, recuerdo que estoy hablando con alguien que perdió a su mejor amigo en un accidente de coche, y cuando entiendo la situación me siento como si me hubieran pegado un puñetazo en el estómago.

—Mav, no quería... —empiezo a disculparme cuando caigo en lo que he dicho y lo insensible que estoy siendo.

—No pasa nada —me corta él, y por su tono sé que es sincero, aunque eso no alivie mi conciencia por mi metedura de pata—. Sé que es una fobia estúpida —añade—, lo he hablado mil veces con Hannah. Pero cuando me meto en un coche... No lo sé. Me sudan las palmas y me falta el aire —explica, y trago saliva con culpa al entender la magnitud del problema y ver que no se trata de simple precaución—. Sé que es irracional —termina, y su tono abatido me conmueve tanto que, de pronto, mi mano está agarrando la suya.

—Puede que sea irracional, pero no es estúpido —le digo sincera.

Sus cejas se alzan con sorpresa al oír mis palabras y ver nuestras manos unidas, pero, lejos de apartarse, entrelaza los dedos con los míos en un agradecimiento silencioso.

Nos quedamos así durante el resto del trayecto y, cuando el helicóptero aterriza en el parking vacío y reservado que hay al lado del Yankee Stadium, en el que se celebra la graduación, y veo la forma en la que su cuerpo se tensa de nuevo por los nervios, ni siquiera me planteo soltarle la mano. Caminamos en silencio cogidos de la mano y accedemos al recinto del mismo modo hasta que veo a los *paparazzi* apostados en la entrada del túnel que lleva al campo y se la suelto, pero, aun así, no me despego de su lado mientras pasamos cerca de ellos. Javier y Roy alejan las cámaras de nuestra cara y avanzamos por el pasillo hasta llegar justo a la entrada del terreno de juego. Una representante del equipo administrativo de la universidad nos acoge con gran pomposidad entre bastidores, y Maverick estrecha la mano de la mujer con una sonrisa educada mientras el decano desvela su nombre a la enorme cantidad de alumnos vestidos con togas y sus familiares, que están sentados en las gradas. El público se vuelve loco al oír el nombre del cantante y se oyen chillidos de emoción estallar por todo el estadio, pero él parece a punto de hiperventilar. Sus dedos temblorosos recorren el papel arrugado del discurso mientras traga saliva de manera compulsiva.

—Mav, puedes hacerlo —lo anima Ava con una sonrisa confiada, y desvía la vista hacia mí de una forma que hace que se me acelere el corazón, como esperando a que confirme las palabras de su hermana.

—Es solo un estadio más, Superestrella —le recuerdo con un tono cariñoso que me sorprende hasta a mí—. Una actuación más. Te sabes el discurso de memoria.

Sus ojos recorren mi cara con urgencia, pero su pecho sigue alzándose con rapidez.

—¿Y si el discurso es basura? —pregunta con nervios en la voz mientras se pasa la mano por el pelo que sus estilistas han dejado perfectamente peinado—. Es basura, ¿verdad? Lo sabía. ¿Por qué acepté hacer esto? Soy cantante, por el amor de Dios. No debería estar...

Lo interrumpo agarrando su rostro con las manos y me distraigo un instante con la intensidad de sus ojos chocolate sobre mis labios antes de hablar.

—Todo irá bien, Mav —le prometo una vez más con seriedad, sin soltarle la cara—. El discurso es bueno y tú lo harás genial. Esta gente tiene suerte de que pierdas siquiera cinco minutos con esto, ¿vale? Será un recuerdo que tendrán para toda la vida, y tú también. Así que ahora sube a ese estrado, estrecha la mano del decano y lee lo que has escrito.

Él asiente varias veces y yo lo suelto a regañadientes, deseando poder pasar ese mal trago en su lugar; lo haría con gusto. Maverick me mira en silencio un par de segundos y coge aire antes de soltarlo lentamente por la boca. Cuando abre los ojos de nuevo, veo en ellos una determinación férrea, y ese momento de vulnerabilidad queda oculto bajo esa máscara de superestrella confiada que se pone y que odio tanto como admiro. El cantante sonríe y me acaricia la mejilla con el pulgar antes de girarse y dirigirse al estrado con ese caminar seguro de sí mismo. Roy y Javier lo siguen de cerca por la hierba mientras él saluda al público, que ha enloquecido al verlo, y sube al estrado para hacer justo lo que le he dicho que hiciera. Los alumnos, que están sentados en sillas plegables en la hierba del campo, parecen a punto de desmayarse de la emoción y, de hecho, una se desmaya de verdad cuando el cantante le sonríe con desenvoltura. Estoy tan pendiente de seguir sus movimientos que no me doy

cuenta de que Ava me está observando con una sonrisa cómplice hasta que noto un cosquilleo en la nuca y me giro.

—¿Qué? —pregunto a la defensiva cuando veo esa intensidad en la mirada que por un momento la hace parecerse tanto a su hermano.

—Nada —responde ella, sin dejar de sonreír—. Eres buena para él.

Un rubor me sube por el cuello al oír sus palabras y trago saliva.

—Solo somos amigos —le aseguro, y no sé a quién de las dos intento convencer, si a ella o a mí, pero ni yo misma puedo negar la atracción que siento por el cantante de ojos chocolate. Me doy cuenta cuando pronuncio esas palabras de que, en estos dos meses, he empezado a apreciar la presencia de Mav en mi vida, y eso me acojona tanto que me cruzo de brazos para protegerme del escrutinio de la pelirroja—. Lo digo en serio.

—Ajá —contesta ella—. Lo que tú digas.

—Ava... —gruño en tono de advertencia.

—Os estabais comiendo con los ojos.

Ella sonríe y yo le lanzo una mirada asesina.

—Solo somos amigos —repito, y Ava alza las manos en señal de inocencia y rendición. Aparto la vista de ella y vuelvo a dirigirla hacia el cantante, que ha empezado a hablar con palabras claras y seguras, y que tiene al público tan hipnotizado como me tiene a mí —. Solo somos amigos —susurro de nuevo para mí misma, aunque el cosquilleo de deseo que siento en el estómago cuando su mirada me busca mientras habla por ese micrófono me dice que soy una mentirosa. Y el pinchazo de culpabilidad que siempre acompaña este tipo de pensamientos me dice que estoy metida en un buen lío y me recuerda a la vez por qué no puedo dejar que esta atracción entre nosotros se descontrole.

Sus ojos buscan los míos entre el público un par de veces más a lo largo del discurso y yo me fuerzo a sonreír para que no se percate de que tengo el alma en los pies. Solo puedo rezar y esperar que, cuando consiga lo que necesito y pueda demostrar lo que me hicieron, mi Superestrella se percate de que yo tenía razón desde el principio, y me perdone por las mentiras ajenas y propias que saldrán a la luz.



CAPÍTULO 14

NISSAN STADIUM,
Nashville,
TENNESSEE

Aria

El Nissan Stadium vacío es casi igual de impresionante que cuando está lleno, y mi mirada se pasea por las infinitas filas de asientos que rodean el escenario que el equipo de Maverick está montando. Un chico con una camiseta negra en la que se lee STAFF pasa por mi lado como un rayo y me doy cuenta de que estoy en medio, así que camino hasta un lateral y me siento en una de las enormes cajas negras de metal recubiertas de cuero en las que transportan el material para el concierto.

Maverick está practicando la coreografía con las bailarinas en el centro del escenario, intentando aprenderse la forma del pasadizo y sus espacios para que la actuación sea lo más fluida posible, y su mirada me busca varias veces mientras ejecuta los movimientos, pero yo la rehúyo, incómoda desde el día del discurso de graduación, en el que cobré consciencia de que Maverick Sutton ya no era un famoso al que conocía de pasada o el culpable de que mi

carrera y mis sueños se arruinaran, sino que era solo Mav, mi amigo. Y, aún peor, desde que caí en lo fácil y natural que sería que fuera algo más. Pero eso es imposible, así que esquivo su presencia y sus conversaciones cuando puedo, intentando no profundizar en el delicado vínculo que se ha creado entre nosotros en tan poco tiempo, fruto de conversaciones sinceras y vulnerables que me hacían sentir cosas que no había sentido en mucho tiempo, y compartir cosas que no había compartido con mucha gente. O con nadie.

Decido ser de utilidad para dejar de pensar en eso y me acerco a uno de los técnicos de sonido para preguntarle si puedo ayudar en algo. Jeff coge un maletín metálico y lo abre. Dentro hay dos o tres micrófonos personalizados de distintos colores y se me hace la boca agua cuando los veo; mis dedos cosquillean con la necesidad de cogerlos —en particular uno—, pero me contengo, aunque no necesito hacerlo durante mucho tiempo.

—Encárgate de la prueba de sonido —me ordena en tono práctico pero amable.

Antes de que pueda responderle, se larga para ocuparse de otro asunto y yo me quedo mirando fijamente ese maletín como si estuviera lleno de fajos de billetes. Mis ojos hacen chiribitas mientras paseo los dedos con suavidad por los micros profesionales, pero entonces me siento estúpida y aparto la mano.

—¿Te gustan?

Por supuesto, si alguien tenía que ser testigo de mi momento de debilidad, tenía que ser él. Maverick se acerca a mí y me observa con tanta atención que se me suben los colores a la cara; cualquiera diría que me han pillado manoseando su cajón de los calzoncillos, pero es que esos micros simbolizan una carrera musical con la que he soñado durante toda mi vida. Yo asiento en silencio, aunque su

expresión de curiosidad hace que sienta la necesidad de explicar por qué estoy babeando por unos micrófonos.

—En mi casa tenemos un juego —empiezo a contar, con las mejillas rojas, y sus cejas se alzan con asombro al oír el inicio de una historia que seguramente no se esperaba escuchar, pero su expresión de interés me anima a seguir hablando—. Lo llamamos «dando la nota», como la película, ¿sabes cuál te digo? —Él asiente con la cabeza—. Es un juego un poco tonto, pero se trata de enlazar canciones. Una competición para continuar la canción del otro interrumpiéndolo y enlazando su última frase con una de otra canción que comparta la misma letra. —Él asiente de nuevo y una de sus comisuras se alza con diversión—. Es una especie de tradición familiar a la que jugamos desde que éramos pequeñas. Cuando tenía once años, por Navidad nos trajeron una especie de karaoke portátil casero muy cutre que usamos solo para jugar a eso y había dos micrófonos: uno rojo y otro azul. Ambos eran idénticos, pero hubo una temporada en la que solo ganaba la persona que tuviera el micrófono azul, así que empezamos a pelearnos por él. —Sonrío con dulzura ante el recuerdo y después vuelvo a mirar al pelinegro para terminar mi historia—. Y desde que tengo uso de razón he soñado con ser cantante y tener mi propio micro azul.

El rubor vuelve a subirme por las mejillas al darme cuenta de lo absurdo que suena todo cuando lo cuento en voz alta, pero Maverick no se ríe de mí, solo coge el micrófono azul del maletín y me lo acerca con una sonrisa comprensiva.

—Jeff te ha pedido que hagas la prueba de sonido, ¿no? —pregunta, y no sé si sorprenderme más por el gesto, por el hecho de que haya oído esa conversación desde donde estaba o por que se sepa el nombre de uno de sus mil trabajadores con el que apenas interactúa—. Canta algo.

—¿Q-qué? —pronuncio, repentinamente acalorada, y cojo el micrófono que me pasa solo por memoria muscular.

—Canta algo —repite, con la misma sonrisa paciente. Su expresión es abierta y no debería gustarme tanto la forma en la que siempre parece... entenderme.

—No puedo —digo, aún anonadada por su petición.

—¿Por qué no? —replica sin dejar de animarme—. Hay que hacer la prueba de sonido, ¿no?

—Las pruebas de sonido no se hacen cantando —suelto, riéndome por la absurdidad de la situación, que parece sacada de una película de serie B—. Jeff estaría despedido si ese fuera el caso —bromeo.

Maverick intenta contener su sonrisa, pero una de las comisuras de la boca se le alza sin quererlo.

—Pero tú cantas bien —me recuerda—. Canta.

—No lo sabes —le rebato yo—. No me has oído cantar.

Es cierto que al componer he tenido que entonar algunas melodías, pero eso ha sido más que nada tararear en voz baja. Soy plenamente consciente de que nunca me ha oído cantar de verdad, aunque también soy consciente de que no tengo música de fondo y que esto no es una película en la que habrá un cazatalentos escondido entre los entramados de cables.

—Aria... —Maverick se cruza de brazos.

—Es un estadio —le recuerdo, mirando a mi imponente alrededor.

—Vacío —me recuerda él a su vez. Es cierto que nadie me está mirando, pues están todos trabajando, y los integrantes del equipo de Maverick que no están dando vueltas por el escenario están pendientes de sus móviles o charlando entre ellos—. Venga, si yo puedo dar un discurso a doctores en Musicología y Bellas Artes, tú puedes cantar una simple canción. ¿No quieres probar este micro tan chulo?

Yo lo miro mal, porque sabe que no puedo resistir la tentación. Esta puede ser mi única oportunidad de cantar en un estadio así de grande con un micro así de bonito. Él sonríe triunfante cuando ve mi expresión.

—¿Y qué quieres que cante? —pregunto, indecisa.

—Tendrás que cantar una de mis canciones —responde Mav usando un tono como pagado de sí mismo—. A menos que quieras cantar a capela.

—¡No! —me quejo, muriendo de la vergüenza solo de pensarlo.

—Genial —dice él, sonriente, y luego se gira hacia el grupo de técnicos de sonido que están toqueteando las mesas de mezclas—. ¡Eh, Johnny, ponme una base!

Veo a uno de los hombres asentir y una melodía aleatoria de los Trailer Trash llena el estadio, solo que no es exactamente de los Trailer Trash. Reconozco al instante las notas de inicio de mi canción, «Jaque mate», y sé que Maverick también, por la forma en la que la sonrisa se le queda congelada en la cara. Los dos nos miramos a los ojos en silencio, inmóviles, y el corazón se me acelera mientras la base instrumental va reproduciéndose. La base instrumental de la canción que yo creé y que Mav adaptó a versión acústica en el funeral para honrar la memoria de su amigo. He captado el segundo exacto en el que Maverick se ha percatado de qué tema era y nuestras miradas se han cruzado. Luego se vuelve hacia los técnicos y abre la boca para pedir que la cambien, pero el primer verso llega y, antes de que me dé cuenta de lo que estoy oyendo, mi voz resuena por los altavoces del estadio. Mav casi se desnuca al girarse hacia mí con tanta rapidez y veo en su rostro reflejada la sorpresa mientras observa casi boquiabierto cómo canto la canción que tantos dolores de cabeza nos ha causado a ambos, por diferentes motivos: a él, porque piensa que mentí para ganar notoriedad y que estoy

arrepentida de mis actos, y a mí, porque sé la verdad y parte de mí se niega a dejarla ir sin demostrarla pese a los contradictorios sentimientos que surgen en mi pecho cada vez que hablo con él.

La canto como siempre pensé que debería ser cantada y dedico la letra en mi mente al monstruo que, en un principio, inspiró esta canción: mis inseguridades, mi síndrome del impostor. No sé por qué lo hago, solo sé que tengo la necesidad de que oiga mi versión. No es peor que la suya, ni más emotiva, tan solo es, y dejo que mi voz se proyecte con fuerza cuando es necesario y la controlo con destreza cuando no lo es. Mis ojos no sueltan los suyos mientras canto, y siento un pinchazo de esperanza al ver una sombra de duda en ellos, pero ese sentimiento desaparece en un *flash*, y me deja dudando sobre si realmente lo he visto o solo lo he imaginado. Sea imaginario o no, la otra expresión que veo en su rostro y que se mantiene a lo largo de toda la canción es de admiración, lo que me da una seguridad irónica, teniendo en cuenta la situación por la que estoy metida en este embrollo. Estoy tan concentrada en analizar cada pequeño tic y movimiento que hace, que no soy consciente de que todo el equipo ha dejado de trabajar para escucharme hasta que termina la canción y oigo los aplausos que resuenan en la perfecta acústica del estadio y que me sacan de mi trance.

—¡Eso es, Aria! —aplaude Jeff con orgullo desde un lateral del escenario.

Oigo a otras personas felicitarme, pero yo solo tengo ojos para él.

Maverick está muy quieto, y tarda unos segundos en reaccionar.

—El micro funciona —susurro de forma absurda, incómoda con tanto escrutinio.

—¡Eso ha sonado genial! —exclama él finalmente—. Genial se queda corto. Eres increíble, Hoyuelos.

Casi me trago la lengua al oír ese mote, pero no lo corrijo, solo dejo que el rubor me suba a las mejillas y el calor se extienda por mi cuerpo sin poder hacer nada por evitarlo. Ninguno de nosotros dos hace referencia a la porquería que barremos bajo la alfombra, pero eso no significa que no disfrute del halago de alguien que admiro hacia mi arte.

—¡Más que increíble! —expresa una voz alegre a mi lado, y estoy tan metida en mi burbuja con Maverick que pego un bote en el sitio —. Tienes una voz maravillosa, corazón. —La mujer que tengo al lado es rubia, bajita y rolliza, y tiene los ojos más amables y tristes que he visto en mi vida. Pese a la alegría que proyecta el timbre de su voz y su gesto optimista, sus ojos son un pozo de emoción y pena que me hacen temblar de pies a cabeza. Ninguno de los guardaespaldas de Maverick parece especialmente exaltado con la presencia de esta señora, por lo que deduzco que debe de ser parte del equipo o familiar de alguien. Lo que no deduzco ni esperaba es que sus brazos cortos y decorados con brazaletes de oro me envolvieran en un abrazo caluroso y maternal mientras nos balanceaba de un lado a otro—. Tú debes de ser Aria. Maverick me ha hablado mucho de ti —me dice con ternura al oído, y yo reviso su rostro una vez más cuando se aparta.

—Yo..., eh... Disculpe, ¿nos conocemos? —pregunto, descolocada por ese abrazo sentido.

Ella suelta una carcajada desenvuelta y sus rizos rubios dan un bote.

—¡Qué tonta! No me he presentado. Lo siento, corazón. —Sonríe con amabilidad y las arrugas alrededor de sus ojos se hacen más pronunciadas de una manera encantadora—. Me llamo Henrietta Cox, pero tú puedes llamarme Etta. —Mi cerebro cortocircuita, pero ella no se da cuenta, porque ya se ha girado hacia Mav, que nos

observa con los ojos brillantes de emoción—. Es aún más guapa de lo que me dijiste por teléfono.

Yo aún estoy procesando que me acaba de abrazar la madre de Owen, la persona que me jodió la carrera, cuando asimilo sus últimas palabras y mis mejillas se tiñen de rojo. Maverick se rasca la nuca, incómodo, pero su cuerpo derrocha felicidad mientras espera a que la amable mujer se acerque a donde está él. Ahora que sé quién es, me pregunto cómo no me he dado cuenta antes, pues Etta y Owen tienen exactamente los mismos ojos azules y el mismo pelo rubio. Y, aun así, si no supiera que es la madre de Cox, pensaría que Maverick Sutton es sangre de su sangre, porque la ternura que veo en los ojos del pelinegro solo se tiene por la persona que te ha sonado los mocos y te ha curado los cortes de las rodillas al caer. Y esa persona, evidentemente, había sido Etta para él.

—¡Mi niño! —exclama ella con emoción cuando llega a la altura del cantante, y veo a Maverick tragar con fuerza antes de envolverla entre sus brazos musculosos.

La mujer solo le llega a la altura de la clavícula y los tatuajes del cantante contrastan con su pelo rubio, que es lo único que se entrevé ahora que tiene la cara escondida contra su pecho. El amor maternal de Etta desborda cuando abraza al mejor amigo de su hijo, quien, sin duda, también es como un hijo para ella, y, cuando se separan, ambos tienen los ojos ligeramente empañados.

—¿Llevas puesto el medallón que te regalé? —pregunta, acariciándole la mejilla al cantante. Maverick se saca la medallita religiosa que lleva siempre colgada al cuello y se la enseña—. Así me gusta. Es san Benito, un...

—Un santo protector, lo sé —termina Mav en un tono paciente—. No me la quito nunca.

—Bien. ¿Ya comes bien, hijo mío? —pregunta ella, agarrándolo de los cachetes, y el cantante, lejos de irritarse por tratarlo de un modo infantil, solo sonríe con gusto.

—Tengo mi propio chef, Etta —le recuerda Maverick con dulzura, y ella repasa su cuerpo musculoso con gesto analítico antes de emitir un sonido de disconformidad.

—Estás más delgado —declara con el ceño fruncido, y Mav niega, casi divertido.

—Estoy igual que siempre —le rebate antes de pasarle un brazo por encima de los hombros con familiaridad.

Ambos caminan a paso lento hacia donde estamos los demás y me siento extraña al presenciar una escena tan íntima.

—Por supuesto que no, y a mí no me puedes engañar: una madre sabe esas cosas. Antes de irme quiero hablar con esa nutricionista tuya —declara la mujer en tono severo, y Maverick suelta una carcajada.

Su cuerpo parece más relajado, algo más ligero de lo que lo he visto en los últimos meses, y por un momento me imagino cómo debía de ser cuando Owen estaba vivo; la imagen me enternece y me doy cuenta una vez más de lo mucho que ha perdido: a su mejor amigo, y también a sí mismo.

El tono de llamada de mi móvil me saca de mis pensamientos y mi corazón se acelera al pensar que mi hermana puede haberse metido en algún lío con esa investigación de las drogas, pero lo que no esperaba para nada cuando miro la pantalla es que la llamada sea de su jefa: Jade Hastings, editora del *Washington Post*. La culpabilidad me invade y me llevo el teléfono hacia el pecho, intentando que nadie pueda verlo. Me doy cuenta, cuando mi mirada se desvía hacia Maverick y Etta, que ahora están hablando de forma animada con Ava, que hace semanas que había olvidado mi promesa

de contactar con el periódico en el que trabaja Addie con noticias sobre el robo de mi canción. He pasado demasiado tiempo con Maverick y su equipo para hacerle algo así y, en mi cabeza, hace tiempo que he decidido que no pienso contar nada de lo que encuentre a la prensa. Quiero seguir buscando pruebas, porque se lo debo a la Aria que se pasó semanas llorando por su carrera destrozada, pero tengo claro que cualquier cosa que descubra la hablaré directamente con Maverick, y que él sabrá qué hacer para solucionarlo sin necesidad de involucrar a los medios o que se entere nadie más. Tal vez podríamos fingir que se habían olvidado de mencionar mi nombre cuando compuse la canción para los Trailer, algo que sería del todo falso, pero que sería una solución justa para todos. En cualquier caso, Jade Hastings es la última persona con la que quiero hablar. Me alejo del gentío y siento la mirada de Maverick sobre mí mientras camino hacia uno de los pasadizos vacíos del estadio antes de aceptar la llamada.

—¿Sí?

—Aria, te llamo del *Washington Post*. Soy Jade Hastings, editora y redactora jefa del periódico —se presenta, aunque sé perfectamente quién es—. ¿Has descubierto algo sobre lo que hablé con tu hermana? Una noticia así podría ser una bomba.

—Sí, lo sé —digo en voz baja, echando un vistazo a mi alrededor con paranoia—. Mire, señorita Hastings, siento haberle hecho perder el tiempo. No voy a darle ninguna historia. —Se hace el silencio y, de repente, me preocupo por el puesto de mi hermana, aunque sé que no pueden despedirla por esto—. Lo siento —repito de nuevo, por si acaso—. El equipo no lo merece y Maverick menos. Me ocuparé de ello a mi manera.

—Aria, si el grupo más famoso de América va por ahí robando canciones, el mundo tiene derecho a saberlo. Y tú mereces justicia

—declara la editora, insistente.

Y, hace un par de meses, hubiera estado de acuerdo con ella. Aún estoy de acuerdo en que merezco justicia, pero no así. Maverick es una buena persona, y tal vez Owen se equivocó, o tal vez lo hizo a propósito, pero él no merece pagar los platos rotos por ello.

—Como he dicho, yo me encargaré de solucionarlo como vea más conveniente. Siento haberle hecho perder el tiempo, de verdad. No se enfade con mi hermana, no tiene nada que ver en esta decisión —digo al final, y sé que la mujer no se va a rendir, así que endurezco mi tono para las últimas palabras—. Por favor, no vuelva a contactar conmigo.

Cuelgo antes de que pueda responder y exhalo todo el aire que tenía atrapado en el pecho. Me siento más ligera que antes, menos culpable, aunque eso no quita que mis intenciones no eran puras en el momento en que me uní a este equipo de gente maravillosa.

Cuando llego de nuevo al escenario, como convocado por mis pensamientos, Maverick se acerca a mí y me mira con preocupación, lo que solo cimenta en mi mente mi decisión.

—¿Todo bien, Hoyuelos? —pregunta con el ceño fruncido mientras me aparta un mechón de pelo plateado con cuidado y me lo coloca detrás de la oreja. El gesto me hace temblar ligeramente, o quizá ya llevo rato así—. Estás muy pálida.

Me reconforta oír sus palabras y le sonrío con dulzura.

—Mejor que nunca, Superestrella. Mejor que nunca —le prometo, y él analiza mi rostro durante unos segundos antes de asentir.

Avanzo a su lado durante un rato y me doy cuenta de que lo que he dicho es cierto. Aunque no fuera por las razones más nobles en un principio, estoy viviendo de nuevo mi sueño: he vuelto al mundo de la música, estoy componiendo otra vez y hoy he cantado en un estadio. Quizá me quede mucho por hacer, pero es más de lo que he

conseguido en los últimos años encerrada en un aula dando clase. Y todo se lo debo al chico que camina en silencio junto a mí.

Le debo mucho más que un cuchillo por la espalda y me prometo a mí misma que lo haré mejor de ahora en adelante.



CAPÍTULO 15

HOLLYWOOD,
Los Ángeles,
CALIFORNIA

Aria

Las panorámicas de Los Ángeles son increíbles desde el helicóptero. Mi teléfono dispara foto tras foto mientras observo con ojos ávidos todo lo que me alcanza la vista. Boto de emoción en el asiento cuando veo el cartel de Hollywood que suele aparecer en las películas y solo paro cuando oigo la risa ahogada de Maverick a mi lado, que me mira con una ternura sorprendente y una sonrisa burlona que hace que mi corazón se salte un par de latidos.

—¿Primera vez en Los Ángeles? —pregunta sin perder esa sonrisa burlona, pero su tono es comprensivo. Yo asiento con la cabeza antes de volver a contemplar el paisaje, de calles perfiladas por palmeras y edificios coloridos—. La ciudad te encantará —añade alegre—. Recuérdame que te lleve a hacer turismo después de la entrevista.

Asiento de nuevo, encantada, pero enseguida frunzo el ceño.

—¿No te reconocerán por la calle? —inquiero preocupada, pues no quiero que por ir a visitar el paseo de la fama tenga que esconderse hasta que nos vayamos.

Él solo sonríe con tranquilidad.

—Esto es Los Ángeles, Hoyuelos. Lo raro es no ver a famosos por todas partes —responde antes de darme un toque cariñoso en la nariz con el índice.

Le aparto la mano, irritada, y le pellizco el costado.

—Está bien —respondo, complacida.

Durante el resto del viaje, Mav me señala enormes palacios y me indica a quién pertenece cada propiedad, haciendo un *tour* guiado de las casas de los actores más célebres del país. Yo pongo los ojos en blanco cuando chulea de haber asistido a varias fiestas en muchas de ellas, pero sonrío feliz de verlo tan relajado. La visita de la madre de Owen en Nashville ha provocado un antes y un después en el cantante, aunque, como todos, estuvo muy triste al despedirse de ella al final del último concierto en la ciudad. Todos en el equipo disfrutamos enormemente de la positiva y optimista presencia de la mujer, que se quedó a ver el concierto en directo desde un palco reservado durante tres noches seguidas. Etta insistió en que yo le hiciera compañía y pude ver el concierto de los Trailer Trash desde una nueva perspectiva. La mirada intensa de Maverick se posaba con asiduidad sobre mí a lo largo de la actuación —lo que volvía locas a las fans que estaban cerca— y bailé y disfruté del espectáculo sin pudor, pues ya me sabía la coreografía de las canciones. Etta me contó mil y una anécdotas desternillantes de Mav y Owen de pequeños, y sonrió con una profunda pena en los ojos mientras contaba cómo Mav se veía siempre arrastrado a las locuras y fechorías de su hijo. Tenía mucha curiosidad por entender bien su relación, pero no había querido presionar y preguntar de más.

El aterrizaje del helicóptero me saca de mis pensamientos y miro a mi alrededor, alucinada. Los estudios de Los Ángeles en los que se graban los capítulos de mis series favoritas y los programas de televisión más famosos me flipan, y hago fotos discretamente de todo lo que pasa ante mis ojos. Ava habla con Maverick de lo que dirá en la entrevista y repasa en qué temas debe hacer hincapié y qué temas no puede tocar. La mandíbula de Mav se cierra con fuerza cuando Ava le recuerda que la discográfica no quiere que la entrevista se centre en hablar de Owen y que lo mejor es que desvíe todas esas preguntas hacia cuestiones más alegres, como el Legacy Tour. Me doy cuenta de que tal vez la discográfica tenga más influencia en la expresión artística del cantante —incluso en la no artística— de lo que pensaba y decido que voy a hablar con él sobre ese asunto en cuanto tengamos un momento a solas.

Cuando llegamos al plató de televisión, todo está ambientado como si fuera de noche, ya que el programa es en diferido. Mientras lo peinan y lo maquillan, me pregunto por enésima vez por qué Maverick me lleva a todos lados con él, al contrario que a la mayoría de los miembros de su equipo interno, que se quedan en la retaguardia, pero me digo que es por si le entra la inspiración y decide que quiere trabajar en la canción. Aun así, miro a mi alrededor boquiabierta e intento no molestar demasiado mientras Ava se larga a hablar con el presentador del *talk show* y repasar las preguntas que le harán a Mav.

—¿Qué te parece? —me pregunta él con una sonrisa arrogante mientras se señala la cara, que parece aún más pulida de lo habitual. Pese al tono de broma, puedo ver una tensión en sus hombros que no estaba ahí cuando sobrevolábamos la ciudad y siento la necesidad imperiosa de arreglarlo.

Me acerco a él con exagerada cara de concentración y finalmente niego.

—No veo ninguna diferencia —digo con fingido desinterés, y él se ríe en voz baja, pero la sonrisa no le llega a los ojos—. ¿Estás nervioso? —pregunto, tratando de entender su estado de ánimo.

—¿Por esto? —Señala el plató que tiene justo detrás—. Nah, estoy acostumbrado a las cámaras.

—¿Entonces? —inquiero, e intento que no se note la preocupación en mi rostro.

Aunque cuando lo conocí era poco más que un ceño fruncido y unos ojos vacíos, últimamente me he acostumbrado a esa sonrisa torcida que lleva en el rostro cuando consigue relajarse.

Él me mira con intensidad antes de responder y abre la boca, pero entonces niega con la cabeza. Sus hombros caen como agobiados por el peso de las responsabilidades y, sin poder evitarlo, acerco la mano hasta acariciarle la mejilla con el pulgar, procurando reconfortarlo de alguna manera. Sus ojos suben hacia los míos, sorprendido, y aparto la mano a la velocidad de la luz. Mis mejillas enrojecen mientras intento encontrar una excusa para mi gesto impulsivo.

—Tenías una mancha —balbuceo, nerviosa, antes de apartar la vista. Algo que ambos sabemos que es completamente falso, pues las maquilladoras no lo hubieran dejado salir a plató con una imperfección.

Maverick emite un sonido suave con la garganta que no sé interpretar y trago saliva, pero alguien del equipo de la televisión nos interrumpe para decirle que están a punto de empezar a grabar y suspiro de alivio. El cantante me lanza una última mirada llena de preguntas para las que no tengo respuesta y al final asiente y sigue al hombre hacia la entrada del plató. El público enloquece en cuanto

atraviesa las cortinas que separan los bastidores del sofá en el que tendrá lugar la entrevista. Ava se acerca a mí y nos quedamos justo delante de una pantalla en la que se reproduce lo que ven las cámaras. El primer plano de Maverick Sutton basta para que me suden las palmas de las manos, y es que su rostro sonriente y confiado tiene un atractivo natural que vuelve loca hasta a la más cuerda. El presentador, que está sentado detrás de una mesa grande de madera, se levanta para estrecharle la mano y ambos intercambian algunos halagos. Entiendo perfectamente por qué Maverick decía que no estaba nervioso, pues, al igual que en el escenario, su seguridad enamora al público y a las cámaras en cuestión de segundos. Las frases que ha preparado con Ava no suenan a guion, y las bromas que improvisa resultan tan naturales que el público estalla en carcajadas, y yo me asombro poniendo los ojos en blanco más de una vez, intentando ocultar una sonrisa.

—Se le da bien, ¿eh? —pregunta Ava, mirándome con esos ojos analíticos que dicen que sabe mucho más que yo sobre lo que siento por su hermano. Yo ignoro su sonrisa sabionda y asiento para darle la razón. Mi atención se desvía de manera temporal hacia el plató en el que el presentador se está desternillando por una anécdota que está contando Mav de cuando le gastó una broma a otro famoso—. Este chico nació para esto —dice la pelirroja con admiración—. Esto es lo suyo.

—Puede que sea lo suyo, pero Maverick es mucho más que la gente a la que conoce y sus historietas de famoso —respondo en un tono casi defensivo, como si me hubieran atacado a mí, pero entonces me siento mal, porque si alguien sabe eso del cantante es su hermana. Cuando me giro hacia ella, veo que le brillan los ojos y sonríe de oreja a oreja—. Lo siento —me disculpo, avergonzada, pero ella se limita a negar con la cabeza.

—No te disculpes —dice ella—. Mav necesita a más gente que esté en su lado del cuadrilátero —añade, y pienso en la de veces que he estado justo en el lado opuesto, aunque ahora me vea protegiéndole el flanco.

—¿Por qué no le dejáis hablar de Owen? —indago, incapaz de contener la pregunta que me llevo haciendo casi dos meses.

—La discográfica no quiere que se centre en eso.

Ava suspira, y yo tengo que morderme la lengua para no decir lo que pienso. Sé que conoce a Maverick como pocos y que solo está haciendo su trabajo, pero tal vez eso es lo que tanto me molesta. Como hermana de Mav, su principal preocupación debería ser su bienestar, no su imagen corporativa.

—Os estáis equivocando —suelto finalmente, cuando he conseguido tener mi mal genio bajo control. Ava me mira con curiosidad y yo tomo aire antes de seguir hablando—. Owen era una parte muy grande de la vida artística de Maverick; cortar eso de raíz solo merma su capacidad creativa.

La fina mandíbula de la pelirroja se descuelga, pero yo me vuelvo hacia la pantalla, incapaz de seguir hablando del tema sin terminar insultando a alguien. La entrevista está yendo como la seda, o, por lo menos, las risas fluyen hasta que el presentador pone un tono dramático y pregunta lo que todos hemos estado esperando que preguntara.

—Y bueno, Maverick, ahora que has vuelto a los escenarios, debes de echar mucho de menos a Owen —plantea el hombre, como si fuera algo obvio, que lo es, y pone una expresión paternalista que no sería necesaria si no hiciera comentarios de mierda—. ¿Cómo te sientes cantando en solitario después de haber cantado durante casi diez años acompañado?

Mi cara se contrae en una mueca de asco por la pésima calidad de las preguntas y sé que mi hermana estaría de acuerdo conmigo. Está claro que Maverick es mucho más profesional que yo, que le habría respondido un «Pues como el culo, ¿cómo quieres que me sienta?», y no pierde la sonrisa en ningún momento, aunque se vuelve acartonada y sus ojos pierden todo el brillo que lucían hace solo un par de segundos.

—Está siendo muy duro, Jimmy, no te mentiré —responde Mav con la misma expresión falsa de antes—, pero lo importante es que estoy honrando su memoria con el Legacy Tour.

Su sonrisa se amplía forzadamente y puedo imaginar el sabor a cenizas que siente en la boca desde aquí, al seguir el guion que le han marcado. Lanzo una mirada acusadora a Ava sin querer, quien, por lo menos, tiene la decencia de parecer avergonzada, y vuelvo a centrarme en la pantalla. Palpo el paquete de chicles de menta que llevo en el bolsillo, preparados para la primera pausa publicitaria que haya.

—Ha sido muy duro para todos —afirma el presentador, y, por una vez, parece decirlo de corazón, antes de volver a sonreír con picardía a la cámara. La cabeza me da vueltas con tanto cambio de dirección, aunque supongo que es todo parte de lo que se ha acordado—. Y dime, Mav, ¿cuándo vamos a oír algo nuevo de los Trailer Trash? Estamos esperando con paciencia, pero nos morimos de ganas por tener novedades.

Maverick parece tan irritado como aliviado por el cambio de tema y sus hombros se destensan un poco.

—Pues esta ha sido una de las cosas que más me ha costado en los últimos tiempos —admite Maverick, y el ceño fruncido de Ava me da a entender que se está saliendo del guion—. Owen era muy bueno componiendo, y últimamente he estado falto de inspiración.

Por suerte, hace poco he empezado a trabajar con una nueva compositora que me está ayudando en el proceso de escribir nuevos temas.

Mis ojos se abren como platos y el público chilla emocionado.

—¿Qué hace? —susurra Ava horrorizada, revisando sus notas del móvil, lo que me demuestra que, en efecto, Maverick está yendo a su aire.

Me debato entre estar emocionada y querer estrangularlo con mis propias manos cuando veo que no tiene intención de parar.

—¿No me digas? —pregunta Jimmy, sorprendido por la información, pero interesado de todos modos.

—Sí, se llama Aria Simmons y es *computer musician* —declara en un tono cercano al orgullo que hace que casi me trague la lengua. Ava no parece estar en mejor estado que yo—. No me preguntéis exactamente qué es eso, pero solo puedo decir que es evidente que tiene un talento increíble, tanto para la composición como para cantar. Y es superlista... Es profesora adjunta en el MIT.

—Gu-guau —tartamudea el presentador, y no sé si está más alucinado por mis logros o por la descripción detallada que está dando Maverick de ellos. Yo tengo claro que lo segundo, y mis mejillas arden por la vergüenza y el halago—. ¿Y está la señorita Simmons hoy con nosotros? Porque has hablado tan bien de ella que creo que todos queremos conocerla.

El público le da la razón entre gritos y yo trago saliva con fuerza.

—Sí, está por aquí. —Su dedo en pantalla señala donde estoy—. ¿Por qué no vienes a sentarte conmigo, Aria? —pregunta el muy sinvergüenza, como si pasearse por la televisión nacional fuera cualquier cosa.

El público aplaude, loco de alegría, y yo estoy a dos segundos de caer desmayada al suelo de un ataque de nervios. Decido finalmente

que me decanto más por la estrangulación que por el agradecimiento.

El presentador parece tan sorprendido como yo, pero aplaude animado, listo para cualquier imprevisto que haga subir la audiencia. Ava abre y cierra la boca un par de veces, pero antes de que le dé tiempo de decir nada ya tengo cuatro pares de manos empolvándome la cara y me están arrastrando por el brazo hacia el plató. Mis pies se mueven por inercia hacia el sofá en el que Maverick está sentado, casi como una autómata. Estrecho la mano del presentador en el mismo estado de shock del que no consigo salir hasta que planto mi culo en el cómodo asiento. Mav sonríe pagado de sí mismo y apoya uno de sus brazos en el respaldo que hay detrás de mí, casi como si me abrazara. Yo me acerco a su cuerpo inconscientemente, buscando protección de las cámaras y los ojos que se posan sobre mí, al tiempo que lo fulmino con la mirada. Me seco las palmas sudadas en los vaqueros y me doy cuenta, horrorizada, de que llevo unos oscuros raídos y una camiseta de manga corta promocional del Legacy Tour y el pelo plateado recogido en una coleta alta que me he hecho para evitar el bochorno de California en la nuca. Me consuelo sabiendo que mi tinte color gris plata aún no ha empezado a desvanecerse y que estoy medio decente.

—Si hubiera sabido que saldría en la tele, me habría puesto mis Converse de vestir —bromeo, incómoda, y después quiero darme con la palma en la frente, pero me sorprende ver que todo el mundo se ríe, incluido el ser desvergonzado al que no pienso dirigirle la palabra nunca más.

—Bueno, bueno, bueno... —empieza a decir el presentador, frotándose las manos—. Qué agradable sorpresa, Aria Simmons.

—Te aseguro que la sorpresa me la he llevado yo, Jimmy —suelto asesinando a Maverick con los ojos y con una sonrisa casi psicópata en el rostro, y, de nuevo, el público se carcajea.

—Te pediría que nos hablaras de ti, pero creo que Maverick se te ha adelantado —bromea el presentador, y yo sonrío con el corazón a mil—. ¿Cuánto tiempo llevas trabajando con los Trailer Trash?

—Solo unos tres meses —respondo con sinceridad—. Fue una sorpresa ver a Maverick en el MIT, pero no pude rechazar su oferta de unirme a su Legacy Tour para ayudarlo a componer un nuevo *single*.

Siento la mirada de Maverick clavada en mí desde su lado del sofá, pero intento que eso no me distraiga porque, sencillamente, me niego a ser el hazmerreír de internet por decir alguna tontería, así que pongo toda mi concentración en la conversación.

—¿Y qué tal está siendo la experiencia de vivir al lado de superestrellas?

Lanzo una mirada cómplice a Maverick al oír su apodo, y él intenta ocultar su sonrisa sin éxito, algo que no le pasa desapercibido al presentador.

—¿Qué ocurre? ¿Qué me he perdido? —pregunta Jimmy, intentando sacar contenido del más mínimo detalle, pero yo me apresuro a cortarlo de raíz, imaginando lo que pensará la gente si se entera de que tengo un mote semicariñoso para el cantante.

—Nada, una broma interna —respondo, incómoda—. Para responder a tu pregunta, Jimmy, está siendo una experiencia increíble, mucho más allá de estar rodeada de famosos. Ver a los Trailer en concierto cada semana es una suerte enorme y sé que soy muy afortunada de estar viviendo todo esto.

—Y de pasar tiempo con esta superestrella —bromea Mav señalándose en tono arrogante, y yo lo fulmino con la mirada.

—Tú eres más bien la letra pequeña del contrato —replico yo en un tono seco que no pretendía hacer reír a nadie, pero que hace que el público estalle en carcajadas por el asombro—. Para cuando me di cuenta de que eras parte del *pack*, ya era demasiado tarde.

Otra vez la gente se carcajea, Maverick el primero, que me pellizca el costado con cariño. Yo le doy una palmada en el brazo para que se comporte, pero eso solo lo hace reír más.

El presentador del programa está sencillamente encantado con la situación.

—¿Y qué tal va ese nuevo tema? —pregunta Jimmy con aire avaricioso—. ¿Podemos escuchar un fragmento esta noche?

El público se emociona, pero Mav se incorpora y hace un gesto con las manos para que se calmen, sonriendo.

—Ya nos gustaría —dice echando un vistazo a las gradas—, pero aún no está listo. —Se oyen varios «oh» por la sala—. Lo siento, esperamos traerlo muy pronto.

—¡Y nosotros esperamos oírla muy pronto en este mismo plató! —exclama Jimmy emocionado—. Y con esta nota, nunca mejor dicho, ¡pasamos a publicidad!

La luz en las cámaras se apaga y yo siento el impulso de gritarle al hombre que tengo sentado al lado, pero el sentimiento de agobio por la situación me sobrecoge y me levanto sin siquiera despedirme para escapar de allí con el corazón a mil y las palmas sudando. Recuerdo en el último momento que aún hay gente en las gradas que me está grabando con el móvil, así que me esfuerzo por no correr, y, para cuando llego a un pasillo vacío, siento una enorme mano envolver mi brazo.

—¡¿Estás loco?! ¿Cómo se te ocurre hacerme esto? —exclamo, sabiendo perfectamente a quién tengo detrás.

Cuando me giro, esa sonrisa arrogante me puede y le pego un golpe en el pecho con un puño.

—Au —susurra Maverick, frotándose el pecho con la palma de la mano—. Perdona, sabía que no vendrías si te lo preguntaba.

—¡Exacto! —suelto, furiosa—. Ya sé que tú estás acostumbrado a estas cosas, pero yo no. ¡No puedes meter a alguien en la televisión nacional sin avisar, maldita sea! Ahora mismo te estrangularía —gruño mientras hago el gesto con los dedos agarrotados.

Su sonrisa decae cuando se da cuenta de que estoy enfadada de verdad y sus ojos adquieren un brillo de arrepentimiento antes de agarrar mis manos entre las suyas y acariciarme las palmas con los pulgares.

—Tienes razón —dice con sinceridad—. Lo siento, Hoyuelos. No sé en qué estaba pensando. No debería haberlo hecho sin avisar. Solo quería ayudarte. Darte la visibilidad que mereces. Sé que los compositores a menudo quedan ocultos y solo quería asegurarme de que eso no te ocurriría con esta canción. Quiero que tengas opciones cuando esto termine. He visto lo mucho que te gusta y sé que también disfrutas de dar clase, pero tu sitio está en el mundo de la música. Sé que lo sabes. Solo quería echarte una mano.

Yo suspiro, algo más calmada, pero aún con el ceño fruncido. Observo esos ojos de color chocolate y dejo que vea cómo me siento en los míos.

—No quiero que la gente crea que estoy donde estoy gracias a ti y no gracias a mi duro trabajo —explico finalmente, abatida, y Maverick exhala.

—Nadie pensará eso —declara él—. Además, nadie se mueve solo en este mundo. Todos tenemos el Usher de nuestro Justin Bieber y no hay nada malo en ello. —Yo suspiro. En el fondo sé que tiene razón y que me ha hecho un favor enorme. Sus manos dejan las

mías y se posan sobre mis mejillas con cuidado para que lo mire a los ojos. Sus dedos callosos hacen que me estremezca y su mirada me hipnotiza hasta el punto de que dejo de respirar—. Lo siento, Aria —repite de nuevo con el ceño fruncido, y veo en sus ojos la sinceridad y, de repente, me siento mal por haber exagerado.

Llevo toda mi vida luchando por darle visibilidad a mi trabajo, a los *computer musicians* y a los *music technologists* del mundo, y toda esta historia empezó porque no se me dio el reconocimiento que merecía en la creación de un *hit* mundial, así que soy consciente de que estoy siendo una hipócrita.

—No te disculpes —digo, agarrándole las muñecas—. Soy yo quien debería disculparse. Tendría que haberte dado las gracias por lo que has hecho, no reñirte. Lo siento. Es solo que estoy acostumbrada a...

—A hacerlo todo sola —termina él por mí—. A cuidar del resto. Lo sé. Lo veo. Te veo, Aria Simmons. Pero ahora ya no hace falta que seas la hermana mayor. Conmigo puedes ser solo Aria.

Exhalo al oír esas palabras y se me destensan los hombros. Sus ojos se cierran y de repente me doy cuenta de lo cerca que estamos, pero no puedo ni quiero apartarme. Mi mirada baja hasta sus labios carnosos y luego vuelve a subir hasta sus ojos, que se convierten en chocolate fundido cuando ven mi gesto. Su pulgar me acaricia la mandíbula con delicadeza y arqueo el cuello sin querer, acercándome unos milímetros más a su boca. Esta vez es él quien exhala, y el perfume mentolado de su aliento me acaricia la cara. Mi respiración es tan agitada como la suya, pero no puedo apartarme. Sé que no es el momento. Sé que no debería. Así que agradezco y maldigo simultáneamente los pasos que nos interrumpen y el técnico que viene a buscar a Maverick para seguir con el programa. Maverick me repasa una vez más con lentitud y trago saliva, excitada, al sentir

toda esa intensidad sobre mí. Su cuerpo se gira sin decir nada más y sigue al hombre hacia el plató, pero, antes de que pueda perderlo de vista, lo llamo.

—¡Superestrella! —exclamo, y él se da la vuelta con rapidez y gesto de curiosidad—. Conmigo también puedes ser solo Mav —pronuncio, casi sin aliento, y su mirada se suaviza de una forma que me hace estremecer.

—Lo sé, Hoyuelos —responde—. Lo sé.



CAPÍTULO 16

HOLLYWOOD,
Los Ángeles,
CALIFORNIA

Aria

Cuando miro el móvil a la mañana siguiente lo tengo petado de llamadas perdidas, notificaciones y mensajes de gente que me conoce, y, durante un segundo, me aterroriza que le haya pasado algo a alguien a quien quiero, pero entonces me doy cuenta de que todos hablan del mismo tema. El chat de la familia tiene más mensajes que cuando la tía Jackie dejó a su marido para salir con el profesor de yoga, así que son los primeros mensajes que reviso.

Addie: ¡¿ARIAAA?! ¿Qué haces en la televisión nacional?

Addie: ¡Todo el mundo está hablando de ti!

Mamá: ¡Mi niña! Las cámaras te favorecen, hija mía.

Papá: ¡Mi hija en televisión! En el trabajo se van a morir de envidia, ¿verdad, Vivian?

Mamá: Si ves a Chris Hemsworth por las calles de Los Ángeles, recuerda hacerte una foto con él.

Mamá: Siempre me ha parecido un muchacho bien sexy. (Guiño, guiño).

Addie: ¡Mamá! Y deja de escribir «guiño», usa los emojis como todo el mundo, por Dios.

Papá: Tu madre tiene razón, Addie.

Papá: Por favor, no olvides hacerte fotos con él si te lo encuentras. Lo añadiremos con Photoshop a la postal de Navidad de la familia.

Decido intervenir en la conversación antes de que desvaríe todavía más.

Yo: No sabía que Maverick me iba a

mencionar en el programa. Se suponía que tenía que promocionar su gira. Ahora me da miedo entrar en internet y ver las locuras que han publicado. Si veo a Chris Hemsworth, le pediré una foto y un autógrafo como la gente normal.

La respuesta de mi familia no se hace rogar.

Mamá: Maverick parece un muchacho encantador.

Papá: Es muy amable por su parte darte publicidad de esa manera.

Suspiro y me froto los ojos, sin saber qué decir. La falta de respuesta por parte de mi hermana me indica que ella está igual que yo. Para mis padres, Maverick es solo una estrella que me ha dado la oportunidad de mi vida, pues no saben todo lo que ocurrió con Owen ni el motivo de que aceptara este trabajo. Eso, sin embargo, no le resta veracidad a lo que dicen.

Yo: Fue muy amable, sí. Como he dicho, no me lo esperaba.

Veo el nombre de mi hermana en la pantalla de mi móvil y por una vez me planteo no cogerlo, pero después suspiro, aceptando que no está en mi ADN. Sé perfectamente por dónde irá la

conversación y dudo de si estoy lista para afrontarla. Acepto la videollamada y me peino un poco mientras salgo de la cama.

—Hola —me saluda en tono cauteloso.

Por el fondo horrible de la tapicería que veo detrás de ella, parece estar en una habitación de motel de mala muerte.

—¿Dónde estás? —pregunto preocupada, olvidando mi vida por un momento.

—Estoy investigando para escribir una historia, ya te lo dije —responde, al tiempo que pone los ojos en blanco—. Y no cambies de tema. —Yo asiento, todavía inquieta, aunque sepa que solo está haciendo su trabajo—. Jade me contó que habías rechazado su ayuda. ¿Significa eso que hemos perdonado a los Trailer? Porque yo borré todas sus canciones de Spotify por lealtad, pero estoy deseando volver a escucharlos.

Eso me hace reír y dejo el teléfono en la mesa mientras me visto.

—Significa que Maverick no tuvo nada que ver con lo que ocurrió, y me parece injusto hacerle pagar los platos rotos de alguien que ni siquiera está con nosotros para dar la cara —explico mientras termino de abrocharme los vaqueros. Luego me siento en la cama y me pongo mis Converse negras—. Y puedes volver a escuchar a los Trailer cuando quieras. Tengo que confesar que, después de tanto concierto, empiezan a gustarme sus canciones de nuevo.

—¿Sus canciones o él? —suelta en tono inocente, y me tiemblan las manos alrededor del cordón de las Converse.

Levanto la cabeza de golpe.

—¿Qué? —pregunto, intentando ganar tiempo.

No es que quiera mentirle, pero estoy hecha un lío. Y más teniendo en cuenta que llegué aquí para vengarme y ahora no sé ni qué siento por el cantante.

—Te vi en la entrevista, Aria —declara mi hermana—. Y he visto los *edits* que están haciendo en redes de ella.

El corazón se me para.

—*¿Edits?* ¿Qué *edits*? —pregunto con miedo.

—Entra en Instagram o TikTok y lo verás —responde ella—. El caso es que he visto cómo os mirabais, la complicidad.

Yo repaso la entrevista mentalmente y no recuerdo ningún momento que pudiera ser malentendido como romántico, aunque sé que en las redes y en televisión todo se puede malinterpretar.

—No sé qué decirte —le digo con sinceridad.

—No te critico, el tío está buenísimo —declara ella, y yo sonrío a la cámara.

—Hay *feeling*, no puedo negarlo —confieso, y me siento extraña diciéndolo en voz alta por primera vez—. Y ahora que sé que no tuvo nada que ver en lo de la canción... En fin, es difícil de negar que tiene una personalidad atrayente. Y no solo porque sea una estrella del pop: es divertido, Addie. Y muy trabajador. Es vulnerable, a veces. Me cuenta cosas que no he leído en ninguna entrevista. Y las cosas que he visto de él... me gustan.

Mi hermana asiente, comprensiva, como si estuviera entendiendo todo a la perfección, y quizá me entiende mejor de lo que me entiendo yo.

—¿Pero? —pregunta en tono dulce, animándome a seguir hablando.

—Lo sabes perfectamente —contesto, agobiada—. Él y yo tenemos un pasado muy complicado. La persona que me jodió la vida es su persona favorita del mundo, y yo acepté este trabajo con falsas pretensiones. No es la base más sólida para una relación.

—¿Eso es lo que quieres? ¿Una relación? —pregunta Addie, y debe de ser una periodista de la hostia, porque la tía sabe cómo hacer las

preguntas.

—No lo sé —exhalo—. Querría haberlo conocido en otro lugar, en otras circunstancias, de otra manera.

—Pero cuando termine este *tour* no os volveréis a ver, ¿no? —me plantea—. ¿Podrías tener algo casual con él? ¿Algo temporal?

Yo le doy vueltas a eso y niego con la cabeza.

—Podría enamorarme de él —confieso, y puedo verlo con claridad, lo fácil que sería. «Tal vez ya esté enamorada», pienso, pero eso no lo digo en voz alta. Mi hermana asiente con una madurez que no recordaba que tuviera. En ocasiones, la sigo viendo como esa niña pequeña que siempre llevaba trenzas—. ¿Qué piensas tú? —acabo preguntando, incapaz de contener mi ansiedad.

—¿Quieres la verdad?

—Siempre.

—Creo que tienes miedo —pronuncia en tono comprensivo, y yo contengo el aliento—. Creo que lo que te hizo Owen te cambió. Creo que desconfías más de la gente. Creo que te dolió más de lo que me dejaste ver a mí o de lo que le dejaste ver a nadie. Y creo que tienes miedo de que Maverick te falle también. —Trago saliva, porque no puedo decir que algo de lo que ha expuesto no sea cierto, pero no sé cómo evitarlo—. Tal vez lo haga, Aria. Tal vez te falle. O tal vez no. Pero nunca lo sabrás si no lo intentas.

—Dolió —admito por primera vez en dos años. Los ojos se me llenan de lágrimas y bajo la cabeza para atarme las Converse y disimular—. Lo que me hicieron dolió. Pero, si quiero sanar esa herida, tengo que encontrar pruebas de ello y hablarlo con Maverick. Solo entonces podré... No lo sé. Necesito limpiar el aire entre nosotros antes de poder empezar nada. Y eso si no me echa a patadas una vez que descubra mis intenciones.

—¿Y hasta entonces?

—Nada —respondo rápidamente, y cuando tengo las lágrimas bajo control vuelvo a mirar a la cámara—. No puede haber nada entre nosotros, por lo menos hasta que tenga pruebas de la verdad.

—Te deseo suerte, entonces —dice con una sonrisa—. Sé que eres muy cabezota cuando te lo propones, pero la vas a necesitar si quieres ignorar la atracción que todo el mundo ha visto entre vosotros.

Yo gimo al recordar que hay vídeos de nosotros rodando por internet.

—Pásame los enlaces, anda —le pido—. Mejor que los vea para saber cómo de grave es el asunto.

—Grave, muy grave —suelta con una risa pícara, antes de enfocar el móvil hacia el techo y mandarme algunos enlaces de vídeos.

Me despido de ella para mirarlos y cuelgo el teléfono solo para percatarme de que tiene razón: la situación es grave. Miles de personas han empezado a seguirme en redes en cuestión de una noche, y el corazón se me acelera cuando veo esos malditos vídeos en los que parecemos un par de tortolitos. Las canciones que ponen de fondo dan romanticismo a una escena completamente normal entre amigos, pero las cámaras lentas y los *zooms* no hacen más que empeorar la situación. Vídeos sobre nuestras miradas de complicidad, vídeos en los que salgo entrando en plató y luego enfocan su cara, vídeos en los que salimos los dos riendo, él pellizcándome el costado y yo dándole una palmada en el brazo. Todo parece sacado de una película y, por una vez, me planteo si así es como se nos ve desde fuera, si esa es la imagen que damos. Y si esa imagen es un reflejo de la realidad o solo lo que otros quieren ver. La verdad, después de la conversación que he mantenido con mi hermana, no puedo negar que algo de verdad hay en esos vídeos,

porque solo de pensar en su sonrisa el cuerpo me tiembla entero, y eso es un problema muy grande para mí.

Llaman a la puerta de mi habitación y me tomo un par de segundos de más en respirar hondo para volver a la normalidad y dejar de sobreanalizarlo todo. Maverick me espera al otro lado cuando abro, y una sonrisa torcida se expande por su rostro en cuanto me ve. Apoya el codo en el umbral mientras habla conmigo y creo que no es consciente de lo atractivo que es.

—¿Estás lista? Hoy tenemos un día movidito —declara.

—¿Tenemos o tienes? —pregunto, alzando una ceja.

—Tengo —corrige—, pero espero que nos acompañes para que no me aburra.

—¿Adónde vas?

—A los estudios de Hollywood —contesta con una sonrisa satisfecha—. Voy a grabar el videoclip de «Jaque mate». —Mis cejas se alzan de golpe y siento un nudo en el estómago al oír esas palabras, pero no digo nada. Repara en mi expresión seria—. ¿Sigues enfadada conmigo por lo de ayer?

—¿Lo de la entrevista? —planteo mientras cierro la puerta de mi habitación—. No. Aunque debería estarlo.

—¿Por qué?

—Venga ya —exhalo con cara de malas pulgas—. Ava tiene que haberte puesto al día sobre lo que dicen de nosotros. —Él solo alza una ceja, así que suspiro y le pongo uno de los vídeos que he mirado de forma casi obsesiva desde que los he abierto por primera vez—. Por tu culpa piensan que somos pareja —señalo la pantalla—, o por lo menos quieren que lo seamos. Hasta nos han puesto un nombre de *shippeo*.

—¿Cómo nos llaman? —pregunta con una sonrisa que solo me irrita más.

—Arick o Mavia, depende del vídeo —respondo yo con cara de asco, y él se ríe sin más—. ¿Te parece gracioso? —Me cruzo de brazos y él se pone serio.

—Siento haberte puesto en el punto de mira —comenta—, pero no me importa que hagan vídeos sobre nosotros. Eres preciosa y lista, y me halaga que alguien piense que podría estar en tu liga. —El color me explota en las mejillas como las mariposas en mi estómago y abro la boca y la cierro varias veces, sin saber qué responder a eso —. No le des tanta importancia a lo que dice la gente —añade, pasándome un brazo por los hombros con naturalidad, como si no me hubiera soltado un piropo que me ha frito los sesos—, cuando seas una estrella tendrás que acostumbrarte a todo esto.

Sé que tiene razón, pero mi cerebro se ha quedado clavado en lo de «preciosa y lista», y también en la frase que ha venido después. Aún estoy intentando calmar mi desbocado corazón cuando Ava se nos une al final del pasillo.

—Buenos días —saluda, y parece cansada. Tiene ojeras y se frota las sienes en pequeños círculos.

—¿Estás bien? —pregunto, preocupada.

—Estaría mejor si no me hubiera pasado toda la noche gestionando la pesadilla publicitaria que ha provocado vuestra pequeña actuación de ayer en la entrevista —declara mirando a Maverick con expresión avinagrada, pero él se limita a encogerse de hombros, despreocupado. Después se gira hacia mí con una sonrisa —. No te culpo a ti, cielo. Todo es culpa de este. —Entrecierra los ojos—. No sé para qué te preparo guiones si luego te los vas a saltar.

—No pienso disculparme —dice Mav con una sonrisa alegre.

—Nunca lo haces —gruñe Ava—. Bueno, ¿nos vamos? —pregunta, y los dos asentimos. Ella da un par de pasos, pero se gira para

apartar el brazo que Maverick tiene sobre mis hombros—. Y vosotros dos, comportaos. Más os vale que no os vean haciéndoos arrumacos por la calle. Os quiero a medio metro de distancia el uno del otro. Que corra el aire.

Maverick suspira, como si la idea de estar lejos de mí fuera una tortura, pero yo asiento, en parte agradecida por esa nueva regla que me ayudará a mantener las distancias con el cantante hasta saber qué tengo que hacer con mi vida. En cuanto salimos a la calle, Maverick se pone unas gafas de sol que, para sorpresa de nadie, le quedan de lujo y yo me hago una coleta alta para que el pelo no se me pegue al cuello y termine sudada. Uno de los mechones plateados se me escapa de la coleta y Mav lo atrapa con dedos suaves antes de colocármelo detrás de la oreja. Me muerdo el labio inconscientemente, pero me recuerdo las palabras de Ava, que resopla irritada y se sitúa entre nosotros dos para crear una barrera. Caminamos así por Los Ángeles y veo a más de uno fotografiarnos con el móvil, pero no hay oleadas de fans saltando encima de Maverick como en otras ciudades, lo cual me quita un peso de encima.

Hollywood Boulevard es una pasada y me siento muy agradecida de estar viviendo todas estas experiencias y hacer tanto turismo gracias a esta oportunidad laboral. Los estudios están llenos de gente y caravanas de camerinos, cámaras y directores que hacen películas y series varias, pero nosotros nos dirigimos a un almacén en el que han decorado un pequeño plató como si fuera una casa. Frunzo el ceño al ver ese escenario, ya que no veo cómo se relaciona con la letra de la canción que compuse, pero, de nuevo, me digo a mí misma que lo que hagan con ese tema ya no es de mi incumbencia, aunque debería haberlo sido. Me alivia, sin embargo,

captar la expresión contrariada de Maverick y su ceño fruncido, que me indica que está pensando lo mismo que yo.

El director es muy conocido y ha rodado los videoclips más famosos de Vevo, de modo que me tomo esta oportunidad para conocer mejor la industria de la música y ver cómo son estos procesos. Lo primero que hacen después de vestir, peinar y maquillar a Maverick es presentarle el cómic o *storyboard* de cómo se desarrollará el videoclip. Es una especie de guion con dibujos que ilustra cada una de las tomas y escenas que tendrá.

—No lo entiendo —comenta Mav cuando el director termina de mostrarle las partes que tendrá la grabación—. Esto es una historia de amor.

—Sí —responde el hombre, fingiendo paciencia—. Exacto.

—«Jaque mate» no es una canción de amor —explica Maverick, y el alivio me baña de nuevo al ver que opina como yo. Ese videoclip no tiene ni pies ni cabeza—. Es una canción sobre la lucha interna, sobre superar adicciones. —No es del todo exacto, pero esa es la interpretación que le dio basándose en la vida de Owen. Aun así, lo animo mentalmente a que siga luchando por una buena representación de la canción, aunque sea solo la que él cree que es correcta—. Owen la escribió después de su lucha contra las drogas. Nada de esto tiene sentido —repite moviendo las hojas del *storyboard*—. ¿Por qué no hacemos una partida de ajedrez en la que lucho contra mí mismo?

—Mav... —empieza a hablar Ava, pero el director la corta de mala manera.

—Maverick, querido, nadie quiere ver un videoclip sobre drogas, ni siquiera sobre ajedrez. Esto es Hollywood. Le vamos a dar otra interpretación, una que ensalzará la parte visual para que los oyentes estén entretenidos mientras la escuchan, ¿entiendes? No

pasa nada si no termina de encajar. Es solo teatro. Será una historia de amor que hablará de superación, como la canción. Vivir con alguien, la rutina, las peleas, etcétera. El amor puede con todo, ¿no?

Maverick parece a punto de seguir discutiendo, pero Ava le posa una mano en el hombro.

—Ya está todo preparado, Mav —le recuerda en tono comprensivo pero tenso—. La discográfica quiere cosas alegres, ¿recuerdas? Ya lo hablamos.

Noto la tensión en los hombros del cantante y siento tristeza una vez más por la forma en la que todo el mundo lo obliga a pasar página cuando está en su derecho de expresar su duelo y su frustración como le dé la santa gana. Le lanzo una mirada irritada a la pelirroja, furiosa con la manera en la que todos le fallan en favor de unas ventas que no le benefician en nada en lo personal.

Sus ojos me buscan, indeciso, y sé que, si aprieto, luchará por esa versión del videoclip que ambos sabemos que la canción merece, pero, a pesar de lo que siento, no quiero que tenga más problemas, así que intento transmitirle con la mirada que tiene razón y que merece que lo escuchen al tiempo que niego con la cabeza. Maverick suspira y busca en mis ojos durante unos segundos antes de asentir, abatido. Incapaz de resistirlo, le cojo la mano antes de que se aleje del todo y él se gira.

—El videoclip no le restará fuerza ni significado a la letra de la canción —pronuncio, procurando animarlo—. Esto es solo un entrante, tu música es el plato principal.

Él me mira en silencio un par de segundos más antes de asentir y me acaricia la palma con el pulgar antes de soltarme la mano.

—Gracias. —Ava suspira.

—No lo he hecho por ti —suelto, cruzándome de brazos.

—Lo sé —responde con un deje triste, y de repente me siento mal por juzgarla. Está en una posición complicada, solo me gustaría que tuviera más claras sus prioridades, por el bien de su hermano.

Después de ese pequeño contratiempo, Maverick revisa una vez más el *storyboard*, y, rápidamente, se ponen a trabajar. El director da la señal y empiezan a grabar las escenas de Maverick cantando en un sofá del comedor. Se necesitan varias tomas hasta que todo el mundo está satisfecho y después traen a la chica que interpreta a la pareja de Maverick en el videoclip. Es una modelo de pelo rubio, despampanante, y que solo lleva una camisa blanca que le llega hasta los muslos, pero que no sabría actuar ni con una pistola en la cabeza. Por suerte, al ser el vídeo de una canción, no hace falta que hable y solo tiene que sonreír bonito, aunque creo que no ha habido nadie en esta sala que no se haya dado cuenta de la poca química que ha habido entre Mav y ella. La escena continúa con Maverick cantándole a la chica, que está sentada en la encimera de la cocina, y han tenido que repetir esa toma como mínimo mil veces. Aunque en esa escena no tenían que tocarse, la chica ha insistido en pasear las manos por el pecho desnudo de Maverick, que llevaba solo unos vaqueros, algo que no hubiese quedado mal en el videoclip si no se hubiera notado la incomodidad del cantante y la artificialidad de ella. Pese a su irritación inicial, nadie ha podido quejarse de la actuación de Maverick, que le está poniendo todas sus ganas a la escena, pero la modelo, para el caso, podría haber sido de cartón, y está claro que eso lo ha puesto de los nervios, y al director también.

—¡Corten! —exclama este último francamente irritado—. ¿Quién ha traído a esta chica? —pregunta en voz tan baja que solo lo oímos tres personas—. Brooke, intenta relajarte, ¿vale? —se dirige a ella—. No estás desfilando, no hace falta que estés tan rígida. Y es una escena romántica, no sexual. Deja de manosear a Maverick. Sutton

—le dice a él—, acércate más a la muchacha, que estás más tenso que un palo, por Dios. ¡Quiero ver a dos enamorados, no a una adolescente cachonda y a un monje de clausura! ¡Quiero ver amor! ¿Entendido? Tres, dos, uno... ¡Acción!

Las palabras me resultarían graciosas si no estuviera molesta con la modelo por sobrepasarse tanto. Unas escenas después, me entero de que está allí por nepotismo y entiendo por qué no la han despedido ya. Las primeras horas pasan más o menos bien, o, como mínimo, hasta que llega la escena en la cama, para la que tengo que admitir que desvío la vista, pues la imagen es más de lo que puedo soportar. Se supone que es solo una escena en la que se dan arrumacos, pero mi cabeza se gira de golpe hacia ellos al oír un gruñido ahogado de Maverick y al director exasperado. Cuando miro hacia allí, veo a Mav saltar de la cama de un bote y secarse la boca con la palma de la mano con expresión de cabreo, y el estómago se me revuelve al imaginar lo que ha ocurrido.

—¡Corten! —exclama el director, que parece a punto de tirarse por la ventana—. ¡Nada de besos, Brooke! Solo os tenéis que abrazar.

—Pero estamos enamorados —dice ella en tono inocente—. ¿No sería más realista si nos besáramos?

—Necesito una pausa —gruñe Maverick mientras se dirige a la falsa cocina y se sienta a la mesa que tiene el tablero de ajedrez montado, en la que, unas escenas después, los enamorados tienen que jugar una partida.

—¡Diez minutos de descanso! —grita el hombre, secándose el sudor de la frente con la palma—. Brooke, ¿por qué no vas a empolvarte la cara mientras tanto?

Maverick clava la vista en el tablero de ajedrez con la mirada perdida y se frota la cara con frustración. Esa expresión me encoge el corazón y me acerco a él sin importarme si tengo permiso para

pisar el plató. Se le ve tan cansado y frustrado que no puedo evitar acariciarle el pelo negro y la nuca. Levanta la cabeza de golpe cuando siente mi tacto y la expresión de alivio que veo en su rostro al descubrir que soy yo me reconforta. Sus ojos se cierran por la sensación de mis dedos en su pelo y se le escapa una pequeña sonrisa.

—¿Qué ocurre, Superestrella? —pregunto con mi voz más dulce, y sus ojos vuelven a abrirse para mirarme.

—Este videoclip es un desastre. —Suspira—. Tendría que haber insistido con mi versión. Esta no me gusta. Y esa modelo parece un pulpo —se queja, y sonrío sin poder evitarlo, aunque intento que no se note.

—Mav, lo estás haciendo genial —le digo sin dejar de acariciarle la nuca—. He visto cómo va quedando en la pantalla de las cámaras y no está nada mal.

—¿Seguro? —pregunta, con duda en los ojos.

—Te lo prometo. —Sonrío—. Y si esa modelo vuelve a sobrepasarse, avisa, y Ava y yo le tiraremos de las greñas —bromeo, arremangándome unas mangas imaginarias, lo que lo hace reír con esa voz grave y profunda que tiene. Mi mirada baja hasta su boca y trago saliva antes de desviarla hacia la mesa. Me fijo en el tablero de ajedrez y muevo una de las piezas con la mano que tengo libre, iniciando una partida—. Te toca —le digo con una sonrisa, complacida por la idea que acabo de tener.

Su cuerpo se relaja del todo al oír mis palabras y le brillan los ojos con esa intensidad que me vuelve loca antes de estirar el brazo y mover otra pieza.

Jugamos en silencio y con una sonrisa durante un rato, y no dejo de acariciarle la nuca en ningún momento, tal vez porque tengo la sensación de que lo relaja, o tal vez porque necesito sentirlo cerca

después de haberlo visto revolcarse en una cama con una rubia de piernas kilométricas.

—Jaque —dice él con una sonrisa satisfecha, pero dura poco, porque yo muevo mi pieza y se le desencaja la mandíbula.

—Jaque mate —declaro, segura.

—No sé de qué me sorprendo —pronuncia, pasando un brazo por mi cintura y acercándome a su cuerpo hasta que, sentado, su cara queda casi en mi clavícula—. Eres brillante.

—Deberías estar orgulloso, Superestrella —replico, casi sin aliento por tenerlo tan cerca—. Normalmente gano más rápido. Has aguantado mucho.

—Sí, no suelo tener quejas en ese sentido —bromea, dándoles un sentido sexual a mis palabras, por lo que le pego un manotazo en el pecho con la mano que tenía entre su pelo, pero él la agarra antes de que pueda apartarme y vuelve a colocarla en su nuca.

Nos quedamos mirándonos en silencio. Mucho silencio. Demasiado silencio. Hasta que me doy cuenta de que todo el mundo está callado e incluso el director está pendiente de nosotros. Trago saliva y Maverick frunce el ceño cuando ve que nuestra conversación privada ya no es tan privada.

El director se nos acerca con los ojos brillantes, casi de psicópata, y siento el impulso de salir por patas, pero Maverick me sigue agarrando para que permanezca pegada a él.

—¿Y tú quién eres? —pregunta el director.

—Eh... Perdona, sé que no debería estar aquí —balbuceo—. Pensaba que estabais en una pausa.

El brazo de Mav se tensa alrededor de mi cintura al percibir un ataque hacia mí, y yo le acaricio el brazo sin pensarlo para que se relaje. El hombre no se pierde ese movimiento y sus ojos vuelven a

brillar, emocionados. Me repasa de pies a cabeza varias veces y luego sonríe.

—Sí, sí, sí... Podría funcionar —susurra para sí mientras levanta uno de los mechones plateados de mi pelo sin permiso. Yo doy un paso atrás, cortada, y esta vez Maverick se pone de pie con mal humor para encararse al hombre, pero él nos ignora—. ¡Empezamos de cero! ¡De cabeza!

Oigo un par de quejidos y Mav pone los ojos como platos, horrorizado.

—¿Qué? —pregunta, alterado—. No pienso repetir todo eso. Haberlo pensado antes.

—Sí, sí, sí —repite el hombre, emocionado—. Con ella funcionará mejor. —Con un gesto de manos llama a las estilistas, que empiezan a peinarme y empolvarme la cara y tengo una sensación de *déjà vu.*

—¿Qué? —preguntamos Mav y yo a un tiempo mientras aparto una de las manos que tengo en la cara.

—Está claro que no es ninguna modelo, pero la química que hay entre vosotros, la tensión sexual... ¡Señor! Maverick, ¡tendrías que haberme dicho que tenías pareja! —exclama casi dando saltitos, y yo casi me trago la lengua. Mav no parece estar en mejor estado. Nuestras miradas se cruzan un momento, pero ambos apartamos los ojos con bochorno al recordar las explícitas palabras del director—. No me extraña que estuvieras incómodo con Brooke.

—Yo no... No estoy... No somos... —Es la primera vez que veo a Maverick Sutton balbucear de esa forma y no sé si me parece más atractivo su lado confiado o su lado vergonzoso. No consigue terminar la frase, pero gruñe frustrado antes de girarse hacia mí—. Lo siento, Aria. Ahora arreglo esto. —Yo asiento—. Nosotros no...

—Vale —lo corto, y cuando me doy cuenta de lo que he dicho me sorprendo hasta yo. Los dos me miran boquiabiertos, sobre todo

Maverick—. Lo haré —añado. No sé por qué he aceptado cometer esta locura que solo empeorará visiblemente los rumores que ya corren en internet sobre nosotros, pero la idea de pasarme las próximas dos horas viendo cómo Brooke manosea a mi Superestrella es más de lo que puedo aguantar. No con esta canción. De pronto veo que Maverick boquea un par de veces y entonces me entra la vergüenza—. A menos que no quieras que...

—Quiero —me corta él a mí, y mis mejillas se enrojecen por la intensidad con la que pronuncia esa palabra.

Para el caso, parece que le haya hecho una propuesta indecente, o, por lo menos, esa es la impresión cuando el director aplaude y las estilistas me arrastran hasta los camerinos improvisados, donde deciden que tendré que ir sin pantalones y dejarme solo la camiseta de concierto de los Trailer Trash que últimamente llevo siempre cuando quiero estar cómoda.

Trago saliva al ver mi reflejo semidesnudo en el espejo y estoy a punto de echarme atrás, pero la cara de frustración de Maverick en la pausa hace que continúe con esta locura. Cuando aparto la cortina y veo que todo el mundo me está mirando, me siento desnuda, pero me recuerdo que esa camiseta es tan ancha que podría ser un vestido corto y que he ido con mucha menos ropa en la playa miles de veces. Eso no hace más fácil sentir los ojos de Mav sobre la piel tatuada de mis piernas, lo que me lleva a pensar en el día que estuvo en mi baño mientras me teñía el pelo con el acondicionador.

—Empezamos con la escena en la cocina —señala el director, cortando de raíz mis pensamientos impuros.

Yo asiento, nerviosa, y me acerco a la encimera, pero no soy una modelo de metro ochenta, así que no podré subirme sin ayuda.

—¿Me echas una mano? —le pregunto a Maverick, y la voz me sale más grave de lo que pretendía.

Mav asiente y lo veo tragar saliva antes de acercarse a mí. Levanto las manos pensando que puedo impulsarme cogiéndome de sus hombros, pero antes de que pueda siquiera tocarlo sus enormes manos callosas están agarrándome los muslos y me tiene subida a la encimera con las piernas abiertas y él entre ellas. Mi respiración es tan agitada como la suya y sé que ambos estamos imaginando este mismo gesto en un contexto mucho menos PG-13.

—Oh, ese ángulo me encanta —exclama el director, y Mav y yo parecemos salir del hechizo a la vez, si bien aún nos lanzamos miradas ardientes que no puedo explicar—. Empezamos a grabar. ¡Acción! —Mav echa el cuello hacia atrás, intentando relajar los hombros, antes de apoyar las manos en la encimera, una a cada lado de mi trasero, sin tocarme. Las cámaras empiezan a grabar y yo no sé cómo actuar, así que me limito a mirarlo a los ojos mientras hace el *playback* de la canción, y antes de que me dé cuenta, ya tenemos una escena acabada, sin necesidad de repeticiones—. ¡Corten! ¡Maravilloso, chicos! ¡Esto es justo lo que quería!

Maverick se aparta de mí como si se quemara y los dos nos quedamos mirándonos, y sé que estamos pensando lo mismo.

—Estás a tiempo de echarte atrás, Aria —me recuerda, pero yo niego y él exhala casi como si temiera y deseara que fuera a responder eso—. Te ayudo a bajar —susurra, con la misma voz grave de antes.

Sus manos se posan en mi cintura y otro escalofrío me recorre al ver la facilidad con la que me levanta y me posiciona a su gusto pese a que mi obsesión por las patatas fritas de bolsa me haga tener unas curvas de más que no consigo eliminar por mucho que entrene.

—Gracias —susurro cuando ya estoy en el suelo, antes de apartarme de él, y él gruñe en respuesta.

Después de esa escena, grabamos un par más en la que nos miramos uno desde cada punta del sofá y me tumbo con la cabeza encima de sus piernas para que juguetee con mi pelo, y otra en la que nos sentamos uno enfrente del otro en la mesa de la cocina para jugar al ajedrez. Esas dos escenas también las grabamos en un momento y el director del videoclip parece extasiado de felicidad, aunque yo solo puedo pensar en la escena que viene ahora. Maverick me observa con intensidad cuando me subo a la cama que hay en medio del falso dormitorio y se acerca con lentitud a ella, como si el mero hecho de verme acostada en ella fuera demasiado para él. Por suerte, el director y los técnicos que nos observan hacen todo mucho más incómodo y artificial cada vez que hablan y nos recuerdan que no estamos solos. Mav se tumba a mi lado y luego el director le indica que se incline un poco por encima de mí para seguir cantándome mientras me acaricia el pelo. La posición es mucho más íntima que las anteriores y trago saliva varias veces, pero creo que mis ojos dicen todo lo que ese maldito videoclip representa. Los dedos de Mav paseando por mi melena, mi cuello y mi brazo tatuado hacen que me estremezca, y sus ojos chocolate me hipnotizan hasta el punto de que no me doy cuenta de que mi mano ha empezado a reseguir una de las líneas del tatuaje de su pectoral derecho hasta que su aliento se entrecorta y se salta media frase de la canción. El director nos hace repetir toda la estrofa y, llegados a este punto, no sé si era más fácil verlo desde fuera o vivirlo.

Cuando por fin terminamos la escena de la cama, me levanto antes de que mi cuerpo se haga ideas que no son y el director nos dirige hacia la mesa de la cocina para la última escena. En esta ocasión, quiere que yo esté sentada en el regazo de Mav, en lugar

de al otro lado de la mesa. Mav me mira para asegurarse de que me parece bien, como cada vez que ese hombre nos da una orden, y sé que, si se lo pidiera, se pelearía con él hasta que volviera a sentirme cómoda. Y el problema es precisamente que estoy demasiado cómoda. Estar así de cerca de Mav es lo natural, y lo complicado es resistirse a esa atracción y no dejar que se me vaya de las manos. No hemos hablado desde que sus manos me han agarrado los muslos en la encimera, así que ninguno de los dos ha hecho referencia explícita a los pensamientos que pasan por nuestra mente desde hace más de dos horas, aunque ambos lo vemos en los ojos del otro. Me digo que es una reacción natural a esas escenas tan explícitas, pero ni yo puedo mentirme de esa manera, porque he visto con mis propios ojos la poca química que había con la otra chica.

Y esa atracción se hace aún más difícil de ocultar en cuanto mi enorme trasero se aposenta sobre sus piernas y veo los músculos de su mandíbula tensarse y sus manos agarrarse del borde de la mesa hasta que sus nudillos están blancos. Me preocuparía que fuera él el que se sintiera incómodo si no fuera por la enorme erección que siento clavada directa en mi entrepierna en cuanto me siento. Mi mirada se levanta de golpe buscando sus ojos.

—Lo siento, Hoyuelos —se disculpa con la voz áspera, y tal vez es lo excitada que estoy, las dos horas de tira y afloja o la forma en la que la robusta mesa oculta nuestras mitades inferiores, pero mi cerebro termina de cortocircuitar del todo y mi boca suelta palabras sin permiso.

—No pasa nada —susurro.

Mis brazos le envuelven el cuello y mis manos le acarician la espalda desnuda al apoyarme sobre su hombro para recolocar mi culo sobre su regazo, intentando darle espacio. El contacto de su

erección y la tela de los vaqueros contra mis braguitas hacen que un pinchazo de placer me suba por el bajo vientre. Sus manos abandonan la mesa para agarrarme de las caderas, con los dedos rozando mi piel desnuda donde la camiseta se ha arrugado ligeramente.

—Joder, Aria —gruñe Mav en voz baja, y sé que solo puedo oírlo yo. Traga saliva y sus ojos conectan con los míos. No sé qué cara de desquiciada tengo, pero sus ojos son puro fuego—. No te muevas así, nena. Me vuelves loco.

Esas palabras me matan, porque nunca he sido la seductora ni la más sexy de ningún sitio. He sido la lista y la que te echa un cable muchas veces, pero nadie se ha muerto nunca de deseo por mí. De hecho, tenía suerte si mi ex se tomaba la molestia de levantar la cabeza de sus estudios científicos el tiempo suficiente para notar si me había arreglado.

—¿En serio? —pregunto, halagada.

Él me lanza una mirada ardiente que hace que se me enciendan las mejillas.

—No tienes ni puta idea de lo sexy que eres, ¿verdad? —contesta, echando la cabeza hacia atrás, lo que solo hace que quiera lamerle el cuello, pero me contengo.

Como hipnotizada por sus palabras, mis caderas repiten el movimiento circular y tengo que morderme el labio para no soltar ningún sonido que nos delate. Mav exhala y una de sus manos sube a mi nuca, casi como una advertencia, y antes de que nos demos cuenta nuestras bocas están chocando y nuestras lenguas se pelean. Su boca sabe a menta y suena a tormenta de verano, y el sabor explota en mi cabeza como notas de música hasta que oigo una maldita sinfonía, pero, por desgracia, no tengo tiempo de descifrarla

del todo antes de que la realidad vuelva sobre mí como un cubo de agua fría.

—¡Corten!



CAPÍTULO 17

METLIFE STADIUM,
East Rutherford,
NUEVA JERSEY

Maverick

Aria me ignora durante más de una semana. Después de grabar el videoclip en Los Ángeles, volvimos en tenso silencio al *jet* privado para reunirnos con el resto del equipo en Foxborough, donde tenía mis próximos conciertos. Ella se sentó al final del avión, y, en cuanto me vio acercarme, se levantó y se encerró en el baño durante el resto del viaje. Por un momento pensé que había hecho algo para ofenderla, que tal vez se había sentido presionada en el estudio para besarme, pero descarté al instante esa idea, pues fue ella la que lo inició todo. Mi mente cortocircuita recordando la forma en la que sus muslos perfectos envolvieron mi torso, la forma en la que sus caderas se movieron para crear fricción entre nosotros y volverme absolutamente loco, la forma en la que mis manos encajaron en su trasero, el sabor de su boca... Tengo que saber qué fue ese beso y qué significó para ella, porque yo tengo muy claro lo que significó para mí.

Tal vez la situación nos dio un pequeño empujón en la dirección correcta, pero yo la besé por voluntad propia. Mi chica del pelo de colores es la primera persona con la que me siento cómodo en mucho tiempo, la persona que no me juzga y a la que puedo contarle mis miedos, mis experiencias, mi pasado. La persona que me vuelve del derecho y del revés. Y quizá resulte idealista pensar que podría tener una relación con ella, teniendo en cuenta que esta situación es temporal, pero estoy dispuesto a hacer sacrificios: Aria vale la pena.

Después de esquivarme en el avión, tuve tres noches de conciertos en Foxborough y el consecuente día de descanso en el que la adrenalina de todo el fin de semana me bajaba, me tumbaba en la cama y no era capaz ni de mover un dedo durante el resto del día. El martes se pasó todo el trayecto hasta East Rutherford escuchando música, y el miércoles y el jueves buscó cualquier excusa posible para no estar encerrada en la misma habitación que yo, pero hoy ya no se lo voy a dejar pasar. Cuando las maquilladoras terminan conmigo, pido que le digan a Aria que Ava la está esperando en uno de los camerinos antes del concierto, y espero con paciencia a que llegue.

—Ava, Fred me ha dicho que... —Su frase se corta en seco cuando me ve, pero ya está dentro de la habitación, así que, cuando se gira para abrir la puerta, coloco una de mis palmas al lado de su cabeza y la cierro. Ella se gira hacia mí con el ceño fruncido—. ¿Qué quieres?

Está a la defensiva y vuelvo a preguntarme si la he ofendido de algún modo.

—Solo quiero hablar —respondo con suavidad, mirándola a los ojos color verde con tonos miel—. Has estado evitándome. ¿Por qué?

Me observa en silencio y doy un paso hacia delante hasta que estamos prácticamente pegados, ella de espaldas a la puerta. Desvía la vista y traga saliva, lo que solo consigue que mis ojos se queden clavados en la suave piel de su cuello y luego se pierdan en sus labios. Esos mismos que hace poco más de una semana estaban pegados a los míos de forma casi desesperada, insistente. La piel se me eriza solo de pensarlo y el pulso se me acelera.

—No te estoy evitando —miente, mirando a cualquier lado menos a mí.

Con la mano que tengo libre, acompaño su barbilla hacia delante con delicadeza hasta que sus ojos conectan con los míos. Por un momento olvido lo que iba a decir, pero tomo aire para centrarme.

—¿Qué ocurre, Hoyuelos? —pregunto, preocupado—. ¿Es por lo que pasó? ¿Te sentiste incómoda?

Su espalda se destensa ligeramente y su expresión se suaviza al mirarme, lo que me da esperanzas, que desaparecen en cuanto coge aire y cuadra los hombros.

—No me sentí incómoda, pero no sé por qué quieres hablar de ello —contesta con voz firme—. Solo estábamos actuando.

Aunque las palabras duelen más de lo que esperaba que lo hicieran, mantengo los ojos fijos en ella.

—No te creo —susurro con confianza, recordando el fuego en sus ojos, la manera en la que se mordió el labio inferior y cómo su pecho subía y bajaba con la respiración agitada mientras se restregaba contra mí. Mi propia respiración se acelera de nuevo solo de pensarlo y mi cuerpo reacciona al recuerdo sin que lo pueda evitar—. Me buscaste tú. Te avisé de que estaba volviéndome loco y tú no paraste. —Aria traga saliva otra vez y se le nublan los ojos, como si también estuviera recordando lo que vivimos. Me acerco aún más a ella hasta que mi erección está pegada a su bajo vientre. Se

le entrecorta la respiración y clava las uñas en la puerta detrás de mí para no tocarme, pero no me pide que me aparte. La mano que tenía en su barbilla sube hasta que mi pulgar le acaricia el labio inferior y siento el impulso de morderlo, pero sé que este es un momento crucial y que tengo que aprovecharlo como sea, así que me contengo como puedo—. No te creo —repito con mi voz más seductora—. Creo que te gustó y eso te asusta.

Como si quisiera darme la razón y como si esas palabras la hubieran sacado de un trance, da un paso hacia la derecha, saliendo de esa posición tan delicada, cruzándose de brazos. Yo cojo aire profundamente, aparto el brazo de la puerta y me reajusto los pantalones para que el bulto en ellos no se note tanto antes de darme la vuelta hacia ella una vez más.

—¿Por qué todo el mundo dice lo mismo? —suelta, irritada, y alzo una ceja con interés, preguntándome con quién más ha hablado de este tema—. No tengo miedo de nada —añade con el ceño fruncido, y su tono suena demasiado a la defensiva para que eso sea cierto—. Lo del otro día se me fue de las manos. ¿Me atraes? Sí. ¿Me dejé llevar? Sí. Estás bueno, Mav, eso no es novedad, pero no pienso tener un rollo contigo solo por eso; no voy a ser un juguete que uses y tires cuando termine este *tour*.

—¿Quién ha dicho nada de «tirar»? —pregunto sin poder evitarlo, y su gesto de sorpresa me indica que tengo que ser sincero, que es la única manera de que esto funcione, porque ella tiene razón: se merece mucho más que un famoso que se lo tiene creído y la seduce para luego dejarla tirada a la primera de cambio—. Me gustas, Aria —confieso, y me siento como un niño de primaria arrancando una flor de la hierba para su enamorada—. No voy a declararte amor eterno, porque no nos conocemos tanto, pero me gustaría conocerte mejor. Me gusta cómo eres y..., joder, me vuelves

loco, no negaré que hay una parte física en todo esto, pero hay mucho más. Me siento bien cuando estás cerca —termino, y la miro a los ojos, intentando no moverme para que no vea que estoy cagado por dentro.

Ella cierra los ojos como si esas palabras fueran las últimas que quería escuchar, y sé que la conversación no va a ir como yo quiero.

—¿Sabes lo complicado que es hacerse respetar como mujer en la industria de la música? Trabajamos juntos, estoy intentando ser profesional, y si tenemos algo y sale mal, será superincómodo sobrevivir a meses encerrados en los mismos espacios. Por no hablar de terminar la canción que tenemos a medias —dice, y aunque todo lo que sale de su boca suena completamente lógico, no son argumentos que me convenzan, y algo me advierte de que a ella tampoco. Tengo la sensación de que hay algo más que no me está contando.

—No has dicho que no te gusto —le recuerdo, y ella pone los ojos en blanco.

—No sabes nada de mí —replica en tono serio, demasiado serio—. Hay cosas que no sabes. No me conoces de verdad.

—Conocerte es justo lo que intento hacer.

—¿Sabes lo complicado que es salir con alguien tan famoso? —se queja ella, cruzándose de brazos.

—Solo oigo que tienes miedo —repito con una sonrisa confiada. Tal vez la conversación no está yendo como me gustaría, pero eso no significa que no pueda hacer que cambie de opinión. Aún tengo tres meses enteros con ella para convencerla de que me dé una oportunidad—. Y sigo sin oír que no te gusto.

—¡Argh! —exclama frustrada, y sé que he dado en el clavo—. Eres insoportable —gruñe y después coge aire—. No me gustas —

sentencia, pero si fuera cierto sería lo primero que hubiera dicho, en lugar de soltar tantas excusas.

—No te creo —repito una vez más, y mi sonrisa se amplía pese a las duras palabras.

—No me gustas —insiste, pero yo me acerco a ella hasta que tengo los labios pegados a su oreja y su respiración se entrecorta.

—No te creo —le susurro al oído. Su cuerpo tiembla junto al mío y me queda claro que tengo razón. Sé que siente algo por mí, aunque no sea más que atracción, y no pienso dejar que lo niegue para siempre. En ese momento se me ocurre una idea y sonrío satisfecho antes de apartarme—. Si no te gusto, demuéstramelo. Bésame y, si no sientes absolutamente nada, te dejaré en paz.

—¿Tu solución para alguien a quien no le gustas es que te bese? —pregunta, irónica—. Estás majara, tío.

—Demuéstralo —insisto con confianza.

—¿Quieres que lo demuestre? —replica Aria, y de repente sus ojos brillan con tanta malicia que sé que me va a salir el tiro por la culata —. Está bien —añade satisfecha, pero en lugar de besarme se saca el teléfono del bolsillo y veo cómo descarga en ese mismo instante una aplicación de citas—. Tus próximos conciertos son en Detroit, ¿verdad?

Cierro la mandíbula con tanta fuerza que pienso que se me van a romper las muelas.

—Sé lo que estás intentando, pero no te va a funcionar —le digo. La verdad es que le está funcionando perfectamente, porque yo solo quiero lanzar ese móvil desde lo alto de un helicóptero. Sin embargo, me recuerdo mi plan. Ella será tozuda, pero yo lo soy más cuando sé lo que quiero. Uno no consigue los premios que he conseguido yo si no está dispuesto a trabajar por ellos, y ella es algo mucho más especial que un simple Grammy—. ¿Sabes qué?

Adelante. ¿Quieres salir con un baboso de Tinder? Hazlo. No tendrá nada en común contigo, no como yo —le recuerdo, y durante un milisegundo veo la irritación en sus ojos y sé que tengo razón, pero debo admitir que es un hueso duro de roer, y eso solo hace que la desee más.

—No necesito tu permiso —contesta con una sonrisa falsa—. Y claro que pienso hacerlo. ¿Qué te parece él? —Me enseña la foto de un chaval joven y más o menos atractivo, y quiero partir la pantalla por la mitad—. Matt. Veintiocho años. Ñam, ñam. Derecha. —Ahora parece más divertida y sé que tengo que controlar mi expresión facial, por mucho que me cueste—. ¿Qué me dices de este? Nick. Veintitrés añitos. Un poco joven para mí, pero seguro que tiene mucha energía, ya sabes a qué me refiero. —Me guiña un ojo y sonríe al deslizar el dedo hacia la derecha por la pantalla, aceptando el perfil. Aprieto la mandíbula y la miro mal, pero ella continúa deslizando el dedo a la derecha en cada uno de los perfiles que le salen, sin apartar la vista de mí durante un solo segundo. Me hierve la sangre con lo mucho que me pone que me vacile de esa forma—. Puedo seguir toda la noche, cariño —susurra en tono seductor sin dejar de aceptar perfiles sin siquiera leer sus biografías u ojear sus fotos—. Puedo seguir así toda la...

La interrumpo cuando pierdo el control y le agarro la mano en la que tiene el móvil, inmovilizando sus dedos contra la pantalla, y con el otro brazo le rodeo la cintura hasta que está pegada a mí una vez más y su rostro queda a centímetros de mis labios.

—Sal con Mike, o con Matt, o con «como se llame», si quieres —gruño, rozándole la oreja con los labios al hablar y disfrutando muchísimo del temblor de deseo que recorre su cuerpo y de su jadeo—. Cuando te canses de ellos y quieras probar a quien de verdad deseas, ya me llamarás.

—Arrogante —escupe ella, sin moverse ni un milímetro de su sitio, pero yo deslizo los labios desde su oreja por su cuello hasta que exhala y su cuerpo se arquea contra el mío, de modo que su pecho y el mío quedan completamente pegados.

Se me escapa un taco entre susurros al sentir su reacción y la mano que tengo en su cintura me pica por la necesidad de bajar hasta acariciarla entera, pero antes de que pueda moverla ambos oímos unos nudillos que llaman a la puerta de mi camerino y Aria salta lejos de mis brazos, meneando la cabeza como si saliera de un trance.

Yo me paso una mano por el pelo, revolviendo el peinado que las estilistas se han pasado horas perfeccionando para el concierto de esta noche e intentando controlar mi respiración.

—Adelante —digo, y alguien de mi equipo asoma la cabeza por la puerta del camerino, ajeno a la escena que acaba de interrumpir.

—Diez minutos para entrar en escena —me recuerda, y yo asiento como puedo.

Mi chica del pelo de colores aprovecha la interrupción para mirarme con los ojos entrecerrados antes de salir corriendo por la puerta, y no me queda claro si he arreglado la situación o no he hecho más que empeorarla, aunque supongo que lo descubriré muy pronto.



CAPÍTULO 18

FORD FIELD STADIUM,
Detroit,
MICHIGAN

Maverick

La situación se me ha ido definitivamente de las manos. Mi intención de demostrarle a Aria lo que podría haber entre nosotros consigue el efecto contrario y, sea lo que sea lo que la lleve a temer darme una oportunidad, mis actos solo logran que se pase toda la semana que estamos en Chicago hablando con chicos por esa aplicación de citas. Pese a que mi cuerpo arde en llamas cada vez que veo el nombre de otro en su pantalla y sus dedos moverse por el teclado del móvil, tengo que concederle que no conozco a nadie que se comprometa tan a fondo con algo solo para demostrar que tiene razón. Mi chica del pelo de colores es terca y obstinada, pero también muy tenaz, algo que no puedo evitar admirar.

—¿Cómo va la búsqueda del príncipe azul, Cenicienta? —le pregunto con una sonrisa confiada cuando la veo entrar en la sala reservada del hotel en la que nos sirven todas las comidas del día que mi cocinero, Giuseppe, nos prepara.

—Número uno: soy mucho más guay que Cenicienta, así que espero que encuentres alguna referencia más original que esa la próxima vez que me quieras comparar con una princesa de Disney. Tal vez Bella, Mulán o Mérida, si buscamos algo más actual —me responde, con la misma arrogancia, y las comisuras de mis labios se alzan todavía más—. Y número dos: no estoy buscando un príncipe. Solo a alguien que sepa pasar un buen rato. —Me guiña un ojo mientras se acerca a la mesa en la que estoy sentado con una bandeja llena de comida.

Mi sonrisa desaparece y dejo la hamburguesa en el plato, repentinamente sin apetito.

—Pensé que no querías ser un juguete de usar y tirar —suelto en tono ácido, y sé que estoy siendo un idiota. No juzgo para nada el hecho de que una mujer quiera pasárselo bien sin compromiso, pero me arde el estómago cuando pienso en mi chica del pelo de colores teniendo un rollo de una noche. Aunque, para ser sincero, algo serio sería aún peor.

—¿Quién dice que el juguete voy a ser yo? —pregunta con la misma confianza de antes y la misma sonrisa arrogante.

Un fogonazo de deseo me atraviesa y quiero comerle la boca, pero recuerdo que estoy en una carrera de fondo, no en un esprint. Ella puede jurar que no está interesada en mí todo lo que quiera, pero yo sé la verdad.

—Sigue diciéndote eso, Hoyuelos —replico, fingiendo confianza mientras vuelvo a coger sopa con la cuchara para que no note que tengo el estómago revuelto. Luego me llevo la hamburguesa a la boca y me chupo los dedos con simulada tranquilidad antes de devolverle mi atención. Su mirada se desvía hacia mis labios y sonrío con chulería—. Puedes mentirte a ti misma, ya te darás cuenta.

Frunce el ceño y se gira hacia su plato con un gesto brusco, lo que solo demuestra que tengo razón.

—Para que lo sepas, aunque no es que sea de tu incumbencia, ya he conseguido una cita para esta noche.

Frunzo el ceño y me cruzo de brazos, de pronto a la defensiva. El buen humor de tener sus ojos sobre mí desaparece al momento.

—Ah, ¿sí?

—Sí —responde en tono seco.

—¿Y a qué hora es la cita?

—¿Para qué quieres saberlo? Hoy es jueves, no tienes ningún concierto, y yo no tengo ninguna obligación contractual de estar contigo esta tarde —me recuerda, y tiene toda la razón. No tiene ninguna obligación de responder a mis preguntas y eso me mata.

—Deberías enseñarme su perfil, por si es un psicópata —contesto, irritado por su más que cierta aportación, y aunque al principio lo digo solo para meterle miedo y que cancele la supuesta cita, al final el que acaba con miedo soy yo y siento un nudo de preocupación en el estómago.

—Sé cuidarme solita —replica ella, poniendo los ojos en blanco.

—Lo digo en serio. —Esta vez mi tono es claramente angustiado y sus ojos se dulcifican un poco. Me parece ver un rápido *flash* de culpabilidad en ellos, pero desaparece al instante y le sigue una mirada decidida. Aun así, toquetea la pantalla y la gira hacia mí para que vea la foto y el perfil del chico en cuestión.

Es atractivo, un par de años menor que nosotros, y sonríe con aire despreocupado y algo juvenil, aunque parece que va al gimnasio, por lo que sus camisetas ajustadas dejan entrever. Se llama Zack.

—¿Este tío ha acabado el instituto? —pregunto, fastidiado.

Es evidente que sí, porque tiene veinticinco años, o, por lo menos, eso pone en su perfil, pero no puedo evitar criticarlo. Por principios.

—Es solo dos años menor que yo, no exageres —replica ella en tono exasperado.

Observo su foto una vez más, intentando encontrarle más pegas, pero no veo ninguna. Además, nunca me ha gustado criticar el físico de los demás y no voy a empezar ahora, por celoso que esté.

—¿Y adónde te va a llevar? —indago, manteniendo mi tono de indiferencia.

—No lo sé, a un restaurante, supongo.

—¿Supones? —Vuelvo a mi sonrisa arrogante—. Qué poco interés estoy notando por tu parte.

—No es poco interés —gruñe ella—, es que es una sorpresa. Aún no me ha dicho adónde iremos.

—Vale, pero tú guárdame el juguete que regalan con el McMenú, porfa, que estoy haciendo la colección —bromeo para enfadarla. Ella me arranca el móvil de las manos y me enseña el dedo corazón, enfadada, para ir a comer a otro lado. Yo la agarro de la muñeca y tiro de ella antes de que pueda coger la bandeja de comida—. Lo siento, Hoyuelos. Solo estoy celoso —digo con sinceridad, y dejo que vea esa emoción en mi rostro.

Su expresión se dulcifica una vez más y veo en sus ojos esa culpa, de nuevo, aunque en realidad no me debe nada. Por un momento me planteo la posibilidad de que sea cierto que no siente nada por mí y entonces soy yo el que se siente culpable, pero luego sus ojos se vuelven cariñosos antes de bajar hasta mis labios y encenderse, y me recuerdo que eso es imposible. Hay una corriente eléctrica que pasa de su piel a la mía en el punto en el que nos tocamos, y es imposible que no la note tanto como yo. Su segundo de cercanía se termina en cuanto sale de su trance y aparta la vista.

—Y yo siento que te sientas así, pero ya te he dicho que tú y yo no podemos ser nada.

Si dudaba de que eso fuera cierto, dejo de hacerlo en cuanto vuelve a mirarme y veo en su rostro que eso le resulta tan fastidioso como me resulta a mí. Lo que ocurre es que aún no se ha dado cuenta de que el único impedimento que tenemos es ella misma.

—Ya lo veremos —susurro antes de soltarle la muñeca para que pueda irse. Ella duda unos segundos, pero finalmente coge su bandeja y se da la vuelta. Un pensamiento repentino me viene a la cabeza al ver la fina lluvia que cae por las ventanas de la sala—. Aria —la llamo con el corazón en un puño y ella se gira con curiosidad—, no cojas un taxi —le suplico con la mirada, y el pecho me quiere estallar solo de pensarlo—. Si tienes que ir en coche, deja que Javi te acompañe.

Ella me observa en silencio durante un instante y me da miedo que vaya a negarse. Siento una gota de sudor frío cayéndome por la espalda al imaginarme a mi chica del pelo de colores sufriendo un accidente.

—La cita es a las siete y le daré la ubicación a Ava para que te quedes tranquilo. Javi me acompañará en el SUV —acaba aceptando en tono suave antes de irse, y yo exhalo todo el aire que tenía atrapado en el pecho. O casi todo. Aún tengo que averiguar cómo demonios pasaré la noche en el hotel sabiendo que está cenando con otro. Bueno, cenando y lo que surja.

Ese último pensamiento me mantiene de mal humor durante el resto del día. Hago ejercicios vocales con Rita después de comer, practico las coreografías de baile por enésima vez hasta que Svetlana se desgañita de tanto gritarme por mi falta de concentración y repaso mi agenda de promoción para las próximas semanas con Ava, o, por lo menos, eso hago hasta que se le ocurre mencionar que mi equipo de estilistas está ahora mismo ayudando a Aria a arreglarse para esa maldita cita. Una vez más, no puedo

negar que aprecio la dedicación de mi chica, pero la maldigo para mis adentros por tanta tozudez, y me maldigo también a mí por haberla presionado hasta el punto de que tenga que salir con un tío al que no conoce solo para demostrar que no quiere nada conmigo. Ambos sabemos que no es cierto, pero debo aceptar mi parte de culpa en todo este meollo.

—Me sorprende que te estés tomando tan bien esa cita de Aria —comenta mi hermana con un deje de sorpresa cuando respondo con un gruñido a la información que me ha dado.

—¿Por qué no iba a tomármelo bien? —pregunto, con el mal humor que me ha acompañado todo el día hasta el punto de que nadie quería cruzarse en mi camino; por lo menos nadie que no tuviera un parentesco directo conmigo o que no hubiera vivido en la Rusia presoviética.

—Venga, Mav —dice ella divertida—. Tengo ojos en la cara. Sé que te pone.

Yo suspiro.

—No es solo eso —le confieso a mi hermana—. Me gusta de verdad. —Veo el asombro en su rostro y también algo de preocupación y otra emoción que no sé descifrar.

—Mierda —susurra ella, y parece alterada de verdad por mis palabras.

—¿Qué pasa? —pregunto, irritado por su reacción. ¿Acaso Aria le había dicho algo de sus sentimientos por mí? O, en este caso, ¿de sus «no sentimientos»?

—Nada —contesta ella muy rápido. Demasiado rápido—. Solo... Nunca te he oído decir nada así de ninguna chica. Y que sea con ella precisamente... No sé, Mav... —Ava desvía la mirada y yo niego.

—Es igual —digo—, tampoco sirve de mucho lo que sienta yo. Está convencida de que no le gusto. Incluso tiene una cita para

demostrarlo.

—¿Y tú la crees?

El tono de incredulidad en la voz de mi hermana denota que ella ha visto lo mismo que yo, y eso me tranquiliza ligeramente. Por lo menos, no soy el único que piensa que se miente a sí misma y no me imagino cosas solo porque es lo que deseo ver.

—No —bufo—, pero ¿qué quieres que haga?

—No dejar que vaya a citas con otro sería un buen comienzo —responde Ava con sarcasmo.

—No estamos en la Edad de Piedra —le recuerdo, cabreado, pasándome una mano por el pelo con nerviosismo—. ¿Crees que no me gustaría echármela al hombro y encerrarla en una habitación hasta que no se fije en nadie más que en mí? —Mi hermana hace una mueca—. Vale, eso ha sonado un poco a psicópata, pero lo que quiero decir es que no soy nadie para decirle lo que puede o no puede hacer, o con quién puede o no puede salir. Ya es mayorcita, por mucho que me pese.

—Supongo que tienes razón —admite ella—, pero solo digo que, si te gusta, no te rindas. He visto lo mucho que has cambiado desde que ella está con nosotros. Es buena para ti, Mav. Y veo también cómo te mira cuando no te das cuenta. —Mi corazón se salta un latido al oír esas palabras, y asiento, esperanzado, sin decir nada más. Ava abre la boca para añadir algo y yo la miro extrañado por la seriedad repentina de su rostro, pero entonces niega y aparta la vista casi con incomodidad—. Será mejor que me vaya. Aún tengo que redactar un texto para Instagram que hable sobre tu posición en contra del tema de la inteligencia artificial en el mundo del arte.

Yo asiento, aunque me da la sensación de que no es más que una excusa y que está huyendo de mí.

Mi hermana sale de mi habitación de hotel y la acompaño hasta la puerta, pero, antes de cerrarla, oigo el sonido del mecanismo en la habitación de al lado y sé que Aria está a punto de salir. Mis pies se quedan clavados al suelo y mi pecho contiene el aliento cuando la veo arregladísima para su cita. Detrás de ella, Renaud, el estilista de la banda, sale de la habitación, pero apenas lo veo, porque no despego los ojos de la diosa que tengo delante.

El vestido rojo y ajustado, de tirantes finos, hace que pueda apreciar su cuerpo curvilíneo y deja al aire esos brazos torneados y los tatuajes coloridos del izquierdo. Lleva unos zapatos de tacón de aguja y se ha cambiado el pelo de plateado a un color rojo cereza muy intenso que combina genial con el vestido y que cae en suaves ondas que le enmarcan la cara perfecta, los ojos casi verdes y la nariz respingona. Su maquillaje es sencillo excepto en los labios carnosos, que están pintados del mismo rojo pasión de su pelo y su vestido. Está preciosa y tan sexy que siento un pinchazo de celos al saber que ha tenido que pasarse horas arreglándose; hubiera preferido que fuera a su cita en vaqueros; así, por lo menos, podría seguir diciéndome que le da completamente igual.

Ella debe de leerme la mente.

—¿Qué significa el rojo? —pregunto, al tiempo que me acerco a ella y le acaricio un mechón antes de colocárselo con cuidado detrás de la oreja.

Ella se estremece, pero sus ojos se vuelven desafiantes y da un paso atrás como si quisiera espacio. No me engaña, yo sé que es justo lo contrario.

—Significa pasión y sensualidad —responde en tono insinuante, y no hace falta que explique cuándo se tiñe el pelo de ese color, porque es evidente en la energía femenina que derrocha y en la confianza con la que sonríe—. ¿Sigue pareciendo que tengo poco

interés? —pregunta con una ceja alzada que hace que quiera tragarme la lengua o moverla contra la suya, pero intento mantener la compostura.

—No lo sé —respondo, esforzándome por parecer despreocupado —, ¿te has vestido así porque quieres ir guapa a la cita o porque quieres demostrarme que te la tomas en serio?

—Tú no te rindes nunca, ¿no? —Se ríe con acidez, y sus dientes relucen blancos contra el rojo de sus labios.

Quiero morderlos. Quiero probar el sabor de ese pintalabios y comerle la boca hasta que mi cara esté hecha un desastre.

—Cuando vale la pena, no —respondo yo sin pudor, mirándola a los ojos con intensidad, y parece contener el aliento un momento. Me acerco y me inclino hasta que tengo la boca al lado de su oído—. Si esa cita fuera conmigo, no llegaríamos al restaurante; no hubiésemos salido de la habitación —susurro con voz grave y afectada por el deseo que me recorre las venas como fuego ardiente. Tiene la mandíbula ligeramente descolgada, pero enseguida se recompone—. Estás preciosa, Hoyuelos.

—Gracias.

Sus mejillas se tiñen de rojo con vergüenza antes de bajar la vista con una leve sonrisa que me dice que no está acostumbrada a recibir cumplidos.

—Lo digo en serio —insisto, y le cojo la mano con delicadeza para hacer que dé una vuelta sobre sí misma y poder apreciarla desde todos los ángulos. Silbo, impresionado, y ella se ríe, algo incómoda por la atención, pero con los ojos brillantes y una sonrisa dulce—. Absolutamente preciosa.

Sus comisuras se alzan aún más y nos quedamos en silencio. Mira nuestras manos unidas y me doy cuenta de que aún no se la he soltado, así que, a regañadientes, lo hago.

Aria carraspea.

—Debería irme —susurra.

—Podrías quedarte —digo, casi esperanzado.

—No, tengo que irme —pronuncia ella con convicción.

—No hace falta que hagas esto —le recuerdo por enésima vez—. Ambos sabemos que esta cita es más teatro que otra cosa.

—Eres imposible —se queja ella.

Yo suspiro.

—¿Te acompaña Javier? —quiero asegurarme.

—Sí, Mav —responde en tono más dulce.

—Está bien —acepto, y me inclino de nuevo, sin poder evitarlo, para depositar un suave beso en su mejilla, bien maquillada. Su perfume afrutado mezclado con el constante y reconfortante olor de los productos químicos del teñido de su pelo invade mis sentidos y tengo que hacer un esfuerzo enorme para no cogerla de la cintura y hacer exactamente lo que le he dicho a mi hermana—. Vete antes de que te secuestre —pido en tono oscuro y más en serio que en broma.

Sus ojos parecen encenderse con interés, lo que no ayuda a mi autocontrol y retrocedo un par de pasos.

Aria se aleja de mí con gesto indeciso y me muerdo la lengua para no decir nada más. Cuando la pierdo de vista, vuelvo a entrar en mi habitación y miro por la ventana del hotel hasta que me aseguro de que se sube al coche de mi guardaespaldas, quien tiene estrictas órdenes de asegurarse de que llega de una pieza. Doy vueltas por la estancia sin dejar de contemplar la lluvia que cae al otro lado de la ventana, y ni siquiera tocar la guitarra me distrae. Han pasado menos de diez minutos cuando recibo un mensaje en el móvil y casi se me para el corazón al cogerlo, temiendo lo peor, pero no es más que Ava.

17546 Woodward Ave,
Detroit, MI 48203, Estados
Unidos.

El restaurante se llama La
Dolce Vita y está a solo
once minutos en coche.

No deberías ponerle las
cosas tan fáciles, hermano.

Releo los mensajes un par de veces antes de pegar un bote y salir disparado hacia mi maleta para encontrar unos vaqueros medianamente decentes que pueda ponerme con una camiseta de manga corta y mi habitual chaqueta de cuero negra. Roy me mira extrañado cuando salgo a toda pastilla de mi habitación, pero, en cuanto le cuento con rapidez mi plan, se relaja y niega con la cabeza, divertido. Me meto en el coche y hago los ejercicios de respiración que practiqué con Hannah en mis sesiones de terapia mientras me agarro con las dos manos y con fuerza al asa que hay encima de la puerta del vehículo. Por suerte, el viaje dura menos de un cuarto de hora y la llamada de Javier informándome de que Aria ha llegado bien al restaurante y de que él ya está regresando al hotel me distrae durante los pocos minutos que quedan para llegar. En cuanto Roy estaciona delante del restaurante en cuestión, tengo que hacer un esfuerzo por esperar a que venga a abrirme la puerta por mi seguridad y no salir corriendo de este aparato del infierno. Roy me cubre con un paraguas grande para que pueda caminar hacia el restaurante sin mojarme, y mi corazón acelerado mete primera cuando veo a mi chica del pelo de colores a través del cristal sentada en una mesa con el tal Zack delante de ella y tengo que controlarme para no montar una escena cuando veo la mano de él

posarse con descaro encima del muslo tatuado de Ava, a solo un par de minutos de haber empezado la cita. Ella aparta la mano con educación pero con firmeza y, pese a la sonrisa educada que tiene pintada en el rostro, sus hombros parecen tensos, lo que solo hace que me alegre de haberle hecho caso a mi hermana. No pierdo a mi chica de vista en ningún momento desde que la localizo hasta que entro por la puerta del local, y me alegra ver que la mesa de al lado está vacía, aunque no hubiera sido un problema pagar a quien la estuviera ocupando para que la desalojara.

El suave murmullo del restaurante cobra volumen en cuanto los presentes empiezan a reconocerme y a sacar sus móviles, y los ojos de Aria se entrecierran con rabia al cruzarse con los míos a través de la sala, aunque también me parece ver una pizca de alivio en ellos. Con esfuerzo, aparto la vista de la chica que me vuelve del derecho y del revés y del chaval que está intentando meterle mano una vez más, pese a que ella sigue apartándolo sin miramientos. Mis ojos se dirigen al camarero que parece a punto de desmayarse de la impresión al verme en ese establecimiento. Aunque no es ningún bar de mala muerte, tampoco es un restaurante con estrellas Michelin como los que suelo frecuentar, y nadie esperaría encontrar a Maverick Sutton en un sitio tan... normal.

—Quiero esa mesa de allí, por favor —digo, señalando la pequeña mesa para dos situada al lado de Aria y su cita.

—Se-señor Sutton, Dios mío, soy un gran fan suyo —exhala el camarero, nervioso, y yo le sonrío con gratitud, pese a lo tenso que estoy por sentarme de una vez. Me quedo en silencio hasta que recuerda lo que le he pedido—. Eh... Sí, claro... Tenemos mesas más espaciosas en la zona interior. O podemos hacerle un hueco en la terraza, si lo desea.

—No, quiero esa de allí —repito yo, al tiempo que señalo la mesa procurando ser discreto.

Aria me está clavando cuchillos con la mirada y, aun con lo obvia que está siendo, su acompañante no se da cuenta de que hace rato que no lo escucha.

—Eh... Claro, por supuesto. Sígame —dice el camarero, aún descolocado, pero yo asiento, encantado, y camino con una sonrisa satisfecha por el local, ignorando las cámaras y sin apartar los ojos de Aria—. Aquí tiene la carta, señor Sutton —añade cuando llegamos.

—Gracias —le digo con educación al sentarme.

Las dos mesas están tan cerca que es casi como si estuviera en una mesa grande con la parejita. Me acomodo en la silla y me giro hacia Aria para sonreírle con tranquilidad. Ella me fulmina con la mirada. Zack habla durante un momento hasta que por fin se da cuenta de que su cita lo está ignorando. Sus ojos me repasan primero con irritación y luego casi se cae de la silla cuando me reconoce.

—¡Joder! Pero si eres Maverick Sutton —exclama, alucinado. Yo le dedico una sonrisa forzada, aunque mi ego masculino disfruta del hecho de que parezca reconocerme y admirarme—. ¿Qué haces aquí, tío? ¡Qué coincidencia!

—Una gran coincidencia —miento sin perder la sonrisa arrogante —. He venido a probar las gambas. ¡Me han dicho que están para chuparse los dedos!

Zack abre la boca para responderme, pero Aria se le adelanta.

—¿Qué demonios haces aquí? —me gruñe furiosa, y el chaval parece confundido.

No podría estar divirtiéndome más y me alegro infinitamente de haber escuchado a mi hermana.

—Espera... ¿Os conocéis? —pregunta Zack, mirando a Aria con nuevos ojos, como si el hecho de que tenga amigos famosos la hiciera especial de repente. Mi sonrisa desaparece y tengo ganas de pegarle un puñetazo en plena cara.

—Yo... Es complicado —le responde a Zack antes de volver a girarse hacia mí—. Lárgate de aquí —gruñe—. ¿Cómo te atreves a interrumpir mi cita? Esto es ir demasiado lejos, incluso para ti.

—No sé de qué me hablas —le digo en fingido tono despreocupado y luego sonrío—. Yo solo vengo a comer gambas.

—¡Argh! —masculla ella, y se pasa una mano por la melena roja, despeinándola hasta que le queda el pelo revuelto, como si acabara de salir de la cama. Se me hace la boca agua.

—Por favor, no dejéis que mi presencia os interrumpa —suelto divertido, haciendo un gesto con la mano—. Seguid con vuestra cita. Haced como si yo no estuviera. Creo que Zack te estaba hablando de su récord en el campo de golf. Me parece apasionante. ¿Te gusta el golf, Aria?

El chico parece extrañado un segundo, pero luego sonríe.

—¿Mav Sutton conoce mi nombre? ¡Oh, tío, mis colegas no se lo van a creer cuando se lo cuente! —comenta emocionado, casi dando saltos en la silla, y yo tengo que hacer un esfuerzo para no poner los ojos en blanco.

—Bueno, al menos no te ha comprado un Happy Meal —le digo a Aria en voz baja, y ella explota.

—¡Eres increíble! —Me pega un manotazo sorprendentemente fuerte en el brazo—. Lárgate, Maverick. Dios, te odio.

—Sigue diciéndote esto —replico con los ojos entrecerrados—. Admite que te gusto y me iré.

—¡Jamás! —exclama ella con fuego en la mirada, y no puedo evitar que me recorra un escalofrío de placer al verla tan alterada.

Hay algo excitante en hacer que mi chica responsable pierda los papeles en público de esa forma, y mi boca se curva en una sonrisa satisfecha—. No me gustas —miente con descaro.

—Entonces disfrutaré de unas buenas gambas —respondo mientras cojo la carta de nuevo—. ¿Mejor al ajillo o con salsa de ostra?

Ella suelta otro gruñido exasperado, pero yo la ignoro.

—Si no te vas tú, nos vamos nosotros —sentencia Aria furiosa.

—Por fin, nena —suelta Zack—. No aguanto las ganas de ir a casa contigo. No soporto cuando piden una cita antes del polvo.

Mi cabeza se gira de golpe hacia él y agarro la carta con fuerza para no hacerle comerse la mesa.

—No la llames «nena» —gruño sin poder evitarlo, y, por la expresión de alarma que veo en su rostro, por una vez Aria parece de acuerdo conmigo.

—¿Qué te hace pensar que me voy a ir a casa contigo? —pregunta, irritada, y Zack se limita a sonreír en lo que, supongo, pretende ser un gesto seductor.

Su mano vuelve a subir por el muslo de Aria y yo cierro tan fuerte el puño que arrugo la carta plastificada, pero ella lo aparta con dureza, ya ni siquiera preocupada por ser educada después de tantos avisos.

—No hace falta que sigas haciéndote la dura, nen..., Aria —se corrige cuando ve que mi culo se levanta un palmo de la silla antes de volver a sentarme—. Sé lo que quieren las chicas de esta aplicación.

Aria pone cara de asco y yo debo de hacer lo mismo, porque no me puedo creer lo que estoy oyendo. Ni moviéndome en círculos de famosos he oído nunca a alguien hablar con tanta prepotencia. Una sonrisa se forma en mi rostro al imaginar lo que le dirá mi chica del

pelo de colores en cuanto recobre el habla y me apoyo con tranquilidad contra el respaldo de mi silla para disfrutar del espectáculo.

—Tinder es una aplicación de citas, no el número de un prostíbulo —le recuerda Aria, furiosa—. Y eres repugnante. No me iría contigo a casa ni aunque fueras el último hombre sobre la faz de la tierra —añade en un tono definitivo antes de levantarse de la silla—. Me largo. Diría que ha sido un placer, pero sería mentir. Y, si me permites un consejo, deja de dar por sentado que eres irresistible y de dar la vara sobre tus proezas en el golf, ¡no le interesan a nadie!

Suelto una carcajada que ni siquiera me esfuerzo en disimular y me levanto para acompañar a Aria al hotel, pero la risa se me pasa de golpe cuando el imbécil de Zack la agarra del brazo con violencia antes de que pueda alejarse. Un *flash* de miedo pasa por los ojos de Aria, quien, por mal genio que tenga, sigue siendo una mujer menuda, y mi boca se mueve antes que mi cerebro.

—Quítale las manos de encima —gruño en voz baja, y no sé qué cara debo de tener, pero él obedece al instante y alza las manos en señal de inocencia—. Vámonos de aquí —le digo a Aria sin quitar ojo al imbécil que se ha atrevido a tocarla.

Sin pensarlo, le ofrezco la mano y disfruto inmensamente de la rapidez y la confianza con la que ella la toma después de coger su pequeño bolso de mano. Caminamos así por el restaurante y, por un momento, me da igual si alguien nos hace una foto y la prensa lo saca de contexto. Solo puedo pensar en la mirada de alivio que me lanza mi chica del pelo de colores y la forma en la que su pequeño cuerpo se pega al mío buscando refugio durante todo el trayecto a casa.



CAPÍTULO 19

FORD FIELD STADIUM,
Detroit,
MICHIGAN

Aria

Maverick no me suelta la mano ni cuando atravesamos la recepción del MotorCity Casino Hotel de Detroit, en el que estamos alojados. Sé que solo estoy estropeando todo lo que he conseguido con esta farsa de cita, pero no puedo evitar que mi cuerpo se relaje cuando estoy cerca de él. Es más que evidente que ir a esa cita ha sido un error, y que mi parte favorita de ella —pese a que no pienso admitirlo en la vida— ha sido ver al pelinegro entrar en el restaurante y sentarse en la mesa de al lado. Aunque, si soy sincera conmigo misma, todas mis partes favoritas de esta noche han estado centradas en él. Su insistencia —que me parece tan arrogante como adorable—, sus celos, su manera sexy de sonreír, la seguridad que lo rodea, la forma en la que mi cuerpo se ha relajado al verlo entrar por la puerta y el modo en el que me ha repasado al verme con el vestido rojo. Soy consciente de que, objetivamente, no soy la chica más bonita del mundo y que no puedo compararme con

las modelos y las cantantes con las que ha salido, pero, con él comiéndome con los ojos como si fuera a saltarme encima de un momento a otro, por unos minutos, me he sentido como si lo fuera.

El deseo era inconfundible en sus ojos, y un escalofrío me ha recorrido entera cuando he visto cómo se le han encendido y la forma en la que sus manos no han podido dejar de acariciar mi piel con pequeños toques inocentes. Siempre han valorado mi fiabilidad y mi inteligencia, pero nunca, con ninguna de mis parejas, he sentido que se iban a morir si no me besaban en ese mismo instante. Y eso me ha hecho sentir bien. Demasiado bien. No he podido quitarme esa mirada de la cabeza en toda la noche, y tampoco ha ayudado que mi supuesta cita, Zack, fuera un prepotente y un pulpo que no sabía tener las manos quietas. Sinceramente, si no fuera porque odio perder una discusión, me habría largado a los cinco minutos, pero he decidido aguantar, por el bien de mi misión: Mav no puede saber, bajo ningún concepto, lo mucho que me gustaría estar con él.

Todavía no he conseguido ninguna prueba que me ayude a demostrar que no fue Owen quien compuso «Jaque mate», y nuestra historia es demasiado turbia para empezar nada similar a una relación, aunque, en realidad, Mav es, con creces, el hombre más atractivo y cariñoso que he conocido en mi vida. Durante toda la cita, mi cuerpo ha estado pendiente de su presencia, y aunque he intentado enfadarme con él por tener la osadía de interrumpir mi cita, la verdad es que no podría gustarme más que no se dé por vencido. Sé que, seguramente, solo es un famoso que no está acostumbrado al rechazo y que soy poco más que un juego para él, pero me hace sentir deseable, algo a lo que, sin duda, no estoy acostumbrada.

—No pienso agradecerte que hayas venido —le advierto en fingido tono de reproche cuando subimos al ascensor.

Las puertas se cierran y la atracción que siento por él es tan grande que decido apartar mi mano de la suya antes de que termine cometiendo una locura, pero él se limita a sonreír con confianza.

—No esperaba que lo hicieras. —Se ríe, despreocupado.

Caminamos en silencio hasta llegar delante de nuestras habitaciones, que, como siempre, están una al lado de la otra. Mav se para delante de mi puerta y exhala, serio de pronto. Siento una punzada de culpa, una vez más, por haber complicado las cosas de esta manera. Esto no tendría que haber pasado nunca, pero, sinceramente, en mi plan no entraba alguien como él: ni su amabilidad, ni su cercanía, ni su vulnerabilidad.

—Siento haberte estropeado la noche —dice en voz baja—. Sé que ha estado fuera de lugar.

Yo dudo sobre si decirle la verdad o seguir con mi fachada de enfado. Al final, no puedo evitar ser sincera cuando veo que se mete las manos en los bolsillos y agacha la cabeza.

—Mav..., sé que esta situación es frustrante, pero tú y yo no podemos... No puede ser —digo una vez más. Hay tantas cosas de mí que él no sabe: que su mejor amigo me la jugó, que entré en su vida con intención de buscar venganza, que todavía quiero el reconocimiento que me merezco... y que me vuelve loca—. Créeme, es mejor así.

—¿Por qué? —pregunta, al tiempo que se acerca de nuevo a mí hasta que me tiene casi pegada a la puerta de mi habitación. Su mirada es tan intensa que es como fuego sobre mi piel cuando me repasa—. Sé que mi fama y el *tour* son solo excusas. Dime la verdadera razón.

—No puedo. No estás preparado para oírla. No me creerías —respondo con demasiada franqueza, y sé que estoy peligrosamente cerca de confesárselo todo y no puedo. Todavía no puedo. No sin esas malditas pruebas.

—¿Cómo sabes que no? —pregunta, casi herido, y sé que, si no fuera por un tema tan delicado, nunca dudaría de mi palabra. Puedo ver en sus ojos que, si no estuviera relacionado con su mejor amigo, al que tiene en un absoluto pedestal, y fuera cualquier otra cosa, me creería—. Puedes contarme lo que sea. Lo que sea —insiste, y reconozco su sinceridad.

Por un momento dudo, pero entonces recuerdo lo tensas que fueron nuestras primeras interacciones y el odio en su mirada, y sé que Owen es un tema en el que no es él mismo, es un tema en el que pierde completamente el norte, y no me quiero arriesgar a que me vuelva a mirar de esa manera. Eso me mataría.

—Todavía no —le digo en voz baja, y el dolor en su rostro es tan real que no puedo evitar alzar la mano y acariciarle la mejilla.

Cierra los ojos y apoya su cara contra la palma de mi mano casi con ternura, y se me parte el corazón. Deseo tanto decirle lo que llevo meses callando, lo que me tiene el pecho partido en dos, pero no puedo hacerlo. Podría perder todo lo que he conseguido si no lo hago bien. Es una situación muy delicada.

—Puedes confiar en mí —susurra cuando abre los ojos, y yo parpadeo para que los míos no se empañen.

—Lo sé —susurro también—, pero aún es muy pronto.

—Sea lo que sea, estoy aquí —responde él, y me coge la mano, que aún está en su mejilla, para darle un suave beso en medio de la palma—. Sabes que te ayudaré.

—No puedes, Mav —le digo con dulzura. Sé que lo haría. Con cualquier otra cosa, lo haría—. Con esto, no.

Maverick abre la boca para llevarme la contraria, pero entonces me suena el móvil y aprovecho la excusa para salir de esta conversación que me está tirando de la lengua antes de que termine contándole la verdad. Saco el teléfono del pequeño bolso de mano que llevo, miro la pantalla y frunzo el ceño cuando veo que es Addie.

—Es mi hermana —digo en voz baja, de repente preocupada. Mi instinto me dice que no me llama a las ocho de la noche para contarme qué tal le ha ido el día—. Algo va mal.

—Cógelo —responde él, y no se separa ni un milímetro de mi lado.

Yo asiento y le hago caso.

—¿Addie? —pregunto, con el corazón a mil.

Mis temores se confirman cuando oigo el llanto de mi hermana al otro lado de la línea.

—Tata, ¡tienes que ayudarme! —solloza Addie, y sé que la cosa es grave porque raras veces me llama de esa forma: cuando se pone cariñosa o cuando necesita algo—. Me han detenido. Estoy en Milan.

—¿¡Milán!? ¿Qué haces en Italia? —Mi voz sube de volumen a causa del miedo al oír las palabras de mi hermana y su llanto a través del teléfono.

Levanto los ojos hacia Mav, que parece igual de alarmado que yo. Su brazo envuelve mi cintura y apoyo la mano que tengo libre en su pecho, buscando su calidez.

—Míchigan —responde ella, sin parar de llorar—. Milan, Míchigan.

—Está bien —digo algo más tranquila—. Estás cerca. —Milan está solo a cuarenta y cinco minutos de Detroit—. ¿Y qué significa que te han detenido? ¿Por qué?

—Por posesión —responde, y otro sollozo le rompe la voz.

—¡¿Posesión?! ¡Addie! —grito yo, alucinada.

Nunca en mi vida he visto a mi hermana fumarse un cigarrillo, y mucho menos sustancias. ¿Posesión de drogas? Jamás.

—Ha sido un malentendido. Estoy investigando un caso, pero... —Su voz se entrecorta—. Tengo miedo, Aria. Dicen que puedo ir a la cárcel. ¡Yo no he hecho nada!

Parpadeo rápido para no romper a llorar. Intento mantener la calma.

—Está bien. No te preocupes, cielo. Tranquilízate, todo se arreglará. Salgo ahora mismo para allá. Dime la dirección exacta.

—La he jodido, hasta el fondo —solloza Addie—. Aria, quiero irme a casa. Este sitio es áspero y huele a verde musgo, es asqueroso.

El corazón se me acelera al oír sus palabras, pues su sinestesia se intensifica cuando está alterada.

—Addie, la dirección —ordeno, asustada. El brazo de Maverick me pega más a él y ese gesto me da la confianza para seguir hablando —. Ahora mismo te voy a buscar. Solo dime dónde estás, cariño.

—Es la comisaría de Milan, en el pasaje Neckel, 35 —contesta ella, algo más calmada al oír la falsa seguridad de mi voz—. Me indican que tengo que colgar. Solo me han dado una llamada —gimotea, de nuevo nerviosa.

—Está bien. Todo se arreglará —le aseguro en el mismo tono tranquilo, aunque estoy temblando de pies a cabeza—. Ahora mismo te voy a buscar. No te preocupes por nada. Haz caso de lo que te digan. Ya voy, Addie.

—Ven rápido, tata —susurra, y la oigo sorberse los mocos—. Te quiero.

—Yo también te... —se corta la llamada— quiero —susurro, y tardo un par de segundos en reaccionar, pero cuando lo hago todos los nervios me pasan factura de golpe—. No, no, no... Dios mío, oh, Dios mío. —Las lágrimas se me acumulan en los ojos y veo una expresión decidida y borrosa en el rostro de Maverick, que me sujeta la cara con las dos manos—. Han detenido a mi hermana por

posesión. ¡Ella no toma drogas! No puedo sacarla de allí, oh, Dios mío. Tendrá que ir a juicio. ¡Podría ir a prisión! —El aire no me entra por la garganta y, aunque intento respirar, siento que me ahogo.

—Eh, mírame, Hoyuelos, mírame. —La voz seria de Maverick y sus manos callosas en mis mejillas me ayudan a centrarme—. Respira conmigo. Poco a poco. Respiraciones cortas. Así, muy bien. —Intento imitar sus gestos y consigo que un poco de aire me entre en los pulmones—. Lo primero es ir a buscarla, ¿de acuerdo? Estará más tranquila cuando te vea y te cuente los detalles de lo que ha sucedido, ¿vale? —Sus palabras me tranquilizan y el temblor de mi cuerpo disminuye poco a poco, así que asiento, con lágrimas en los ojos—. Ven aquí —me ordena con cariño, al tiempo que tira de mi cara suavemente para llevarme hacia su pecho.

Un llanto escapa de mí en cuanto me veo envuelta por él y la sensación de seguridad me cubre pese a toda la incertidumbre. Mis músculos se relajan y no puedo creer que hace solo media hora estuviera discutiendo con él por interrumpir mi cita, algo que ahora mismo ya no parece importante.

—Tengo que irme —susurro, secándome las lágrimas de la cara y apartándome de su pecho calentito. Sus brazos son un lugar seguro en el que quiero quedarme para siempre, pero eso no ayudará a mi hermana—. Addie no tiene tiempo que perder.

—Está bien —dice él en el mismo tono decidido—. Cámbiate, yo iré a buscar a Roy para que traiga el coche.

Estoy tan centrada en la imagen de Addie muerta de miedo tras unos barrotes de metal que asiento sin rechistar y no me paro a cuestionar sus palabras. Me cambio de ropa en dos minutos, casi como una zombi, y me pongo unos vaqueros y una sudadera de los Trailer Trash que es suave y compré en uno de los puestos de *merchandising* del concierto de Chicago. En realidad, no tengo frío,

pero la suave tela me reconforta y es como si Maverick me estuviera abrazando contra él. Cuando estoy lista, bajo a la recepción del hotel y me planteo llamar a mis padres, pero prefiero no preocuparlos antes de tiempo y gestionar yo misma la emergencia, como hago siempre. Excepto que, por una vez, no tengo que hacerlo sola, porque, cuando llego a la salida, Maverick me está esperando con su guardaespaldas en uno de los SUV del grupo.

—¿Qué haces? —pregunto anonadada cuando veo que se sube al coche conmigo.

—Ir contigo —responde él como si fuera lo más evidente, pero su cuerpo se tensa como la cuerda de una guitarra en cuanto su culo toca el asiento de cuero del vehículo.

Recuerdo en ese momento su fobia y el corazón se me encoge de culpa.

—Mav, no hace falta que vengas. Estoy bien —miento.

—Voy a ir —insiste él—. Arranca, Roy. —El SUV se pone en marcha —. El helicóptero está sin gasolina e íbamos a tardar más encontrando un sitio lo bastante espacioso para aterrizar —explica—. ¿Puedes acelerar? —le pide a su guardaespaldas, pero se agarra al asa que hay encima de la puerta hasta que tiene los nudillos blancos. Con la otra mano se saca el móvil del bolsillo y teclea con expresión angustiada.

—Maverick... —empiezo a hablar yo de nuevo, emocionada e increíblemente halagada de que decida pasar ese mal trago por mí —. Es casi una hora de viaje. Nunca pasas más de quince minutos en un coche. No hace falta que...

—Aria. —Se gira hacia mí con seriedad. Deposita el móvil en el asiento y me acaricia el rostro—. No voy a dejarte sola, ¿de acuerdo? Estás acostumbrada a arreglar los problemas del resto por ti misma y no te pido que dejes de intentarlo, pero déjame que esté

a tu lado por una vez. Déjame que te ayude. —Trago saliva, emocionada, y asiento despacio—. ¿Prometes que dejarás de rechistar y que me permitirás ayudar a tu hermana en lo que pueda? —No me creo que quiera hacerlo a pesar de que llevo semanas rechazándolo. La realidad es que no lo merezco, y Maverick no haría todo esto si supiera la verdad sobre mis intenciones al empezar esta gira. Siento una punzada de culpa y me recorre la necesidad de confesar, de contárselo todo, pero le suena el móvil y lo coge sin apartar sus ojos de los míos—. ¿Sí? —responde—. Hola, Patrick, gracias por llamar. —Frunzo el ceño extrañada y él articula la palabra «abogado» moviendo los labios sin hacer ningún sonido—. Sí, estamos yendo para allá. —Continúa hablando con el hombre—. No, no conozco los detalles aún. —Hace una pausa y el abogado responde, aunque no entiendo lo que dice—. Está bien, te veo allí. Gracias.

—¿Qué era eso? —pregunto con el corazón en un puño cuando cuelga.

—Patrick E. Pearson. Es uno de los mejores abogados de Nueva York —explica él sin pestañear, y me quedo boquiabierta—. Se reunirá con nosotros en Milan.

—Yo-yo... Mav... —tartamudeo como una idiota, pero no consigo poner mis palabras de incredulidad y gratitud en orden—. No tienes por qué... Yo...

—Hoyuelos, basta —me corta él, y una vez más me acaricia el rostro con la palma de la mano—. Sé que piensas que solo soy un cantante caprichoso, pero ya te lo dije: me gustas. Me importas. Me importas tú y me importa tu familia. Patrick es uno de los abogados del grupo. Vendrá con el helicóptero, yo me encargaré de sus honorarios y tú vas a dejar que lo haga, por el bien de tu hermana y porque lo has prometido.

Se me llenan los ojos de lágrimas e incluso yo me doy cuenta de que la situación me sobrepasa. Ni siquiera se me había ocurrido que mi hermana podría necesitar representación legal y que yo sola no iba a poder sacarla de allí. Trago saliva y parpadeo rápido para controlar la humedad en mis ojos. Estoy acostumbrada a ser la llamada de emergencia y ocuparme de las cosas, pero, para variar, tengo a alguien en quien apoyarme y eso me desconcierta más de lo que quiero admitir. Él parece leerme como un libro abierto.

—Estoy contigo, Aria. Si tienes que desmoronarte, hazlo. No me iré a ningún lado.

Por segunda vez, dejo que las lágrimas caigan por mi rostro y no oculto mi terror mientras apoyo la cabeza en el hombro de una persona que no esperaba que terminara siendo tan importante en mi vida. Maverick defiende el fuerte para que yo pueda ser débil y me envuelve mientras lloro contra su hombro.

—Tengo miedo —admito en voz baja—. Mi hermana podría ir a la cárcel.

—Pagaremos la fianza para sacarla de allí hoy mismo —declara él, y sé que, sea la cantidad que sea, me ayudará a pagarla para que Addie esté libre hasta el juicio—. Y es la primera vez que comete un delito, ¿verdad? El juez no será muy duro con ella.

—Si el juez dictamina que es culpable, puede acabar con antecedentes penales y en el mejor de los casos perdería su trabajo —susurro, asustada.

—Nos ocuparemos de eso después —pronuncia él con seguridad mientras su brazo me pega más a su cuerpo para abrazarme con fuerza—. Vamos a ir paso a paso, ¿de acuerdo? Lo primero es sacar a Adele de allí y asegurarnos de que está bien.

Yo asiento, mucho más tranquila, y me seco las lágrimas con las manos, sin apartarme de él. Me quedo apoyada en su hombro

durante el resto del trayecto y le acaricio la rodilla cuando su pierna empieza a subir y a bajar con nerviosismo, y recuerdo el estado mental de estrés que está aguantando solo por estar metido en ese coche conmigo. Cuando el SUV frena delante de la comisaría, veo la mirada de puro alivio atravesar su rostro y sé que en este momento podría ponerse a besar el suelo.

—Mav, gracias —le digo con sinceridad, y él solo exhala, relaja los músculos de los hombros y deposita un suave beso en mi mejilla antes de salir del vehículo y sostenerme la puerta.

Yo salgo detrás de él y Roy nos hace de sombra y no se aparta de nosotros ni un segundo mientras nos dirigimos a la puerta de la comisaría. El corazón me late con fuerza y mi mano busca inconscientemente la de Mav antes de entrar. Cuando siento que sus dedos se entrelazan con los míos, su fuerza me arropa y cojo aire para hacer lo que tengo que hacer. Un policía en recepción nos observa con confusión al vernos.

—¿Puedo ayudarles, señores? —pregunta, y su mirada pasa por el rostro de Maverick varias veces, como si estuviera intentando averiguar de qué le suena.

—Han detenido a Adele Simmons —le explico con el corazón desbocado— y quisiera verla.

El agente resopla y teclea algo en su ordenador.

—Lo siento, bonita, pero eso no será posible —contesta antes de volverse hacia el ordenador con desinterés.

—¿Qué? —pregunto, agobiada—. ¡Por favor! Es mi hermana. Solo quiero verla, hablar con ella y...

—Oiga, soy el policía que ha hecho el arresto y le recuerdo que esto no es el patio del colegio, señorita. Su hermana ha sido detenida con casi cincuenta gramos de cocaína en el bolso —gruñe

el agente, irritado—. Y ha tenido suerte, porque un par de gramos más y ya no son cinco años en prisión, sino veinte.

Doy un paso hacia atrás, aterrada por las palabras del hombre, y todo el aire deja mi cuerpo de golpe. Maverick se pega a mi espalda y su mano en mi cintura me tranquiliza.

—Adele tiene derecho a ver a un abogado —pronuncia el cantante en tono serio.

—¿Eres abogado? —farfulla el policía entre dientes.

—No —admite Mav—, pero está a punto de llegar.

—Está bien —dice el policía—. Entonces pueden esperar en la sala hasta que llegue y solo él podrá hablar con la detenida. Lo que ha hecho no es moco de pavo y está siendo investigada. Cincuenta gramos de cocaína no se encuentran en cualquier lado, eso es posesión con intención de traficar.

—Mi hermana no es una camello, es periodista —la defiendo—. Todo esto es un malentendido.

—Para eso estamos aquí, para investigar —replica él—, pero no puedo dejarles pasar.

Exhalo, asustada, y los ojos se me llenan de lágrimas una vez más al pensar en mi hermana asustada a solo unos metros de mí y encerrada entre rejas. Maverick me pasa un brazo por los hombros y me dirige a la sala que ha indicado el agente.

—Gracias por su amabilidad —gruñe el cantante de forma irónica antes de alejarnos del hombre.

Se sienta en una de las sillas de plástico y yo me quedo de pie, temblando, hasta que él me agarra de las caderas y me sienta encima de sus muslos. Sus brazos me envuelven y yo escondo la cara en su cuello, sintiéndome frágil como una muñeca de porcelana.

—Todo irá bien, Hoyuelos —susurra Mav en mi pelo rojo mientras me acaricia la espalda—. Patrick llegará en cuestión de minutos —promete, y yo asiento sin dejar de abrazarlo por el cuello—. Me encanta tu sudadera, por cierto —bromea, intentando aligerar el ambiente. Me separo para mirarlo y una pequeña sonrisa se forma en mi rostro—. Si no vas con cuidado, te vas a convertir en una fan de los Trailer Trash.

—Tendré que ir con cuidado, entonces —susurro, y mi sonrisa se amplía sin poder evitarlo—. Tu ego no podría soportarlo.

—Esa es mi chica —dice Mav con cariño, acariciando mi rostro con ternura y con los ojos fijos en los míos.

Un escalofrío me recorre al oír sus palabras y en ese momento sé que podría besarlo, quiero hacerlo —de hecho, siento que me moriré si no lo hago—, y él parece leerme la mente, porque sus ojos bajan de mis ojos a mis labios y vuelven a subir, y puedo leer el mismo sentimiento en ellos.

Por suerte —o por desgracia—, un sonido que ambos conocemos perfectamente rompe el silencio y me levanto corriendo de su regazo. El policía de la entrada y algunos otros que pasaban por allí miran por la ventana alarmados, con una mano en la pistola, intentando entender qué es lo que provoca ese alboroto, pues no esperaban encontrarse un helicóptero aterrizando en el parking de su comisaría. El primero me lanza una ojeada de confusión y desconfianza, como si quisiera preguntarme quién soy, pero yo lo ignoro y voy directa a abrir la puerta para acoger al hombre trajeado que camina hacia nosotros con rostro serio. Cuando llegamos, Mav lo saluda con un apretón de manos y yo hago lo mismo, agradeciendo su presencia en este pueblo perdido de la mano de Dios a las diez de la noche. El abogado nos responde con profesionalidad y enseguida se presenta al policía, que lo guía hacia

donde está Addie. Estoy muy tentada de seguirlos, pero Mav me agarra de la cintura y me lanza una mirada de advertencia que me hace suspirar, pues sé que tiene razón y no quiero empeorar la situación. Ambos volvemos a la sala donde estábamos y nos sentamos cada uno en una silla de plástico, sin hacer referencia al íntimo momento que hemos compartido unos minutos antes, y esperamos en silencio, cogidos de la mano. El tiempo se me hace eterno, pero, finalmente, el abogado vuelve para hablar con nosotros y me levanto de golpe, con un nudo en el estómago.

—¿Qué ha dicho? —pregunto, angustiada.

—Mi clienta me ha explicado que lleva un par de meses investigando a una banda criminal que tiene su sede a pocos metros de donde la han detenido, para escribir un reportaje. Resulta que había conseguido infiltrarse y ganarse la confianza de la hermana de uno de ellos, a la que había convencido para que accediera a hacer una declaración oficial para dicho reportaje, siempre y cuando mantuviera el anonimato. Pero las cosas se han torcido hoy porque la chica la ha llamado asustada y le ha dicho que estaba en peligro y necesitaba su ayuda. Adele, que no es idiota, ha llamado a la policía local para pedir refuerzos antes de presentarse allí. Los miembros de la banda se han alarmado al oír las sirenas y le han metido la droga en el bolso sin que ella se diera cuenta antes de salir por patas. Tu hermana ha intentado explicarle la situación a la policía, pero esta, lógicamente, tiene que investigarlo —explica Patrick, y yo asiento para que siga hablando, angustiada al oír la historia completa—. Adele llevaba cuarenta y siete gramos en el bolso. Cuarenta y nueve gramos o menos suponen hasta cuatro años de prisión y/o hasta veinticinco mil dólares de multa.

—La multa no es un problema —interviene Maverick, muy serio—. ¿Puedes sacarla de este lío?

—Ahora mismo llamaré al fiscal —responde el abogado—. Una periodista sin antecedentes no les interesa, pero, con todo lo que sabe sobre esa banda, la fiscalía podría acceder a un trato: información a cambio de retirar los cargos contra ella.

—Eso sería genial, muchísimas gracias —exhalo, aliviada, y Patrick asiente y se saca el móvil del bolsillo sin perder tiempo. Cuando se ha largado, me giro hacia Maverick—. Gracias por todo, Mav. Te devolveré el dinero.

—Olvídalo —dice él sin dar pie a lo contrario, y yo me cruzo de brazos—. No pienso aceptar tu dinero. Veinticinco mil no es nada para mí y te consta. Deja que yo me encargue de la multa. —Abro la boca para rechistar, pero la cierro cuando él me lanza una mirada—. Aria, tú harías lo mismo por mí si la situación fuera a la inversa y lo sabes. No estoy intentando ser el hombre que lanza billetes para comprar tu afecto, solo soy un amigo que le echa un cable a una amiga.

—¿Eso es lo que somos? ¿Amigos? —pregunto sin poder evitar hacer una mueca al oír esas palabras.

Él me mira sorprendido y da un paso adelante hasta que estamos pegados. Su pulgar me acaricia la mejilla con ternura durante un segundo antes de responder.

—Ya sabes lo que opino yo. Nada ha cambiado —asegura, y el corazón se me acelera con esas cortas frases y las emociones que refleja su rostro.

De nuevo, siento la necesidad de besarlo, pero sé que mis emociones están a flor de piel y que solo lo complicaré todo.

—Hay cosas que tengo que hacer antes —susurro, y aunque le estoy dejando claro por primera vez que no me opondría a estar con él, sé que todavía no puede ser. Primero las pruebas, luego veremos si acepta la verdad; si me acepta a mí.

—Esperaré —susurra él, pasándome el pulgar de nuevo por el rostro, con lo que me estremezco.

Me pongo de puntillas y deposito un suave beso en su mejilla, tan abajo que es casi en su mandíbula, y esta vez es Mav quien tiembla bajo mis manos. Me aparto de él justo a tiempo de ver al abogado volver con una expresión satisfecha y mi pecho se llena de esperanza.

—Buenas noticias —anuncia Patrick—. El fiscal ha aceptado hacer un trato y retirar los cargos por posesión. Ahora mismo está de camino hacia aquí para ponerlo por escrito, firmarlo y tomarle una primera declaración a Adele. Más adelante recogerán toda la información que tiene sobre la banda.

Me tapo la cara con las manos para que el abogado no me vea llorar y me escondo en el pecho de Maverick, que me abraza y me acaricia el pelo con cariño.

—Muchas gracias, Patrick —dice él por mí.

—Ya he hablado con los policías y se lo he contado todo —continúa el abogado—. Puedes ir a ver a tu hermana, pero no la soltarán hasta que el trato esté firmado por el fiscal.

Yo me aparto del cantante, secándome las lágrimas, y asiento.

—Muchas gracias —repito, y no pierdo ni un segundo en dirigirme al sitio en el que tienen a mi hermana.

Maverick estrecha la mano del abogado y me sigue de cerca, pero yo corro hacia la celda.

—¡Addie! —grito al verla abrazándose en un gesto de autoprotección al otro lado de los barrotes.

Su mirada se ilumina en cuanto oye mi voz y todo su cuerpo se destensa de golpe. Se le llenan los ojos de lágrimas y se lanza contra los barrotes para pasar los brazos entre ellos.

—¡Aria! —exclama, entre sollozos, y yo corro a abrazarla, ignorando la incomodidad del metal que se me clava en la piel y apoyando la cara en el frío barrote para estar más cerca de ella—. Gracias por venir, tata.

—¿Cómo no iba a hacerlo? Ya te he dicho que vendría, tonta —susurro con los ojos llenos de lágrimas. Le acaricio el pelo rubio como puedo—. Hace dos horas que estoy aquí, pero no me dejaban verte... Bueno, ahora ya está. Está todo solucionado, Addie. Vas a salir de aquí enseguida. Tu abogado ha hecho un trato con el fiscal y van a retirar todos los cargos —le explico emocionada por la noticia.

Ella solloza de alivio.

—Sabía que lo arreglarías —llora Addie—. Tú siempre lo arreglas todo.

Sus palabras me conmueven y tengo que parpadear para no volver a romperme.

—Esta vez he tenido ayuda —susurro, agradecida, y me giro hacia Maverick, que observa la escena en silencio con una sonrisa tierna en los labios, si bien sus ojos son tristes y sé que está pensando en Owen. Retrocedo un paso, soltando a Addie, y le doy la mano al cantante y tiro de él para que se acerque. La mandíbula de mi hermana se desencaja al verlo—. Addie, te presento a Maverick. Mav, ella es mi hermana, Adele.

—Adele, es un placer. He oído muchas cosas buenas de ti —dice Mav con una sonrisa, tendiéndole la mano a través del metal, pero mi hermana suelta un chillido y lo atrapa entre sus brazos.

—¡Maverick Sutton! ¡Soy una gran fan tuya! —chilla emocionada, y Mav solo ríe con elegancia y le devuelve el abrazo como puede.

—Addie, ¡por Dios! —la riño, aunque no puedo evitar sonreír ante la escena.

—Llámame Mav, por favor —le pide él cuando se separan.

—Tú puedes llamarme Addie —contesta en el mismo tono solemne —. Gracias por venir con Aria y hacerle compañía.

Se vuelve hacia mí con expresión cariñosa y yo le sonrío con dulzura.

—Ha hecho mucho más que hacerme compañía —le explico con voz suave, y me vuelvo hacia el hombre que me ha sacado las castañas del fuego en todos los sentidos—. Es él quien ha traído al abogado que te va a sacar de este lío.

Mi hermana me mira sorprendida, pero después sonríe, recordando la conversación que mantuvimos el otro día sobre mi relación —o «no relación», en este caso— con el cantante, y, sobre todo, recordando lo que le dije de lo que siento por él.

—Gracias, Mav —le agradece de corazón—. No nos conocemos de nada y no tenías ninguna obligación de ayudarme en algo tan gordo.

—Ni lo menciones —responde él con las mejillas ligeramente ruborizadas—. Como le he dicho a tu hermana, quien es importante para ella, es importante para mí. —Carraspea y yo acerco mi mano hacia la suya para entrelazar nuestros dedos.

El fiscal llega pocos minutos después para tomarle declaración a mi hermana y firmar los papeles que le presenta Patrick. El mismo policía desagradable de antes abre la celda y libera a Addie, que corre directa a mis brazos en cuanto tiene oportunidad. Siento el agradecimiento y el alivio recorrerme el cuerpo, y no puedo dejar de mirar a la persona que ha sabido apoyarme cuando lo he necesitado y ha estado completamente a la altura de la situación. Solo espero que, cuando se entere de la verdad, también muestre la misma comprensión y empatía, y que consiga ponerse en mi lugar el tiempo suficiente para entenderme.



CAPÍTULO 20

RESIDENCIA DE LA FAMILIA SIMMONS,
Worcester,
MASSACHUSETTS

Maverick

Nada más salir de la comisaría, la jefa de Addie, una tal Jade, le dio una semana de vacaciones pagadas para recuperarse del susto —y seguramente para evitar que demandase al periódico— y lo primero que hice fue invitarla a pasar el fin de semana con nosotros para que pudiera asistir a mis conciertos de Detroit antes de que fuera a casa de sus padres durante el resto de la semana. Lo que no me esperaba al terminar el fin de semana fue que ella me devolviera el favor invitándome a pasar un par de días con ella y Aria en Worcester, Massachusetts. Mi mirada buscó la de mi chica del pelo de colores para saber qué opinaba ella de ese ofrecimiento, y ella se apresuró a aclarar que, pese al insistente tono de su hermana, no estaba obligado a decir que sí si tenía otras obligaciones o estaba demasiado cansado después de los conciertos de tres horas que había dado.

Ese momento hizo más que evidente el hecho de que en esta relación no somos capaces de hacer nada en el orden adecuado, pero me sorprendí al darme cuenta de la intensidad con la que deseaba aceptar y poder saber más de esa parte de su vida, de la casa que la vio crecer, y conocer a su familia. Así pues, tras asegurarme de que a ella también le parecía buena idea y de que no sería una carga para sus padres —quienes, muy al contrario de lo que pensaba, estaban encantados de conocer al hombre que había ayudado tanto a sus hijas—, hoy los tres nos subimos al helicóptero que nos llevará al pueblo natal de las hermanas para pasar los próximos días antes de que Aria y yo tengamos que ir a Mineápolis para mi próximo concierto.

El helicóptero aterriza en el aeropuerto de Worcester, que está solo a diez minutos en taxi del número 156 de Richmond Avenue. Yo observo el paisaje con curiosidad y sonrío al ver un barrio lleno de hierba y árboles y enormes casas con jardín. El coche se detiene delante de una vivienda blanca que no es, ni de lejos, la más grande del lugar, pero esa puerta roja y ese jardín bien cuidado le dan un aspecto hogareño que me encandila al instante. En dicho jardín hay un hombre corpulento, de pelo negro, barba espesa, tatuajes y cara de malas pulgas que arregla una moto de aspecto antiguo y que parece sacado de un capítulo de *Hijos de la anarquía*, pero cuando salimos del coche una sonrisa inmensa transforma su cara y sé que no puede ser nadie más que el padre de las chicas.

—¡Papá! —chilla Addie con alegría, y sale corriendo a abrazar al enorme hombre, que, de repente, parece un oso amoroso.

—¡Mis niñas! —exclama con una voz grave y potente mientras abraza a la pequeña.

—Papá —lo saluda Aria, mucho más comedida pero con la misma sonrisa de cariño en el rostro. Ella también abraza a su padre sin

dudarlo y ahora que la veo a su lado entiendo de dónde sale ese lado tatuado y rebelde que tiene.

—Bienvenida a casa, cariño —susurra el hombre en voz baja, y luego se gira hacia la casa para pegar un berrido que podría oírse desde otro estado—. ¡Vivi! ¡Las niñas han llegado!

Cuando se vuelve hacia mí, con una hija en cada brazo, de repente estoy nervioso; nunca he tenido una relación lo bastante seria para llegar a conocer a los padres de ella y, ahora que estoy en esta situación, me doy cuenta de que no sé cómo actuar. Me seco las palmas de las manos en el pantalón y decido que Henrietta me ha educado mejor que esto.

—Señor Simmons —le tiendo la mano para que me la estreche—, muchas gracias por la invitación.

—Papá, él es Maverick, el amigo del que os hablé —me presenta Aria con las mejillas algo sonrojadas, y le lanza una mirada de advertencia a su padre, seguramente para que no me coma con patatas.

Sonrío todavía nervioso, esperando que me estreche la mano. El hombre se ha puesto serio de repente, pero entonces suelta una carcajada y me abraza, rompiéndome los huesos y casi levantándome del suelo pese a mi metro noventa.

—¡Ven aquí, chico! —exclama feliz mientras me apretuja—. Los amigos de mi hija son amigos de la familia. Y llámame Leo. Nada de esa tontería de «señor».

Yo exhalo de alivio cuando me suelta, pero sonrío, agradeciendo sus palabras. Los ojos verde esmeralda del hombre brillan en contraste con las pestañas negras y las espesas cejas que tiene.

—¿«Amigos»? ¿Así lo llaman los jóvenes hoy en día? —le pregunta Addie a su hermana en tono de burla, y ella le pega un codazo, pero

no es un comentario que le pase desapercibido a su padre, quien alza las cejas claramente sorprendido, aunque no pierde la sonrisa.

—Bueno, Addie, no los atosigues con etiquetas. —El padre de Aria hace un gesto con la mano para restar peso a sus palabras—. Lo importante es que estáis todos aquí. —La palmada que me pega en la espalda casi me hace escupir el hígado por la boca—. ¡Maverick Sutton, ni más ni menos!

—Solo Maverick, por favor —pido, incómodo.

—Claro, claro —responde él—. Eh, muchas gracias por sacar a mi pequeña de ese embrollo. Aria nos ha contado lo que hiciste —me dice a mí en tono más bajo, aunque ambas pueden oírnos de todos modos.

—No hice nada —comento con sinceridad, y mi mirada se desvía hacia Aria, que nos observa con una emoción que no sé describir.

El padre de Aria me acerca agarrándome de los hombros con su pesado brazo.

—Estuviste allí para ambas. Sobre todo para esa cabezota que se cree que tiene que solucionar todos los problemas del mundo ella sola —gruñe señalando a Aria con el índice—. En cuanto a ti, pequeña, ya hablaremos. —Esta vez señala a Addie, que hace una mueca—. Tienes suerte de que tu hermana tenga un novio tan bien conectado, porque, si no, ahora mismo estarías escogiendo la talla de tu mono naranja. —Un escalofrío de placer me recorre al oír la palabra *novio* en relación con Aria. Ya me gustaría. Ella abre la boca, como si fuera a discutir el término, pero la cierra cuando ve que su padre no nos está haciendo caso a ninguno de los dos, y no puedo decir que me importe—. ¿Cómo se te ocurre ponerte en peligro de esta forma?

—Lo siento, papá —responde Addie en tono conciliador, si bien algo irritada, aunque la pequeña sonrisa que se extiende por su

rostro la delata—. No volverá a ocurrir.

—Si me lo permite, señor, fue todo un malentendido —intervengo, incapaz de callarme, y Leo me lanza una mirada de reproche por haber usado un trato tan formal—. Leo —me corrijo—. Adele es una gran profesional y sabe poner sus límites. Llamó a la policía cuando pensó que podía estar en peligro. Yo creo que tienes una hija muy lista. —Mis ojos se desvían hacia Aria—. Dos, de hecho.

Las dos hermanas me sonríen con satisfacción y luego comparten una mirada que ambas parecen entender, y creo que he ganado unos puntos que ni siquiera sabía que quería. Solo estaba dando mi opinión. Leo vuelve a pegarme una fuerte palmada en la espalda.

—Tienes razón, Maverick —comenta él—. En cualquier caso, Vivian y yo te agradecemos mucho todo lo que has hecho, y no hablo solo de la pequeña. Aria estaba estancada con ese trabajo de profesora; ella no decía nada, pero su madre y yo sabemos que no la hacía feliz.

—¡Papá! —exclama Aria con las mejillas rojas, como si su antiguo puesto fuese algo de lo que avergonzarse y no se tratara de una de las universidades más prestigiosas del mundo. Como si estar ahí fuera un defecto suyo, un fallo.

—Lo siento, hija, es la verdad —se defiende él—. Lo que haces ahora es mucho mejor. Te hace más feliz. ¿Y cuántas ciudades has visitado ya?

—Es solo temporal —le recuerda ella a su padre con el ceño fruncido, y siento un nudo en el estómago al recordar que se irá; que, como ella dice, no la tendré a mi lado para siempre.

Me pregunto si lograré que siga en mi vida cuando no la tenga a mi lado a todas horas, pero entonces decido apartar estos pensamientos, porque no me hacen ningún bien; aún me quedan un par de meses para convencerla de que nos dé una oportunidad.

—¿Y qué tal fue el concierto? Cantante de los Trailer Trash, ¿eh? Impresionante. —Otra palmada en la espalda y un calor se expande por mi pecho ante la calidez y los halagos. Igual es porque nunca he tenido una figura paterna o masculina en mi vida, pero no puedo evitar sentirme bien ante su tono de admiración—. Yo soy más de rock y heavy metal, pero tendría que vivir bajo tierra para no haber oído hablar de vosotros. Sin ir más lejos, creo que estas dos tenían algún que otro póster vuestro en su habitación, no hace tanto.

Me guiña un ojo y yo le lanzo una mirada divertida a mi chica del pelo de colores, que cada vez está más roja.

—Papá, por Dios, te voy a poner un bozal —gruñe Aria, irritada, pero el hombre solo ríe y Addie parece despreocupada por esa información revelada—. Bueno, ¿entramos o nos vamos a quedar aquí todo el día? —pregunta, aunque creo que es más su forma de cambiar de tema.

Leo asiente y coge las bolsas de Adele, que estaban en el suelo. Yo cojo la mía y no hago ni el intento de coger la de Aria, porque sé que me morderá la mano antes que dejar que se la lleve como a una princesa. No sabe que, si pudiera, llevaría su bolsa y a ella en brazos solo para tenerla cerca.

Entramos en la bonita y entrañable casa, y enseguida nos recibe una mujer menuda y delicada, como una muñeca de porcelana y con el pelo rubio, de un tono más parecido al de Addie. Tiene los ojos castaños y una sonrisa amable que deja entrever unos hoyuelos marcados. Es evidente que ambas hermanas son una mezcla de los padres. Adele es muy alta, como su padre, pero tiene esa delicadeza de muñeca y el pelo rubio, mientras que Aria es menuda como su madre, pero tiene un estilo y un rostro más parecidos a los de su padre.

—Aria, Adele —saluda la mujer con felicidad en cuanto las ve, y las abraza de manera simultánea en cuanto entran por la puerta—. ¡Qué alegría que ya estéis aquí! —Su mirada maternal se posa en mí y abre los brazos de nuevo para abrazarme con una ternura que hace que se me forme un nudo en la garganta—. Maverick, querido, bienvenido a casa.

—Tienen una casa preciosa, señora Simmons —le digo con franqueza.

Leo se acerca a su mujer y le da un beso delicado en la sien antes de mirarla como si fuera un ángel caído del cielo.

—Nada de señora Simmons, llámame Vivian o Vivi —pide ella—. Y muchas gracias, cariño. No es ninguna mansión, pero espero que estés cómodo.

—He vivido en sitios más pequeños que una lata de metal —le digo, sincero, para que no se crea que soy un mimado que solo sabe vivir en áticos de hoteles—. Créeme, esto me hubiera parecido un palacio cuando tenía doce años —bromeo, pero ella no se ríe, solo me lanza una mirada comprensiva que hace que carraspee, con las mejillas encendidas. Nadie en esta habitación es ajeno a la historia de Cenicienta que caracteriza mi fama; el chico que había pasado de vivir en tráileres a ser multimillonario, pero eso no lo hace menos vergonzoso de contar—. Muchas gracias por vuestra hospitalidad —repito.

Ella me acaricia la mejilla y sonríe.

—Bueno, una vez hechas las presentaciones, ¿por qué no os instaláis en vuestras habitaciones? —pregunta Vivian, y todos asentimos. Yo sigo a la pequeña mujer por las escaleras que suben al primer piso, donde abre una puerta que da paso a un cuarto decorado con estilo adolescente y guitarras antiguas y rasgadas. La cama es doble, pero estrecha—. Puedes dejar tus cosas aquí, cielo.

—Esta es mi habitación —dice Aria con el ceño fruncido—. ¿Dónde dormirá él?

—Pues contigo, por supuesto. —Ella se ríe y mis cejas se alzan de golpe—. Cariño, no vamos a echarnos las manos a la cabeza porque duermas con tu novio. No somos unos estirados. Y no os preocupéis por hacer ruido —me quedo boquiabierto cuando me guiña un ojo—, estas paredes están muy bien insonorizadas.

—¡Mamá! ¿Cómo tengo que deciros que Maverick no es mi novio? —medio susurra y medio grita Aria, y tengo que morderme el labio para que no se me escape la risa. La situación es demasiado cómica.

—¿No? Tu hermana parecía convencida de lo contrario —se extraña la mujer, sin ningún tipo de pudor por su posible error.

—¡Pues esa periodista tendría que contrastar la información con sus fuentes! —exclama Aria girándose hacia la puerta, pero nadie responde.

La situación me parecería de lo más divertida si no fuera porque ella parece incómoda.

—No quiero molestar —intervengo apaciguador—. Puedo dormir en el sofá. Son solo un par de noches.

—¡No digas tonterías! —exclama Vivian, casi enfadada—. Ningún invitado mío dormirá en el sofá. Supongo que podría vaciar la habitación de los instrumentos y montar el sofá cama.

—Déjalo, mamá —gruñe Aria, cruzándose de brazos—. Dormirá aquí. No te preocupes.

Vivian sonríe.

—¿Ves como así es más fácil, cariño? —pregunta la mujer, satisfecha, y yo tengo que controlarme de nuevo para no reír—. Estás muy tensa, cielo. ¿Por qué no te echas un rato hasta que esté lista la cena? ¡Voy a precalentar el horno! —Me mira otra vez con expresión maternal—. Siéntete como en tu casa, ¿de acuerdo?

Antes de que pueda responder, ya ha salido de la habitación y ha cerrado la puerta tras ella. Se me escapa una carcajada.

—Supongo que dejaré mis cosas aquí, entonces —comento con una sonrisa divertida mientras dejo mi bolsa al lado de la cama de Aria. Intento no darle muchas vueltas al hecho de que vamos a compartirla.

—Ya veo que te lo estás pasando en grande —suelta ella, con los ojos entrecerrados.

—Tus padres son geniales —digo con sinceridad y algo de envidia.

—Están como una cabra —se queja ella, aunque no es capaz de esconder una sonrisa—. Ya ves que tuve que volverme la responsable de la familia en cuanto me di cuenta de que mi hermana era exactamente como ellos.

—A mí me parecen geniales —repito, y me esfuerzo por no sermonearla sobre lo que es tener padres ausentes y adictos a las drogas—. Tienes mucha suerte.

—Lo sé. —Suspira, y luego vuelve a gruñir cuando mira la estrecha cama que vamos a compartir esta noche—. Y a ti más te vale comportarte o no me importa lo que diga mi madre, dormirás en el sofá.

—Oído, cocina —bromeo, haciendo un saludo militar con una sonrisa divertida en los labios.

Ella sonríe, pero pone los ojos en blanco.

—Anda, vamos a ayudar con la cena —dice, y pese a sus duras palabras de antes es la primera en acercar su mano hacia mí para que la tome.

Yo no lo dudo ni un segundo y acepto esa oferta de entrelazar nuestros dedos y dejar que me guíe por la acogedora vivienda. Sus dedos acarician los míos y me recorre un escalofrío de placer, pero hago un esfuerzo por no reaccionar, aunque no puedo evitar la

sonrisa que se me escapa. La miro de nuevo como si la viera por primera vez: mi chica del pelo de colores, terca y obstinada, responsable y de confianza, con su coraza de dura, aunque en realidad sea tierna por dentro.

—¿Qué? —pregunta, cohibida, cuando la observo mucho rato sin decir nada.

Se sonroja y baja la vista al suelo. Yo uso mi mano libre para acariciarle la mejilla y depositarle un mechón de pelo rojo pasión detrás de la oreja.

—Gracias por invitarme a venir —le digo con sinceridad. Y tengo claro que, aunque me siento molido por los conciertos del fin de semana, no querría estar en ningún otro lugar.

—Ha sido mi hermana —susurra, aunque yo sonrío.

—Pero tú has aceptado —le recuerdo—. Y me lo estoy pasando bien, así que gracias.

Su gesto se suaviza y asiente.

—Yo también me alegro de que estés aquí —confiesa, con las mejillas de nuevo coloradas, y eso me hace sonreír aún más.

La idea de estar solo en mi habitación de hotel se me hace tremendamente triste, y eso solo reafirma que tengo que conseguir atravesar la coraza de mi chica del pelo de colores antes de que se termine mi tiempo con ella, pues ahora que el color ha tocado mi vida no me apetece volver al gris de antes.

Después de mucho insistir, consigo que Vivian me deje ayudar a poner la mesa mientras Leo termina de dar los últimos retoques a la cena que ha cocinado. La lasaña está deliciosa y la compañía es muy divertida, por lo que enseguida me siento cómodo en ese ambiente tan familiar. Nunca he sido de cenar en familia; de pequeño comía cuando encontraba algo comestible, o iba al tráiler de Etta para que me preparara algo sencillo como un bocadillo de pavo o unos huevos

fritos. La risa grave de Leo me saca de mis recuerdos y sonrío para que nadie se dé cuenta de que he desconectado, aunque creo que no engaño a Aria, que me mira con curiosidad y algo de preocupación. Yo le acaricio el muslo por debajo de la mesa para que vea que está todo bien y eso parece relajarla. Sus suaves dedos se enrollan alrededor de mi muñeca como si no quisiera que apartara la mano, pero, cuando me suelta, sé que solo lo he imaginado. Carraspeo, intentando sacarme eso de la cabeza y, sobre todo, intentando no pensar en que, en un rato, iremos a dormir. En la misma cama.

Cuando terminamos de cenar y de recoger la mesa entre risas, Leo propone sacar los juegos de mesa y pasamos la hora siguiente jugando al Trivial Pursuit, padres contra hijos. Aria cubre todas las preguntas de ciencias y naturaleza; Addie, las de arte y literatura, y yo me sorprendo sabiendo la respuesta de gran parte de las preguntas del quesito rosa, entretenimiento. Aun así, los Simmons sénior nos superan en conocimientos de experiencia vital y acaban siendo los ganadores indiscutibles del juego.

—¡No vale! —protesta Adele—. Este Trivial es antiguo. Nosotros ni siquiera estábamos vivos para algunos de los eventos de estas preguntas.

—¿Que lo nuestro no vale? —Leo se ríe—. ¡Eso díselo a este, que ha ido de fiesta con todos los famosos que salen en este juego! —Me señala—. Así, normal que se sepa todas las respuestas; ¡es como jugar con el tío de *Slumdog Millionaire*!

Me pongo rojo, porque no suelo ser bueno en este tipo de juegos, pero todos en esta mesa me hacen sentir como si yo fuera el que tiene mil carreras y ochenta másteres.

—Sí, la verdad es que no es justo que hayas conocido a Rihanna y a Anne Hathaway —se queja Addie—. ¿Se puede tener más suerte?

—Con Rihanna solo crucé dos palabras —me defiendo, alzando las manos en señal de inocencia—. Llegué tarde a la *première* de *Ocean's 8*.

—Este tío es increíble —reniega Addie, y Aria se ríe sin más.

—Ya te acostumbrarás —le responde ella, y la miro con el ceño fruncido, confundido—. Bueno, yo voto para que ahora echemos una partida de «dando la nota». A eso seguro que ganamos.

Addie salta de emoción.

—Puede que tengas razón —responde Vivian—. No cada día tenéis a un cantante profesional en vuestro equipo.

—¡Oh, sí! —Aplaude y se levanta de la silla como un resorte—. Voy a buscar el aparato de karaoke.

Recuerdo en ese momento que Aria me habló de este juego que se inventaron en el que hay que enlazar letras de canciones. Adele llega con un altavoz pequeño con ruedas que tiene una pantalla encima y unos micros pegados a cada lado. Se nota que es de mala calidad y seguramente sonará como un micro de feria, pero yo no podría estar más encantado.

—Acepto jugar a eso, pero con una condición —digo en tono serio, y todos me miran expectantes—. Como invitado, espero que me dejéis tener el micro azul.

Aria sonríe y su familia se carcajea, sorprendida por mi conocimiento de sus bromas internas.

—¡Sí, hombre, el micro azul es para mí, que tú te ganas la vida cantando! —protesta Addie, pasándome el micrófono rojo—. Yo necesito toda la ayuda posible.

—Esto es indignante —finjo enfado—. No me sentía tan insultado desde que fui al programa de Ellen y se metió con mi peinado.

Aria se ríe y a mí se me escapa una sonrisa al verla tan feliz. Casi ni recuerdo lo tensa que estaba cada vez que estábamos en la

misma habitación al principio del Legacy Tour; parece que fue hace una eternidad.

Empezamos a jugar y dos horas se me pasan volando; el juego es divertidísimo y me siento como pez en el agua enlazando canciones tanto actuales como antiguas. Hacía mucho tiempo que no me lo pasaba tan bien cantando y no recuerdo la última vez que afinar no había sido una obligación o un trabajo. Aunque intentan actuar con normalidad y todos saben entonar una canción, reina el silencio cuando me pasan el micro a mí, pero a mí con quien se me cae la baba es con mi chica del pelo de colores. Al final la cadena de letras se rompe cuando Addie y su padre empiezan a discutir sobre si se está inventando canciones que no existen fingiendo que son «de su época» y me carcajeo con su debate. Declaramos ganador a nuestro equipo por falta de deportividad del contrario al comprobar con Google que, efectivamente, Leo Simmons se ha quedado sin ideas desde hace rato. Cuando volvemos a sentarnos alrededor de la mesa son casi las doce, pero nadie propone irse a dormir y yo no quiero que la noche se acabe.

—¿Y cómo os conocisteis? —les pregunto a los padres de Aria.

Ambos se miran y sonríen con dulzura.

—Pues nos conocimos en el trabajo —explica Leo—. Los dos somos profesores en el mismo instituto desde hace más de veinte años. Un día, la profesora de matemáticas del colegio en el que yo trabajaba se jubiló. —Alzo las cejas, sorprendido por la noticia de que ambos son profes de instituto—. Una vieja amargada que les hacía la vida imposible a los alumnos —añade él, y todos reímos—. El caso es que le dieron el puesto a la mujer más bonita que había visto en mi vida, mi princesa. —Le lanza una mirada de adoración y Vivian hace un gesto con la mano, como para restarle importancia,

aunque la sonrisa la delata—. Me enamoré en el momento en que la vi.

—¿Qué enseñas tú? —pregunto con curiosidad.

—Música —responde él con una sonrisa, y me sorprendo de nuevo. Si me dejara guiar por las apariencias, diría que solo podía ser el profesor de educación física, pero en el poco tiempo que llevo en esta casa ya he visto que Leo Simmons es un sensible trozo de pan.

—Papá toca la guitarra, el bajo y la batería —cuenta Addie con orgullo—. Mamá canta y yo toco el piano. Aria hace de todo, como ya sabrás.

Sonrío.

—Una familia musical —digo alucinado.

—Papá tenía un grupo de rock cuando era joven —añade Aria.

—Ya me están llamando viejo —se queja Leo, meneando la cabeza, y todos estallamos en risas—. No te imagines nada como lo tuyo, chaval. Nosotros éramos unos *amateurs* que tocaban en fiestas de barrio.

—Yo empecé tocando en un almacén abandonado —digo sin ningún pudor y sin querer restarle ninguna importancia a su experiencia—. El arte es arte sin importar cuánta gente esté pendiente de él. —Leo asiente, complacido con mi aportación—. Así que ¿el profesor de música y la profesora de matemáticas? —pregunto con una sonrisa antes de volverme hacia mi chica del pelo de colores—. Ahora entiendo muchas cosas, señorita «La música son estructuras algebraicas» —bromeo, y todos ríen.

—Supongo que heredé la pasión de ambos —acepta Aria con una sonrisa.

—Y la otra salió periodista —añado, mirando a la pequeña de la familia—. ¿Siempre has querido serlo?

—Siempre —responde ella, también sonriendo—. Trabajar en un periódico tan importante como el *Washington Post* es mi sueño desde que tengo memoria.

—Y ahora ya lo has conseguido —dice Aria con una sonrisa orgullosa que es un reflejo exacto de la de sus padres.

—Eso si no me despiden —gruñe Addie, y da un sorbo a su manzanilla como si fuera un trago de Jack Daniel's—. Llevaba meses sin escribir nada, trabajando en mi última investigación, y ya sabemos cómo ha terminado eso; no hay historia.

—Cariño, claro que no te despedirán por eso —la tranquiliza Vivian.

El ceño de Aria se frunce de una manera que hace que se me encoja el corazón, y la desolación en la cara de Adele apela a ese lado de mí que tenía un gran sueño y logró cumplirlo.

—Bueno... Yo no soy un narcotraficante internacional, pero, si quieres, puedes entrevistarme a mí.



CAPÍTULO 21

RESIDENCIA DE LA FAMILIA SIMMONS,
Worcester,
MASSACHUSETTS

Aria

Tres pares de ojos sorprendidos se giran hacia Mav en cuanto oímos sus palabras. Mi mirada se dulcifica cuando se posa sobre él y su expresión sincera. Ha hecho mucho más de lo que debería por ayudarme y por ayudar a mi hermana, a quien a duras penas conoce, y todavía se ofrece a abrirse en canal para el público solo para que Addie no pierda su trabajo. «No lo hace por Addie, lo hace por ti», me recuerda una voz en mi interior, y sé que es cierto, aunque eso solo hace mucho más complicado resistirse a los sentimientos que ya no consigo ignorar.

—No tienes que hacer eso —pronuncio mientras poso una mano en su bíceps sin poder evitarlo, y mi gesto no le pasa desapercibido a nadie en esta mesa. Claro que quiero que mi hermana sea reconocida por su talento, pero eso no significa que Maverick tenga que mostrarse sin filtros por ella; por mí.

—No me importa —asegura él con una leve sonrisa—. Quiero ayudar.

—Mav, agradezco muchísimo la oferta, no sabes cuánto —empieza a decir mi hermana en tono delicado—, pero no eres exactamente un libro cerrado para la prensa. —Maverick siempre ha tenido una relación muy estable con los medios y ha ofrecido pedazos de su vida a cambio de que no lo agobiaran tanto. No siempre ha funcionado, pero le ha resultado algo más fácil de gestionar—. ¿Tienes alguna noticia que nadie más sepa? ¿Alguna exclusiva?

Su mirada se posa en mí con una sonrisa pícara y sé que se refiere a lo nuestro. Yo adopto un gesto de advertencia. Mav sonríe y pasa una mano por encima del respaldo de mi silla sin pudor, casi abrazándome.

—Ya me gustaría —bromea él, y mi hermana alza las cejas con asombro.

Yo le pego un manotazo para que deje de bromear.

—No puedes decirle algo así a una periodista —me quejo, revolviéndome en el asiento con vergüenza, y él se encoge de hombros.

—Bueno, no tengo ninguna exclusiva en concreto, pero puedo ofrecerte algo que no le he dado a ningún otro periodista —responde él, y yo lo observo con preocupación—. Carta blanca —especifica—. Puedes preguntarme lo que quieras, no hay límites.

Todos nos quedamos con la mandíbula descolgada. Mis padres no dicen nada, aunque se miran entre ellos, seguramente porque no se les escapa ningún detalle.

—Cuidado, Maverick. —Addie se ríe, pero sus ojos brillan con interés—. Esas palabras son muy peligrosas cuando se las dices a una periodista.

—Repito que no hace falta que hagas esto —le recuerdo, sin poder evitarlo—. No por mí —añado en un susurro.

Él sonríe y me acaricia la mejilla con el dorso de la mano.

—Ya te darás cuenta algún día —responde él, y frunzo el ceño, confundida.

—¿De qué?

—De que la cantidad de cosas que haría por ti es como esta entrevista: no tiene límites —contesta en tono serio y con una pequeña sonrisa vulnerable que me deja sin palabras y sin respiración. Una vez más, quiero besarlo, y, por un momento, creo que voy a hacerlo de verdad, delante de toda mi familia, pero él carraspea y desvía la vista hacia mi hermana, que está pendiente de nuestra conversación, sentada en el borde de la silla, como si fuera un capítulo de telenovela y acabasen de abofetear a su personaje favorito—. ¿Te apuntas, entonces?

—¿Que si me apunto? ¡Por supuesto! —exclama Addie dando saltos en el asiento. Maverick sonríe y mis padres exhalan, aliviados y, seguramente, tan alucinados como yo por la amabilidad de este completo desconocido que está sentado en la silla de su comedor—. ¡Esto es muy emocionante! No venía preparada para algo así. Dame dos minutos para pensar bien mis preguntas.

—Vale, pero no te pases —advierto a mi hermana señalándola con el índice; mi sobreprotección con la gente a la que quiero parece haberse extendido al enorme cantante musculoso y tatuado que me roba el aliento y la poca salud mental que me queda—. Si se siente incómodo, no tiene por qué responder.

—Tranquila, hermanita —se burla ella con una sonrisa picarona—. Hay que ver cómo te pones. Es solo una entrevista, no una operación a corazón abierto.

—Te conozco, no me hagas coger el bisturí —amenazo.

Addie se ríe, pero levanta las manos con gesto inocente. Maverick me coge la mano para que deje de señalar a mi hermana pequeña, solo que ya no vuelve a soltarla y se la queda encima de su regazo.

—Todo irá bien —me promete él, y Addie asiente con aire distraído mientras teclea en su móvil las preguntas.

—¿Te puedo grabar con el móvil? —pregunta mi hermana, y Maverick asiente. Yo frunzo el ceño, muy incómoda con la idea de esta entrevista—. Bien, empecemos —indica ella cuando ya ha terminado de montar un minitrípode que llevaba en el bolso y se ha puesto a grabar con su iPhone de última generación—. Maverick Sutton, cantante de los Trailer Trash. Creo que todos conocemos de memoria la historia de cómo llegaste a la fama, ya que la has contado mil y una veces en televisión. Todos sabemos cómo Henrietta Cox os llevó a conciertos desde jóvenes, cómo os descubrió un cazatalentos y cómo surgió el nombre del grupo, pero ¿por qué no nos hablas de todo lo que hubo antes de eso? No quiero los nombres y fechas de nacimiento de tus padres, eso ya está en la Wikipedia... ¿Cómo era vivir en un tráiler? ¿Cómo fue tu infancia? ¿Cómo te hiciste amigo de Owen Cox y cómo se convirtió en alguien tan importante para ti?

—Por Dios, Addie —me quejo, bufando—. ¿Esto es una entrevista o la primera sesión con la psicóloga?

—No pasa nada, Aria. —Maverick me acaricia la espalda y yo vuelvo a sentirme dividida entre la sensación de incomodidad por la posición en la que se pone y el agradecimiento por que quiera ayudar a mi hermana con su trabajo—. Responderé —acepta el cantante, sin ninguna dificultad, antes de inclinarse con los codos sobre la mesa y cruzarse de manos con tranquilidad—. Mi infancia fue una mierda y los únicos momentos que recuerdo con cariño son momentos que pasé con Owen y su familia. Mis padres eran ambos

adictos a las drogas; mi padre tenía una adicción a la bebida, y mi madre, a la cocaína. Como todo el mundo sabe, vivíamos en un tráiler, una especie de caravana de metal raída que estaba siempre sucia y desordenada. Mi padre recibía ayudas del Estado por una lesión que se hizo en la espalda y vivíamos de eso, lo que no dejaba mucho dinero para comida, teniendo en cuenta que se lo gastaban todo en alcohol y sustancias ilegales. Aprendí a cuidarme desde muy pequeño y comía lo poco que encontraba por ahí.

Coge aire para respirar y yo siento un nudo en el estómago al oír sus palabras. Aunque sabía que era muy pobre, no hay demasiada información en internet sobre su situación familiar de pequeño. Mis padres parecen igual de horrorizados con lo que han escuchado, y mamá tiene una cara de absoluta incomprensión en el rostro, pero ambos guardan silencio. Yo apoyo la palma de mi mano en uno de los antebrazos que tiene encima de la mesa, incapaz de mantenerme alejada de él. Sus ojos se desvían hacia mí un instante, pero después vuelve a girarse hacia mi hermana, que escucha con atención todo lo que dice y toma notas en una libreta.

—Todo cambió cuando conocí a Owen Cox. Admito que yo era bastante capullo con diez años y, algunas veces, cuando me moría de hambre, les robaba el bocadillo a algunos de mis compañeros en el patio de la escuela. Y ese día, ahí estaba él, ese niño nuevo que se acababa de mudar a la zona y que estaba sentado solo en un banco. Me acerqué con toda la intención de quitarle el bocadillo a la fuerza, pero entonces me sorprendió. Me preguntó por qué era malo con los otros chavales y yo le dije la verdad, que solo quería sus bocatas porque tenía hambre. «Si te comportas mal en lugar de pedir ayuda, no mereces que te la ofrezcan», dijo. «Si quieres mi bocadillo, solo tienes que pedirlo». Desde ese día, Owen fue a la escuela con dos bocadillos y comimos juntos sentados en ese banco

durante el resto del curso. Yo era mucho más corpulento que mis compañeros a esa edad, y me convertí en una especie de guardaespaldas. Su protector. Owen era pequeño y escurridizo, era el niño nuevo, y tenía una sensibilidad especial que muchos tomaban por debilidad. Una sensibilidad para percibir el mundo y las emociones que pocos críos tenían. Se volvió mi lugar seguro; alguien con quien no necesitaba mis mecanismos de defensa y con quien podía ser solo un niño y jugar. —Una leve sonrisa se forma en su rostro y su nuez se mueve con emoción. A mí se me llenan los ojos de lágrimas, y le acaricio el brazo con el pulgar en un movimiento frenético—. Owen me llevó a su tráiler y conocí a sus padres, que eran todo lo contrario a los míos. Ellos eran amables y dedicados; tenían problemas económicos, como todos en ese parque de caravanas, pero trataban a su hijo con cariño y devoción. En ese tráiler se hablaba de emociones y se escuchaban las preocupaciones del resto. Henrietta, la madre de Owen, había estado preparando una doble ración de comida durante meses para mí sin siquiera conocerme, y Otto, su padre, me llevó a comprar ropa de mi talla a un centro comercial de la zona. Pasé a estar casi el ochenta por ciento del día en ese tráiler con ellos y a cenar con esa familia la mayoría de las noches de la semana, cuando mis padres me dejaban solo o estaban demasiado colocados para recordar cómo encender los fogones. Prácticamente vivía allí y los tres me acogieron como a un hijo más, aunque eso suponía que se doblaba la cantidad de gastos mensuales que tenían. —Papá asiente, como si fuera lo más lógico, y sé que ellos hubieran hecho lo mismo en el lugar de los Cox, si bien eso no le resta humanidad o importancia a las acciones del matrimonio—. Se convirtieron en mis segundos padres, o primeros, depende de cómo se mire. Y Owen... Owen es... era... ha sido siempre mi hermano a todos los efectos. El padre de Owen

murió de un ataque al corazón cuando teníamos quince años y la verdad es que fue un golpe muy duro para todos, yo incluido. Se me hizo muy duro perder a la única figura paterna y masculina que tenía y, sobre todo, me dolió mucho ver a mis dos personas favoritas sufrir tanto.

—¿Cómo es la relación con tus padres hoy en día? —pregunta Addie con voz suave—. ¿Te apoyaron en tu apuesta por la música?

—Al principio ni se dieron cuenta. Y más adelante, cuando quise mudarme a Nashville con Owen y Etta, mi padre se rio de mí. Mi madre estaba triste porque me iba, y obviamente fue difícil dejarlos atrás, porque eran mis padres, por malos padres que fueran. Entonces él se enfadó y creo que sintió que los estaba sustituyendo. Pensó que me pasaría un par de años limpiando mesas en algún bar y que volvería con la cola entre las piernas. No esperaba que me volviera multimillonario de la noche a la mañana, desde luego. —Mav se ríe, pero sus ojos tienen un aire triste que demuestra lo mucho que le dolió la falta de confianza—. Hoy por hoy me hablo con ellos lo justo, sobre todo contactan conmigo cuando quieren algo. Le he pagado a mi madre multitud de centros de desintoxicación, pero nunca logra mantenerse limpia. Mi padre nunca ha querido intentarlo. Les regalé una casa, porque no quería que siguieran viviendo en ese tráiler asqueroso, pero nunca les mando dinero a menos que sepa para qué lo quieren y pueda comprarlo yo directamente; no quiero financiar sus adicciones hasta que mueran de sobredosis.

Todos asentimos, pues es algo del todo comprensible y muy generoso, teniendo en cuenta lo poco que le dieron ellos cuando se suponía que tenían que cuidar de él.

—¿Tienes más familia aparte de ellos? —pregunta Addie. Mav y yo nos miramos, ambos pensando en la misma persona, y mi hermana

no se pierde esa interacción—. ¿Qué? —insiste interesada.

—Te voy a pedir que me des unos días antes de mandar la entrevista a tu jefa, porque quiero pedirle permiso a una persona antes de que salga en un periódico nacional. Puede que tengas que quitar esta parte —advierte Maverick, y Addie asiente, lo que significa que puede confiar en ella y que no publicará esa información sin su autorización—. No tengo más familia viva aparte de mis padres... y mi hermana.

—¿Hermana? —Addie levanta la vista de sus apuntes—. No sabía que tenías una hermana...

—Mi madre tuvo una aventura con un hombre de la ciudad —empieza a contar Mav—. No era un hombre rico según los estándares normales, pero sí para mi familia. No sé exactamente cómo gestionaron el asunto, solo sé que los oí discutir un día sobre eso y que mi madre estaba embarazada. A la niña la crio su padre y no la conocí hasta que fue algo mayor, cuando tenía doce años y yo diecisiete. Enseguida le cogí cariño y la traté como a una hermana pequeña, le di mi número de móvil y supo que podía llamarme para lo que fuera, pero, claro, no es el mismo vínculo que estableces con alguien con quien has crecido, y menos con esa diferencia de edad —explica, y todos asentimos, de acuerdo con él. Addie parece feliz con toda la información que sabe que no está en internet y me alegro por ella, aunque parte de mí sigue queriendo proteger su privacidad—. Me encargué de ella económicamente en cuanto tuve algo de dinero y fue a las mejores escuelas, pero era muy pequeña y quería protegerla de la prensa, así que no dejé que nadie supiera de su existencia. Se llama Ava Miller y en la actualidad es mi agente de relaciones públicas y mi *community manager*.

Los ojos de Addie se abren como platos.

—¿Ella es tu hermana? —suelta alucinada, pues sabe perfectamente quién es. Como relaciones públicas de los Trailer Trash, es la persona que tiene más contacto con la prensa de todo el equipo del cantante.

—Sí —confirma Mav, y luego se gira hacia mí con una leve sonrisa —. Me extraña que Aria no te lo hubiera contado ya. Sé que habláis a menudo y también que es un cotilleo demasiado jugoso como para callárselo.

—Yo no traicionaría tu confianza de esa forma —afirmo con sinceridad, y un nudo de culpa me aprieta el estómago.

«De esa forma, no, pero ¿de otras sí?», dice una voz insidiosa en mi cabeza.

—Lo sé —susurra él con convencimiento, y yo esbozo una sonrisa forzada.

Mi hermana también baja la vista con culpa, pues sé que ambas estamos pensando exactamente lo mismo y ella fue la que tuvo la idea en un principio. Y sé que ahora que conoce a Mav entiende por qué hace meses que hablé con su jefa y le dije que no pensaba mandarle nada que pudiera comprometer a los Trailer. Mis padres observan la escena del todo ajenos a los maquiavélicos planes que había tramado con mi hermana a principios de año.

—Háblame de Owen —pide Addie con voz suave y comprensiva—. ¿Cómo llevas lo que sucedió?

Maverick exhala aire de manera temblorosa y se echa hacia atrás en la silla. Fatal. Eso lo sé yo.

—No hace falta que hables de él —le digo bajito, y él niega antes de dar unos suaves golpes en uno de sus muslos.

—¿Te sientas conmigo? —pregunta, vulnerable, y sé lo mucho que le ha costado pronunciar eso, así que me levanto al instante y, con las mejillas algo rojas por el espectáculo, me siento en su regazo.

No hay nada sexual en la posición, pero sí algo muy íntimo en la forma en la que sus brazos envuelven mi cintura para encontrar la fuerza para seguir hablando. Yo le paso un brazo por los hombros y le acaricio el pecho, que ya se está acelerando por tener que hablar de este tema.

—Eh... No lo llevo nada bien —confiesa al fin, mirando a Addie a los ojos, y ella baja el bolígrafo con el ceño fruncido y sé que está viendo en sus ojos el pozo de dolor que yo llevo meses viendo—. En otras entrevistas me he hecho el fuerte cuando me han preguntado por Owen, pero he prometido contarte la verdad y nada más que la verdad. Y la verdad es que me duele hasta el alma. —Coge aire y yo le acaricio el pecho en círculos para tranquilizarlo, pero no lo interrumpo—. Owen era todo para mí: mi mejor amigo, mi hermano, la persona que lo sabía todo de mí, todos mis secretos, la persona que más me hacía reír, la persona a la que llamaría si tuviera que enterrar un cadáver y la persona por la que iría a la guerra sin dudarlo. También era mi grupo, mi música y parte de algo que es vital para mí. Entendía todas mis movidas, porque él también las estaba viviendo, y yo podía enfrentarme a cualquier cosa sabiendo que estaba a mi lado. Y perder todo eso en un abrir y cerrar de ojos fue lo más duro que he tenido que vivir. Y he vivido cosas duras, créeme. Pero eso... Así que no lo llevo bien. Sé que tengo que fingir que sí, porque mis fans lo esperan, la discográfica lo espera, y porque el mundo sigue, pero el mío se paró el 12 de agosto de 2022, y a veces ya no sé cómo avanzar.

En esta ocasión no puedo parar la lágrima que se me escapa por la comisura del ojo al oír esas palabras tan sentidas y tan sinceras, al percibir ese dolor tan puro y sin diluir, pero me la seco con disimulo antes de abrazar su cuello. Me agarra la cintura con fuerza, pero sin hacerme daño, y su frente se apoya un momento en mi hombro

antes de depositar un suave beso en él, sobre la tela de mi camiseta. No ha soltado ni una lágrima, pero siento sus hombros temblar bajo mis palmas.

—Gracias por esto, Mav —susurra Addie, claramente emocionada y con un nudo en la garganta.

—Gracias —repito yo en voz baja justo al lado de su oído, y deposito un beso cariñoso en su pelo antes de levantarme y recomponerme.

—¿Hemos terminado? —pregunta con voz grave antes de carraspear.

Mi hermana asiente y apaga la cámara, que ya me había olvidado de que seguía grabando.

—Gracias de nuevo —dice Addie—. Esto me salvará el culo en el trabajo. ¡Qué digo! Seré la favorita de Jade de por vida.

—Me alegro. Eso era justo lo que quería. —Mav sonríe, y tengo que reprimir las ganas de saltarle encima y comerle la boca. De repente, la idea de dormir con él en una misma cama parece aún más peligrosa que de costumbre—. Sobre todo después de saber que siempre has querido ser periodista —añade.

—Adele no ha parado de hacer preguntas desde que aprendió a hablar —suelta mi madre riendo, y todos sonreímos con ternura, mi hermana algo avergonzada—. Todo era: «¿Por qué esto? ¿Por qué lo otro?» —Más risas—. Y cuando tenía doce años le compramos su primera cámara y se pasó años yendo por casa grabándolo todo y entrevistándonos constantemente. —Yo recuerdo eso y me río. En aquel entonces me resultaba de lo más irritante tener a mi hermana con una cámara apuntándome en la cara todo el rato, pero ahora el recuerdo me provoca ternura—. Ahora que hablo de esa cámara, la encontré el otro día en la buhardilla haciendo limpieza. —Mi madre se levanta y va a la cocina. Se oye el sonido de un cajón y vuelve

con una cámara pequeña y antigua en las manos que tiene una minipantalla—. Mirad esto, la puse a cargar. —Se ríe y la enciende.

Todos nos acercamos para contemplar la pantallita, en la que van saliendo vídeos cortos. Mi madre con un peinado horrible cocinando macarrones en la cocina y un primer plano del tomate salpicando; mi padre arreglando la moto en el jardín con un bigote tremendo, y, finalmente, la puerta de mi habitación. En el vídeo, Addie irrumpe en mi cuarto, en el que se ve un teclado en medio de la estancia; nos peleamos como buenas adolescentes y yo la echo, agobiada con su presencia..., y en ese momento recuerdo la escena y el pulso se me acelera, porque ese día, ese exacto día, terminé de componer «Jaque mate». Cuando veo con el corazón en un puño que mi hermana se esconde tras la puerta y me sigue grabando a escondidas, mis manos actúan sin pensar y le pego un golpe a la pantalla de la cámara para que se cierre antes de que mi yo de diecisiete años empiece a tocar y a cantar una canción que varios en esta sala conocemos a la perfección.

—¡No! ¿Por qué lo quitas? —se queja Maverick con una sonrisa—. Estabas a punto de cantar. Es adorable.

—Me da vergüenza —miento, con el corazón aún acelerado, y finjo una sonrisa antes de quitarle la cámara de las manos a mi madre—. Aún no había aprendido a tocar bien el piano, era malísima. No quiero que lo veas —miento de nuevo, porque, por supuesto, no es ese el motivo. Mi familia me mira extrañada y con un punto de preocupación, y yo los ignoro—. Voy un momento a mi habitación a buscar una cosa —digo en tono robótico y sin currarme mucho la excusa.

Maverick frunce el ceño, pero no me sigue cuando subo las escaleras. Entro en la habitación y cierro la puerta con toda la suavidad de la que soy capaz antes de apoyarme contra ella y

respirar hondo. Abro la cámara una vez más y bajo el volumen antes de darle al *play*, y ahí está: mi yo adolescente cantando una canción años antes de que saliera al mercado siquiera, algo que solo deja dos posibilidades: la primera, que sea una bruja capaz de viajar en el tiempo, y la segunda y más evidente, que soy la persona que la compuso. Me río por la ironía de que me haya pasado meses enzarzada en una especie de venganza y haya tenido que enamorarme en el proceso de buscar una prueba que ha estado en mi propia casa durante todo este tiempo. Cierro la pantalla de golpe, asustada por lo que acabo de pensar, y entro en pánico al caer en que es cierto, en que me he enamorado de él, y en que es injusto que me dé cuenta de ello ahora que por fin tengo la prueba que había estado buscando todo este tiempo; una prueba que ya no puedo usar. Porque en ese instante cobro consciencia de que me da completamente igual si no recibo el reconocimiento o la compensación económica que merezco por esa maldita canción, porque no puedo hacerle esto a Mav. No después de todo lo que ha sufrido. No puedo decirle que le he mentido durante meses. Y, lo más importante, no puedo decirle que su amigo, al que idolatra como si fuera un dios, era un farsante y un aprovechado, porque eso terminaría de destrozarlo y es estúpido pensar lo contrario. Creía que, si encontraba las pruebas de que compuse «Jaque mate», él comprendería que lo que quería hacer estaba justificado, pero nada justifica romperle el alma de esa manera. Es imposible. Prefiero rompérsela a mi yo de diecisiete años que depositó su frágil corazón en esa letra y esa melodía. Prefiero que esa canción sea de los Trailer Trash para siempre.

La puerta de mi cuarto se abre de repente y pego un bote, pero me relajo cuando veo que no es más que mi hermana.

—¿Se puede saber qué te pasa? —pregunta en un grito-susurro—. ¡Estás rarísima y tienes la cara como si hubieses visto un fantasma!

—Entra y cierra la puerta —susurro yo en el mismo tono alarmado antes de tirarle del brazo y asegurarme de que no hay nadie más en el pasillo.

Ella cierra la puerta y me mira con los ojos como platos, pero ignoro esa expresión y abro la pantallita de la cámara para enseñarle la escena que no he dejado ver a nadie del piso de abajo.

—¿Qué...? —Sus palabras mueren cuando mi versión adolescente empieza a cantar una canción que reconoce—. No —musita, y agarra la cámara con las dos manos, como si eso fuera a cambiar el resultado.

—Sí —exhalo yo.

—¿Es «Jaque mate»? —pregunta, aunque sabe la respuesta.

—Sí —repito yo en el mismo tono cansado.

—¡Aria, esto es justo lo que estabas buscando! —suelta con los ojos brillantes—. ¡Y ha estado aquí todo este tiempo! ¿Qué vas a hacer?

—¡Nada! —exclamo yo sin dejar de susurrar, y luego me callo unos segundos para escuchar. Oigo las risas potentes de mi padre y de Maverick en la planta baja, y se me encoge el corazón—. ¿Has oído lo que ha dicho en la entrevista? ¿Lo entiendes? —le pregunto en tono urgente—. No diré nada. Da igual. Voy a olvidarlo todo —le explico—. Saber lo que hizo su amigo lo mataría. No le quiero joder el recuerdo de la persona que más le importa del mundo —añado en un murmullo desolado—. Yo... No puedo, Addie —confieso al final—. Haría lo que fuera por él.

Mi hermana me contempla en silencio, pero asiente.

—Lo quieres —afirma, y ni siquiera es una pregunta.

Yo desvío la mirada, incómoda, pero acabo asintiendo. No quiero pronunciar las palabras por primera vez delante de otra persona que no sea él. Mi hermana exhala y me repasa la cara un par de veces, porque sé que no está acostumbrada a verme así. He tenido algunos novios, sí, pero lo que siento por Maverick no lo he sentido nunca, y eso es lo que más miedo me da. No sé cómo seguir.

—No puedo decir que no lo vea —añade ella en tono cauteloso, con una leve sonrisa—. Maverick huele a terciopelo —declara, y ese halago tan suyo me hace reír.

—Sí, ¿verdad? —pregunto, aunque no tengo ni idea de lo que quiere decir exactamente. ¿Que es dulce? ¿Suave? ¿Resistente? ¿Elegante y lujoso?

—Y está loco por ti —pronuncia, y me ruborizo.

—Eso dice —susurro, aunque en esta ocasión no puedo evitar sonreír.

—¿Significa eso que vas a darle una oportunidad? —indaga mi hermana, y suena esperanzada, lo que no hace sino demostrarme que, como yo, cree que Mav es bueno para mí.

—No lo sé. —Suspiro—. Esto es algo que no podré contarle nunca. ¿Puedo empezar una relación con mentiras?

Ella hace una mueca.

—Mira, Aria, tal vez las mentiras sean seda roja, pero tú no lo eres —dice, y parece tener muy claro lo que eso significa; yo, como siempre, pillo el contexto—. No le estás ocultando nada de ti. Solo lo estarías protegiendo.

—Supongo que sí —musito.

Ella sonríe y abre la boca para hablar, pero alguien llama a la puerta con los nudillos. Yo me alarmo y corro a dejar la cámara en un cajón con llave, donde nadie más la encuentre nunca.

Cuando la cámara está bien escondida, Addie abre la puerta. El cuerpo musculoso de Maverick se apoya en el umbral de la puerta y sus tatuajes resaltan contra el blanco de las paredes. Mis mejillas se encienden al darme cuenta de que estoy repasándolo con los ojos, o comiéndomelo, mejor dicho.

—Tus padres ya se han ido a dormir —dice el cantante en voz baja —. ¿Molesto? Sé que tu madre ha dicho que no, pero si quieres puedo ir al sofá.

—No —me sorprendo contestando—. En la cama hay espacio para los dos.

Él alza una ceja, asombrado, y mi hermana me lanza un guiño picarón que ignoro por completo.

—Os dejo solos, tortolitos —dice ella, la cómica, antes de dirigirse a la puerta—. Buenas noches.

Estrecha el brazo de Maverick con agradecimiento por la entrevista al salir y él le devuelve una sonrisa amistosa que me reconforta.

El cantante entra en mi habitación y se queda delante de mí y, de repente, la estancia parece más pequeña y el aire parece haber desaparecido del ambiente, o quizá solo he dejado de respirar.

—¿Estás bien? —pregunta en voz baja, y sé que se refiere a la forma abrupta en la que he desaparecido. Su voz es como una caricia que me envuelve.

—Ahora sí —respondo con sinceridad—. Voy a ponerme el pijama en el baño —digo con las mejillas encendidas, intentando huir de la tensión que se crea entre nosotros cada vez que estamos solos.

Él asiente y yo cojo la ropa del armario antes de salir corriendo.

Me cambio en silencio y con lentitud, porque no quiero salir y encontrármelo desnudo. No creo que fuera capaz de resistirme a eso. Cuando salgo del baño y entro en la habitación, lo hago con cautela, pero Mav ya se ha puesto unos pantalones de deporte que

son bastante elásticos. Va sin camiseta y mi boca saliva al ver los tatuajes sobre esos músculos definidos, así que carraspeo antes de apartar la vista.

—¿Quieres que me ponga una camiseta? —pregunta, aunque no ha levantado la cabeza desde que he salido del baño—. Perdona, estoy tan acostumbrado a que todo el mundo me vea así en conciertos o sesiones de fotos que no he pensado que podría incomodarte.

—No me incomoda —le aseguro, porque es cierto. Solo me pone, pero eso no se lo voy a decir—. No te preocupes. —Él asiente sin mirarme—. Me gusta más el lado derecho. ¿Te parece bien?

Él asiente de nuevo.

Me doy cuenta de que nunca lo he visto tan callado y tan quieto y me pregunto si no será él quien se sienta violento.

—¿Te incomoda dormir conmigo? —pregunto en tono de burla antes de tumbarme en la cama sobre una sábana finísima, porque el calor de junio no perdona.

Él suelta una carcajada irónica y se tumba a mi lado, aún completamente tenso.

—No tienes ni idea, nena. —Se ríe. Su voz es grave. Mucho—. Lo que me incomoda es lo mucho que me cuesta no ponerte las manos encima cuando llevas esa ropa.

El corazón se me acelera y bajo la vista. Llevo un pijama de verano: unos pantalones cortos y una camiseta de manga corta sin sujetador. Me parecía ropa perfectamente adecuada, pero cuando veo la forma en la que me mira, cualquiera diría que me he plantado aquí con lencería y un camisón transparente. Me pongo roja como un tomate y siento un pinchazo de deseo bajarme por el estómago y terminar entre mis piernas. Aunque mi camiseta no es delgada ni indecente, se puede apreciar la forma de mis pechos y mi excitación

a través de ella. Maverick gruñe y mira hacia el techo con una exhalación antes de taparse los ojos con un brazo.

—Apaga la luz, anda —dice en tono irritado, como si lo estuviese torturando—. Será una noche muy larga.

Pese a mi excitación y la tensión en el ambiente, no puedo evitar reír por su absurdidad.

—¡Es solo un pijama! —suelto riendo, aunque me giro y estiro el brazo para intentar llegar al interruptor que hay a un lado de la cama.

—Por Dios, Aria —gruñe Maverick, y yo giro la cabeza sin entender sus palabras, solo que lo entiendo cuando veo que esa posición le deja una vista perfecta de mi trasero y mi espalda arqueada.

Se me escapa otra carcajada y me apresuro a apagar la luz para que no pueda quejarse más.

—Lo siento. —En realidad, no—. ¿Quieres que duerma en traje de buzo o qué?

—Sí. ¿Por qué? ¿Tienes alguno en el armario? —pregunta él con voz de enfado, y se lleva una mano a la entrepierna para ajustar lo que es una erección muy evidente.

Alzo las cejas y un escalofrío de placer me recorre.

—Eres un exagerado —suelto, poniendo los ojos en blanco.

—No tienes ni idea —dice de nuevo. El color me sube por la cara y me muerdo el labio para no sonreír, pero no digo nada—. ¿Qué?

—Nada —contesto, demasiado rápido.

—¿Qué? —insiste.

—Me gusta cuando haces eso —susurro, avergonzada.

—¿Cuando hago qué? —pregunta, claramente confundido, y yo exhalo, muerta de vergüenza.

—Cuando hablas como si fuese... irresistible. —Pronuncio la última palabra casi en tono irónico y se me escapa la risa tonta, por la

vergüenza.

La luz de la luna nos ilumina lo suficiente para que vea cómo se incorpora sobre un codo.

—Es que eres irresistible —dice, como si fuese algo evidente, y yo suelto otra risa nerviosa.

—Mav..., no estoy buscando cumplidos —le aseguro con sinceridad —. Sé que tengo muchas cualidades: soy lista, soy interesante... y muchas otras cosas, pero no soy ninguna modelo y no soy la chica que gira cabezas. Solo digo que..., no sé... —Me pongo roja—. Me haces sentir sexy.

Maverick se ha quedado boquiabierto.

—Eres sexy —asegura él, y parpadea un par de veces antes de hablar—. No puedo creer que vayamos a tener esta conversación —susurra para sí, y abro la boca para decirle que lo olvide, pero él me corta—. No, déjame hablar. No digo que sea culpa tuya, pero de verdad no tienes ni idea. No sé con qué clase de idiotas has estado saliendo, pero está claro que alguien no hacía su trabajo. Eres sexy. Y definitivamente giras cabezas. Créeme, lo he visto. Lo que pasa es que, cuando no tienes la cabeza metida en tu ordenador, estás creando música en tu cerebro y no te das cuenta, pero miran, ¿vale? Claro que miran. Es imposible no hacerlo. Tal vez no seas modelo, pero eres... Dios, me voy a meter en un lío solo por decir esto, pero... —Se pasa una mano por el pelo con frustración y se me acelera la respiración—. Eres sexy. Muy sexy. Lo pensé cuando te vi con esos vaqueros y esa camiseta de Metallica. Te hubiera pedido el número. Te hubiera follado en el baño de la universidad si me hubieses dejado. ¿Y ese vestido rojo? Lo dije y lo repito. Si hubieses sido mía, no habrías llegado al restaurante. Qué digo, no habrías llegado ni al pasillo, ¿vale? Eres... —Se lame los labios—. No sé qué es. No sé si es ese rollo motero que te traes, o tu confianza, o la

forma en la que me vacilas, o la forma en la que sé que ese culo no me cabría en las manos, pero eres de otro mundo, Aria Simmons. Lo digo en serio. Y no quiero volver a oír que piensas lo contrario.

Tengo la mandíbula descolgada cuando termina y estoy temblando de pies a cabeza. Él me observa un segundo más y después se echa en la cama con una exhalación para mirar hacia el techo. Yo alzo la vista también, con los pensamientos a mil por hora. Siento que me recorre el deseo e intento calmar mi respiración para poder pensar. Lo quiero. Quiero todo lo que ha dicho. Quiero el polvo en el lavabo y sus manos en mi culo. Y lo quiero a él. Quiero su intensidad y su sonrisa. Quiero su amabilidad. Quiero esa vulnerabilidad que solo muestra conmigo o por mí. Quiero estar con él en todos los sentidos.

—Dejaría que me hicieras todas esas cosas si no pensara que terminaría enamorándome de ti —le digo con sinceridad. O toda la sinceridad que puedo ahora mismo. La verdadera sinceridad sería admitir que ya es demasiado tarde para eso. Mi voz suena baja e íntima en el silencio de la habitación.

Él suspira, sorprendido por mis palabras, y se gira hacia mí como si no soportara la distancia que nos separa. Yo hago lo mismo hasta que estamos frente a frente. Su mirada es cautelosa, como si yo fuera un animal salvaje que saldrá corriendo al más mínimo ruido.

—¿Y eso sería tan malo? —pregunta con voz suave.

—No lo sé —confieso. Tengo que pensar en todo lo que sé. En todas las mentiras.

Maverick abre la boca, pero la cierra. Tiene una expresión pensativa y sé que está calculando muy bien cada una de sus palabras.

—¿Qué te hace dudar? —plantea finalmente—. ¿No podemos intentarlo y ver?

Trago saliva.

—¿Qué pasa si hay algo que no te puedo contar? —pregunto, lanzándome a la piscina. Por primera vez lo dejo elegir. No es una elección sincera, porque no conoce toda la información, pero es lo único que puedo ofrecerle—. Algo que no podrás saber nunca.

Él se queda callado, de nuevo pensativo, y me gusta ver que no se está tomando a la ligera esta conversación y tampoco mis miedos.

—¿Le has hecho daño a alguien? —pregunta.

—No —respondo sincera. En todo caso, al revés.

—¿Tienes algún problema de salud? —pregunta con los ojos abiertos, de repente asustado.

Yo sonrío.

—No, que yo sepa.

Eso parece tranquilizarlo.

—¿Hay alguien más en tu vida? ¿En el sentido romántico o sexual? —pregunta esta vez, y me parece ver que contiene el aliento, como si le diera miedo escuchar la respuesta.

Intento no reírme. Como si tuviera el espacio mental para pensar en alguien más que él, cuando él ocupa el cien por cien de mis pensamientos.

—No —digo de nuevo, con una sonrisa pequeña.

Él suelta el aire de forma temblorosa, casi aliviado.

—¿Y seríamos exclusivos? —pregunta.

—Más te vale —gruño, y eso lo hace reír, lo que solo consigue que a mí también se me escape una sonrisa.

Mete una mano en mi pelo y me acaricia con cariño. Le brillan los ojos cuando me mira de nuevo.

—En ese caso, no necesito saberlo —termina contestando. Mi sonrisa se apaga despacio al ver la sinceridad en sus ojos y la sonrisa en su rostro. La preocupación vuelve y me pregunto si sería lo correcto—. Quiero estar contigo —añade, y yo inspiro por la

sorpresa y por el anhelo. Odio nuestra situación, porque, si nos hubiéramos encontrado en cualquier otra, no habría dudado ni un segundo en ir a por él. Ni uno—. ¿Qué me dices? —pregunta, y capto perfectamente la esperanza en su tono.

La cabeza me da vueltas por su proximidad, su olor y la imagen del vídeo que he descubierto esta misma noche. Me mareo, indecisa.

—Necesito más tiempo —confieso. Sé que pido mucho. Y sé que puede cansarse de esto en cualquier momento y me arrepentiré toda la vida. Pero mentirle en algo tan gordo, aunque sea para protegerlo, no es una decisión que pueda tomar a la ligera. Él exhala, desanimado—. No estoy intentando hacerme la dura —añado, arrepentida—. Y no quiero marearte ni hacerte daño, pero...

—Chist —me interrumpe él—. No tienes que explicarme nada. —Su tono es comprensivo, y una sonrisa paciente se extiende por su rostro—. Puedes tomarte el tiempo que necesites. No iré a ningún lado. —Sus palabras me tranquilizan, aunque detecto la injusticia en ellas. No puedo tenerlo esperando una respuesta eternamente, en algún momento tendré que decidir si puedo estar con él o si tengo que dejarlo ir. Ese pensamiento me duele tanto que apoyo la mano en su pecho casi de manera instintiva. Su respiración se entrecorta al sentir mi palma sobre su piel, pero no la aparta y yo tampoco. Mis dedos repasan sus tatuajes con las yemas de los dedos—. Aria —susurra, y mi mirada sube hasta encontrarse con unos ojos que arden de deseo. Trago saliva—. Me encanta que me toques, pero... —No termina la frase, porque no hace falta. Retiro los dedos.

—Perdona —me disculpo con sinceridad, si bien echo de menos el tacto de su piel.

Él resopla.

—A la mierda —susurra, y, antes de que me dé cuenta, me agarra por la cintura y me arrastra por la cama hasta que estoy pegada a

él.

—¿Q-qué haces? —pregunto, con la respiración entrecortada. Mis labios le rozan el pecho al hablar de lo cerca que estamos.

—Abrazarte —responde él, como si nada, antes de esconder la cara en mi cuello e inspirar el aroma de mi pelo. Siento su erección contra mi vientre—. Ahora duérmete. Podrás seguir dándole vueltas al tarro cuando te despiertes.

Tardo un segundo en calmarme, pues no estoy acostumbrada a tenerlo tan cerca, pero, en cuanto me relajo, siento su aliento y su calor envolverme, y me quedo completamente dormida en segundos, acunada por la melodía que compone su corazón al latir.



CAPÍTULO 22

RESIDENCIA DE LA FAMILIA SIMMONS,
Worcester,
MASSACHUSETTS

Maverick

Me despierto con el olor frutal del champú de Aria bajo la nariz y siento un escalofrío de placer. Cierro los brazos alrededor de su cintura antes de que mi cerebro termine de conectar del todo y siento que su trasero se pega a mi erección sin pudor, lo que me hace soltar un gruñido traicionero y espabilarme de golpe. Mis manos la aprietan contra mí para inmovilizar ese delicioso movimiento y se gira para mirarme con la respiración agitada y los ojos somnolientos. Su expresión culpable me dice que, tal como sospechaba, ese movimiento ha sido inconsciente y para nada premeditado, así que carraspeo y sonrío para quitarle hierro al asunto, aunque ahora mismo todo el hierro está concentrado en una zona muy concreta de mi cuerpo.

—Buenos días —susurra mi chica con la misma sonrisa culpable de antes y una voz grave por el sueño que me tienta más de lo que debería—. ¿Cómo has dormido?

—De maravilla.

Es cierto y falso a la vez.

Tardé una eternidad en dormirme por culpa de lo excitado que estaba por su olor, su cercanía y la suavidad de su piel, pero, cuando por fin lo conseguí, caí en uno de los sueños más reparadores de mi vida; no recuerdo la última vez que dormí así de profundamente; en especial, desde la muerte de Owen.

La conversación de anoche me vuelve a la mente y no puedo evitar sentir una mezcla de frustración y satisfacción por lo mucho que hemos avanzado en un solo día. Parece que hemos llegado a una especie de acuerdo, un pacto. Claro que siento una curiosidad enorme por saber qué es eso que no puede contarme, pero le hice las preguntas que, para mí, eran vitales y tengo claro que, sea lo que sea, nada más tiene importancia. Ella no parece tan segura de ello, pero, por primera vez, tengo la esperanza de que va a darme la oportunidad, pese a sus misteriosas dudas. Repaso la forma en la que ese pijama se le pega a las curvas de infarto y exhalo, deseando con fervor que esas dudas se disuelvan pronto.

—Para —me pide riéndose, sonrojada.

—¿Qué? —pregunto, preocupado.

—Lo estás volviendo a hacer —se queja, y se tapa los ojos con el brazo.

—¿El qué? —insisto completamente perdido, y ella aparta el brazo para mirarme con una timidez que me resulta irresistible. Cuando se muerde el labio, creo que le saltaré encima, pero hago un esfuerzo por centrarme en la conversación.

—¡Mav! —protesta de nuevo, y suelta una risa—. ¡Deja de mirarme así!

Entiendo lo que quiere decir al recordar la conversación que mantuvimos anoche y siento el impulso repentino de castigarla por

no haber escuchado nada de lo que le dije. Le agarro las muñecas con una mano hasta apartarle los brazos de la cara y se los subo de modo que le quedan cruzados por encima de la cabeza. Sus ojos se encienden como una mecha y el pecho le sube con su exhalación, hasta que puedo entrever la forma de sus pechos a través de la camiseta que lleva. Su cuerpo se arquea de manera inconsciente, y mi mirada baja hacia los pequeños pantalones de pijama que envuelven esos muslos gruesos que tanto quiero agarrar y entre los que con tantas ganas me quiero hundir durante días. Dejo que vea en mis ojos lo mucho que la deseo y su respiración se acelera aún más, pero antes de tocarla me aparto y le suelto las manos. Quiero su cuerpo, pero también la quiero a ella. La quiero toda. Mi chica del pelo de colores suspira, sin duda decepcionada, pero asiente, perfectamente en sintonía con mis pensamientos, y sus ojos ardientes siguen mi movimiento con avidez cuando me levanto de la cama. Incapaz de resistir su encanto y queriendo borrar esa expresión de preocupación e indecisión de su rostro, le acaricio con cariño la mejilla con el pulgar.

—No me voy a ir a ningún lado —pronuncio, repitiendo las palabras que le dije anoche, recordándole que no hay ninguna prisa y que soy suyo si me acepta. Mi boca se tuerce en una sonrisa socarrona y me inclino hacia delante, apoyando una mano a cada lado de su cabeza en el colchón, y le acaricio la mandíbula con la boca, con la ligereza de una pluma, antes de volver a apartarme con confianza al advertir su temblor—. Eso no significa que no vaya a intentar convencerte de todas las maneras que se me ocurran. —Me alejo de la cama y me pongo la camiseta que había dejado doblada en una silla, disfrutando de sus ojos sobre mí. Su mirada no se separa de mi cuerpo en ningún momento y mi chica me repasa sin ninguna vergüenza, lo que me satisface enormemente—. Voy a

ayudar a preparar el desayuno —le digo, intentando darle algo de espacio para que pueda reflexionar tranquila sobre nuestra situación.

—¿Sabes cocinar? —pregunta, en un tono de voz sorprendido que sería ofensivo si no fuera porque me convertí en multimillonario antes de los veinte, que es más o menos cuando la gente suele empezar a desarrollar sus habilidades domésticas.

—No cosas muy elaboradas, pero Giuseppe me ha enseñado a hacer unas *omelettes* que están para chuparse los dedos —bromeo, y hago un gesto muy italiano con la mano que mi cocinero siempre repite, lo que la hace reír.

Cuando veo esa sonrisa en su rostro, me arrepiento de haber salido de la cama y deseo retroceder en el tiempo para volver a tenerla en mis brazos. Ese pensamiento intrusivo solo me recuerda por qué debería apartarme de la imagen de esa diosa tatuada que tengo tumbada en la cama y que es más tentadora que una sirena de cuento.

Salgo de la habitación antes de que incluso sin hablar consiga que caiga en la tentación y me dirijo a la cocina, donde ayudo a preparar el desayuno a Leo y Vivi, tal y como había prometido. Aria aparece al cabo de unos minutos con el pelo rojo mojado y las mejillas sonrojadas, y tengo que desviar la vista para que nadie se dé cuenta de que estoy a nada de cogerla en brazos y empotrarla contra la nevera. Su hermana baja segundos después y, mientras comemos, ambas intercambian miradas secretas que no termino de descifrar, pero que ellas parecen entender. Addie menciona que es el cumpleaños de una de sus amigas y nos pregunta si nos queremos unir a la celebración esta tarde, con el resto del grupo. Aria me cuenta que, aunque era algo antisocial en el instituto y estaba muy centrada en sus estudios, terminó haciendo migas con el grupo de amigos de su hermana, cuando fueron más mayores. Tras esa

invitación, miro a Aria para saber qué le parece la idea y ella hace lo mismo conmigo. Después de asegurarme que le apetece y le parece bien, y de asegurarle que revelar mi presencia e identidad en un pueblo pequeño no me alterará la existencia, ambos aceptamos y pasamos el resto del día en casa, charlando sin más, hasta que llega la hora de prepararse para ese cumpleaños.

Me visto con la única camisa negra decente que he traído en la pequeña bolsa de viaje y unos vaqueros oscuros y, mientras me peino los mechones desarreglados con la mano por quinta vez en un minuto, me doy cuenta de que estoy nervioso. Pese a haber asistido a eventos como los MVA o los Grammy, esa reunión amistosa me parece bastante más intimidante, pues no quiero fastidiar los pequeños avances que he conseguido con Aria por caerles mal a sus amigos.

—No habrá mucha gente en el bar —me promete ella, malinterpretando mi nerviosismo.

—No pasa nada —le digo con sinceridad.

Me paso la mano por el pelo una sexta vez con frustración.

Ella me observa en silencio y sonríe.

—Ven aquí —dice con voz suave, y tira de mí hasta que me siento en el borde de la cama.

Mis ojos se alzan hasta la altura de su clavícula y quiero morder ese hueco que le queda bajo la garganta. La miro a los ojos para evitar tentaciones y veo que va al lavabo antes de volver con las manos ligeramente mojadas. Sus dedos se cuelan entre mi pelo y moldean los mechones rebeldes hasta que está bastante más peinado que antes. Yo trago saliva y cierro los ojos, disfrutando de la sensación de sus manos en mi cuero cabelludo, que es casi tan sensible como mi piel.

—Ya está —susurra, y su mirada repasa mi cara—. Perfecto.

—Gracias —digo, encantado con ese adjetivo y con la forma cariñosa en la que me ha peinado y ha arreglado mi problema. O, por lo menos, uno de ellos.

Salgo de la habitación para que Aria pueda cambiarse y charlo con Addie mientras la esperamos. Ella me asegura que sus amigos ya están avisados de que Maverick Sutton estará entre ellos y que todos han prometido comportarse y actuar con normalidad. Yo asiento, aunque, ahora mismo, esa es la menor de mis preocupaciones. Cuando la puerta se abre, Aria sale con unos vaqueros cortos de color azul claro y la camiseta de Metallica sin mangas que llevaba cuando la conocí. El rojo que se tiñó en Detroit está mucho más apagado, pero le sigue quedando de muerte, y se ha pintado los labios del mismo color.

—Tal vez es a vosotros a quienes debería pediros que os comportéis —bromea Adele al ver mi cara de baboso, pero ni siquiera logro sentirme mal por ello. No cuando la chica del pelo de colores es mi fantasía hecha realidad.

—Estás preciosa —le digo con sinceridad, ignorando el comentario de su hermana.

Sus mejillas enrojecen, pero sonríe, y su sonrisa complacida me recuerda que no está acostumbrada a recibir cumplidos por su evidente belleza.

Salimos de casa y Aria me da la mano durante todo el camino en coche hasta el restaurante, aunque mi ansiedad ha bajado de forma notable desde el último viaje a Milan, en el que conseguí estar casi una hora encerrado en ese medio de transporte del demonio. Cuando bajamos del vehículo, yo no le suelto la mano, y ella tampoco hace ningún intento de separarse de mí, de modo que caminamos así hasta que estamos delante de un grupo de gente parada a un lado de la puerta de entrada. Son tres chicas y dos

chicos de la edad de Adele, y todos sonríen al vernos. Uno de los chicos tiene el brazo encima de los hombros de una rubia de forma territorial, por lo que intuyo que están saliendo o tienen una relación, aunque solo sea sexual.

Los cinco clavan sus miradas en mí en el instante en el que estamos lo bastante cerca, y puedo ver la emoción en sus rostros, pero, tal y como Addie ha prometido, actúan con relativa normalidad. Addie se acerca la primera para abrazarlos y Aria se acerca después, saludando por orden de proximidad. Todos la saludan con cariño, contentos de verla después de tanto tiempo, y deduzco que, tal y como dijo Addie, tienen una relación estrecha pese a la distancia y el hecho de que ambas hermanas viven en otros estados y viajan mucho.

—Chicos, este es Mav —me presenta Aria con una sonrisa, y su mano se posa un momento sobre mi bíceps en un gesto cercano e íntimo que al chico moreno no le pasa desapercibido, por la manera en la que me clava cuchillos con la mirada. Me concentro para no sonreír con satisfacción y mostrarme indiferente, pero no sé si lo logro del todo—. Nos hemos tomado una pausa corta del *tour* y está pasando unos días en nuestra casa. Sed normales, ¿vale? Al primer boli que vea para firmar autógrafos, os lo clavaré entre los ojos —amenaza en tono serio, como una leona protectora, y, aunque algunos se ríen, no me parece que lo diga completamente en broma, lo que hace que el agradecimiento me caliente el pecho. Mi sonrisa se amplía con cariño y le acaricio el brazo con el dorso de la mano para comunicarle lo que siento—. Mav, ellos son Reed y Lana —señala al chico alto y a su novia rubia—, Beckie —señala a la morena bajita—, Sarah —señala a la otra morena— y Dean —señala a un chico moreno, que asiente con la cabeza.

—Gracias por invitarme —digo yo al grupo, con educación—. Espero no molestar.

Reed se ríe, como si hubiera dicho algo absurdo, y, objetivamente, tal vez lo es, si tenemos en cuenta que la gente paga millones por verme cantar, pero yo a veces me sigo sintiendo el mismo niño ignorado que vivía en un tráiler. Aunque sé que se sienten algo intimidados por mi presencia, es a mí a quien le sudan las manos solo por estar delante de ellos: quiero caerles bien. Quiero encajar en la vida de la chica que me vuelve loco.

—Para nada, no te preocupes —me responde Sarah, y se toquetea el pelo de forma coqueta mientras me lanza una mirada de interés que ignoro con facilidad. Hace meses que la única chica en la que puedo pensar es la bomba atómica que tengo a mi izquierda y que me tiene dando vueltas en círculos por su atención—. No todos los días podemos ir a un bar karaoke con un cantante famoso.

Yo miro a Aria sorprendido, pues no me había dicho que el bar al que íbamos era un karaoke, pero ella no se da ni cuenta, porque está mirando a la morena con intensidad, como si estuviera esperando a que dijera algo incómodo para defenderme, pero la morena debe de entender que el comentario del bolígrafo entre los ojos no era tan de broma, porque no dice nada más. Me muerdo el labio para no sonreír y reprimo un gesto de cariño.

—Aunque ahora la famosa eres tú, ¿verdad? —bromea Reed, volviéndose hacia Aria—. Te vimos en el programa de *late night*. ¡Anda que avisas!

—Eso debería decir yo —responde Aria, que me mira a mí con los ojos entrecerrados—. Tampoco me advirtieron de que iba a salir en la televisión nacional.

Yo me encojo de hombros, pero sonrío y ella pone los ojos en blanco.

—Bueno, ¿entramos? —pregunta Addie, y todos asentimos.

Nos sentamos en una mesa grande del bar y pedimos unas bebidas y algo de picar. Sarah me interpela varias veces y tengo que hacer un esfuerzo para dejar de centrarme en mi chica del pelo de colores el tiempo suficiente para mantener una conversación banal. Me pregunta por mi vida, mi trabajo, los famosos a los que conozco y las fiestas a las que me han invitado, y yo respondo a todo con educación sin demostrar demasiado interés.

Mientras bebemos y comemos los *snacks*, el grupo le da un regalo de cumpleaños que han comprado entre todos, y ella agradece profusa y sinceramente el detalle. Al cabo de un rato, la música ambiente cambia y uno de los camareros abre una cortina que cubría un pequeño escenario con focos y un par de micrófonos. No es material de calidad, pero no importa, todo el mundo aplaude lo que va a venir cuando uno de los trabajadores del local se sube al escenario y saluda a todo el mundo, dando inicio a la parte karaoke.

—Me han hecho saber que hoy tenemos a alguien especial entre nosotros —empieza el presentador, y me vuelvo hacia Aria, alarmado. Ella lanza una mirada de advertencia al resto de sus amigos, pero varios se encogen en señal de incomprensión, confundidos. Addie sonríe con picardía—. Aria Simmons, nuestra estrella de Worcester, está hoy aquí y se ha presentado voluntaria para deleitarnos con su voz. ¡Un fuerte aplauso para ella!

Me río cuando caigo en que su hermana lo ha orquestado todo para que sea la primera en coger el micro. Aria parece darse cuenta de lo mismo a la vez que yo, porque fulmina a Addie con la mirada mientras se levanta de la silla, completamente confiada en sus capacidades para asumir el reto. Nuestro grupo silba y el resto del bar aplaude con más energía de la que se esperaría, por lo que intuyo que no es la primera vez que canta aquí.

Mi chica del pelo de colores se dirige al escenario con paso seguro y le dice al camarero qué quiere que le ponga en la máquina del karaoke antes de subir y ajustar el pie de micro a su altura con movimientos seguros. Trago saliva, pues no esperaba lo mucho que me afectaría verla ahí arriba. Lo que sentí en el estómago al oírla cantar en esa prueba de sonido en el escenario de mi concierto no es nada en comparación con lo que siento al ver la seguridad que exuda y lo mucho que me atrae la forma en la que sonríe al público con los focos apuntándola.

—Hola —saluda, y yo arrastro mi silla hacia delante, casi como si pudiera pegarme al escenario—. Algunos ya me conocéis, porque venía a este bar muy a menudo cuando vivía en este pueblo, pero, para los que no me habéis visto nunca, me llamo Aria Simmons y soy cantautora. ¡Espero que os guste!

Aria agarra el micrófono y yo observo con avidez y curiosidad, esperando descubrir qué canción ha escogido. Mi sonrisa se amplía y los aplausos resuenan por el bar en cuanto la gente reconoce los primeros acordes de guitarra de la versión karaoke de «Sweet Child O' Mine», de los Guns N' Roses. Se me acelera el corazón cuando empieza a cantar los primeros versos con su voz rasposa, pero increíblemente afinada, y aplaudo animado, siguiendo el ritmo de la canción. La gente se pone de pie y algunos incluso bailan, y veo más de una boca abierta ante los malabarismos vocales de mi chica. Su técnica es impecable y cualquiera diría que es ella la que se pasa horas y horas entrenando su canto con una *vocal coach*.

Siento orgullo al oír a alguien con tanto talento y es que, aunque hemos estado componiendo durante meses, nunca he tenido la oportunidad de oírla cantar en todo su esplendor y verla en acción. Aria se mueve con confianza por el pequeño escenario, con la misma naturalidad con la que me muevo yo por las plataformas de los

estadios que lleno cada semana, e interactúa con el público mirando a unos y a otros de forma individual para mantener su interés, aunque no necesita de ninguna de esas técnicas para eso. Su modo de moverse y su energía son del todo hipnotizadores y no hay una sola persona que sea capaz de apartar la vista de ella; desde luego, yo no. Sigo preguntándome cómo es posible que sea la misma chica que anoche me decía que no gira cabezas y no llama la atención, pues, ahora mismo, entre el rojo de su pelo, los tatuajes, los focos, sus movimientos confiados, la canción que ha escogido y su dominio absoluto de las diferentes técnicas de canto, puedo decir que Aria Simmons es, sin duda, la chica más sexy que he visto en mi vida.

Cuando llega el solo de guitarra, ella menea el pelo y se ríe, despreocupada, antes de terminar la canción con la repetición del último verso, haciendo alarde de unas piruetas vocales increíbles, subiendo y bajando la potencia de su voz a voluntad sin perder el control una sola vez, y manteniendo el vibrato de manera magistral hasta la última nota. El público aplaude y ella sonríe con repentina timidez, como si no hubiera dado un *show* de nivel profesional. Después de dejar el micrófono en su soporte, se dirige a la mesa y todos sus amigos la felicitan y la abrazan, pero yo solo puedo mirarla, alucinado. Cuando consigo salir de mi trance, me levanto y la abrazo tan fuerte que sus pies dejan el suelo.

—Eres increíble, Hoyuelos —le digo con franqueza, y ella sonríe de oreja a oreja.

—Gracias, Mav —contesta en tono suave mientras volvemos a sentarnos—. Significa mucho viniendo de ti.

—Es la verdad —le aseguro.

Su sonrisa se vuelve tímida y mi corazón se salta un latido. Apoyo el brazo en el respaldo de su silla y jugueteo de manera ausente con la punta de sus mechones rojos. De repente, me doy cuenta de lo

importante que es ella para mí y la tristeza me sobrecoge al pensar que mis dos personas favoritas del mundo no se conocerán jamás.

—¿Estás bien? —pregunta Aria, posando una mano en mi rodilla con gesto de preocupación.

Algún otro valiente se ha subido al escenario y está destrozando los acordes de una canción pop actual. Yo me vuelvo hacia mi chica y suspiro.

—No lo sé —confieso—. Estaba pensando en cuánto le gustaría a Owen estar aquí. En cuánto me gustaría que lo conocieses.

—Lo conocí —susurra ella con suavidad, y yo la miro asombrado.

—¿En serio? ¿Cuándo?

Sé que yo recordaría haber visto a Aria antes. Lo recordaría. Alguien como ella es imposible de olvidar.

—En una fiesta, en Nueva York —me explica, y sus ojos parecen nublados, como si estuviera en otro sitio, o, mejor dicho, recordando otros tiempos—. Fue después de mi primera colaboración con un cantante de los grandes y no conocía a nadie, así que me pasé la mayor parte de la noche en un rincón, nerviosa. —Una leve sonrisa se extiende por sus labios—. Owen fue el único que se acercó a hablar conmigo en toda la noche. No hablé con nadie más.

Siento un pinchazo en el pecho, como si alguien me estrujase el corazón, y, si Dios existe, no sé si odiarlo por quitarme a alguien así o agradecerle que, al menos, se pudiesen conocer.

—Él era así —le digo con una sonrisa agridulce—. Dios, lo echo tanto de menos... Me encantaría poder decírselo.

—Hazlo —responde ella, y la miro con el ceño fruncido, pero ella se limita a señalar el escenario con un gesto de la cabeza—. Hazlo como lo has hecho siempre: con la música.

Yo me quedo muy quieto. Primero abro la boca para negarme, pero no lo hago, no puedo. Su canción y su voz han dado un chute

de energía a mis venas y una electricidad me recorre el pecho, una que hacía mucho tiempo que no sentía, tal vez incluso desde que cantaba con él en los escenarios manchados de birra derramada de los bares de Nashville, intentando hacerme un nombre, puede que desde esos primeros conciertos, en los que pasamos de llenar salas a estadios y nos emocionaba ver cómo las entradas cada vez se vendían más rápido. Aria me lanza una mirada de preocupación, pero yo le sonrío de forma débil, y antes de que me dé cuenta estoy de pie y caminando hacia el escenario, casi como si mis piernas tuvieran voluntad propia, y es que, por una vez, quiero disfrutar del momento. Quiero compartir eso con ella sin tener que pensar en quién soy ni en qué va a pasar, y quiero vivir, como no lo estoy haciendo desde que Owen murió. Esa misma electricidad que me recorría cuando ella ha terminado de cantar vuelve con más fuerza y siento que necesito sacarla, así que, por primera vez en mi vida, me dejo llevar. El responsable del karaoke parece tardar unos segundos en reconocerme, pero, cuando lo hace, se queda en shock y me acerca el micrófono sin decir nada. Yo le indico qué canción quiero cantar y trago saliva, repentinamente asustado, vulnerable.

—Hola a todos —saludo con una extraña incomodidad—, tal vez algunos me reconocéis. Soy Maverick Sutton, cantante de los Trailer Trash —me presento; aunque soy muy consciente de que es algo bastante redundante la mayor parte de las veces, eso no significa que no pueda mostrar educación básica. Se oye un murmullo generalizado y veo más de un móvil encender el *flash* de la cámara con rapidez, como si fuera a desaparecer de un momento a otro—. Hace un año, diez meses y diecinueve días que mi mejor amigo y compañero de grupo murió en un accidente de coche, y la verdad es que yo sigo sin saber cómo asimilar eso. La canción que cantaré ahora es «How Do I Say Goodbye?», de Dean Lewis. Es una canción

sobre un hijo que pierde a su padre, así que me tomaré la libertad de adaptar algunas partes de la letra. Espero que, estés donde estés, esta canción te llegue, Owen. Allá va.

Cierro los ojos y empiezo a cantar esa letra que resume perfectamente cómo me siento. Canto sobre el momento en el que recibí la llamada de Etta diciéndome que Owen había tenido un accidente, canto sobre el momento en el que me di cuenta de que no volvería a verlo, canto sobre la duda y la incerteza que sentí, sobre el desequilibrio y la desubicación, sobre la sensación de encontrarse solo en un laberinto sin salida, canto sobre lo duro que es perder a alguien que ha estado a tu lado desde que tienes uso de razón, y sobre lo difícil que es decirle adiós y adaptarse a la nueva realidad de no tenerlo cerca. Porque ¿cómo vas a decirle adiós a esa persona que siempre ha estado ahí? ¿A esa persona que está en todos tus recuerdos? Canto sobre la sensación de incomprensión, y termino la canción prometiendo que cuidaré de su madre y que no dejaré que se sienta sola.

Cuando suena el último acorde y abro los ojos, están llenos de lágrimas que no dejo caer, y se hace un silencio sepulcral en el local. Me tiemblan las manos cuando las aparto del micrófono y veo a más de uno emocionado cuando el bar explota en aplausos. Trago saliva y mi mirada busca la de la única persona que me ha hecho sentir vivo desde que perdí una parte de mi alma. A su lado, Addie está llorando a moco tendido, pero yo solo miro a Aria, que está de pie al lado de la mesa, con los ojos húmedos y una mano en el pecho, como si estuviera intentando mantener el corazón en su sitio. Siento las extremidades de gelatina, pero me alejo como puedo del micrófono, intentando ignorar los cuchicheos que han vuelto a recorrer la sala. Acabo de bajar del escenario cuando me la encuentro delante de mí y la veo saltando a mis brazos. Yo la agarro

en el aire y sus piernas se enrollan alrededor de mi cintura. Su cara se esconde en mi cuello y yo suelto una exhalación de alivio cuando oculto la mía entre su pelo. Después de unos segundos, me suelta la cintura y la dejo suavemente en el suelo, a regañadientes. Volvemos juntos a la mesa, de la mano, y Addie me abraza también con lágrimas en los ojos antes de volver a sentarse. Hay más de una cámara de móvil apuntándonos, pero nadie se acerca y yo no me separo de Aria.

—¿Cómo te sientes? —pregunta ella con dulzura.

Me quedo en silencio un momento, procurando analizar la maraña de sentimientos que me asaltan.

—Mejor —digo al final con sorpresa—. Más ligero.

Ella sonríe.

—Hay algo de lo que quería hablarte, pero no encontraba el momento —empieza a decir, y la observo con curiosidad—. Lo he estado pensando y hace semanas que creo saber por qué no avanzamos con la canción; ahora estoy segura de ello —añade, y yo asiento para que continúe, muy interesado en lo que tiene que decir —. Owen murió hace casi dos años, pero tú no has tenido tiempo de asimilar eso, porque no te han dejado exteriorizar tus sentimientos al respecto, ni siquiera cuando has vuelto a los escenarios. Has estado reprimiendo tus emociones, y creo que eso bloquea tu parte artística, la parte que se nutre de eso, y ha hecho que no te sintieras identificado con ninguna de las melodías que hemos estado creando. —Hace una pausa y yo doy vueltas a sus palabras, consciente de la verdad que hay en ellas. Cantar esa canción, que ni siquiera es mía, me ha hecho sentir más cerca de la música que todo lo que he estado haciendo estos últimos dos años, y estoy cansado de no poder componer lo que quiero—. Creo que nuestra canción, tu canción, debería ser un reflejo de cómo te sientes por dentro. De

cómo te sientes realmente. Debería ser sobre Owen, porque... —Inspira y echa una ojeada a su alrededor—. Porque ha sido una parte muy importante de tu vida y creo que la discográfica se equivoca al prohibir esa tristeza en tu música. Has perdido a una persona importante, y estás triste, y eso no debería ser algo que tengas que esconder.

Sus palabras sanan algo en mi pecho que hacía tiempo que me consumía. La miro como si la viera por primera vez y pienso que no sé qué habría hecho si no la hubiese conocido.

—Tienes razón —susurro, y después me aclaro la garganta—. Tienes razón —repito, con más firmeza. Aria me mira con algo de alivio, como si estuviera esperando que me enfadara con ella por tomarse la libertad de decirme lo que tengo o no tengo que cantar; nada más lejos de la realidad—. No me había dado cuenta hasta ahora, pero hace tiempo que no siento una conexión con mis canciones, que no siento la electricidad que he sentido esta noche al oírte cantar o al subir a ese escenario. —Mi chica del pelo de colores asiente, como si fuera algo completamente lógico o una conclusión a la que ya había llegado antes—. Creo que quedaron muchas cosas por decir. Y me da igual si a la discográfica no le parece bien —afirmo, percatándome de que es cierto. Si tengo que suprimir una parte tan importante de mi alma para hacerlos felices, no puedo seguir trabajando para ellos—. Cantaré para Owen en el último concierto de la gira —decido al final—. Acepté hacerla para homenajearlo a él, le puse ese nombre para homenajearlo a él, y es lo que tiene más sentido y lo que quiero hacer.

Ella sonríe.

—Pues vamos allá —propone, y se levanta de la silla para meterse el móvil en el bolsillo del pantalón.

—¿Qué? —pregunto—. ¿Ahora?

—Sí, ahora —contesta ella con una sonrisa—. Llevamos aplazándolo demasiado tiempo, ¿no crees? —El corazón se me acelera y vuelvo a sentir esa electricidad recorrerme el cuerpo. La que sentí cuando compuse nuestro primer *hit* de Billboard Hot 100. Me incorporo y ella sonríe de nuevo, como si pudiera leerme la mente—. Addie, Maverick y yo vamos tirando a casa. ¿Te acompañará Dean para que no vuelvas sola? —pregunta, siempre hermana mayor, y Adele asiente con despreocupación—. Sarah, lo siento, ha surgido un imprevisto y nos tenemos que ir ya. Muchas gracias por invitarnos —le dice a su amiga, y la besa en la mejilla a modo de despedida.

—Gracias a vosotros por venir —responde la morena—. ¡Será un cumpleaños que no olvidaré nunca!

Yo sonrío y le doy un abrazo.

—¡Adiós, chicos! Me ha encantado veros. —Aria se despide del resto con un gesto de la mano antes de agarrarme la muñeca y tirar de mí hacia la salida.

Andamos en silencio por el pueblo, cruzando miradas ocasionales, y contengo la necesidad de volver a cogerla de la mano, de volver a sentir su piel contra la mía. Sus mejillas se tiñen ligeramente cada vez que me pilla observándola, pero no puedo siquiera sentirme mal por ello, porque es preciosa. Llegamos a casa de Aria y me sorprendo al ver que no se encamina hacia la puerta principal, sino que me lleva por el jardín hasta el garaje que hay a un lado de la casa. Nos dirigimos a una puerta pequeña situada en el lateral y yo le lanzo una mirada de interrogación.

—Se me olvidó enseñarte esto cuando te hice la visita de la casa —me explica mientras abre la puerta con la llave.

—¿El garaje? —planteo, extrañado.

No soy muy fan de los coches, y ella lo sabe, así que no entiendo qué podría haber aquí que me pareciera interesante.

—Ya verás —contesta ella, y, efectivamente, cuando entramos lo entiendo todo.

En un lado del garaje está la moto que su padre estaba arreglando en el jardín ayer cuando llegamos, junto a una mesa con herramientas, pero, al otro, hay un ordenador con una mesa de mezclas, un controlador MIDI, un pie con un sencillo micrófono de grabación y todo tipo de instrumentos, entre ellos una guitarra acústica, una guitarra eléctrica, un teclado y una batería eléctrica.

—Tengo este pequeño estudio para poder trabajar desde aquí si vengo a visitar a mis padres y, bueno, a papá le encanta tocar algunos de estos instrumentos y grabar *covers* para su canal de YouTube, así que también es un poco suyo.

—Me encanta —comento con sinceridad.

Cuando pienso que es imposible que esta chica me guste más, descubro que su pasión por la música va tan lejos como la mía y que estoy equivocado.

—Estas últimas semanas he estado trabajando en una posible melodía —me cuenta en tono cauteloso, y yo la miro con asombro, porque es la primera vez que me lo menciona—. Es solo el estribillo y no tiene letra ni nada, pero estuve pensando en eso que dijiste.

Aria enciende el ordenador y toquetea la pantalla de su móvil para enviarse un archivo de audio. Antes de darle al *play*, me lanza una mirada cargada de duda, pero finalmente le da a la barra espaciadora y una melodía lenta, suave y emotiva empieza a sonar por los altavoces que hay a cada lado de la pantalla. La melodía cobra intensidad en un momento determinado y se me pone la piel de gallina. La música se para de golpe, es un simple fragmento, pero basta para que mis recuerdos de Owen me embarguen y tenga que

tragar un par de veces el nudo que tengo en la garganta antes de hablar.

—Es preciosa —comento con sinceridad. Ahora que he decidido ignorar las «sugerencias» de la discográfica, me siento mucho más libre para reconocer qué tipo de música querría escuchar y trabajar para mi próxima canción, algo que, durante estos meses, ha sido un problema que no conseguíamos superar—. Es justo lo que me imaginaría para él —añado—. Gracias por hacerme cantar esta noche y por hacerme entender que esto es justo lo que necesitaba. —Aria sonríe con suavidad, comprensiva—. Le he estado dando demasiada importancia a la opinión de la discográfica, o, tal vez, no he querido o no he podido darle importancia a la mía. Cuando Owen murió, entré en una especie de trance, un punto de *stand-by* en el que nada me importaba lo suficiente para luchar por ello, ni siquiera mi música, pero ya basta. —Mi tono se endurece—. Este *tour* ha sido un homenaje, y esta es la manera perfecta de terminarlo. Es lo que quiero, y me da igual si a Ted o a quien sea no le parece bien.

Aria asiente, orgullosa de mí, y advierto de nuevo ese cosquilleo de emoción que experimentaba al componer con Owen, al hacer mi música, cuando me sentía emocionalmente conectado con ella. Nos ponemos a trabajar en la melodía y Aria me pide que haga una lista de cosas que querría mencionar en la letra, de cosas que querría decir. De repente, es como si algo se hubiera desbloqueado en mí, y soy capaz de discernir lo que quiero de lo que no; en cuestión de tres cuartos de hora, tenemos una melodía terminada de casi cuatro minutos y, media hora después, una letra que se adapta a ella y que hace que se me cierre la garganta de la emoción. Con el equipo más rudimentario, grabamos una maqueta provisional para que no se nos olvide o se nos pierda algo y, cuando terminamos de escucharla, sé que lo hemos conseguido.

—Es esto, Mav —me dice Aria, y parece casi tan emocionada como yo. Me dan ganas de besar los hoyuelos que aparecen en sus mejillas—. Esto es un *hit*. Sé que lo es. Tuve el mismo cosquilleo cuando escribí... —Su voz se apaga, pero continúa con tanta fluidez que no me paro a pensar en sus palabras—. ¡Los fans lo fliparán! —exclama.

Yo sonrío de oreja a oreja y, por primera vez en muchos meses, desaparece el peso que me oprimía el pecho. Aria tiene razón y sé que esta canción llegará a muchísima gente, sobre todo a los que conocíamos bien a Owen. Será el final perfecto para una gira memorable y siento que por fin estoy haciendo algo digno de todo lo que mi amigo se merece.

Trago saliva y la miro, emocionado, y siento la necesidad de tocarla, de abrazarla, de sentirla cerca de mí y de mi piel, y, una vez más, me mata que no sea mía. Ella se levanta de la silla al ver la emoción en mi rostro y abre los brazos a modo de invitación, casi leyéndome la mente. Yo hago lo mismo y, antes de que cambie de opinión, la envuelvo entre mis brazos; su pequeño cuerpo se pega al mío con confianza y suspira feliz contra mi cuello. Acerco la nariz a su pelo, que huele a fruta y a esos productos químicos que últimamente me aportan tanto confort como el olor a menta de mis chicles, e inspiro su aroma hasta que mis músculos sueltan toda la tensión acumulada. La abrazo con más ímpetu y el corazón me late desbocado, a punto de estallar. Mi dura infancia y mi fama me han creado una coraza para protegerme de las intenciones del resto, pero con ella sé que puedo respirar, y, de repente, la seguridad de que estoy enamorado de Aria me golpea tan fuerte que casi me tambaleo, y la intuición de que perderla sería tan duro que no podría soportarlo hace que solo de imaginarlo me cueste respirar durante un momento.

—Está bien, Superestrella. Intentémoslo —dice en voz baja, apartándose un poco para mirarme.

Su boca queda a unos centímetros de la mía y tardo unos segundos en captar lo que encierran sus palabras. Mis ojos buscan los suyos, confundido, pero se limita a sonreír. Sube la palma hasta mi mejilla y se pone de puntillas para acercar nuestras caras, hasta que sus labios rozan los míos con la suavidad de una pluma. Después se aparta ligeramente, para observar mi reacción, como si pudiera ser otra que puro deseo. Yo exhalo, sorprendido por ese beso robado pero tan esperado, y me quedo muy quieto.

—¿Qué significa esto? —pregunto, intentando no hacerme demasiadas ilusiones, pero quiero pensar que ese roce habla por sí solo.

—Quiero estar contigo, Mav —afirma, y esa frase es como música para mis oídos; hacía tantos días que esperaba que las pronunciara que me estremezco de placer—. Ya me he cansado de alejarte.

Un gruñido extraño sale de mi garganta al oír eso y subo la mano hasta su nuca para atraerla hacia mí una vez más. Una oleada de fuego me recorre la columna cuando vuelvo a probar el sabor de su boca y tomo el control de ese beso hasta que sus labios se abren con un gemido y nuestras lenguas se encuentran. Mi cuerpo avanza, intentando encontrar una superficie en la que apoyarla para que esté a mi altura y poder besarla con comodidad, sin miedo de que se me doblen las rodillas de lo mucho que me tiemblan. Su cuerpo topa con el borde de la mesa en la que está el ordenador y aparta los papeles de mala manera con la mano sin dejar de besarme, mientras las mías bajan hasta sus muslos para auparla. Su trasero queda medio apoyado en el teclado mecánico y crea unas líneas de letras inconexas y repetidas en el procesador de textos que tenía abierto en la pantalla. Me desabrocha la camisa con dedos ágiles y mi mano

tiembla cuando vuelve a sujetar su mandíbula delicada. El pecho me sube y baja con la respiración descontrolada al sentir sus palmas en mi torso, sobre mis abdominales. La mano que tengo en su muslo asciende a su culo hasta que la pego bien a mi erección y ella se separa de mí para coger aire, con la respiración entrecortada también.

Tomo una bocanada de aire mientras bajo la boca hasta su cuello, pese a lo sobrevalorado que está el oxígeno, y beso, lamo y muerdo toda la piel que encuentro a mi paso, ebrio de los sonidos que salen de su boca. Echa la cabeza hacia atrás para darme más espacio y arquea el cuerpo para que su sexo quede pegado a mi erección. Mi chica del pelo de colores, completamente decidida a volverme loco y hacerme perder el poco control que me queda, se restriega contra ella, buscando fricción, y yo gruño mientras le agarro el trasero para acompañar su movimiento. Siento que estoy a dos segundos de explotar como un adolescente con su primera novia, pero hay algo en ella que saca mi lado animal. Tal vez sea la forma en la que entierra la mano en mi pelo y lo agarra con el puño para atraer mi boca a la suya, o la forma en la que después me tira del cinturón con urgencia, intentando desabrocharlo, como si fuese ella la que no puede esperar ni un solo instante antes de sentirme entre sus piernas, pero me tiene ido por completo. Tanto que tardo un par de segundos de más en darme cuenta de que están llamando a la puerta del garaje con un suave golpe de nudillos.

—Chicos, la comida está lista. Adele ha llegado hace un rato y nos ha dicho que cenabais todos aquí. —La voz de la madre de Aria suena a través de la puerta y los dos nos apartamos de golpe, con miedo de que entre y se encuentre con tremendo panorama, pero la mujer no lo hace y oímos sus pasos alejarse.

Ambos tenemos la respiración agitada por lo ocurrido y por la interrupción, y nos miramos en silencio un momento antes de echarnos a reír. Ella se ha bajado de la mesa, pero sigue apoyada en ella y tiene el pelo rojo revuelto y la camiseta de Metallica medio subida, lo que me deja entrever unos centímetros de su vientre. Mi risa se convierte en un gemido de dolor, pues estoy tan excitado que la erección se me clava en el pantalón, y que Aria baje la vista hasta ella no ayuda a mejorar la situación. Sus ojos se oscurecen, pero sonríe con picardía.

—Voy a tener que esperar un momento para salir —digo, constatando lo obvio, mientras me abrocho los botones de la camisa y vuelvo a metérmela en los vaqueros.

Ella se muerde el labio para no sonreír.

—Ya veo —susurra con voz áspera, y su mirada vuelve a repasar mi cuerpo con desfachatez.

Me acerco a ella como un depredador se acerca a su objetivo.

—¿Te resulta divertido? —pregunto, en fingido tono de enfado, pero ella no se amedrenta y me sonríe con suficiencia.

Siento el impulso de borrarle la sonrisa con un beso y mi corazón se salta un latido cuando me doy cuenta de que ya no me tengo que reprimir. Aria quiere estar conmigo, quiere intentarlo. Sé que no será fácil, pero haré lo que sea para tenerla en mi vida. Si algo me ha enseñado la muerte de mi mejor amigo es que hay cosas más importantes que el trabajo o el dinero; ahora ella es mi prioridad. Mi mano sube hasta su barbilla y beso de nuevo esos labios adictivos, dejando en ellos un pequeño mordisco de reprimenda. Sus manos se enredan en mi pelo y se pone de puntillas para volver a besarme. Estoy a punto de tocar sus labios con los míos cuando salgo del hechizo en el que me tiene y me aparto.

—Si continúas así, saldrás de este garaje en un par de horas, y tendrás que explicarles a tus padres por qué se te ha enfriado la cena —le advierto, sabiendo perfectamente que tengo cero autocontrol cuando se trata de Aria. Incluso cuando estas son las palabras que salen de mi boca, mis manos deciden acariciarle el trasero con voluntad propia. Ella suspira, desanimada, pero da un paso atrás—. Eres un peligro, Aria Simmons —le digo con sinceridad —. No debería tocarte hasta que salgamos de casa de tus padres. No es el lugar.

Ella pone los ojos en blanco.

—Ya veremos —replica con una sonrisa confiada. Yo gruño cuando se pasa su lengua lentamente por el labio inferior—. Te recuerdo que esta noche compartimos cama.

Alzo la vista al techo y resoplo, consciente de que será una noche muy larga.

—Anda, tira —le pido—. Dame un par de minutos e iré a cenar. —Su mirada baja una vez más hacia mi erección, que sigue casi igual que antes—. Nena —suplico—, por favor.

Ella sonríe, pero asiente. Me da un suave beso en el hombro cuando pasa por mi lado y se marcha sin mirar atrás, hipnotizándome con el movimiento de sus caderas.

Carraspeo e intento pensar en cualquier otra cosa que no sea ella y lo que ha ocurrido en este garaje o el hecho de que en unas horas se pondrá ese maldito pijama corto que le hace un culo espectacular.

Cuando tengo mis pensamientos bajo control, me uno a la familia con una excusa por mi retraso que no sé si alguien se cree y como en silencio, intentando asimilar que Aria y yo estamos en una relación e intentando ignorar el pie de ella que juguetea con mi pierna bajo la mesa. Después del postre, el sonido del teléfono de Aria interrumpe la cómoda conversación que habíamos entablado en

la mesa y todos la observamos con curiosidad cuando se queda mirando la pantalla con el ceño fruncido.

—Es un número desconocido —dice, extrañada—. ¿Sí? —Todos permanecemos en silencio, expectantes, y oigo unos murmullos, aunque no entiendo lo que dice la voz. Aria parpadea y sus labios se entreabren ligeramente—. ¿Qué? —Mi cuerpo se tensa y tengo un *flashback* de cuando recibí esa llamada fatídica de Etta después del accidente; el peor día de mi vida. Sus padres también fruncen el ceño, preocupados—. ¡N-no, no! —interrumpe ella a su interlocutor —. ¡Sí, por supuesto que estoy libre! ¡Me encantaría! —La voz parece animada al otro lado y mi preocupación por que sea una mala noticia desaparece—. De acuerdo. Está bien —continúa ella, y la forma en la que no para de moverse en la silla me dice que es algo muy bueno—. ¡Genial, muchas gracias! Vale, adiós. Gracias de nuevo.

Cuelga y no tengo tiempo de levantarme de la silla antes de que me salte encima y me abrace. Con una mano me agarro de la mesa para que no nos tumbe de la emoción y con la otra le rodeo la cintura. Aria suelta un chillido emocionado que me perfora los tímpanos y me aparto para mirarla, expectante.

—¡Era el responsable de Rockwood NYC! ¡Quieren que dé un concierto mañana! —exclama, y alzo las cejas de repente mientras una sonrisa se extiende por mi rostro.

—¡Hoyuelos, eso es increíble!

La abrazo con fuerza, contento. Rockwood NYC es una sala de conciertos de Manhattan en la que han empezado a tocar algunos de los cantantes más grandes del mundo, como Lady Gaga, y es el mejor escaparate para que te encuentre un ojeador de alguna discográfica grande, además de que va genial para darse a conocer.

—¡Lo sé! —responde ella, emocionada—. Al parecer les ha fallado un artista y han pensado en mí para ese hueco. Y es todo gracias a ti. —Sus ojos se suavizan al mirarme—. Me vieron en el programa de televisión y eso los ha llevado a un vídeo que alguien ha subido de la canción que he cantado esta tarde en el karaoke. ¡Al parecer está teniendo mucho éxito!

—Te aseguro que sí —dice Adele, enseñándonos la pantalla de su móvil. En ella se ve a Aria cantando la *cover* de Guns N' Roses y el vídeo tiene más de dos millones de «Me gusta»—. Me han empezado a seguir más de veinte mil personas en cuestión de horas.

—¿Lo has colgado tú? —pregunta Aria, alucinada, y su hermana solo sonríe.

—Te he dicho mil veces que tenías que hacerte una cuenta —responde a modo de «no disculpa»—. Solo necesitas que la persona adecuada te vea, Aria.

Mi chica del pelo de colores exhala y se levanta de mi regazo para abrazar también a su hermana con cariño. Sus padres la felicitan y la estrechan con efusividad, algo confundidos con la situación, pero entendiendo la importancia del momento. Mi corazón se llena y experimento casi la misma felicidad que cuando firmé para mi primer álbum. Si había alguna duda de que estoy enamorado hasta las trancas de esta chica, el orgullo que me embarga al ver cómo sigue luchando por sus sueños lo deja todo claro. Solo espero que ella sienta lo mismo que yo, o que, por lo menos, nos dé el tiempo suficiente para que sus sentimientos se pongan a la altura de los míos antes de que se termine el *tour*.



CAPÍTULO 23

ROCKWOOD NYC,
Nueva York,
NUEVA YORK

Aria

Tal y como prometió, Maverick se niega a tocarme en toda la noche, insistente en no mostrarse irrespetuoso con mi familia en la casa en la que me crie, y lo único que consigo —pese a la mirada ardiente que me lanza cuando me ve con el pijama y la evidente erección en su pantalón de rayas— es que me abrace y me bese el pelo castamente. Hablamos durante horas, pues al principio ninguno de los dos puede dormir por culpa del calentón, y mi mente vuela con nerviosismo al concierto que me han propuesto. Maverick me acaricia el pelo para calmarme mientras le cuento con ansiedad que no sé qué ponerme y relato las mil cosas que pueden salir mal, pero el síndrome del impostor y las dudas no parecen alcanzarme con tanta fuerza cuando estoy entre sus brazos, y al cabo de un rato me quedo dormida.

Para cuando nos despertamos al día siguiente, la actuación de Mav ya se ha hecho viral en internet y los vídeos que subieron los

presentes ya han dado la vuelta al mundo. Los fans de Trailer Trash sorprenden a Mav positivamente con un gran apoyo a su *cover* y muchas palabras de amor hacia el cantante fallecido, y una gran cantidad de famosos comentan en sus redes al respecto y vuelven a darle el pésame; entre ellos, Dean Lewis, el artista de la canción original, quien alaba con gran humildad la voz de Mav y esa nueva versión de su obra.

Lo que también se ha filtrado es el vídeo de después de la actuación, en el que yo salto sobre mi chico y nos abrazamos, lo cual ha dado aún más pie a todas las especulaciones que rondaban por internet sobre nosotros. Las pocas redes sociales que tengo están inundadas, a la mañana siguiente, de mensajes, menciones y comentarios de gente con la que había ido al instituto y con quien no he hablado en años, pero que prometen poder confirmar, gracias a nuestra íntima amistad, mi relación con el cantante.

—No te preocupes por eso. —Mav me acaricia la mejilla cuando ve que saco el móvil por enésima vez para borrar más notificaciones. Ya hemos llegado al aeropuerto y no sé si el nudo que siento en el estómago es por la incesante vibración de mi móvil o porque no quiero tener que separarme de él después de lo que ha ocurrido entre nosotros—. Se olvidarán de nosotros en cuanto confirmemos nuestra relación. Es solo un juego para ellos.

—¿Eso es lo que quieres hacer? —pregunto, nada opuesta a la idea, pero sin querer presionarlo.

Mav se para al lado del *jet* privado que ha aterrizado en el aeropuerto regional de Worcester y me mira con gesto preocupado.

—Haremos lo que tú quieras, Hoyuelos —contesta posando sus manos en mis mejillas—. Sé que no es fácil salir con alguien como yo públicamente. Iremos a tu ritmo. No puedo prometer que los

paparazzi y los fans no van a meterse en nuestra vida, pero puedo intentar protegerte un tiempo más si así lo deseas.

Siento un calor en el pecho al oír sus palabras y doy un paso hacia delante y me pongo de puntillas para depositar un beso suave en esos labios que saben a menta. Me separo un milímetro de ellos antes de volver a hablar.

—Dije que quiero estar contigo y lo mantengo —afirmo en voz baja antes de volver a besarlo con suavidad—. No me importa que el mundo se entere.

Maverick expulsa el aire de sus pulmones, aliviado, y sonríe antes de profundizar en el beso. El sabor de su lengua acariciando la mía hace que me estremezca, y solo el sonido de las aspas del helicóptero me saca del trance en el que me sumo cuando lo tengo tan cerca. Me aparto con dificultad y sonrío cuando mi pelinegro sigue depositando besos en mi mandíbula, incapaz de soltarme.

—Tengo que irme, Superestrella —le recuerdo.

Siento una opresión en el pecho al pensar que estaré separada de él por primera vez en meses, pero sé que no puedo dejar mi carrera de lado solo porque vaya a echarlo de menos; eso no me haría feliz.

Mav me suelta con un último beso en los labios y una mirada de arrepentimiento.

—Ojalá pudiera ir contigo —dice, y capto la franqueza en sus palabras—, pero, si no vuelvo con el equipo, mi hermana me matará; está cabreada por mi vídeo del karaoke. Tengo que hablar con ella y decirle que no pienso seguir más las órdenes de la discográfica. No es sano. Además, también debo contarle lo de la entrevista que le concedí a Addie, para ver si me da permiso para publicar la información que le concierne.

—Lo sé, no te preocupes. —Suspiro. Entiendo perfectamente que él también tiene responsabilidades que no puede saltarse, aunque

eso no quita que me encantaría que estuviese conmigo esta noche; aún quedan nueve horas y ya estoy nerviosa por mi concierto—. Además, tienes que prepararte para tu concierto de hoy —le recuerdo.

Él asiente, con una sonrisa pequeña. He visto los cambios de estas últimas semanas y sé que ya no sufre los ataques de ansiedad que tenía al principio del *tour*. Ahora tiene ganas de subirse al escenario, algo que está disfrutando una vez más, pese a la ausencia de Owen a su lado.

—Intentaré llegar a tu actuación, aunque sea a las últimas canciones —me promete con gesto culpable.

Yo sonrío con dulzura.

—Mav, es solo un bolo. Habrá más —le digo con sinceridad, pues sé que es capaz de venir corriendo con el *jet* para llegar a tiempo después de estar saltando y bailando por un escenario durante tres horas seguidas—. Puedes quedarte en el hotel y descansar; estarás destrozado.

—Me da igual —replica, decidido—. No pienso perderme tu primer concierto. Estaré allí, aunque tenga que ir arrastrándome por el suelo —declara, y sé que lo dice muy en serio. Suelto una risa, lo abrazo y apoyo mi cabeza en su pecho musculoso—. Llevamos menos de veinticuatro horas saliendo y ya siento que te estoy fallando —añade en voz baja, y yo levanto la cabeza de golpe con seriedad.

—Eso no es cierto —sentencio, contundente, para que me escuche. Con la mano en su mejilla lo invito a mirarme a los ojos—. Has estado ahí para mí desde mucho antes de que te diera una oportunidad. Si queremos estar juntos, tendremos que aceptar que ambos tenemos un trabajo y responsabilidades que no podemos dejar de lado cuando nos apetezca. Yo lo entiendo y no te lo

reprocharía nunca —afirmo, rotunda. Maverick asiente, con una pequeña sonrisa en el rostro, y vuelve a abrazarme contra su cuerpo. Mi mirada se desvía hacia el piloto de helicóptero, que espera pacientemente a que me despida de mi novio. Sonrío al pensar en esa palabra—. Ahora sí que tengo que irme —añado, alejándome de esos brazos fornidos en los que podría pasar el resto de mi vida. Me río mientras me coloco un mechón de pelo rojo desteñido tras la oreja.

Maverick asiente y se mete las manos en los bolsillos de los vaqueros mientras observa cómo me subo al helicóptero que me llevará a Manhattan. Cuando ya estoy sentada y ya me he puesto el cinturón, me tomo un último segundo para contemplarlo; esa intensidad que tanto me inquietaba al principio parece haberse multiplicado por mil en las últimas horas, y siento su mirada sobre mí como una caricia. Una sonrisa pícara se extiende por su rostro, como si pudiera leerme la mente y supiera que estoy deseando volver a lanzarme a sus brazos. Se saca una mano del bolsillo y se despide agitándola, gesto que yo imito con pesar mientras el helicóptero levanta el vuelo y hasta que lo pierdo de vista.

En una hora he aterrizado en Nueva York y un coche me viene a buscar al helipuerto para llevarme al Four Seasons, el hotel en el que me quedaré esta noche después del concierto. El día se me pasa con una lentitud agonizante y ni siquiera puedo distraerme con las redes sociales o con internet, por miedo a ver mi cara reflejada en alguna noticia inventada que me ponga aún más nerviosa. Después de comer, decido darme una ducha relajante y cambiar mi pelo desvaído por otro de mis colores favoritos: azul eléctrico. El color de la confianza y la lealtad, el color del océano y del cielo, y también el color al que recurro cuando necesito sentirme infinita, poderosa e inalcanzable, cuando necesito seguridad en mí misma. Y nada

requiere más confianza y seguridad que el primer concierto de mi carrera, un día que recordaré toda mi vida y una oportunidad que no puedo desaprovechar; mi actuación tiene que ser irreprochable.

Tras envolverme con un albornoz, suena el teléfono de la habitación y en recepción me avisan de que tengo visita. Me visto con lo primero que encuentro y me seco el pelo como puedo con una toalla que enseguida queda manchada de azul. Cuando bajo al vestíbulo y el recepcionista me señala el parking del hotel, no entiendo nada, o por lo menos hasta que veo un enorme autobús del *tour* y a la mitad del equipo técnico de Maverick bajar de él, cargando cables y material de audio, y también a algunas de las chicas del equipo estético, cargadas con sus neceseres de maquillaje, secadores, planchas y tenacillas y arrastrando un par de percheros portátiles con ruedas de los que cuelgan unas perchas con fundas. Los ojos se me llenan de lágrimas, pero parpadeo rápido para no parecer una tonta. Me emociona enormemente que Maverick se haya acordado de lo nerviosa que estaba ayer por la noche cuando pensaba qué me iba a poner y que haya querido ayudarme a que me sienta un poquito más segura con mi aspecto en el escenario. Si no estuviese ya enamorada de él, sé que en este momento lo estaría.

—¿Alguien tiene que prepararse para un concierto? —pregunta Susie, la segunda al mando después de Renaud, el estilista jefe.

Yo la abrazo, agradecida, cuando ya está a mi lado.

—Mav ha pensado que te podría venir bien una mano. —Natasha me guiña un ojo antes de pasarme un brazo por la cintura con cariño.

—Nosotros solo estamos aquí para que no haya ningún problema técnico y todo vaya sobre ruedas —declara Jeff, encargado del equipo de sonido, en su habitual tono gruñón.

—Gracias a todos por venir —contesto con sinceridad—. Me vendrá genial vuestra ayuda.

—Ya lo veo —declara Susie, mirando el manojo de pelo azul, que sigue enredado después de la ducha—. ¡No se hable más! ¡A trabajar!

Jeff y el resto se quedan en el autobús, preparando el material, mientras que las chicas suben conmigo a la habitación y me ayudan a prepararme. Hablamos un poco de estilos y me enseñan los diferentes modelos que han escogido para mí. Nos decidimos por un top blanco corto y una camiseta de rejilla encima, de tirantes, que deja ver mis tatuajes, combinado con unos pantalones anchos y blancos que tienen muchos bolsillos y cremalleras a lo largo de la pierna y una gorra hacia atrás de color rosa pálido. El pelo azul me lo peinan con ondas suaves para darle volumen y terminan el *look* con un maquillaje agresivo y un *contouring* marcado. No es para nada la ropa que me pondría para ir por la calle, pero, desde luego, es un estilo muy de estrella del pop, y cuando me miro en el espejo casi no me reconozco, lo que lo hace todo aún más real y me pone aún más nerviosa de lo que estaba. El corazón me late desbocado y saco el móvil para hablar con Mav, pero cuando lo miro me doy cuenta de que es mucho más tarde de lo que pensaba y que debe de estar en el escenario desde hace más de una hora. Con todo, un mensaje me hace sonreír:

> Salgo en cinco minutos,
> pero quería decirte que
> estoy pensando en ti. Sé
> que lo harás increíble,
> porque eres increíble.
> ¡Enséñales lo que sabes
> hacer!

Vuelvo a guardarme el móvil en el bolsillo con manos temblorosas y voy con el equipo hasta el autobús del *tour*, en el que encuentro todo el material que podría necesitar y mucho más. Aparcamos detrás del edificio para que nadie vea el llamativo vehículo y entre todos descargan las cosas por la puerta trasera hasta dentro del club, en el que enseguida me encuentro con el mánager del local, con el que hablé ayer por teléfono y que me da la bienvenida con efusividad.

—¡Aria Simmons! —me saluda, como si nos conociésemos de hace tiempo—. ¡Qué maravilla! Gracias por venir.

Yo le devuelvo el abrazo con naturalidad.

—Gracias a usted por la oportunidad —respondo con humildad.

—¡Después de ver tu *cover* de «Sweet Child O' Mine» no pude hacer otra cosa que contactar contigo! —declara, y yo bajo la mirada, poco acostumbrada a los halagos—. Y cuando la relaciones públicas de los Trailer Trash me ha llamado esta mañana para avisarme de que iban a traer parte de su equipo técnico no podía creerlo. ¡No sabía que formabas parte del equipo de Maverick Sutton!

Yo sonrío, indecisa sobre cómo responder.

—Es algo bastante reciente —contesto, sincera—. Y no sabía que iba a mandar a mis compañeros. Ha sido todo un detalle.

Muy cierto. Un detalle que voy a pagarle en cuanto lo vea, si puede ser entre las sábanas.

—¿Y va a venir esta noche? —pregunta el mánager.

Sus ojos brillan como diamantes incluso en la oscuridad del bar y veo el símbolo del dólar en sus ojos.

—Lo dudo, tiene un concierto —contesto.

No quiero hacer promesas que no dependan de mí.

—¡Vaya, qué lástima! —exclama, visiblemente desilusionado. Seguro que ya se estaba imaginando la oleada de publicidad que eso le traería. El par de *paparazzi* que están en la entrada intentando pillar una foto mía por mi relación con Mav no deben de parecerle suficientes—. Bueno, eso solo significa que tendremos que encontrarte un hueco para que vuelvas a venir a actuar aquí, ¿verdad? ¡A ver si a la próxima se anima! —Yo sonrío con toda la naturalidad que puedo—. ¡Bueno, pasa, pasa! La sala se ha llenado en cuanto anunciamos que ibas a actuar. ¡El público te espera!

El mánager me hace un gesto para que lo siga y caminamos por un pasillo reservado que nos lleva a un lado del escenario. El equipo de Mav —mi equipo— me sigue de cerca, con las cajas del material técnico listo por si hay algún problema de sonido que solucionar.

Asomo la cabeza un momento y el corazón casi se me para cuando veo toda la gente que hay ahí embutida en una sola sala. El escenario es muy pequeño y está en una esquina, y, rodeándolo, el club está abarrotado de público que se pelea por mantener su espacio vital intacto. Se me acelera el pulso y me pongo nerviosa como nunca, pues soy muy consciente de que esto es muy diferente de cantar en el bar karaoke de mi pueblo con la misma gente de siempre. Mi mano va hacia mi móvil con urgencia, deseando llamar instintivamente a la única persona que conseguiría tranquilizarme en un momento así, pero me recuerdo que ahora mismo está ocupado y que no puedo oír su voz.

—Toma —me dice Susie al tiempo que me pasa un paquete de chicles de menta Trident. Yo le sonrío con agradecimiento e intercambiamos una mirada cómplice—. A Maverick le funciona.

—Gracias, Susie —le digo mientras me meto el chicle en la boca y tomo aire para tranquilizarme.

El sabor que tantas veces percibo en él me calma algo y exhalo e inhalo de forma periódica, intentando no perder la poca calma que me queda.

—Aria —Jeff se acerca a mí con una caja metálica pequeña, en forma de maletín—, Maverick nos ha pedido que te diésemos esto. —Deja el maletín encima de una mesa y desbloquea las hebillas—. Ha tenido a nuestros proveedores trabajando en esto toda la noche y parte de esta mañana para que estuviese a tiempo para tu actuación —me explica, y la respiración se me entrecorta cuando levanta la tapa.

En el maletín, casi escondido entre capas y capas de gomaespuma protectora, hay un micrófono profesional de color azul con un acabado mate y personalizado con mi nombre en un lateral. La visión se me nubla unos segundos por la emoción, pero parpadeo, negándome a estropear el maquillaje que tan maravillosamente me han aplicado las chicas. Cuando cojo el micro, compruebo que casi no pesa y una sensación de seguridad se extiende por mi cuerpo al saber que Mav confía en mí, al sentirlo tan cerca.

—¿Te lo conecto? —pregunta Jeff, completamente ajeno al emotivo momento que estoy viviendo y sacándome de mi mundo.

—¿Eh? Sí, perdona —respondo, y le acerco el micrófono casi a regañadientes. No quiero soltarlo; quiero tenerlo conmigo las veinticuatro horas del día, hasta cuando esté durmiendo.

Cuando el micro ya no está en mi mano, la noto extrañamente vacía, así que aprovecho este momento para mandarle un mensaje a Maverick, que sé que verá mucho más tarde.

Me tiemblan los dedos encima de la pantalla durante unos segundos, luchando contra la necesidad de decirle que lo quiero, que me vuelve loca y que nunca me había sentido así con nadie, pero no pretendo agobiarlo o hacer que salga corriendo ahora que

aún estamos averiguando lo que hay entre nosotros, así que mantengo mi mensaje simple para agradecerle que me haya permitido tener mi «momento de las medias de abejita». Cuando el mensaje está mandado y el micrófono está listo, hago una señal para que anuncien mi presencia en el escenario, y una especie de calma me envuelve, como si mi cuerpo quisiese recordarme que estoy justo donde tengo que estar. Repaso mi repertorio mentalmente y sonrío, con la tranquilidad de que todo son canciones que tengo más que dominadas. Algunos artistas vienen aquí a cantar sus temas originales, pero, con tan poca antelación, ya acordé con el mánager que iba a cantar solo *covers*, porque no podía preparar nada nuevo. Hacía tiempo que había perdido la inspiración de componer, desde esa fatídica noche en la que conocí a Owen Cox, y solo hace poco he empezado a recuperar las melodías que antes me rondaban por la cabeza. Hay una en concreto que en los últimos días no me deja en paz, y estoy deseando tener un momento para respirar y poder trabajar en ella.

Después de deshacerme del chicle, que ya no tiene sabor, camino hacia el escenario con seguridad, esquivando a los músicos que me acompañarán esta noche, y coloco mi micrófono en el soporte con una sonrisa tranquila. Hoy no voy a tocar ningún instrumento, pues prefiero empezar poco a poco y ya estoy demasiado nerviosa para querer abarcar de más. Veo más de un móvil grabando, pero me centro en establecer contacto visual con las personas que tengo delante. Me presento con una sonrisa y la gente aplaude con más entusiasmo del que esperaría por alguien que no ha salido del karaoke de su pueblo. Cuando los aplausos se apagan, comienzo a cantar la primera *cover* de mi repertorio, de nuevo, «Sweet Child O' Mine», de Guns N' Roses, a petición del mánager del Rockwood NYC, quien, tras el éxito inmediato que tuvo mi vídeo, dijo que su

única condición era que volviese a interpretarla. El público se entrega de lleno y siento la energía recorrerme las venas. Después de tantos meses viendo concierto tras concierto de un profesional como Mav, he aprendido algunos de sus trucos y me siento mucho más cómoda moviéndome por el escenario, imitando la forma en la que él ocupa el espacio hasta que el estadio es solo suyo. La gente aplaude cuando termino y yo sonrío, emocionada y con la respiración agitada. La adrenalina me recorre entera y exhalo antes de ponerme a cantar la siguiente canción.

Estoy en el primer verso de «Nothing Else Matters», de Metallica, cuando la puerta de la sala se abre y entra alguien que hace que se me acelere el corazón y que reconozco al instante. Maverick se camufla entre la gente, con unas gafas de sol y una gorra baja que le tapa la cara, pero se baja las gafas para establecer contacto visual conmigo. Yo sigo cantando, pero no puedo evitar que la sonrisa se expanda por mi rostro al verlo aquí, oculto entre las sombras para no robarme protagonismo en mi gran momento. Por culpa de las gafas de sol, no puedo ver bien su expresión, pero su sonrisa orgullosa y la manera en la que se alzan sus cejas cuando juego con el vibrato me dejan claro que se lo está pasando bien. A mí se me pasa el tiempo volando mientras encadeno una canción tras otra. Detrás de «Nothing Else Matters» suenan «Don’t Stop Me Now», de Queen; «Sk8er Boi», de Avril Lavigne; «Take Me to Church», de Hozier; «Creep», de Radiohead; «Dream On», de Aerosmith; «Rolling in the Deep», de Adele; «Every Breath You Take», de The Police, y, por último, «Shook Me All Night Long», de AC/DC, que me tiene saltando por el escenario y moviendo el pelo de un lado a otro. La gorra que llevaba cae al suelo a mitad del concierto y, para cuando canto la última canción, siento el sudor resbalar por mi nuca y la ropa pegarse a mi piel. La gente aplaude como loca y yo me

despido con un gesto de la mano, la respiración agitada y la adrenalina a mil por hora. Con una última mirada a mi novio, le hago un gesto sutil con la cabeza para que nos veamos en el *backstage*, un sitio al que sé que no tendrá ningún problema en acceder en cuanto el encargado de seguridad se dé cuenta de quién es. Cojo mi micrófono del soporte y lo primero que hago es guardarlo con infinito cuidado en el maletín acolchado.

El mánager del Rockwood me felicita completamente satisfecho con mi actuación y con la reacción del público, y me hace prometer que me pondré en contacto con él más adelante para volver a pactar otro concierto. Yo le respondo con entusiasmo, siempre lanzando miradas furtivas hacia la cortina que separa el *backstage* del público, esperando que mi cantante favorito la atraviese. Por suerte, para cuando mi chico la cruza, el mánager del club ya se ha ido y estamos solos, así que nadie oye el chillido de alegría que pego, gracias al grupo que está cantando ahora mismo en el escenario. De un par de zancadas, salvo la distancia que nos separa y él se quita las gafas de sol justo antes de que le salte encima. Maverick se ríe y sus brazos musculosos me cogen sin problema, pese a que no soy para nada ligera, y me da vueltas mientras le chillo al oído y empiezo a besarle la mejilla, la mandíbula, el cuello y cada trozo de piel que veo al descubierto. Él se ríe de nuevo antes de subirme aún más sobre sus abdominales y soltarme un muslo para agarrarme la barbilla y besarme en los labios. Un gemido se me escapa al sentir su lengua contra la mía y mis caderas se mueven sin poder evitarlo para frotarse contra él. Paso las manos de su cuello hasta su nuca y por su pelo, y la gorra se le cae al suelo sin que nos demos ni cuenta.

—Joder, cómo me pones —gruñe Maverick al apartarse de mi boca durante un segundo. Después vuelve a ella como un adicto y yo no

me quejo cuando la mano con la que me agarra sube por mi muslo hasta mi trasero. Vuelvo a gemir y él se separa de mí para dejarme en el suelo con un carraspeo—. Dios, me vuelves loco. —Se ríe, con las mejillas algo coloradas, y desvía la mirada hacia su equipo de técnicos de sonido, que acaba de entrar en la zona, sin ser conscientes de lo que han interrumpido. Cuando ya tenemos nuestro deseo algo más bajo control, me acaricia las mejillas con cariño y vuelve a besarme con ternura—. Has estado increíble. Tu voz ha estado afinadísima, tu actuación ha sido de diez y no tengo palabras para el repertorio que has elegido —me halaga, y sé que, viniendo de él, que trabaja en el mundo del espectáculo, no es cualquier cosa.

—Gracias por el micrófono, Superestrella —susurro con cariño, y mis ojos vuelven a humedecerse—. Me ha encantado la sorpresa y me ha encantado el regalo. Gracias por estar aquí y por haber estado a pesar de la distancia, incluso antes de llegar.

Él sonríe con la misma ternura, satisfecho con la emoción que seguramente detecta en mi voz, y me besa en la oscura raíz azul del pelo.

—No he sido solo yo —dice con humildad—. Ava ha estado haciendo llamadas toda la mañana para que parte del equipo pudiese estar aquí contigo.

—¿Cómo has llegado tú tan pronto? —pregunto con curiosidad, pensando en la logística. Él se rasca la nuca, incómodo—. ¿Mav?

—Hice que los *meet and greet* fuesen una hora antes del concierto y actué delante de los teloneros, que cantaron al final..., junto con una invitada especial que me hizo el favor de cerrar la actuación por mí —dice con las mejillas ligeramente rojas—. No quería decepcionar a los fans, así que me aseguré de que fuera alguien a quien les haría tanta ilusión ver como a mí.

—¿Quién? —pregunto, con los ojos muy abiertos.

—Taylor Swift. —Sonríe, y a mí se me desencaja la mandíbula.

—¡Mav! —me quejo, y le pego un manotazo.

—¿Qué? Pensaba que querías que viniese —suelta entre risas, pero yo sigo con mi fingido o no tan fingido enfado.

—¡¿Llevo casi cinco meses en ese *tour* y la única noche que no voy llevas a Taylor Swift como invitada?! —pregunto, indignada. Él se ríe—. Dime por lo menos que no le diste una entrada vip a Travis Kelce —suplico, y él se ríe de nuevo, pues sabe que soy fan de la pareja.

—Claro que sí —contesta entre risas—. Él me consiguió entradas para su partido de la Super Bowl, así que se lo debía.

—¡Mav! —protesto de nuevo—. ¡¿Me he perdido a Taylor Swift y a Travis Kelce?! —Mi grito es agudo y eso lo hace reír todavía más—. ¿Son tan adorables juntos como parece en los vídeos? Son adorables, ¿verdad? ¡No puedo creer que me haya perdido a Taylor! ¡Y a Travis!

—Pareces más triste por no haberlo visto a él que a Taylor —se burla Mav—. ¿Tengo que ponerme celoso? —bromea mientras me pellizca el costado.

—Eres idiota. —Me río.

—Bueno, basta de hablar de otros famosos. Hoy la estrella eres tú —dice él—. ¿Cómo te has sentido ahí arriba? —pregunta en tono orgulloso—. Quiero que me lo cuentes todo.

—¡Ha sido genial! —exclamo, dando saltitos—. Me he sentido como una cantante de verdad.

—Eres una cantante de verdad —me recuerda con el ceño fruncido, y yo pongo los ojos en blanco.

—Ya me entiendes. —Me río, y él hace una mueca, pero no me corrige de nuevo—. Me he sentido muy cómoda y me lo he pasado

de fábula. ¡Y toda esa energía! Dios, me sentía como si pudiese levantar un coche con mis propias manos.

Maverick se ríe.

—Eso es la adrenalina, Hoyuelos —me explica—. Te entiendo perfectamente. —Su sonrisa se vuelve pícara—. Y te aseguro que más de uno hemos sentido electricidad al verte allí arriba —añade en tono grave, mientras sus ojos se oscurecen—. Estabas supersexy. Eres supersexy —se corrige, y yo me muerdo el labio, pero no me amedrento y lo miro a los ojos al hablar.

—¿Sí? —le pregunto con confianza mientras paseo los dedos por su pecho, pasando por encima de la camiseta negra y ajustada de manga corta que lleva—. Tal vez puedas explicarme cómo de sexy estaba cuando lleguemos al hotel, Superestrella. —Sus ojos se encienden y suelta un gemido mientras echa la cabeza hacia atrás, como si lo estuviese torturando. Por su rostro cualquiera diría que sí. Decido darle un poco de tregua y dejar de acariciarle la clavícula mientras estemos en público—. ¿Puedes quedarte conmigo esta noche o tienes que volver a Pittsburgh para el concierto de mañana? —pregunto, decidida a no ser egoísta con su tiempo; ya demasiado feliz estoy de que haya llegado para la mayor parte de mi concierto.

—Puedo quedarme —responde él con una sonrisa, y sus ojos se convierten en un lago de lava cuando vuelve a hablar, muy cerca de mi oído—. Además —susurra con voz grave—, necesito toda la noche para lo que quiero hacerte en esa habitación de hotel. —Sus labios me rozan la oreja al hablar y tengo que cruzar las piernas para contener un fuerte cosquilleo. Cuando levanta la cabeza, me acaricia la mejilla con el dorso de la mano—. O podemos no hacer nada y nos quedamos toda la noche charlando —añade en un tono suave y con una sonrisa tierna—. No he venido con ninguna

expectativa, no me debes nada. Solo quiero estar contigo, del modo que sea.

Aunque aprecio muchísimo sus palabras, solo consigue que tenga aún más claro que ya he tenido suficiente con tantas interrupciones y tanta charla. Solo quiero estar con él y que no me quite las manos de encima hasta que salga el sol. Sonrío tiernamente con decisión y me acerco a sus labios para darle lo que piensa que será un beso suave en la boca, solo que, cuando se acerca, bajo la boca hasta su cuello y lamo poco a poco una línea de la clavícula hasta la mandíbula, algo que espero que responda a su pregunta. Cuando me aparto de él, tiene la boca entreabierta y sus ojos son de un color chocolate fundido, pero yo solo sonrío con picardía.

—¿Vienes o qué?



CAPÍTULO 24

HOTEL FOUR SEASONS,
Nueva York,
NUEVA YORK

Maverick

Los diez minutos de taxi se me hacen eternos, pero, por primera vez en casi dos años, no pienso en el vehículo en el que viajo, ni en las estadísticas de accidentes por carretera, porque solo puedo pensar en mi chica del pelo de colores, que me lanza miradas ardientes desde su asiento. Me acaricia el muslo por encima de los vaqueros por enésima vez y en esta ocasión tengo que agarrarla, porque siento que puedo explotar con un solo roce. Ella se muerde el labio, pero entrelaza nuestras manos y se vuelve hacia la ventana para darme un momento de respiro. Cuando el coche se para, le paso mi tarjeta de crédito al conductor y salto por la puerta en cuanto vuelvo a tenerla en la mano, lo que hace reír a Aria. Doy la vuelta al taxi con urgencia y le abro la puerta como un caballero —al menos de momento, porque en cuanto la tenga en la habitación seré de todo menos eso—, y ella me sigue con la mirada mientras baja del vehículo.

—¿Te resulta gracioso? —pregunto, y, de nuevo, vuelve a sacar en mí ese instinto animal de comerle la boca hasta que deje de reír.

Ella solo se muerde el labio y me lanza otra mirada antes de caminar hacia la entrada del hotel.

En el vestíbulo veo a un grupo de gente trajeada —la mayoría, hombres— que no pueden evitar comérsela con los ojos cuando pasa por su lado riendo con despreocupación, y yo no puedo culparlos, porque entre la ropa de escenario que lleva, el color azul del pelo, esas curvas y la forma en la que se pasea con confianza y con aire despreocupado hasta el ascensor, tengo claro que es la mujer más sexy que he visto en mi vida, aunque ella no quiera creerme. La sigo como hipnotizado por el sonido de su risa y las miradas que me va lanzando por encima de su hombro, y no salgo de este trance hasta que oigo una voz que pronuncia su nombre un par de veces.

—¿Aria? —Uno de los trajeados del grupo que acabamos de dejar atrás se aleja del resto y da un par de pasos inciertos hacia ella, que se gira con el ceño fruncido al oír un nombre que no es demasiado común—. ¿Aria Simmons? —pregunta de nuevo, y esta vez es evidente que no se equivoca de persona, así que ella se acerca con cuidado.

Yo me meto las manos en los bolsillos del pantalón y me quedo un paso por detrás de mi chica, dándole espacio para que pueda saludar al tipo al que, por su expresión de sorpresa, acaba de reconocer.

—¿Hermann? —pregunta ella, y, pese a su sonrisa, que denota duda, su ceño fruncido me indica que este encuentro no es una coincidencia tan agradable como cabría suponer.

Una ligera tensión se instala en el elegante arco de su cuello y en su espalda, y siento el impulso de ponerla detrás de mí para

protegerla de cualquier incomodidad, pero mi chica del pelo de colores no necesita que luche sus batallas por ella, así que me mantengo plantado donde estoy, inmóvil, sin perder detalle de esa interacción por si me pide que intervenga.

Escruto al tío con ojo analítico. Tiene nuestra edad y es muy rubio y muy pálido, y por el nombre intuyo que es alemán o de algún país nórdico. Es delgado pero bastante alto, y lleva un jersey fino de cuello alto que, con el calor que hace, solo puede significar que se intenta hacer el interesante. Me cae mal al instante. Él no se da cuenta de que estoy justo detrás de Aria, porque está demasiado ocupado repasándola con los ojos, sin ningún miramiento.

Mi chica sale de su estupor y se acerca para darle un abrazo tenso y distante, pero, por el modo en el que él le rodea la parte baja de la espalda con confianza, me queda claro que se conocen bien.

—Aria, qué sorpresa verte aquí —pronuncia el tío con un tono tan neutro que podría estar recitando un manual de frigorífico.

Aun así, su brazo no termina de liberarle la cintura, incluso cuando ella emite una risa incómoda, y me cruzo de brazos inconscientemente, conteniéndome para no apartarlo de mi chica a la fuerza. Ese movimiento no pasa desapercibido, o tal vez es porque, con los brazos cruzados, mis bíceps tatuados parecen del tamaño de su cabeza, pero el alemán carraspea y la suelta. Aria exhala, aliviada, y da un paso atrás, hasta que está casi pegada a mí, y yo no pierdo la oportunidad de descruzar los brazos y envolverle la cintura con la mano en un gesto posesivo. Ella pone su mano sobre la mía y noto que está temblando. No sé quién es este tío, pero cada vez tengo más ganas de sacarlo a patadas de aquí.

—Lo mismo digo —responde ella con una sonrisa plastificada—. Hermann, este es Maverick. Mi novio.

Esa etiqueta pronunciada con su voz y con esa naturalidad, como si llevásemos años juntos, hace que quiera sonreír de satisfacción, pero me muerdo el labio para contenerme y me contento con acariciar un trozo de su vientre a través de los agujeros de la camiseta de rejilla. Los hombros de Aria se relajan un poco ante el contacto y su cabeza se gira para sonreírme un instante antes de volver a la conversación. El tipo me mira con el ceño fruncido, pero no parece reconocerme. Sus ojos no pierden de vista la mano que tengo sobre ella.

—Un placer —responde él en tono de asco—. Soy el doctor Hermann Schulz, el ex de Aria —añade, como si fuese una información vital. Mis molares se chocan de lo fuerte que cierro la mandíbula, pero asiento—, aunque supongo que ya lo sabes.

—Me ha hablado de ti, sí —le digo con la voz tensa. Recuerdo la conversación que tuve con ella cuando me habló de su trabajo de investigación, y recuerdo que me habló del capullo con el que salió, el que la hacía sentir tonta y la dejó por una compañera de trabajo. Una «científica de verdad».

—¿Cómo está Johanna? —pregunta Aria con la misma sonrisa falsa de antes.

Desvía la vista hacia el grupo de hombres trajeados y entonces me fijo en una mujer rubia y delgada con rostro severo que está lanzando miradas de odio hacia nosotros sin ningún disimulo. Intuyo que es la pareja del capullo y me parece increíble que tenga la desfachatez de hablar con Aria después de dejarla por otra que está a pocos metros.

—Bien —responde Hermann con aire desinteresado—. Hemos venido a la conferencia del doctor Aaberg. El método CMTC aplicado a la neurociencia —explica, aunque nadie le ha preguntado—. CMTC viene de «Cadenas de Markov de Tiempo Continuo» —añade

pomposo, y aunque a mí me suena a chino, Aria se tensa aún más contra mi pecho y parece ofendida.

—Sé lo que es el método CMTC —le gruñe—. No hace falta que me expliques conceptos básicos de física. Te recuerdo que soy profesora adjunta en el MIT.

—En el Departamento de Música y Teatro, ¿no? —replica, y hasta yo capto el insulto en su voz. Siento grietas en las muelas de lo fuerte que estoy apretando la mandíbula para no hablar.

—Enseño Física —responde Aria en tono seco.

Hermann emite un sonido parecido a «hummm» que no sé interpretar, pero que suena igual de ofensivo que si le hubiera escupido en la cara. Cuando se gira hacia mí, cojo aire lentamente para canalizar toda mi paciencia.

—¿Y tú a qué te dedicas? —pregunta—. ¿También eres profesor de universidad?

Aria se tensa de golpe, y tengo que acercarla a mí para que se tranquilice. Sé que en el pasado me he mostrado sensible con el tema estudios, pero, con carrera o sin ella, le doy mil vueltas a este pardillo.

—No —respondo con tranquilidad—. Soy cantante.

—Por supuesto que lo eres. —Sonríe.

—¿Qué significa eso? —pregunta mi chica en tono agresivo.

Vuelvo a acariciarle el trozo de piel que tengo al alcance y ella acaricia mi mano.

—Nada —se defiende el alemán—, solo digo que encaja contigo. —Vuelve a girarse hacia mí—. ¿Has cantado algo últimamente que me pueda sonar?

Abro la boca para responder, pero Aria se me adelanta.

—Mav es cantante de los Trailer Trash —responde por mí—. Sé que vas de intelectual con tu música clásica, pero hasta tú has oído

hablar de ellos.

Sus ojos brillan con reconocimiento y entonces es él quien aprieta la mandíbula con fuerza. Tengo que controlarme para no sonreír, aunque veo en sus ojos que es demasiado orgulloso como para no tener la última palabra.

—Me suena de algo, sí —acaba pronunciando—. En fin, me alegro de que hayas encontrado a alguien que esté más a tu nivel intelectual. Estoy seguro de que tenéis conversaciones de lo más estimulantes.

Esta vez se pasa demasiado de la raya y estoy al límite de mi paciencia, pero antes de que pueda moverme Aria se aparta de mí y se planta delante de su cara con gesto amenazador.

—Escúchame, copito de nieve —empieza a decir asqueada, y ya de entrada se me escapa la risa—, aguanté tu trastorno de la personalidad narcisista durante siete años porque te conocí joven y no tenía el lóbulo frontal desarrollado, pero no pienso permitir que vuelvas a hablarme así y mucho menos a él —gruñe antes de señalarme con el pulgar—. Maverick tiene mil veces más inteligencia emocional que tu cerebro de guisante y te da tantas vueltas que esto parece la secuencia de Fibonacci. Además, no te preocupes por nosotros, que su lengua me estimula con conversaciones y de muchas otras formas que harían que te explotase la cabeza. —La cara de Hermann se pone morada y se me desencaja la mandíbula. Está tan sexy ahora mismo que no sé si reír o cogerla en brazos y llevarla a la habitación en volandas—. Y ahora, si nos disculpas, tenemos planes que no incluyen tu desmesurado ego. —Se gira hacia la mujer rubia que nos observa un poco más lejos y alza la voz para que la oiga—. Johanna, me alegro de verte. —Se vuelve de nuevo hacia su ex—. Disfrutad de vuestra conferencia y saludad al doctor Aaberg de mi parte —añade con confianza, empoderada,

antes de echarse el pelo azul hacia atrás y darse la vuelta para mirarme con una sonrisa satisfecha que me dice que ha sanado algo que llevaba años pesándole.

Yo le devuelvo la sonrisa, orgulloso, y le ofrezco la mano con la palma hacia arriba para que la entrelace con la suya. Ella sonríe y la toma sin dudarlo un segundo, y ambos caminamos hasta el ascensor de puertas doradas que nos llevará al piso en el que tiene la habitación.

—Dios, hacía tiempo que me moría por hacer eso —suelta cuando entramos en el ascensor, y, en cuanto las puertas se cierran, se gira hacia mí—. Y esto también —añade, y tengo un milisegundo para captar el fuego en su mirada antes de que me empuje contra el espejo del ascensor y me tire de la camiseta hasta que su boca está contra la mía.

Exhalo un gemido de sorpresa y después tomo el control del beso, dándonos la vuelta y colocándola contra la pared. El sabor de su boca me hace perder la razón y mis manos le acarician todo lo que tienen al alcance, desde sus muslos hasta sus brazos y sus pechos, hasta que siento su excitación a través de su camiseta y su respiración agitada. Cuando la puerta del ascensor suena en nuestro piso, apenas tengo un segundo para soltarla y taparme la entrepierna con las manos cruzadas, y ella se ríe con desfachatez cuando al salir del cubículo nos cruzamos con una pareja mayor que nos mira horrorizada mientras entra en él.

—Eres un peligro, Aria Simmons —repito mis palabras de ayer, cuando casi me hace perder el control en el garaje de sus padres.

Ella solo se ríe mientras camina por el pasillo enmoquetado hasta pararse delante de la puerta cincuenta y cuatro. Abre uno de los bolsillos de su pantalón blanco y saca una llave electrónica que desbloquea el mecanismo de la puerta. Se me acelera el corazón y

trago saliva mientras observo cómo se desabrocha los pantalones y los deja caer al suelo antes de mirarme por encima del hombro con una sonrisa seductora y seguir caminando hasta el centro de la habitación. Su trasero perfecto me llama mientras avanza hacia la cama con lentitud, con unas bragas blancas de algodón que solo le cubren media nalga y que no deberían ser tan sexis, pero que me tienen a punto de hiperventilar.

Decido en este momento que ya he demostrado suficiente autocontrol en los últimos días y me acerco a ella por detrás hasta agarrarla por la cintura. Le doy una vuelta en el aire hasta que sus piernas se enrollan alrededor de mi cintura y ella suelta un grito agudo de sorpresa, pero la sonrisa que se extiende por su rostro me dice que no le ha molestado para nada que la recoloque a voluntad. Mis manos van directas a agarrarle los glúteos, que, efectivamente, tal y como había predicho, no me caben en las palmas.

—Suéltame, peso mucho —dice riendo, y yo le respondo con un cachetazo en la nalga derecha que la hace exhalar de la sorpresa y temblar en mis brazos.

—No digas tonterías —gruño—. No pesas nada —le aseguro, y la subo aún más arriba para demostrarlo.

Su pecho queda a la altura de mi boca y le pego un lametón por encima de la ropa antes de lanzarla sobre la cama con poca delicadeza.

Su cuerpo rebota en el colchón y yo me relamo, repasándola sin ninguna vergüenza. Me ajusto el pantalón, que se me está clavando por todos lados, y sus ojos siguen el movimiento de mi mano.

—Eso parece incómodo —dice ella—. ¿No quieres quitártelos? —pregunta en fingido tono inocente mientras se apoya sobre los codos para mirarme.

Yo sonrío, pero niego con la cabeza.

—Si me los quito, esto terminará muy rápido —admito con sinceridad—, y antes quiero hacer una cosa.

—¿El qué? —pregunta, curiosa.

Tiene las piernas cruzadas, pero veo desde aquí la mancha de humedad en sus braguitas; se me hace la boca agua.

—Has halagado mi lengua en el vestíbulo —le recuerdo, señalando con la cabeza hacia abajo—. Pero no has tenido la oportunidad de comprobarlo. ¿Cómo sabes que no soy un desastre?

Ella se ríe.

—Intuición —contesta con una sonrisa satisfecha. Sus piernas vuelven a frotarse la una con la otra, buscando fricción—. Nadie que bese como tú puede ser un negado en eso. Aunque no me importaría una demostración... —añade en tono insinuante, y me paso la lengua por los labios antes de tirar de sus piernas hacia mí.

—Para eso están los novios —digo, pagado de mí mismo, y ella sonríe al oír la satisfacción en mi voz.

—¿Te gusta que te llame así? —plantea, sorprendida.

—Me vuelve loco —confieso, y es cierto. Solo de pensarlo me enciendo por dentro.

—Vaya, y yo que pensaba que los tíos odiabais las etiquetas y el compromiso —se burla ella.

—Eso debería decirte yo a ti —bromeo—. Con lo que me ha costado conseguir que me concedieses una oportunidad, aprovecho lo que pueda. —Aria se ríe y le tiro de nuevo de las piernas hasta que están abiertas para mí y me coloco de rodillas entre ellas. Su risa se corta de golpe y sus ojos ardientes siguen mis movimientos. Con una mano subo por sus costillas, arrastrando la camiseta de rejilla conmigo, y ella me ayuda a quitársela, y después el top corto, hasta que se queda con un sujetador blanco a conjunto con las braguitas. Me inclino hacia delante y dejo que mis labios beban de

los suyos un rato hasta que tiembla debajo de mí. Sus manos tiran también de mi camiseta y decido que no hay peligro si me la quito, algo que, evidentemente, reconozco que es un error cuando noto las manos de mi chica del pelo de colores paseándose por mis abdominales. Siento un tirón de deseo en ellos y la cremallera de los pantalones se me clava aún más—. Aún no —le digo, con la respiración a mil por hora.

Ella gime, para quejarse, pero la distraigo con la boca, besándole el cuello y lamiendo todo lo que encuentro a mi paso. La ayudo a incorporarse un poco para que se desabroche el sujetador, pero antes de apartarlo del todo me lanza una mirada tímida.

—Son pequeñas —me recuerda, como si la talla de sus pechos fuera a cambiar el hecho de que ahora mismo me pone tanto que podría correrme en los pantalones.

Yo hago un movimiento de cadera hasta que mi erección se pega a lo que hay entre sus piernas.

—Son perfectas —digo con seguridad, y cuando me las enseña no pierdo ni un segundo en tocar y lamer, pegando de nuevo mi erección a ella, buscando fricción inconscientemente.

—Mav... —gime, y yo le pongo la mano encima de la boca, porque si la oigo pronunciar mi nombre otra vez en ese tono esto se acabará antes de tiempo.

Bajo despacio, besando y lamiendo piel, hasta que mi cabeza se encuentra entre sus piernas. Lamo por encima de la tela de las bragas hasta que tiembla y decido que no me puedo permitir jugar con ella mucho tiempo más. Le quito las braguitas y le doy a la lengua, a un ritmo lento y circular, y después más rápido, llevándola exactamente por donde quiero, hasta que grita de placer y se corre.

—¿Y bien? —pregunto satisfecho cuando levanto la cabeza, secándome la boca con la palma de la mano. Ella aún está

recuperando la respiración—. ¿Lo bastante estimulante?

—Excelente —exhala, aún con el pecho agitado—. Aunque siempre hay margen de mejora. —Sonríe con picardía—. Tranquilo, te dejaré practicar.

Me río y vuelvo a subir hasta su boca para besar a la muy insolente. Me coloco entre sus piernas y ella alarga la mano hacia el primer cajón de la mesilla, donde hay una caja de condones nueva, recién abierta.

—¿Alguien estaba preparada para hoy? —pregunto, contento de no ser el único que se moría de ganas.

Ella se encoge de hombros, sin vergüenza.

—No iba a esperarme ni una noche más —declara antes de coger uno de los condones y acercármelo.

—Puede que la primera tanda dure poco, pero te lo compensaré en las próximas rondas —la aviso, con sinceridad y sin ningún complejo—. Este último par de años no han sido los mejores para mí, y hace bastante que no me apetecía estar con alguien..., por lo menos, hasta que te vi por primera vez.

Ella sonríe con timidez.

—Yo tampoco he estado con nadie desde que empezó el *tour* —me aclara, y, aunque no me debe explicaciones, sienta bien saber que no hemos estado con nadie desde que nos conocimos. Doy un par de besos posesivos en su cuello y me levanto de la cama para desnudarme y ponerme el condón—. Dios, qué bueno estás —gime al verme completamente desnudo por primera vez—. Por lo menos dime que te has hecho algún retoque estético para estar así de guapo —pide, y yo me río, halagado—. ¿La mandíbula, aunque sea?

—No tengo nada en contra de la cirugía, y menos si hace sentir bien a la gente, pero no es mi caso —le prometo, entre risas. Ella niega, como exasperada, pero vuelve a sonreír para que vea que

está bromeando. Me coloco entre sus piernas y beso su cuerpo hasta que su respiración vuelve a agitarse antes de enterrarme en ella—. Nena —gimo sin poder evitarlo al sentirla envolviéndome.

Un calor me recorre la columna y cierro la mandíbula con fuerza, decidido a aguantar lo máximo posible, aunque mi chica del pelo de colores me lo complique. El olor de sus productos de cabello me excita demasiado y sé que nunca había estado tan cerca de perder el control como con ella, aunque tampoco me extraña, porque todo con ella es diferente; más sabroso, más colorido, más intenso. Me muevo a un ritmo lento, intentando evitar que mi orgasmo me pille por sorpresa, pero Aria no parece estar de acuerdo conmigo.

—Más rápido —gime.

Yo gruño.

—Estoy intentando que dure —me quejo cuando sus piernas me envuelven la cintura para pegarme todavía más a ella, aunque no hay un solo centímetro de distancia entre nosotros.

—Quiero más —insiste, besándome el cuello.

—Aria, por favor —le suplico, pero ella se limita a morderme el cuello con agresividad antes de lamer la zona—. A la mierda —mascullo, y acelero el ritmo y la intensidad, tal y como me pide, hasta que está gritando de placer. Una gota de sudor me resbala por la columna vertebral y siento el cosquilleo que suele venir con un fogonazo y una oleada de placer que me arrastra y no puedo parar —. Aria —la aviso como puedo, y mi mano pasa de agarrar el cabezal de la cama a colarse entre nosotros para acariciarla entre las piernas en un intento desesperado de que se corra antes que yo. Y parece funcionar.

—¡MAV! —chilla, y, seguidamente, voy yo, que ya no me puedo controlar.

Mi cuerpo tiembla encima de ella durante un buen rato y tardo unos segundos largos en recuperar la movilidad de las extremidades. Aria exhala, satisfecha, y yo me levanto a tirar el condón a la basura antes de volver a tumbarme a su lado.

—Dios mío... —Suspira, y la miro con el ceño fruncido—. Si esta es tu versión desentrenada, no estoy lista para ti, Maverick Sutton —dice con una sonrisa, y me río.

Le pellizco el costado para hacerle cosquillas y ella se aparta antes de volver a lanzarse a mis brazos. Su pelo azul cae sobre mi pecho y mi brazo, y aprovecho para acariciarle la espalda. Ella suspira de nuevo, completamente en paz. Ese sentimiento que llevo reprimiendo estos últimos días vuelve a calentarme el pecho hasta que siento que voy a explotar si no le digo que la quiero, pero no me apetece asustarla con palabras tan fuertes la primera vez que hacemos el amor, así que me las trago. En lugar de eso, le deposito suaves besos por toda la piel, intentando canalizar mis sentimientos en algún tipo de gesto, aunque no sea verbal. Con el corazón lleno y tranquilo por primera vez en años, me dejo calmar por el olor de su piel y su latido constante, e intento luchar contra el miedo irracional de perder la primera cosa buena que me ha pasado en mucho tiempo. Porque si algo he aprendido es que Dios puede quitar tan rápido como ha dado, y no sé si sobreviviría a eso.

—¿En qué piensas? —pregunta Aria con dulzura.

Apoya la barbilla en mi pecho para mirarme, y yo me debato entre responder con sinceridad y mantener el ambiente alegre.

—En que me da miedo perderte —contesto al final.

Ella se incorpora un poco al oír mi respuesta, pero no deja de abrazarme. Estoy a punto de decirle que lo olvide y hacer una broma para cortar la tensión cuando su expresión se suaviza y, como siempre, me lee la mente.

—No me iré de tu lado a menos que me eches —me promete con una sonrisa preciosa, y me besa el pecho de nuevo.

Yo suspiro, extrañamente aliviado por sus palabras.

—Eso no sucederá nunca —le prometo a mi vez, con seguridad.

Ella sonríe pequeñito antes de volver a apoyar la mejilla contra mi pecho, pero no me mira a los ojos. Es evidente que no es consciente de la magnitud de mis sentimientos hacia ella si piensa que eso podría ser una opción, que podría dejarla ir.

Imposible. Sencillamente imposible.



CAPÍTULO 25

Q2 STADIUM,
Austin,
TEXAS

Aria

La entrevista que mi hermana le había hecho a Mav fue *trending topic* y se volvió viral en cuestión de hora y media. Ava no tuvo ningún problema en revelar su verdadera identidad una vez que leyó —con lágrimas en los ojos— el artículo que había escrito Addie, quien suplicó permiso para ser la primera en confirmar oficialmente en medios mi nueva relación con Maverick.

La atención mediática y el análisis exhaustivo de cada uno de mis movimientos se multiplicaron en cuestión de días, y ni siquiera Ava —con toda su experiencia como publicista de los Trailer Trash— fue capaz de controlar la reacción desproporcionada del público ante la noticia. Literalmente todo el mundo tenía una opinión sobre mi cuerpo, mi personalidad o mi forma de vestir y de peinarme, y también sobre si encajaba o no encajaba con el cantante de Trailer Trash. Durante las primeras tres semanas, se analizó cada uno de mis movimientos y se siguió cada uno de mis pasos, y los *paparazzi*

se mataban por sacarme una foto con Mav, que intentaba protegerme como podía de la locura generalizada. No ayudaba en nada que acabase de salir en internet el videoclip oficial de «Jaque mate» que grabamos en Los Ángeles y en el que me habían liado para participar como actriz. El videoclip había quedado increíble y muy auténtico, y no podía negar que me alegraba no tener que ver a Maverick con la modelo rubia que habían elegido originalmente. Había tenido muy buena acogida y, por lo general, el público había parecido encantado con la relación —a excepción de las cuatro psicópatas de turno que tenían la cara de Maverick pegada en cada centímetro de su habitación—, y Ava había gestionado la noticia de manera impecable, explicando en prensa que nos habíamos enamorado durante estos meses en los que habíamos estado trabajando en el nuevo tema, algo que no distaba tanto de la realidad, si bien obviaba toda la mala sangre que habíamos tenido antes del *tour*.

En los hoteles, habíamos dejado de reservar habitaciones distintas y el equipo se había acostumbrado enseguida a la nueva distribución, casi como si llevásemos meses saliendo, o como si ya se lo esperasen desde hacía tiempo. La locura se calmó un poco después del primer mes, pero yo ya había aceptado que mi vida no volvería a ser la misma. Ya no era Aria Simmons, profesora adjunta en el MIT y *computer musician*; ahora era «la que sale con Maverick Sutton» y, pese a lo mucho que había luchado por hacerme respetar en la comunidad STEM, era un título que llevaba con orgullo. A veces, cuando la culpa me podía, me planteaba cómo había sido posible que pensase que podía contar la verdad sobre mi canción sin que eso salpicase demasiado a Maverick o a los Trailer Trash, cuando la realidad era que, para ese entonces, no tenía ni idea del alcance al que llegaba la obsesión del mundo por el chico que me había

robado el corazón. Si hubiese dicho lo más mínimo, habría sido una escabechina de gente analizando cada segundo de las canciones de los Trailer Trash, intentando encontrar similitudes con otras canciones, y la cosa hubiese degenerado sin poder evitarlo.

—Pues nada, que estoy preñada. —Suspiro mientras me apoyo contra el asiento de cuero del *jet* privado.

Ava me lanza una mirada de pánico, es posible que gestionando ya mentalmente la emergencia en su cabeza, pero yo solo le enseño el *reel* conspiratorio en el que hay una foto de mí en la semana que tenía la regla y la consecuente retención de líquidos..., que ya tiene medio millón de comentarios de gente dando cosas por sentadas. La pelirroja se relaja y a mí se me escapa la risa por la nariz, pero Maverick me mira con preocupación.

—Estoy bien, Superestrella —le prometo, porque sé que se castiga por la forma en la que me ha puesto una diana en la espalda.

—Lo siento —repite por enésima vez—. Espero que se les pase pronto.

Yo le sonrío y me guardo el móvil en el bolsillo antes de entrelazar nuestras manos y depositar un beso en el dorso de la suya.

—Es un precio muy bajo que pagar por estar contigo —le digo con sinceridad, y lo miro a los ojos para que vea la verdad en ellos.

Maverick exhala y me pasa el brazo por los hombros para acercarme a él y besarme la frente.

—Estás llevando todo esto tan bien... Demasiado bien. Ni en mis mejores sueños pensé que alguien pudiese soportar esta presión con esa facilidad —comenta con admiración, y yo pongo los ojos en blanco.

—Es solo una décima parte de lo que tienes que aguantar tú cada día —le recuerdo—. Yo no les intereso tanto. Soy solo el juguete nuevo —añado—. Y, si quiero formar parte de la industria de la

música, tendré que acostumbrarme a eso, ¿no? Tarde o temprano iba a pasar.

Él no dice nada, porque sigue sintiéndose culpable, aunque sepa que tengo razón.

—No te merezco —pronuncia en voz baja, y, como siempre que dice ese tipo de cosas, siento el ácido de la culpa en el estómago. La culpa por todo lo que le oculto; todo lo que no podrá saber jamás.

—Soy yo quien no te merece —replico con seriedad, y él frunce el ceño preocupado.

Sonrío para quitarle hierro a mi comentario, que se ha pasado de intenso, y apoyo la cabeza sobre su hombro antes de ponerme los AirPods para escuchar música durante las casi cuatro horas que hay de California a Texas.

En las semanas que han transcurrido desde que Mav y yo empezamos a salir, el *tour* ha seguido con los conciertos en toda la Costa Oeste de Estados Unidos, y, aunque normalmente las ciudades se ordenaban por localización geográfica y proximidad, hay una por la que nos hemos saltado esa norma: Maverick quería que su concierto anual en Austin, su ciudad natal, coincidiese con la semana de la muerte de Owen, para poder estar con Etta y rendirle homenaje. Con la ayuda de su psicóloga y muchas horas de terapia —y después de permitirse la libertad de hablar de Owen, componer sobre Owen y llorarlo como debería haber hecho desde un principio —, Mav ha mejorado mucho en cuestiones de salud mental, pero a solo un día del aniversario de su muerte, hoy parece más que nunca el Maverick taciturno y triste que conocí hace casi seis meses, aunque intenta mantenerse cercano y de buen humor a mi alrededor para que no me preocupe demasiado por él. Sin éxito, por supuesto.

El bochorno y el calor de agosto en Texas me asaltan en cuanto bajamos del avión privado, y una gota de sudor me cae por la

frente, así que agradezco que el Four Seasons esté a menos de veinte minutos en coche del aeropuerto para poder ducharme. Mav y yo nos instalamos en la habitación y nos cambiamos de ropa para ir a visitar a Henrietta, que vive a solo unos minutos del centro de la ciudad, en un barrio residencial de lujo en el que Maverick y Owen le compraron una casa con el dinero que ganaron con su primer álbum. Owen le compró también una propiedad en Nashville y otra en Nueva York, en el Upper East Side, para que tuviese dónde quedarse cuando pasaban largos periodos de grabaciones en la ciudad, pero, al parecer, Etta ha preferido siempre Austin y dice a menudo que los neoyorquinos son unos «estirados adictos al trabajo». Roy y Javier, los guardaespaldas de Mav, nos hacen sombra desde que salimos de la habitación y nos conducen con un SUV alquilado hasta el barrio en cuestión, y Maverick no me suelta la mano en ningún momento.

Su rostro sombrío y pensativo se ilumina momentáneamente cuando ve a Etta saludando de forma animada con la mano desde la puerta de su casa —o, mejor dicho, de su mansión— en cuanto atravesamos la valla negra de metal que protege la propiedad. Mav y yo nos acercamos a ella de la mano, flanqueados por el par de guardaespaldas, y me quedo un paso por detrás para que puedan saludarse con tranquilidad. Mav me suelta la mano para abrazar a la mujer, que queda oculta entre bíceps y tatuajes, y no la suelta hasta pasado un buen rato. Ella traga saliva, pero sonríe de forma temblorosa, decidida a mantener su buen humor pese a las circunstancias.

—¡Mis corazones! —me chilla Etta al oído cuando me abraza—. Bueno, pasad, pasad —ordena, haciendo gestos con la mano—. Espero que tengáis hambre, he preparado la comida —dice mientras camina hacia lo que termina siendo una enorme cocina con comida en la encimera para alimentar a un regimiento—. ¿Cómo estáis? —

pregunta en general—. ¿Cómo llevas toda esta atención, mi niña? Espero que no se estén pasando mucho contigo —añade en tono comprensivo.

—Está todo bien, Etta —respondo con sinceridad.

—¿Y qué tal va el embarazo? —pregunta con una carcajada sarcástica, haciendo referencia a la misma noticia que he visto antes en Instagram. Yo me río—. De verdad, estos periodistas cada día inventan más cosas. Una ya no puede ganar un par de kilos sin que sea investigada por Seguridad Nacional —bromea, y yo asiento con efusividad, completamente de acuerdo con ella—. No les hagas ni caso, cielo. Estás guapísima. El pelo azul te sienta genial —dice con una sonrisa amable que hace que se le marquen las patas de gallo de manera adorable.

—Tú también tienes buen aspecto, Etta.

—No mientas, corazón. —Se ríe—. Tengo más ojeras que un mapache. —Ríe de nuevo—. Me cuesta dormir en esta... época del año. —Su voz se apaga poco a poco y Maverick le acaricia la espalda con cariño, con una mueca de comprensión—. ¡Y con este calor no hay quien pegue ojo! —exclama con una sonrisa algo forzada para volver al ambiente alegre de antes.

—Etta —la riñe Maverick con voz suave—, te dije que te comprases por lo menos un ventilador.

—No digas tonterías, muchacho —dice en tono desenfadado—. No hay necesidad de gastar en pijerías.

—No son pijerías si te ayuda a dormir —insiste Maverick—. Tenemos dinero de sobra. ¡Etta! —Ella pone los ojos en blanco y empieza a llevar la comida de la cocina a la enorme mesa que hay en el comedor y que está adornada con la mejor vajilla—. No sé por qué me molesto en discutir —gruñe Mav, y se saca el móvil del

bolsillo—. Voy a mandarle un mensaje a Ava para que se encargue de pedir una instalación de aire acondicionado para mañana.

Etta hace un gesto de despreocupación con la mano y yo contengo una sonrisa, divertida con la dinámica madre-hijo.

Comemos entre anécdotas y risas, y después Maverick se pasa una hora de reloj resolviendo dudas tecnológicas que tiene Etta sobre su teléfono móvil de última generación —otra «pijería» que Owen insistió en regalarle— con una paciencia infinita que hace que se me empañen los ojos.

Cuando ya hemos hecho la digestión, Etta nos hace una visita guiada por la mansión y me emociono al ver que tiene una habitación enorme dedicada a los Trailer Trash, con todos los tickets de sus conciertos, fotos, camisetas, *merchandising*, premios, trofeos y duplicados de los discos de oro y platino que han ganado sus dos niños. Y allí, colgadas de la pared y enfocadas con unas luces, dos guitarras firmadas y muy muy usadas.

—La primera guitarra de Owen y la primera guitarra de Maverick —explica la mujer con orgullo.

—Guau —exhalo, admirándolas sin tocar. Maverick se rasca la nuca con algo de vergüenza por ese pequeño museo dedicado a él, pero pasa un brazo por encima de los hombros de la mujer en agradecimiento—. Esto tiene que valer una pasta en eBay —bromeo, y ambos se ríen, pero Etta me mira con ojos húmedos.

—No las vendería jamás —declara, y yo le dedico una sonrisa triste. Etta sale la última de la habitación y apaga la luz con un suspiro antes de girarse hacia Maverick—. ¿Has ido ya a visitarlo?

Los hombros de Mav se tensan y yo frunzo el ceño confundida, sin saber a quién se refieren, hasta que lo entiendo y se me encoge el corazón. Mi mano busca la de él para darle seguridad. Los dedos de

Maverick me devuelven el apretón y veo su nuez moverse al tragar saliva.

—Aún no —responde en voz baja—. Pensaba pasarme antes del concierto de esta noche.

—Será mejor que vayas ahora, antes de que anochezca, entonces —le aconseja Etta con voz cálida y nada exigente. Maverick asiente y le da un beso suave en la frente antes de tirar de mi mano con suavidad—. Nos vemos en el estadio —se despide Etta con voz triste.

Yo le devuelvo la sonrisa mientras salimos de la casa y le digo adiós con la mano que tengo libre. Roy y Javier, que han estado apostados en la entrada de la mansión, nos siguen y nos abren las puertas del coche.

—¿Al hotel? —pregunta Roy mientras coge el volante del SUV.

—Al cementerio —responde Maverick muy serio.

Se hace un segundo de silencio en el coche y Roy asiente antes de empezar a conducir.

Maverick no me suelta la mano en ningún momento, pero tampoco abre la boca. Cuando el coche se para delante del cementerio de la ciudad, en las afueras, Roy da la vuelta al vehículo para abrirle la puerta a Mav, pero él no se mueve. Su mirada está perdida, fija al frente, y el guardaespaldas me mira, buscando que le diga cómo proceder.

—¿Por qué no nos dejáis unos minutos? —le pido con voz suave. Roy asiente, aliviado, y cierra la puerta antes de reunirse con Javier al otro lado del SUV. Me giro hacia Maverick, que sigue agarrándome la mano, sin decir nada—. ¿Mav?

No responde, así que me apoyo contra el asiento y cierro los ojos, dándole espacio. Pasa un rato largo, que podrían ser diez minutos o media hora, pero, finalmente, habla.

—Es la primera vez que vengo —susurra. Mis ojos se abren mucho de golpe y me giro hacia él para que vea que lo escucho. Sigue con la vista al frente, pero me quedo en silencio para animarlo a seguir —. Estuviésemos promocionando álbum nuevo o no, Owen y yo siempre dábamos un concierto en el estadio Q2 de Austin por Navidad, y pasábamos las fiestas con Etta, pero el año pasado lo cancelé, y el primero no hubo concierto por razones obvias; era todo demasiado reciente. Y Etta pasó sola la Nochevieja. Me odio por eso —dice en voz baja. Mis labios se separan, aunque reprimo la necesidad de llevarle la contraria y dejo que siga hablando, que lo saque todo—. Ni siquiera recuerdo dónde estuve yo por esas fechas. Seguramente borracho en alguna habitación de hotel —explica. Pese a que tengo el corazón en mil pedazos, no lo interrumpo—. Es la primera vez que estoy en Austin desde el funeral —continúa—, pero me fui antes de que... Ni siquiera he estado en su tumba. Soy un amigo de mierda —añade en voz baja.

—No, Mav. —Esta vez no me puedo contener—. Estás siendo injusto contigo mismo. Querías a Owen y él lo sabía. No pasa nada si no estabas preparado para volver aquí.

—Sigo sin saber si lo estoy —admite—. Solo de imaginarlo allí... — Le tiembla el cuerpo. Alargo los brazos hacia él, le rodeo los hombros con ellos y escondo la cara en su cuello.

—Chist —lo corto, acariciándole el pelo con la mano—. Escúchame —me aparto para mirarlo—, podemos dar la vuelta ahora mismo. Nadie te obliga a venir, Mav. Owen no te lo tendría en cuenta. Nadie te lo tendrá en cuenta.

Mav me mira con ojos brillantes, pero niega.

—No, tengo que hacer esto —exhala—. Me vendrá bien —añade, y yo sonrío débilmente, sin saber si intenta convencerme a mí o a él mismo—. ¿Estarás conmigo? —pregunta en voz baja.

—Siempre —prometo, y vuelven a brillarle los ojos antes de asentir despacio.

—Vamos allá —dice, y coge impulso para abrir la puerta del coche de golpe.

Yo salgo tras él y le acerco la mano en cuanto estamos ambos de pie. Javier se queda junto al coche, pero Roy nos acompaña, manteniendo una distancia prudencial, dándonos intimidad y espacio pero sin perdernos de vista. Caminamos en silencio por el cementerio, de la mano, sin prisa. Yo localizo la lápida antes y se la señalo a Mav, que coge aire y lo suelta lentamente antes de dirigirse hacia allí. En la piedra pulida se ve su nombre y apellido y una fecha, y, en la de al lado, el nombre de un hombre con el mismo apellido.

—Es su padre —me explica Mav, y recuerdo que el padre de Owen murió de un ataque al corazón—. Etta quiso que estuviesen juntos. Seguramente por eso nunca se ha alejado mucho tiempo de su casa en Clarksville. —Yo asiento y me fijo de nuevo en la lápida. Hay flores frescas en ella y deduzco que Etta ha pasado por aquí esta mañana. Maverick da un paso hacia delante y suspira—. No he traído flores —dice, mirándome con culpa.

Yo sonrío y rebusco en mi bolsillo hasta que encuentro lo que quería. Mav sonríe cuando ve el paquete nuevo de chicles Trident de menta y lo coge para dejarlo con cuidado sobre la piedra.

—Tómate tu tiempo —le digo en voz baja, apartándome un poco.

—No me sueltes —suplica él, y su mano se aferra a la mía.

—No me voy a ningún lado —le prometo de nuevo, y él asiente. Entrelazo nuestros dedos y apoyo la otra mano en su brazo, esperando en silencio.

—Hola, Owen —empieza a decir Maverick bajito. Se me eriza la piel de la emoción que oigo en su voz, pero guardo silencio—. Dios,

me siento idiota hablando solo —susurra Maverick al tiempo que se frota los ojos—. ¿Tú crees que se hace así? —pregunta, dudoso.

—No lo sé, Mav —respondo con sinceridad, acariciándole el brazo —. Haz lo que sientas.

Vuelve a girarse hacia la lápida.

—Hola, Owen —repite con la voz algo más firme—. Perdona que no haya venido antes. Te diría que he estado ocupado, pero la verdad es que tu partida nos ha dejado bastante tocados a todos. —Hace una pausa—. He estado un tiempo sin dar pie con bola, lo admito, pero, tranquilo, que ya he empezado a sacarme la cabeza del culo —bromea, y se ríe en voz baja, pero solo le responde el silencio—. Estoy haciendo un *tour* con el grupo en tu honor, como siempre insistías en hacer, aunque nunca te hicimos caso. Espero que te guste y te entretenga, estés donde estés —añade—. Este mes termina la gira en Norteamérica, y después viajaré por varios países a lo largo del planeta. —Se queda en silencio un momento. Yo trago saliva y pestañeo varias veces, intentando no llorar—. He vuelto a componer —susurra—. No se me da tan bien como a ti, pero creo que esta vez he hecho algo decente. Sobre todo gracias a Aria. —Posa la mirada en mí y luego vuelve a centrarla en la lápida —. Ah, se me olvidaba. —Tira de mi mano hasta que doy un paso adelante—. Ella es Aria —me presenta, y esta vez no puedo contener la lágrima que me resbala por la mejilla—. Me ha ayudado mucho estos últimos meses y... ahora estamos juntos. Sé que os hubieseis llevado genial. —Su sonrisa es dulce—. Tiene el mismo humor macabro que tú. —La sonrisa se amplía y lo veo secarse una lágrima con el dorso de la mano antes de inspirar. Yo intento tragar el nudo que tengo en la garganta, pero no lo consigo—. Dice que coincidisteis en una fiesta —continúa, con la voz afectada—. El mundo es un pañuelo, ¿eh? —Se ríe con lágrimas en los ojos—. Te

echo de menos, hermano. Cada puto día. —Las lágrimas caen por mi rostro y ya no puedo hacer nada para evitarlo, pero intento ser silenciosa para no interrumpir—. Tu madre está bien —asegura—. Es la mujer más fuerte que conozco. —Se le rompe la voz—. En fin, lo dicho. Siento no haber venido antes. Me pasaré más, ¿de acuerdo? —Acaricia la lápida—. Descansa, hermano. No la líes mucho allí arriba, que nos conocemos. —Mav se gira hacia mí y ambos nos secamos el rostro como podemos, sin soltar al otro—. ¿Vamos? —pregunta.

—¿Me das un segundo? —le pido con un hilo de voz—. Yo también quiero decirle algo. ¿Me esperas en el coche?

Él me mira sorprendido y algo extrañado, pero asiente. Me da un beso en la frente y le aprieto la mano antes de soltársela. Maverick camina hacia Roy, que también tiene los ojos sospechosamente rojos, lógico si tenemos en cuenta que lleva años con los Trailer Trash y conocía bien a Owen. Sigo a Mav con la mirada hasta que sé que ya no puede oírme y veo que se queda apoyado contra el coche, observándome. Me giro hacia la tumba y trago saliva.

—Hola, Owen —saludo yo también en voz alta—. Perdona que me tome libertades, no nos conocíamos mucho, pero he oído hablar tanto de ti que siento como si nos conociésemos de siempre. —Hago una pausa para ordenar mis pensamientos—. Sé que tal vez no entiendes qué hace Maverick conmigo. Seguramente has visto que no llegué con la mejor de las intenciones, pero te prometo que todo eso ya se ha terminado —le aseguro—. Solo quería decirte que... —inspiro— te perdono. —Trago saliva y una lágrima más cae por mi mejilla. Me la seco con rapidez—. No sé por qué hiciste lo que hiciste, pero quiero que sepas que ya me da igual. Ahora sé que no eras una mala persona y que, seguramente, no lo hiciste con mala intención o tenías un buen motivo, sea cual sea. Supongo que no lo

sabré nunca, y me parece bien, no me importa. —Asiento un par de veces para mí sola—. Gracias por todo lo que has hecho por Mav estos años. Lo has cuidado muy bien, amigo, pero ahora me toca a mí. Yo me ocupo, ¿vale?

Le doy un par de palmadas cariñosas a la lápida y me alejo algo más ligera, más tranquila con mi decisión y más en paz que nunca con lo que ocurrió. Camino hacia Maverick, que me mira desde su posición, apoyado en la carrocería. Ya no llora, pero sus ojos están igual de vacíos que cuando lo conocí, solo que, cuando me acerco y me paro delante de él, brillan de emoción una vez más.

—Te quiero —dice, y yo inhalo de golpe, sorprendida.

—Mav... —susurro, sin saber qué responder. Solo sé que acaba de vivir un momento muy duro y emotivo, y que tiene las emociones a flor de piel y, por un momento, me da miedo que solo piense que me quiere, que confunda sentimientos, que no sepa lo que dice, que no lo sienta de verdad. Su mano me acaricia el rostro y sonríe con tristeza—. Mav, yo...

—No hace falta que lo digas de vuelta —me corta, sin dejar de acariciarme la mejilla con el pulgar—, solo quería que lo supieras.

Me da un beso en la frente y abro la boca para decirle que yo también siento lo mismo, que llevo meses enamorada de él, pero, para cuando reacciono, ya se ha vuelto a meter en el coche y tengo la horrible sensación de que el momento ya ha pasado y de que he perdido la oportunidad.



CAPÍTULO 26

Q2 STADIUM,

Austin,

TEXAS

Maverick

El resto de la tarde transcurre en un abrir y cerrar de ojos. Entre pruebas de vestuario, luces y sonido, preparación vocal y *meet and greet*, Aria y yo no volvemos a tener un momento a solas hasta que estoy a nada de subirme al escenario. Aunque me siento mejor después de haber estado en el cementerio —pues es algo que venía pesándome desde hacía tiempo—, también estoy agotado mental y emocionalmente incluso antes de las tres horas de concierto, lo que solo me indica que esta noche va a ser brutal para mi cuerpo y para mi cabeza, y no ha ayudado para nada que justo hoy, de todos los días, se me hayan escapado las palabras que llevaba casi dos meses tragándome. Aria ha intentado hablar conmigo varias veces a lo largo de la tarde, pero yo me he asegurado de no quedarme a solas con ella mucho rato, pues no soy capaz de gestionar sus disculpas por no estar en el mismo punto que yo respecto a nuestra relación. No hay nada de lo que tenga que disculparse, pues es

completamente normal, y cualquier otro día, en cualquier otro lugar, incluso habría podido encajar eso con cierta elegancia, pero no hoy, así que me dedico a evitarla hasta que quedan cinco minutos para subir al escenario.

—Nos vemos luego —le digo en voz baja, dándole un suave beso en los labios.

Ella me lo devuelve, pero se inclina hacia delante, como si quisiera pararme. Al final deja que me vaya para no hacer esperar a los fans, y, no por primera vez, me maldigo por haber sido un bocazas, aunque no puedo negar que la imagen de mi chica del pelo de colores hablando con esa lápida como quien habla con un viejo amigo me ha llegado bien adentro.

Camino en silencio por debajo del escenario y me subo a la plataforma que me elevará hasta él, pero, antes de que se mueva, veo a mi chica con expresión preocupada y me doy cuenta de que estoy siendo injusto. Exhalo y alargo la mano hacia ella, un gesto que enseguida devuelve, y tiro de su mano hasta que está justo a mi lado para besarla en los labios una vez más, hasta que la plataforma sube demasiado y tengo que soltarla. Los fans chillan en cuanto los focos se posan sobre mí y yo sonrío, pese a todo, energizado por sus gritos y sus carteles. El estadio es mucho más pequeño de lo que estoy acostumbrado y, de hecho, muchos de mis compañeros prefieren no cantar en esta ciudad por eso, pero, aun así, se me hace demasiado grande y vacío sin Owen a mi lado. Rememoro lo mucho que habíamos soñado con cantar en un estadio como el Q2, por pequeño que me parezca ahora, y pienso en cómo eso, en ese momento, nos parecía la cúspide del éxito; a nosotros, que hemos llenado tres noches seguidas estadios como Wembley o cantado en la media parte de la Super Bowl.

Pese a la tristeza que me aletarga las extremidades, doy todo de mí durante el concierto y me centro en que la gente que ha venido, mi gente, se lleve el mejor recuerdo posible de esta noche. Entre canción y canción, hago pequeñas presentaciones del tema siguiente y, al contrario de lo que he hecho desde el inicio del *tour*, me tomo la libertad de hablar de Owen, de contar anécdotas, de rememorar historias..., y siento que nuestros seguidores comparten el sentimiento de una forma que hace que se me cierre la garganta varias veces. En uno de los cambios de vestuario en los que me bajan con el resto del equipo, le pido a Aria que le dé a Jeff la base de la canción que compusimos juntos, pues siento que este momento es el más adecuado para mostrarla al mundo.

—¿Estás seguro, Mav? —me pregunta ella—. Mi estudio de grabación no es un estudio profesional y la discográfica quería que esperases al último concierto de la gira en Norteamérica.

—Lo sé, pero quiero hacerlo ahora —insisto mientras termino de abrocharme los nuevos pantalones y una de las chicas de vestuario me echa laca en el pelo.

—Está bien —acepta Aria.

Le brillan los ojos de emoción, seguramente nerviosa por la reacción del público; yo no sufro, sé que les encantará.

Me subo una vez más a la plataforma y mis fans chillan al verme, como si no hubiese repetido el mismo vestuario en cincuenta conciertos diferentes. Me acerco el micrófono a la boca e inspiro hondo antes de empezar a hablar. Lo hago de Owen y de cómo su muerte me impactó mucho más de lo que dejé ver; se hace un silencio respetuoso en el estadio, por lo menos hasta que pronuncio las palabras «nueva canción» y los gritos se vuelven más fuertes de lo que he oído en todo el *tour*. Les explico que me parece especial y simbólico cantar esa canción en el primer estadio en el que canté

con mi amigo, que el tema que les mostraré hoy no es la versión oficial y que la acabamos de terminar, pero los chillidos y los aplausos son tan emotivos que sé que da igual si a la base le falta algo de calidad, porque mis fans lo apreciarán de todas maneras.

—Está bien, está bien, no os hago esperar más. —Me río emocionado al oír la algarabía—. Esto es «Chicle de menta» y es para ti, hermano.

Empiezo a cantar esa canción tan personal que relata cómo nos conocimos, y que habla de nuestra historia, nuestras peleas, nuestras bromas internas, nuestra complicidad..., nuestra amistad incondicional. Canto esa canción que tiene ese estribillo que hace que se me erice la piel cada vez que lo oigo. Como si no lo hubiese compuesto yo. Como si no hubiese salido de lo más profundo de mi alma.

Recuerdo recibir esa llamada.
Dijeron que no ibas a volver.
El mundo perdió todos sus colores,
y me ha costado volverlos a ver.

Ojalá poder salir de esta tormenta.
Dar marcha atrás en el tiempo y no dejarte ir.
Quiero que me ofrezcas tus chicles de menta,
quiero volver a verte sonreír.

El público llora a lágrima tendida. Tal vez porque piensan en Owen, o tal vez me entienden, porque ellos también han perdido a alguien que era parte de su esencia, pero el caso es que comparto con ellos mi pena, y ellos conmigo la suya, y nos curamos mutuamente mientras canto esa canción y las otras que nos unen.

Cuando el concierto termina, me quito los auriculares In-Ear, oigo al público sin bloqueo por primera vez en toda la noche y me siento algo más entero, más yo mismo. El equipo me da palmadas y abrazos en cuanto llego al *backstage*, y yo les devuelvo el gesto con agradecimiento por el apoyo silencioso.

—Has estado genial, Mav —me felicita Ava mientras envuelve mi cuello con una toalla para que me seque el sudor y me acerca un par de chicles de menta.

—Gracias, Avs —le contesto con cariño después de masticar.

Busco a Aria con la mirada y mi chica del pelo de colores me sonríe con ternura. Nos miramos sin decir nada, porque no hace falta, y ella se acerca a abrazarme. Inspiro su aroma en mis pulmones y lo mantengo ahí el mayor tiempo posible antes de exhalar.

Disfruto de la paz de su abrazo hasta que un alboroto fuera de mi camerino nos llama la atención y Javier se acerca a mí con rostro serio. Oigo la voz de Roy al otro lado de la puerta hablar en tono alto y amenazante, y la voz aguda de Etta chillar agitada, pero es la voz de la otra persona la que hace que se me hiele la sangre.

—¿Ahora qué? —se queja Ava, exasperada, antes de abrir la puerta del camerino.

Aria y yo la seguimos de cerca, con Javier a un centímetro de nosotros, por si tiene que intervenir.

Roy tiene agarrado del brazo a alguien que reconozco perfectamente, porque su rostro me devuelve la mirada cada vez que estoy delante de un espejo.

—Papá —saludo en tono neutro. Es lo último que necesito hoy, pero eso poco le importa a Tuck Sutton—. ¿Cómo estás?

—¿Papá? —susurra Aria, sorprendida.

Yo paso un brazo por sus hombros para tranquilizarla, o quizá para que ella me tranquilice a mí.

—Pues estaría mejor si le dijeras a tu perro guardián que me soltase —gruñe él de mala manera.

—Está todo bien, Roy —le indico con un gesto de la barbilla, y mi guardaespaldas, a regañadientes, suelta a mi progenitor. Es evidente que, si no fuese quien es, no habría siquiera llegado hasta la puerta de mi camerino.

—Te estoy vigilando —le susurra Roy a mi padre, demostrándole que es mi protector, y, una vez más, me siento afortunado de estar rodeado de esta gente, la familia que elegí.

El enorme escolta se acerca a mí y se sitúa a mi lado, el opuesto a su compañero, y yo le doy una palmada afectuosa en el brazo.

—¿Qué quieres, papá? —pregunto, queriendo ir al grano.

—¿Qué formas son estas de tratar a tu padre? —protesta él mientras se recoloca la camiseta—. Debería tener un pase especial y, en cambio, me tratan como si fuese un criminal. ¡Hasta he tenido que pagar la entrada!

—¿Ahora a poner el espermatozoide se le llama ser padre? —suelta Etta riendo con ironía.

—Tú, cállate, vieja entrometida —le espeta él, y pierdo la poca paciencia que me quedaba—. Siempre has metido las narices donde no te llaman.

—¡Eh! —grito, agarrándolo de la pechera—, a Etta no le hablas así —gruño, muy serio—. O la respetas o te largas.

Aria me acaricia la espalda, pero ha sido un día muy duro y tengo la mecha muy corta, y mi padre está jugando con fuego.

—No te preocupes, corazón. —Etta me separa de mi padre y yo doy un par de pasos atrás solo para que esté lejos de ese desgraciado.

—Tengo muy poca paciencia hoy, así que di a qué has venido y lárgate de una vez —pronuncio, cansado.

—¿No puedo venir a ver a mi hijo cantar? —pregunta, con una risa incómoda, y hasta los técnicos de sonido que observan por puro cotilleo ponen cara de incredulidad.

—No has venido a ver un concierto mío en toda mi vida —le recuerdo, y me da completamente igual, pero no me la cuela.

—¡Normal, si me hacen pagar la entrada! —se queja él. Yo pongo los ojos en blanco y me giro hacia Aria, a punto de decirle que nos vayamos al hotel, pero la mano de mi padre me agarra del brazo—. Espera, espera... —Roy da un paso amenazante hacia delante y él me suelta enseguida—. Necesito dinero —añade con muy poca vergüenza—. Me he metido en un lío, hijo. —Traga saliva—. Son gente peligrosa. Y-yo...

Exhalo, hastiado, y me froto los ojos.

Cuando los abro, veo la emoción en los ojos de mi chica y me avergüenzo de la familia de la que provengo. Bajo la vista al suelo, incapaz de sostenerle la mirada.

—Habla con Ava —le digo, sin levantar la cabeza—. Cuéntale de qué va el asunto y, si no es para consumo, te dará la cantidad que necesites.

Mi padre suelta un gemido patético, casi como si fuese a llorar, solo que no llora, es todo falso. Cada vez el mismo teatro.

—Gracias, hijo mío. —Se acerca para abrazarme, pero yo doy un paso atrás y Roy le bloquea el paso—. Gracias —repite—. Sabía que tenerte nos iba a traer algo bueno, algún día. —Sonríe.

La vergüenza me invade otra vez y mis mejillas se tiñen de rojo.

—¿Disculpe? —pregunta Aria, indignada, y yo la miro asombrado. Su boca se abre y se cierra un par de veces, como si no supiese ni

qué decir. Su pequeño cuerpo tiembla de rabia y sus puños están cerrados con fuerza.

—¿Y tú quién eres, muñequita? —pregunta mi padre en tono insinuante, y yo le pongo una mano delante de la cara, cortando eso de raíz.

—No —gruño seco—. No le hables. No la mires —ordeno—. Y lárgate antes de que cambie de opinión.

Mi padre traga saliva y asiente, dando las gracias de nuevo.

—Sígueme —le ordena Ava con una mueca de asco.

—Qué rápido has crecido —la halaga, y yo vuelvo a girarme hacia él con una mirada asesina, pero mi hermana se me adelanta.

—Y cierra el pico —añade ella mientras lo arrastra de la manga por el pasillo.

—Está bien, qué genio. —Se ríe—. Me recuerdas tanto a tu madre...

Los pierdo de vista y me froto las sienes con los dedos, con un incipiente dolor de cabeza, que está a punto de explotar; todo yo estoy a punto de explotar. Cuando abro los ojos, Aria me mira con la boca abierta y yo vuelvo a bajar la mirada.

—Siento que hayas tenido que ver eso —admito en un murmullo.

—Tu padre es un capullo —masculla ella con el ceño fruncido, y yo sonrío, pese a las circunstancias.

—Vayamos al hotel —le pido, casi le suplico.

Ella asiente y coge la mano que le ofrezco sin rechistar, aunque puedo ver en su cara reflejados los pensamientos que corren por su cabecita y me pregunto si se ha dado cuenta ya de lo disfuncional que es mi vida.

Me da miedo conocer la respuesta, así que no hago la pregunta y me quedo en silencio durante todo el trayecto. Aria también guarda silencio, pensativa, y ambos caminamos así de la mano hasta que,

por fin, llegamos a la habitación y yo me siento en la butaca que hay delante de la cama, completamente exhausto, agotado. Exhalo y apoyo los brazos sobre las rodillas mientras me froto la cara. Es demasiado, todo ha sido demasiado: la ciudad, Etta, el cementerio, el Q2, el silencio de Aria, la canción de Owen, mi padre... Ella me acaricia el pelo y luego se aparta para darme espacio. La oigo moverse por el baño, pero estoy tan cansado que mi mente entra en una especie de estado de hibernación y se apaga casi por completo durante un rato.

—Ven, Superestrella. —La voz de Aria me saca del letargo y levanto la cabeza a tiempo de ver su mano extendida con la palma hacia arriba—. Nos he preparado un baño relajante —explica, y las palabras suenan como música celestial para mis oídos.

Asiento, le doy la mano de manera casi instintiva y dejo que me guíe hacia el enorme baño, en el que ha puesto velas y ha llenado la gran bañera de burbujas. Una vez más siento el pecho calentito al ver cómo me cuida y, por un día, me dejo hacer.

Aria me guía hasta el borde de la bañera y me pide que me siente, y con un algodón y líquido desmaquillante me retira los restos de purpurina, brillo y base que las maquilladoras me han puesto para el concierto. Sus trazos sobre mi piel son como caricias, y se me cierra la garganta. Después me pasa los dedos por el pelo, desenredándolo un poco con la mano, y me hace levantar para quitarme el chaleco de cuero blanco que llevo. Sus manos se pasean por mi pecho, provocándome un cosquilleo de deseo en la columna, y sus labios me besan la clavícula con una ternura infinita. Me desabrocho los pantalones para estar piel contra piel y ella aprovecha para desnudarse también. La respiración se me agita al ver esa piel tatuada que tantas veces he tocado este último mes, pero la suavidad con la que la acaricio no tiene nada que ver con las tandas

de sexo salvaje que hemos estado compartiendo hasta ahora. En este momento me siento totalmente desnudo, de forma literal, pero también de forma emocional. Las palabras que he dicho hoy están en el aire y hay una tensión diferente en el ambiente que no sé describir, pero que me excita tanto como nuestro lado desenfrenado. Me acaricia el pecho despacio mientras pasa junto a mí y se mete en la bañera.

Aria se arrodilla en la parte delantera y me lo tomo como una señal para ocupar el otro lado de la bañera. Excitado por completo, entro en el agua y me siento, apoyando la espalda contra la cerámica, y exhalo cuando el calor del agua me envuelve y me relaja los músculos. Aria se acerca y el agua le resbala por el pecho, creando ríos que quiero lamer, así que la cojo de la cintura y la ayudo a sentarse sobre mi regazo, sobre mi erección. Ambos la sentimos contra su vientre, pero no hacemos ningún ademán de continuar. Ella coge un chorro de jabón y empieza a frotarme el pecho, los hombros, cada parte de mi cuerpo, solo que, cuando se acerca a mi erección, la agarro de la muñeca para no perder de vista mi objetivo.

—Antes tú —le pido, muy consciente de que, si dejo que me toque, querré estar dentro de ella. Mi chica del pelo de colores sonríe, con mechones de pelo azul pegados al cuello y al pecho; el agua se ha teñido de un color azul suave que hace que parezca que estemos flotando en la espuma del mar. Me echa jabón en las manos y yo le enjabono el cuerpo con ganas, repartiendo besos, lametones y caricias a la par que halagos y piropos—. Eres preciosa —digo mientras la levanto de la cintura y acaricio su trasero con descaro. Ella suelta una risa incrédula y yo subo la mano a su cuello, hasta que mis dedos enjabonados la agarran de la mandíbula y hacen que me mire a los ojos—. Lo digo en serio —insisto, y su risa se apaga

lentamente mientras las burbujas de jabón tintadas de azul resbalan por su pecho.

Nos quedamos mirándonos a los ojos y experimento esa presión de nuevo, la que me pincha hasta que le digo lo que siento, pero la reprimo y en lugar de hablar la beso en los labios. La beso a fondo, disfrutando de su maravilloso sabor, hasta que el agua crea olas con los movimientos de nuestros cuerpos, que intentan acercarse más, buscar más fricción. Sus piernas se abren y el contacto directo con mi erección la hace gemir en mi boca.

—Más —suplica, alzando las caderas hasta alinearse.

Yo la sujeto justo encima de mi erección, antes de que ella sola baje hasta abajo. Siento su calor envolverme parcialmente y tengo que hacer un esfuerzo titánico para no dejarla continuar.

—Condón —gimo cuando consigo despegarme de su boca—. Condón.

—Estoy tomando la pastilla anticonceptiva —dice, y yo la miro sorprendido—. Y estoy limpia.

El cerebro me cortocircuita un momento, pero al final reacciono.

—Yo también estoy limpio —le prometo.

Jamás lo he hecho sin preservativo y ella sabe que, en el equipo, mi doctor me hace controles regulares de todo tipo de cosas, entre ellas, las enfermedades de transmisión sexual.

—Lo sé.

Sonríe y vuelve a besarme, moviendo de nuevo las caderas, dándome permiso. Trago saliva y exhalo cuando estoy dentro de ella, una sensación insuperable.

—Joder —gimo antes de volver a besarla.

Ella se mueve con ganas y yo la ayudo con la fuerza de mis brazos, levantándola a pulso y bajándola sobre mi erección a un ritmo constante. Me envuelve el cuello con los brazos sin dejar de

besarme la boca, y el corazón me va a explotar de sentirla piel con piel, tan parte de mí. Acelero cuando empiezan a temblarle los muslos e intento contener mi orgasmo hasta que ella llega al suyo. El agua que rebosa de la bañera salpica el suelo por culpa de nuestros movimientos.

—¡Mav! —grita cuando llega al punto álgido, y esta vez la sigo, sin poder evitarlo.

Escondo la cara en su cuello y gruño de placer hasta que pasa y mis extremidades pierden fuerza. Los dos respiramos entrecortadamente y nos echamos a reír cuando nuestras miradas conectan. Me acaricia el rostro y le brillan los ojos.

—Te quiero, Superestrella —dice, y mi corazón se salta un latido, aunque me recuerdo que acabamos de hacer el amor y que son cosas que la gente declara por la emoción del momento.

—No hace falta que... —empiezo, pero ella me corta con la mano en los labios.

—Te quiero, Maverick Sutton —insiste, y veo tanta seguridad en sus ojos que esta vez no puedo convencerme de lo contrario. Exhalo —. Hace tiempo que lo sé —añade, sin dejar de acariciarme el rostro —. Tendría que haberte dicho algo antes, pero no quería... presionar. —Niego con la cabeza, incrédulo, ante lo que estoy oyendo—. Esta mañana me has pillado desprevenida. Pensé que igual estabas confundido.

—No he estado más seguro de nada en mi vida —la corrijo, abrazando su cuerpo aún con más fuerza—. Jamás.

Ella sonríe y me besa de nuevo.

—Bueno, ¿salimos? —pregunta antes de abrir la palma de la mano delante de mí—. Se me van a arrugar los dedos.

Me río y la ayudo a levantarse y a salir de la bañera. La envuelvo con una toalla y seco cada centímetro de su cuerpo con el cariño

que se merece, dando gracias al cielo por haberme mandado a este ángel tatuado. Pienso en esta mañana en el cementerio y en el encuentro fortuito entre Owen y Aria en esa fiesta, y, pese a que nunca he sido especialmente creyente, me pregunto si él ha tenido algo que ver. Me pregunto si se dio cuenta de lo especial que era y de lo mucho que la iba a necesitar. Imaginarlo haciendo de casamentera desde el cielo es un gesto tan de Owen que no puedo evitar sonreír.

—¿De qué te ríes? —me pregunta Aria cuando me tumbo a su lado en la enorme cama.

—De nada —digo con una sonrisa—. Me haces feliz. —Y es cierto.

Ella sonríe y le doy un beso en el hombro antes de abrazarla contra mi pecho. Todas las preocupaciones del día se desvanecen con ella en mis brazos y el peor día del año pasa a ser solo uno malo cuando me duermo contra su piel de seda.



CAPÍTULO 27

Q2 STADIUM,

Austin,

TEXAS

Aria

Mi mano busca el calor del cuerpo de Maverick nada más despertar, pero solo encuentra sábanas vacías. Frunzo el ceño, aún medio dormida, y me froto los párpados con las yemas para despejarme.

—¿Mav? —pregunto, extrañada, esperando que responda desde el baño, aunque solo me contesta el silencio.

Durante una milésima de segundo, me da miedo que mi declaración de ayer lo haya asustado, pero entonces recuerdo su sonrisa tímida y esos ojos anhelosos y me relajo, pues sé que es imposible.

Justo cuando vuelvo a tumbarme, dando por sentado que habrá salido un momento, oigo el sonido de una hoja arrugarse bajo mi cuerpo y me aparto justo para ver una nota escrita con su letra desaliñada: «He bajado a tomar el aire y a pedir que nos suban el desayuno, vuelvo enseguida. Te quiero, M.». Siento el corazón latirme con fuerza en el pecho al ver esas últimas palabras y una

sonrisa tonta se extiende por mi rostro, feliz de ver que mi lado racional tenía razón.

Me incorporo y me visto con las primeras prendas de ropa que encuentro en mi bolsa de viaje. Estoy terminando de atarme las Converse cuando me suena el móvil, y mi pecho se encoge cuando leo el nombre que aparece en la pantalla. Lanzo una mirada rápida a la puerta de entrada, para asegurarme de que Maverick aún no ha vuelto, y me encierro en el baño antes de coger la llamada.

—Señorita Hastings —saludo en un tono neutro, casi cortante. Carraspeo y me recuerdo que estoy hablando con la jefa de Addie antes de corregir mi tono—. ¿Qué tal está?

—Hola, querida —me saluda como si fuésemos amigas de toda la vida—. Llámame Jade, por favor —pide—. ¡Y no puedo negar que estoy de maravilla! Esa entrevista que le conseguiste a tu hermana me ha alegrado el mes. ¡Qué digo, el año! —exclama, encantada.

—Me alegro —contesto con una sonrisa forzada—. Escuche, no quisiera ser grosera, Jade, pero no tengo mucho tiempo. ¿Puedo ayudarla en algo?

Tengo un mal presentimiento y noto un retortijón en el estómago.

—Al principio no entendía por qué habías cambiado de opinión respecto a nuestro trato —empieza a decir la editora—. La historia de la que me hablaste prometía mucho, pero después de la entrevista vi que habías empezado a salir con Maverick Sutton y lo entendí todo. Nos sale mucho más a cuenta tenerlo de nuestro lado que en nuestra contra, ¿verdad? —pregunta, y odio tanto sus palabras que no sé ni cómo responder—. Escucha, tengo un hueco para la primera página y estaba pensando en dárselo a tu hermana. ¿Crees que le puedes conseguir una entrevista con algún otro famoso? Tal vez ese novio tuyo pueda hacer algunas llamadas... —

suelta en un tono sugerente y cómplice, como si el comentario fuese a hacerme gracia.

El estómago se me revuelve aún más y tengo que respirar hondo antes de contestar.

—Oiga, no sé qué impresión le he dado, y, aunque me alegro mucho de que esa entrevista les haya hecho bien a mi hermana y al periódico, no estoy con Mav porque «me salga a cuenta» —repito sus palabras con sarcasmo y me dejan un mal sabor de boca—. Estoy con él porque quiero, y no es ningún mono de feria ni ninguna agenda de contactos. Mi hermana es una gran periodista y no me necesita para demostrarlo. Siento haberle prometido una exclusiva esa primera vez, no debería haberlo hecho.

—¿Estás diciendo que mentiste sobre lo de Owen Cox y la canción? —pregunta Jade, que es como un perro con su hueso.

—No —me defiendo—, pero no debí prometerle que encontraría pruebas que lo demostrasen. Nunca debería haber involucrado a la prensa en esto; ni Maverick ni nadie de su equipo se lo merecen. Así que se lo pido una vez más: no vuelva a contactar conmigo —suelto en un tono más tajante de lo que pretendía, pero estoy tan metida en lo que digo que no oigo la puerta de la habitación ni los pasos que se acercan.

Cuelgo antes de que la mujer pueda volver a hablar y abro la puerta del baño, solo para encontrarme con Maverick inmóvil delante de la puerta, con una bandeja en las manos llena de comida que le habrá dado alguien del servicio del hotel. Nuestras miradas conectan y mi respiración se acelera al ver la palabra *traición* en sus ojos y lo pálida que está su piel. Me quedo en silencio, con el corazón a mil por hora, mirándolo con culpa y miedo. Después de unos segundos que se me hacen eternos, se vuelve y camina despacio hasta el centro de la estancia para dejar la bandeja del desayuno encima de

la mesa. Se queda unos segundos de espaldas a mí antes de coger aire y girarse. Abro la boca para decir algo, pero no sé el qué, así que la cierro de nuevo.

—He llegado en medio de una conversación que ya estaba empezada y de la cual solo se oía tu parte —comienza a decir él en un tono demasiado calmado que solo hace que me entren ganas de llorar—, así que, como confío en ti, te voy a dar la oportunidad de explicarme por qué he malinterpretado la frase que he oído por pura casualidad a través de la puerta del baño, y por qué es algo completamente inocuo y completamente sacado de contexto —añade, y yo trago saliva varias veces, intentando quitarme el nudo que tengo en la garganta—. Porque ahora mismo estoy rezando por que lo que he oído tenga una explicación y podamos reírnos juntos de lo tonto que ha sido el malentendido. —Sus ojos se vuelven suplicantes y los míos se llenan de lágrimas—. Por favor, Aria —susurra, pero ve en mi cara que la explicación sencilla que busca no existe y cierra los ojos con pesar.

—Mav... —Me tiembla la voz—. No es... —Iba a decir que no es lo que parece, solo que es exactamente lo que parece. Soy consciente de que la opción más fácil para salirme de esta sería contarle la verdad sobre la canción, sobre Owen, pero tomé la decisión de protegerlo de eso y no es justo sacarlo a relucir para justificar mis malas acciones cuando me conviene—. ¡Joder! —gruño, enfadada conmigo misma por mis propias mentiras—. Te dije que había cosas que no podría contarte nunca —le recuerdo casi con desesperación, suplicando que lo entienda—. Te dije que había algo de lo que no te podía hablar —insisto, y eso parece enfadarlo aún más, con razón, porque parece que le esté echando la culpa de algo que es en exclusiva culpa mía, por ocultar cosas que sabía que, si salían a la luz, dinamitarían la relación como un cartucho de nitroglicerina.

—Y yo te dije que no me importaba, porque pensaba que sería un secreto vergonzoso o algo personal de tu pasado que no estabas lista para compartir, pero supongo que, cuando te pregunté si le habías hecho daño a alguien, tendría que haber especificado que traicionar la confianza de uno también es hacer daño —replica él, y yo cierro los ojos mortificada, porque tiene razón.

Inhalo e intento pensar en cómo exponer lo que ha ocurrido, lo que hice, sin perderlo, porque ahora mismo esa posibilidad hace que sienta hielo en los pulmones y me ahogue.

—Puedo explicarlo —digo, desesperada.

La verdad es que no puedo, no sé cómo.

—Por favor —dice—, solo pido eso. —Me muerdo el labio y parpadeo para no llorar. Abro la boca, pero no sé por dónde empezar—. ¿Con quién hablabas? ¿De qué prometiste encontrar pruebas? ¿Qué pinta la prensa en todo esto?

—Hablaba con Jade, la jefa de Addie —comienzo a responder, inhalando aire—. Como ya sabes, cuando acepté el trabajo no tenía en buena consideración al equipo, a tu grupo, a ti, y pensé que podía pasarle información a Jade para... para que tuvierais mala publicidad —explico, y sé que no hay forma humana de hacer que eso no suene fatal; vuelvo a ver la palabra *traición* y el dolor en su mirada.

—O sea, que tú y tu hermana os habéis estado riendo de mí —afirma, y eso me rompe el corazón.

—Addie no tiene nada que ver en todo esto —le prometo—. Y nadie se reía de ti. Al principio acepté el trabajo por lo que he dicho, pero después te conocí y me di cuenta de que estaba equivocada. Le dije a Jade que no me volviese a llamar y no he vuelto a hablar con ella hasta hoy. Te lo juro. —Le suplico que me crea con la mirada y él duda un momento, pero, al final, asiente—. Eso fue hace meses.

Mucho antes de que empezásemos a salir. Nunca tuve realmente la intención de hablar con la prensa y, si has escuchado mis palabras, habrás oído que le he pedido que no volviese a contactar conmigo. —Él asiente de nuevo—. Yo no... No sé en qué estaba pensando, Mav. Lo siento.

—¿Por qué? —pregunta, dolido—. ¿Qué te habíamos hecho? ¿Qué te había hecho yo? —Su tono es de incomprensión, pero veo el momento en el que su cerebro establece la conexión—. La canción —susurra, y yo asiento. Él parpadea un par de veces y después va a sentarse en el borde de la cama. Coge aire antes de volver a hablar —. Por supuesto que es por esa maldita canción. —Parece que se habla a sí mismo—. Mira, sé que nos hemos peleado muchas veces por esto. Lo aparté de mi mente, porque me convencí de que solo querías hacerte un nombre en este mundo. Sé lo difícil que es destacar en la industria, así que lo entendí y lo dejé pasar, y, al cabo de unos meses, me olvidé del tema. Ahora te conozco mejor y sé que no encaja contigo, con tu forma de ser. Sé que... Quiero pensar que Owen nunca haría algo así, pero sería injusto por mi parte desechar tus palabras después de lo que hemos vivido y no plantearme la posibilidad de que hubiera algún malentendido. Sinceramente, ya no sé qué creer, pero, si tú lo tienes claro, prometo que lo investigaré a fondo. Así que te lo preguntaré solo una vez más: ¿Owen te robó «Jaque mate», sí o no? ¿La compusiste tú de verdad?

El corazón se me para y veo la agonía en su expresión. Si antes le dolía pensar que podría haberlo traicionado, nada se compara con la culpa que reflejan sus ojos al dudar siquiera de su mejor amigo. Este sería el momento perfecto para cambiar de opinión y contarle la verdad, pero me prometí que no iba a empañar el recuerdo de Owen y sería hipócrita cambiar de opinión solo porque ahora no me viene

bien ocultarla. Me doy cuenta en ese momento de que, si no digo nada, perderé a Maverick, pero lo quiero tanto que prefiero que se joda su imagen de mí, que me conoce desde hace apenas unos meses, a la imagen de su amigo, el hermano que lo apoyó toda la vida. Por él, seré la mala de la historia. Por él, seré la culpable de todo. Por él, seré el diablo encarnado. Por él, seré lo que haga falta para que Owen pueda seguir siendo un santo.

—No —miento, decidida. La voz ya no me tiembla, aunque sé que las heridas que dejará esta conversación en mi alma me durarán mucho tiempo o para siempre—. Tienes razón, mentí porque quería hacerme un hueco en la industria y se me fue de las manos. Para cuando quise echarme atrás, ya era demasiado tarde, así que decidí aprovecharlo al máximo. Lo siento.

Maverick me mira incrédulo, y me pregunto si parte de él se percata de lo absurdo que es lo que estoy diciendo y me da miedo que no se crea mis mentiras.

—Te pasaste meses insistiendo en que Owen te robó la canción —me recuerda—. ¿Y ahora que volvemos a hablar del tema, de repente, dices que era mentira? —Veo en su rostro que duda—. Tú ya te habías hecho un nombre como compositora antes de que ocurriera todo esto, ¿por qué ibas a mentir? Ni siquiera ganaste notoriedad después, solo desapareciste de la industria de la música para dedicarte a la enseñanza. —Todo lo que dice es cierto y lógico, porque no tiene ningún sentido lo que estoy diciendo—. Además, te conozco, Aria. Tú nunca te llevarías el mérito de otros. No encaja contigo.

Aunque me reconforta que piense eso, en este momento no me conviene, porque necesito que crea mis palabras. Necesito que crea que yo soy la mala.

—Te digo que mentí, ¿de acuerdo? —insisto en un tono seco, y tengo que hacer un esfuerzo por pronunciar cada una de las palabras que salen de mi boca—. Sé que te cuesta aceptarlo, pero no me conoces tan bien como crees. Me inventé que compuse «Jaque mate». Lo siento. No lo hice con mala intención, pero es la verdad.

Él se queda en silencio y niega con la cabeza, pero entonces la incredulidad se convierte en decepción y tristeza, y puedo ver el instante en el que sus ojos se quedan vacíos, tan vacíos como estaban la primera vez que mi mirada se cruzó con la suya, como un pozo sin fondo, como un cuerpo sin alma, y me alegro de haber mentido, porque, si esa es su reacción al pensar que yo le he fallado, descubrir la verdad lo destrozaría por completo. Me consuelo con el hecho de que, sea cual sea el daño que le he provocado, siempre será menor que el que le haría descubrir lo que hizo Owen.

—Creo que deberías irte —susurra finalmente con voz de robot, en un tono neutro y desinteresado—. No hace falta que nos sigas acompañando en el *tour*; la canción está terminada y estás libre de tus obligaciones contractuales. Gracias por ayudarme a componerla, me encargaré de que se te paguen los honorarios que se acordaron y de que tu nombre aparezca en los créditos.

Aunque es justo la reacción que esperaba por su parte, la más lógica teniendo en cuenta lo que le acabo de decir, no puedo negar que oír esas palabras hace que el pecho se me resquebraje.

—Está bien —acepto con un hilo de voz. Mi mente ordena varias veces a mis extremidades que se muevan, pero tardo unos segundos en reaccionar—. Recogeré mis cosas —digo, y me alegro de no haber deshecho demasiado la bolsa. Ni siquiera tengo ganas de llorar, porque estoy tan entumecida que creo que no siento nada en

absoluto, pero quiero largarme de esta habitación de hotel antes de salir del piloto automático y que mis emociones se desborden.

El sonido de la cremallera de la bolsa de viaje al cerrarse es lo único que se oye en la habitación aparte de nuestras respiraciones agitadas. Cuando me giro hacia Maverick, veo que sigue inmóvil en esa posición inicial, sentado en el borde de la cama, como una estatua. En ese momento me doy cuenta de que puede ser la última vez que lo vea y siento un pinchazo en el esternón que hace que quiera doblarme. Me cuelgo la bolsa al hombro y me acerco.

—Lo siento, Mav. Esto es lo último que quería —le prometo, y mis dedos se alzan por voluntad propia hasta acariciar su rostro. Su mirada torturada sube hasta la mía y veo sus ojos brillar, pero entonces los cierra y cuando los abre de nuevo vuelven a estar vacíos. No me aparta la mano ni se aparta él, solo se queda ahí, inmóvil, y el dolor de mi pecho se acentúa, así que me obligo a dar un paso atrás—. Adiós, Superestrella.

Por segunda vez, mis sueños y esperanzas colapsan a manos de un Trailer Trash, pero en esta ocasión me lo merezco. Mi cuerpo se mueve por simple inercia y mis pies caminan uno delante del otro hasta que la puerta de la habitación se cierra tras de mí, y dejo mi corazón en la caja fuerte de un hotel de Austin, Texas.



CAPÍTULO 28

RESIDENCIA DE ETTA COX,
Austin,
TEXAS

Maverick

Los días siguientes pasan como un torbellino de conciertos y obligaciones, pero es evidente para todo el mundo que, aunque mi cuerpo está presente, mi mente no está donde tendría que estar. Svetlana me grita más que de costumbre cuando hago mal la mitad de los pasos de baile que normalmente puedo hacer hasta dormido; apenas tengo hambre, lo que preocupa tanto a Giuseppe como a Lena; no tengo la energía mental suficiente para que me importe la ropa que llevo y me pongo lo primero que encuentro, algo que exaspera a Renaud y al resto de mis estilistas, y Hannah no para de perseguirme hasta que logra que hagamos una sesión de terapia en la que le confieso mi ruptura con Aria.

Y es que no puedo pensar en otra cosa. Está claro que la echo de menos: convivir con el resto del equipo y continuar el *tour* sin ella hace evidente lo mucho que me afecta su ausencia, pero ese no es el único motivo por el que no me la puedo quitar de la cabeza.

Ahora mismo debería odiarla por todas las mentiras que ha contado, por hablar con la prensa, por querer hundir mi grupo de música y por querer fastidiar la única cosa buena que me queda, pero no puedo. No puedo porque sigo teniendo la sensación de que me estoy equivocando, de que hay algo que no entiendo, algo que falla, algo que es vital para poder entender lo que he vivido estos últimos meses y, sobre todo, para poder entender esa última conversación con ella.

Nada de lo que dijo me cuadra. Nada de lo que dice haber hecho me encaja. Nada de lo que ha pasado me parece lógico. Y, aun así, ella insistió en que era la verdad. Tal vez me niegue a aceptar esa realidad, o tal vez esté cansado de perder a personas a las que quiero por accidentes y errores de juicio, pero mi cerebro no va a asimilar que Aria quisiera robar la autoría de una canción, que estuviera insistiendo en ese asunto durante meses y que estuviera trabajando con la prensa a escondidas para dejar mal a mi grupo incluso sabiendo que no habíamos hecho nada, que era todo obra suya. No. Es evidente que hay algo que no cuadra, y eso me mantiene en vela todas las noches.

Mi mente repasa cada una de las conversaciones que he tenido con ella, cada uno de los hechos, e intenta armar durante horas un puzle, pero sin llegar a ninguna conclusión, consciente de que me faltan varias piezas que son clave para poder completar la imagen.

Las noches de insomnio —sumadas a la tristeza que siento por haber perdido a mi chica del pelo de colores— solo hacen que esté cada vez más cansado y más irritado, y no ayuda para nada que todo el mundo me pregunte sin parar por ella o me interrogue sobre nuestra ruptura. Después de que se hiciese viral el encontronazo con un *paparazzi* que insistía en preguntarme por mi ruptura con Aria tras un concierto especialmente agotador, mi hermana Ava —

preocupada por mi imagen— me pidió que me tomara un descanso y me alejara un poco de la prensa, así que decidí volver a Austin una vez más para visitar a Etta antes de mi próximo concierto, con intención de tomarme esos días para darle vueltas al asunto e incluso investigar en la medida de lo posible.

Pese a todos los recuerdos —buenos y malos— que tengo de Aria en esta ciudad, me va bien pasar tiempo con la mujer que me crio, y la forma en la que me acoge con los brazos abiertos y me mima hace que todo sea más llevadero. Sin embargo, tras un par de días de cuidados y cariños, Etta deja de darme tregua y comienza a presionar para que le cuente lo que sucedió, así que termino contándole la verdad al detalle, consciente de que no podré engañarla con frases estereotípicas de ruptura como «no funcionó» o «éramos demasiado diferentes». Ella, por supuesto, declara abiertamente que su intuición de madre no falla y que es evidente que hay algo que no sabemos.

—¿Sigues teniendo las cosas de Owen guardadas en esas cajas? —le pregunto, pensando que este es el sitio perfecto para intentar averiguar más sobre lo sucedido.

—Sí, están en su habitación —responde Etta—. ¿Por qué?

—¿Me das permiso para rebuscar en ellas? —pregunto, con tacto. No quiero ser insensible—. Quiero ver si consigo encontrar alguna pista entre sus cosas. Tal vez en su móvil o en su antiguo ordenador..., si logro que se enciendan. Tiene que haber algo sobre esa maldita canción.

—Claro, cariño —contesta la mujer, despreocupada—. Toquetea lo que quieras. Solo vuelve a dejarlo en su sitio cuando termines.

Yo asiento y, tras darle un beso en la mejilla, me dirijo a la única habitación que no pisamos cuando Etta nos hizo el *tour* por la casa. La puerta está cerrada, pero la estancia está igual de limpia y

cuidada que el resto de la mansión pese al montón de cajas de cartón que hay en medio. Cojo aire profundamente antes de empezar a sacar cosas, pues esos objetos y prendas de vestir me traen recuerdos inolvidables. En la mayoría de las cajas no hay nada que sea de mi interés para la investigación que estoy llevando a cabo y, aun así, disfruto redescubriendo cada uno de los objetos que saco, al contrario que la primera vez, cuando los recogí de su piso y los empaqueté para traerlos a casa de Etta. Igual que ese día, tengo el corazón roto, pero esta vez por un motivo muy distinto.

Envuelto en una de las camisetas de Owen, encuentro un Patek Philippe de diamantes y deduzco que es el carísimo reloj que el ex de mi amigo con tanta insistencia quería recuperar, así que sonrío y lo lanzo a la papelera que hay en un rincón del dormitorio imitando el tiro de un jugador de la NBA. Después de la quinta caja, encuentro por fin lo que estaba buscando. El móvil de Owen tarda un rato en encenderse cuando lo conecto a la corriente, pero su portátil se enciende en apenas unos segundos. En ese momento me alegro de que mi mejor amigo tuviese un concepto inexistente de su espacio personal y privacidad en cuanto a mí se refería, y que me hubiese repetido mil y una veces todas sus contraseñas. Esa actitud despreocupada era una de las razones por las que pensaba que Owen no tenía nada que ocultar, y, pese a eso, también estoy seguro de que Aria no mintió. De alguna manera, ninguna de esas cosas encajan entre sí y yo estoy hecho un lío.

Trasteo durante un buen rato en el portátil de Owen, revisando todas sus carpetas y todos sus *emails*, pero no encuentro nada relacionado con la canción, aunque tengo que confesar que me hace dudar el hecho de que «Jaque mate» no esté en la carpeta del escritorio titulada MIS CANCIONES, sobre todo teniendo en cuenta que hay una subcarpeta de temas a medio componer que aún no

habíamos presentado a la discográfica. Después de cerrar el portátil con cuidado, decido revisar su teléfono móvil, y mi corazón pega un bote de emoción cuando veo que su fondo de pantalla era una foto nuestra: no era ninguna foto de estudio ni ninguna foto del grupo, solo él y yo, riéndonos por una tontería tumbados en una cama de hotel. Recuerdo ese día como si fuese ayer y se me empañan los ojos, pero decido que no es el momento de ponerse sentimental. Tomo nota mental de hacer un duplicado de todas las fotografías de este teléfono, recuerdos que no quiero que se pierdan, pero que quedarán grabados a fuego en mi memoria.

El móvil de Owen tiene muchas aplicaciones que no me aportan ninguna información útil, y me centro sobre todo en las notas de voz de la grabadora, en sus notas —que me hacen sonreír— y en sus SMS y mensajes. En SMS y mensajes de redes sociales apenas pierdo tiempo, porque la mayoría son *spam* o mensajes de fans u otros famosos que no tenían una relación cercana con Owen ni su número privado. Los que llegaban directamente a su móvil son los que me interesan más.

Reviso el chat con Ted y con cualquier otra persona relacionada con la industria de la música, y hago búsquedas de palabras clave como: «canción», «Aria», «Simmons» o «Jaque mate», pero no aparece nada. Por lo menos hasta que, al buscar la palabra «canción» en el buscador general, me salta un mensaje de un número desconocido y veo que es de un par de semanas antes de la muerte de Owen. El corazón se me acelera y sé, intuitivamente, que he encontrado algo, así que entro en ese chat con dedos temblorosos. La persona que manda el mensaje no tiene foto de perfil, pero lo que ha escrito no deja duda de quién es:

> Owen, soy Aria Simmons.
> Nos conocimos en el Ritz,

no sé si te acuerdas de mí.

Solo quería decirte que me alegra mucho que te gustase mi canción y agradecerte de nuevo que te ofrecieras a enseñársela a los de tu discográfica. Es un detallazo.

Trago saliva. Después de eso, solo hay un mensaje más, semanas después:

Owen, aquí Aria Simmons otra vez. ¿Alguna noticia de tu discográfica? ¿Pudiste enseñarles la canción?

Intento pensar en lo que esto significa, pero la verdad es que no hay mucho que reflexionar: Aria conoció a Owen en una fiesta, Owen le dio su número y Aria compuso una canción que Owen quería enseñarle a Ted. ¿Cuáles eran las probabilidades de que no estuvieran hablando de la maldita canción que tantos dolores de cabeza me ha causado? No hace falta que le dé muchas vueltas, porque, justo en ese momento, como si hubiese invocado el mensaje, suena mi teléfono y recibo un archivo de un número desconocido. Normalmente lo borraría, porque sé que puede ser algún fan o incluso alguien que me odia, pero, de nuevo de manera instintiva, sé que es importante, así que dejo el móvil de Owen con cuidado encima del portátil y desbloqueo el mío.

Mi hermana me matará, pero he pensado que tenías

que ver esto.

Soy Addie, por cierto.



Cojo aire antes de darle al *play*, pero frunzo el ceño, confundido, cuando veo que es solo una copia de ese viejo vídeo de familia que Addie grabó cuando era adolescente. Recuerdo perfectamente que lo empezamos a ver todos juntos y que de pronto Aria cerró la pantalla, avergonzada. Estoy a punto de quitarlo, pensando que Adele solo quiere avergonzar a su hermana, mandándome ese vídeo a sus espaldas, pero no tiene ningún sentido que me lo mande ahora, después de la ruptura, así que sigo mi instinto y lo dejo, y después todo cobra sentido.

Las notas de piano parecen ensordecedoras en el ambiente silencioso del dormitorio de Owen y me dan ganas de vomitar. Aria tendría apenas diecisiete años en ese vídeo, pero la melodía y la letra son inconfundibles. Esta vez no hay ninguna duda: Aria Simmons compuso «Jaque mate», y yo le debo una disculpa enorme por no haberla creído, pero decido que no voy a hablar con ella hasta que no tenga las cosas claras y haya descubierto quién fue el que le hizo eso, cómo llegó esa canción a mis manos, si de verdad estaba Owen involucrado en este embrollo, y por qué ella mintió y dijo que no era suya.

Sé que tengo que resolver este misterio y todas esas dudas que me ahogan antes de pedirle perdón de rodillas a la persona que más me importa, y esperar que no sea demasiado tarde para recuperarla.



CAPÍTULO 29

RESIDENCIA DE LA FAMILIA SIMMONS,
Worcester,
MASSACHUSETTS

Aria

El sonido de unos nudillos contra la puerta del garaje atraviesa la melodía que estoy escuchando a todo volumen, pero lo ignoro como he hecho las otras veces que han venido a llamar. Vuelvo a mirar los papeles que tengo encima de la mesa, las partituras, las operaciones matemáticas, los signos, las ecuaciones que dan pie a relaciones simétricas y otras relaciones frecuenciales, y escribo con rapidez sobre las hojas; mi mano vuela sobre el papel y mi mente vuelve a perderse en la melodía que lleva unos días consumiéndome.

—Aria, abre, por favor. —La voz de mi hermana se cuela entre las fisuras de mi concentración.

—Addie, vete, estoy componiendo —le pido en tono urgente.

Me giro hacia los papeles y los fragmentos de melodía que he conseguido grabar en mi programa de edición de música con los pocos instrumentos que tengo y mi DAW, pero mi hermana vuelve a llamar con fuerza a la puerta.

—Abre la puerta ahora mismo, Aria Simmons —gruñe, y yo resoplo cansada por su insistencia, o igual solo estoy cansada porque llevo más de una semana sin dormir.

Después de que Maverick me echase del equipo del *tour* en Austin, quise volver a mi piso en Boston para retomar mis clases en el MIT, pero, en lugar de eso, terminé contándole a mi familia lo ocurrido y escondiéndome en casa de mis padres, en Worcester, como un topo bajo tierra, esperando a que el sordo y constante dolor que me entumecía el pecho desapareciese. Como no había cantidad humana de helado y chocolate que arreglase la situación, opté por distraerme y me encerré en el garaje y me metí de lleno en una nueva canción. Al principio intenté escribir sobre cualquier cosa que no fuese él, no pensar en él, pero me resultaba imposible, sobre todo cuando me rodeaba constantemente el sitio en el que nos dimos nuestro primer beso real, donde empezamos a salir, y, poco a poco, me hice a la idea de que no podía huir de esos recuerdos y dejé que fluyesen en las teclas y en las páginas en blanco.

La tinta del bolígrafo azul me ensucia el dorso de la mano cuando me apoyo en la mesa para levantarme. Me acerco a la puerta trasera y desbloqueo el pestillo para que mi hermana pueda pasar. Su mirada analítica me recorre de pies a cabeza y yo me echo un vistazo de manera inconsciente en el reflejo de la ventana que hay al lado de la puerta. Estoy hecha un desastre: tengo unas ojeras marcadas, el pelo sucio y desaliñado, y ya casi sin color, y una mancha de tinta en la mejilla que no consigo quitarme por mucho que frote.

—¿Qué quieres? —pregunto, a la defensiva, cuando veo que Adele se cruza de brazos, e imito su postura.

Ella pasea la mirada por el garaje antes de volver a posar los ojos sobre mí.

—Aria, llevas una semana encerrada —me riñe con el ceño fruncido—. Solo sales para ir al baño y apenas duermes o comes. Papá y mamá están preocupados, y, si soy sincera, yo también empiezo a estarlo.

Los ojos tristes de color chocolate de Maverick me vienen a la mente y suspiro. Me siento culpable por preocupar a mi familia, pero es un sentimiento al que estoy tan acostumbrada últimamente que resulta hasta ridículo.

—Estoy trabajando en una canción —repito por enésima vez, y le doy la espalda para caminar hacia mis instrumentos. Me siento en la silla y me coloco la guitarra acústica en el regazo para tocar los primeros acordes del tema que acabo de componer.

—Estás evitando la realidad —me rebate mi hermana.

Mis dedos paran de moverse y la fulmino con la mirada.

—Tal vez porque la realidad es una mierda —gruño, enfadada con el mundo, enfadada conmigo misma.

—¿Por qué no hablas con Maverick? —La misma pregunta que lleva haciéndome toda la semana y que no se cansa de responder sale de sus labios—. Si lo entiende, tal vez te perdona y podéis volver a estar juntos.

Sus ojos brillan y cierro los párpados un segundo, imaginando esa posibilidad, imaginando que vuelvo a sentir su piel y oler su aliento mentolado.

—Sabes por qué —le recuerdo—. Tendría que contarle la verdad y no puedo hacerle eso, no quiero que sufra.

—¡Pero así sufres tú! —se queja ella, y yo le sonrío con dulzura.

—Yo estoy bien —miento, con una sonrisa forzada. Parece que últimamente es lo único que sé hacer.

—No lo estás y me siento fatal.

Addie baja la mirada y frunzo el ceño, sorprendida.

—¿Por qué?

—Porque esto es culpa mía —contesta—. Nada de esto habría pasado si no te hubiese dado esa estúpida idea de infiltrarte en los Trailer Trash para conseguir pruebas de que compusiste «Jaque mate».

Me levanto de la silla, preocupada por el hecho de que mi hermana pequeña se culpe por mi desastre de vida amorosa, y la abrazo.

—Addie —pronuncio en un tono suave—, nada de lo que ha ocurrido es culpa tuya —le aseguro, e intento mantener el contacto visual con ella, pero rehúye mi mirada—. Lo digo en serio —insisto —. Si no fuese por ti, no lo habría conocido, y solo por eso vale la pena. Viviría mil veces este dolor a cambio de lo que he vivido con él estos meses.

Los ojos de mi hermana se empañan.

—Por favor, habla con él —me pide de nuevo—. He visto vídeos suyos en las redes estos días y tiene tan mala cara como tú —explica, y siento la culpa retorcerme el estómago—. Parece cansado y de mal humor. ¡Hasta se peleó con un periodista! Mav te necesita.

—Mav no me quiere a su lado —le recuerdo.

—No es un niño pequeño. Puede encajar la verdad sobre su amigo, Aria.

—Tú estabas en ese karaoke —replico, y pienso en las lágrimas que soltó mi hermana al oír la canción que cantó Mav para Owen—, tú estabas en la entrevista —añado—. Sabes perfectamente lo que significa para él.

—También estaba cuando le presentaste a nuestros padres y a nuestros amigos, cuando estuvo en esta misma casa, cuando jugó a nuestros juegos de mesa, cuando me sacó de una celda, y cuando os hacíais arrumacos y os pellizcabais por debajo de la mesa

pensando que nadie os veía. También vi lo que significabas tú para él, lo que significa él para ti.

Los ojos se me empañan y dudo, la garganta se me cierra y tengo un nudo en el estómago.

—No lo sé, Addie... —Me agarro el vientre, angustiada—. No quiero que sepa lo de Owen. —Addie desvía la mirada y yo frunzo el ceño—. ¿Addie?

El corazón se me acelera cuando tengo una intuición de hermana de que ella sabe algo que yo no sé.

—Puede que ya lo sepa —susurra con rostro de culpa. Tiene la misma cara que cuando rompía algo en casa y luego tenía que cubrirla yo.

—¿Qué? —pregunto, horrorizada, sin querer entender sus palabras.

—Tata, puede que haya hecho algo que tal vez no debería y espero que no te enfades —empieza a decir en tono cauteloso, y doy un paso hacia atrás asustada.

Las alarmas me saltan, pues mi hermana es del todo imprevisible, sobre todo cuando tiene buenas intenciones.

—¿Qué has hecho? —inquiero con pánico.

—Prométeme que no te vas a enfadar —pide—. Quería arreglar lo que hice y estaba preocupada por ti.

—Addie. —Pronuncio su nombre en tono de advertencia.

—Estabas muy triste y no sabía qué hacer. —El latido de mi corazón es tan fuerte en mis oídos que me cuesta entender sus palabras—. Solo quería que te hablara, que te escuchase una vez más.

—¡Addie! —me quejo—. No me digas que le contaste la verdad —pido, espantada.

El silencio de mi hermana habla por sí solo y yo me quiero morir; lo que me costó mentirle para protegerlo, perdido en un solo momento por las buenas intenciones de Addie.

—Le mandé el vídeo de la cámara antigua, ese en el que compones «Jaque mate». —Yo niego con la cabeza, horrorizada, pero me interrumpe antes de que pueda decir nada—. ¡Lo siento! Sé que no debería haberme metido —se disculpa, pero yo solo quiero estrangularla—. Sé que no debería haberlo hecho, pero no me arrepiento. Te mereces ser feliz. Cuando pienso en tu nombre, imagino las letras amarillas —sé que es cierto, porque siempre que escribía mi nombre de pequeña era de ese color—, porque eres reconfortante como el sol. Sale cada día sin falta, siempre está ahí, siempre. A lo mejor las nubes lo tapan y no lo ves bien, pero siempre está. No te falla. Te mereces a alguien que sea un sol para ti, Aria —añade con lágrimas en los ojos—, porque mereces tener a alguien que esté ahí para ti como tú estás siempre para todo el mundo.

Tengo demasiados sentimientos encontrados, pero la emoción gana la batalla y no puedo evitar ablandarme después de esas palabras tan bonitas.

—Ven aquí —le digo a mi hermana, y abro los brazos para envolverla en ellos. Me seco una lágrima rebelde con el dedo antes de volver a hablar—. Te quiero, peque, aunque a veces quiera estrangularte —añado en voz baja.

Ella me aprieta más fuerte. Pienso en todas las veces que Maverick ha estado a mi lado, apoyándome, y el dolor que siento en el pecho se multiplica.

—¿Vas a hablar con él? —pregunta, esperanzada, cuando nos separamos.

Sus palabras solo crean una grieta aún más profunda en mi pecho, pero intento hacerme la fuerte por su bien.

—No lo sé —le respondo con sinceridad—. Si sabe la verdad y no me ha llamado, significa que es demasiado tarde —le explico, con el corazón en llamas—. Quizá sepa que yo compuse «Jaque mate», pero eso no cambia el hecho de que le he mentido y de que me metí en su vida con intención de hacerles daño.

—¡Pero no lo hiciste! —insiste mi hermana—. ¡Y os queréis!

—A veces eso no es suficiente —susurro con tristeza—. Lo más seguro es que no quiera verme.

—Pues oblígalo a escucharte y lucha por él —insiste Adele, muy seria—. No has sido la única en cometer errores: ¡él tampoco te creyó! —exclama, indignada.

Pienso que, pese a que suele tener una visión algo inocente de la vida, en esta ocasión mi hermana puede tener algo de razón, pero no tengo tiempo de tomar una decisión, porque alguien más llama a la puerta del garaje.

—Adelante —farfullo, deseando que todos me dejen un poco de espacio para pensar qué es lo que tengo que hacer.

Mi madre asoma la cabeza por la puerta.

—Eh..., cielo —empieza a decir en tono cauteloso—, hay una mujer en el comedor. Dice que ha venido a verte.

—¿A mí? —pregunto, sorprendida—. ¿Qué mujer?

—¿Henrietta Cox?

Mi madre conoce toda la historia de Maverick, así que sabe que es como una madre para él.

—¿Lo ves? Todos queremos que arregles la situación con Maverick —suelta Addie con expresión esperanzada, aunque yo no creo que la visita de Etta sea tan positiva como ella piensa. Aun así, salgo del garaje por primera vez en días para ver si, de milagro, me equivoco.

La luz del día me pega fuerte y parpadeo un par de veces. Cuando entro en la casa y veo a la mujer rolliza y rubia de ojos azules sonreírme, creo estar viendo visiones. Los ojos se me empañan y me aliso la ropa con las manos, en un intento fútil de no parecer una indigente.

—Os dejamos solas —comenta mi padre con aire preocupado, haciéndole una señal a su mujer y a su otra hija.

Yo asiento con agradecimiento, pues, si la amable señora me tiene que gritar, prefiero que sea en privado. Mi hermana sigue a mis padres a la cocina con vacilación y le lanzo una sonrisa débil en el último momento para que vea que, pase lo que pase, está perdonada.

—Etta —la saludo, y después me pregunto si no me estoy tomando demasiadas libertades con ese diminutivo. Al fin y al cabo, solo soy la ex de su casi hijo. Trago saliva, inquieta, y muevo el peso de un pie al otro, hasta que la veo sonreír con ternura.

—Corazón, ¿cómo estás? —me pregunta con esa sonrisa maternal de siempre, y se me cierra la garganta ante tanta generosidad. Sus brazos me envuelven en un abrazo que le devuelvo al instante, si bien de forma algo dubitativa—. Oh, cariño...

Me doy cuenta de que estoy sollozando en sus brazos y no sé si es porque relaciono a esta pobre mujer con todo lo que he perdido o porque llevo demasiado tiempo aguantándome las lágrimas y rehuyendo mis sentimientos.

—Pe-perdona. —Me aparto de ella y me seco las lágrimas de manera casi frenética, aunque caen un par más. Inspiro y exhalo de forma temblorosa—. ¿Qué haces aquí, Etta?

—Maverick no sabe que he venido, pero estoy aquí para hacerte entrar en razón —contesta en un tono algo más serio. Yo trago

saliva—. Así que, cariño, desembucha —ordena, cuando ya estoy sentada a su lado.

Se hace el silencio.

—¿Qué? —pregunto, descolocada.

—Cuéntame qué es lo que ocurre —dice en un tono comprensivo, pero que no da pie a discusión—. ¿Por qué no puedes estar con Maverick?

Yo la miro, aún más descolocada.

—Eh... ¿M-Mav no te contó lo que ocurrió entre nosotros? —pregunto, sin tener muy claro qué es lo que sabe.

—¡Vaya que si me lo contó! Al principio no quería, pero lo hice cantar como a un pajarito. No hay nada que pueda ocultarme ese; desde los doce años que no sabe guardarme un secreto. —La mujer se ríe—. Me contó que habíais discutido y me contó por qué.

—¿Entonces? —pregunto, fuera de juego.

—Sé que no es más que una sarta de bobadas —declara, mucho más seria. Se me desencaja la mandíbula—. Mira, corazón, nos conocemos desde hace poco, pero no me pareces el tipo de chica que mentiría para apropiarse de méritos ajenos. Hay demasiado talento en ese cuerpecito tuyo para tener que preocuparte por el de otros —afirma, y no sé cómo responder a eso, aunque me sonrojo ligeramente por el cumplido—. Le dijiste a Maverick que habías mentido para ganar notoriedad, pero ni él ni yo te creemos, y mucho menos después de ese vídeo que recibió hace un par de noches. —Se me acelera el corazón cuando menciona el vídeo. ¿Ha dicho que Maverick sabe que mentí? Me pregunto si está cansado de tantas mentiras. Yo, desde luego, lo estoy—. Sí, cariño. Yo también lo he visto, así que sé que tú compusiste esa canción. Le mentiste por otro motivo y quiero saber cuál es, así que te lo preguntaré otra vez: ¿por qué no puedes estar con él? —Está tan seria que tardo en

reaccionar y ella continúa hablando—. ¿Qué pasa? ¿Es demasiado famoso? ¿Demasiado dramático? ¿Demasiado tozudo? ¿Ha hecho algo mal?

—¡No! —lo defiendo enseguida, instintivamente—. No ha hecho nada mal y nunca lo dejaría por «ser demasiado famoso». —Frunzo el ceño y después exhalo al pensar en su rostro y la suave forma en la que me acariciaba después de hacer el amor—. Y no es dramático ni tozudo; es perfecto.

Etta me observa en silencio y siento que puede leerme hasta el alma.

—¿Entonces? No lo entiendo, cielo. —Su tono es suplicante—. Ayúdame a entender por qué le dijiste que habías mentido al decir que Owen te robó esa canción. Ayúdame a entender por qué te alejaste de él cuando está claro que estás enamorada.

—Tenía que hacerlo. —Suspiro, y de inmediato me arrepiento de haberlo dicho cuando veo su mirada encenderse con comprensión.

—Piensas de verdad que Owen te robó la canción, ¿no? —dice, y me quedo congelada, incapaz de creer que lo haya preguntado de modo tan directo—. Mentiste porque crees que Owen lo hizo y querías llevarte la culpa por ello, para protegerlo, para protegerlos a ambos.

Trago saliva. Los ojos se me llenan de lágrimas y miro a mi alrededor, intentando buscar el modo de salir de esta sin insultar la memoria de su difunto hijo.

—Yo... Etta...

—Quiero a Owen con todo mi corazón, pero, al contrario de lo que puede pensar Maverick, soy muy consciente de que mi hijo no era perfecto —dice con una sonrisa sabia y unas palabras que me asombran. La miro con la boca abierta—. Mi hijo tenía muchas cosas buenas, muchísimas, pero también muchos defectos. Pero si una

cosa nunca fue es mentiroso. —Abro la boca para disculparme, y ella me corta—. No, espera. Lo que quiero decir es que resulta evidente que esa canción es tuya, pero puedo prometerte que Owen no se llevó el mérito a propósito. Eso no significa que no fuese indirectamente el culpable de que esa canción terminase en manos equivocadas.

Pestañeo y me planteo por primera vez la posibilidad de que todo fuese, como dijo Maverick en esa habitación de hotel, un malentendido. De repente me siento estúpida por no haber querido ver esa opción antes.

—Fue la única persona a la que le di esa canción —me defiendo.

—Lo sé, cielo. —Etta me coge la mano—. Pero Owen era un desastre, perdía las cosas todo el tiempo. También era peor que un adolescente perezoso, y puede que le pasase el encargo a otra persona y le confiase la canción. La verdad, no tengo ni idea de lo que ocurrió, pero sé que no vale la pena que una relación como la que tienes con Maverick termine por algo así.

—Le he hecho daño —susurro con la voz rota. Los ojos se me llenan de lágrimas por enésima vez hoy, pero parpadeo para que no caigan—. Tenía intención de hablar con la prensa sobre esto —confieso, avergonzada.

—No te culpo, sinceramente —contesta ella, con más comprensión de la que me parece posible.

—No sé si podrá perdonarme —admito.

—Yo tampoco, pero no lo sabrás si no lo intentas —afirma Etta, y sus palabras son tan parecidas a las de Addie que empiezo a pensar que tienen razón—. Perderte a ti también le está doliendo —añade, y yo niego con la cabeza, aunque ella no me deja llevarle la contraria —. Sabes que Owen era muy importante para Maverick, pero no creo que te des cuenta de lo importante que eres tú para él. Sin

embargo, yo lo he visto con mis propios ojos. Antes de que te conociese, había perdido a dos hijos, porque uno estaba a mi lado físicamente, pero su mente y su espíritu estaban tan lejos como los del otro. Maverick dejó de reír, dejó de bromear, dejó de sentir, dejó de componer, dejó de vivir, y tú le devolviste eso. Tú le recuerdas lo bonita que puede ser la vida, Aria. —Contengo el aliento y trago saliva—. Lo de Owen podrá encajarlo. Deja que investiguemos lo que sucedió, deja que él decida si puede perdonar tus mentiras, pero no dejes de luchar por él solo porque quieres protegerlo, porque lo que tenéis es demasiado importante, demasiado especial. Es algo que no se encuentra muchas veces en la vida, y te lo dice alguien que ha perdido a más gente de la que debería y que sabe lo importante que es aferrarse a los seres queridos mientras cabe la posibilidad de tenerlos cerca.

En esta ocasión, las lágrimas me resbalan por el rostro y me tapo los ojos con la mano, apoyando el codo en la mesa mientras Etta me acaricia la espalda. Por primera vez, dudo sobre si he hecho lo correcto, me planteo si ha sido un sufrimiento inútil y me pregunto si podrá perdonarme. El anhelo que siento solo de pensar que puedo recuperarlo hace que me cueste respirar.

—Lo echo tanto de menos... —confieso en voz alta por primera vez desde que me alejé de él.

—Lo sé, corazón. Estoy segura de que Owen nunca querría ser un obstáculo en la felicidad de nadie, y mucho menos en la de Maverick; mi hijo lo adoraba tanto como Maverick a él. —Etta me acaricia la espalda de nuevo—. Es hora de dejar las cosas claras y arriesgarse. Todavía le quedan muchas notas a vuestra canción, cielo. No pauses la música aún. Deja que suene.

Yo asiento, convencida de que tiene razón y viendo las cosas con perspectiva por primera vez desde que mi mundo se vino abajo. Doy

vueltas en mi cabeza a los siguientes pasos y preparo el plan que conseguirá afinar este amor desacorde, este conjunto de notas y tiempos que dan color a nuestra melodía, mientras rezo para que no sea demasiado tarde para que el espectáculo continúe.



CAPÍTULO 30

HARD ROCK STADIUM,
Miami,
FLORIDA

Maverick

Siento la brocha de mi maquilladora pasar por quinta vez por encima de mis marcadas ojeras y bufo. Quiero decirle que no va a conseguir que desaparezcan esas manchas oscuras por mucho corrector que me aplique en la parte alta de las mejillas, pero entiendo que solo está haciendo su trabajo. Me da completamente igual subir al escenario con mala cara, aunque lo cierto es que poca cosa me importa estas últimas dos semanas. Me resulta complicado cuando lo único que hago al dormir es ver esos ojos de color verde y miel, esa nariz adorable y esos labios carnosos, y lo único que hay en mi cama al despertarme es un vacío enorme que me ahoga.

—Déjame dar una última pasada —pide Susie, antes de untar su brocha con un último chorro de maquillaje.

El sonido de fondo de las canciones de mis teloneros me relaja.

—Tienes que descansar más, Mav —dice mi hermana desde su silla, a unos metros de mí. Lleva una *tablet* en la mano en la que

controla mi horario, mis redes y todo lo relacionado con la gestión del grupo—. No puedes seguir a este ritmo y todavía te queda toda la gira internacional. ¡Te vas a desplomar en medio de una actuación! —Su ceño se frunce con preocupación.

Suelto una risa sarcástica.

—Espero que no. ¿Te imaginas lo que diría Ted?

El pez gordo de la discográfica se llevó un cabreo importante cuando se enteró de que había compuesto una canción para Owen y que la había cantado en todos los conciertos desde Austin, pero el enfado se le pasó de golpe cuando la maqueta oficial que grabamos en el estudio de Nueva York se convirtió en número uno en Spotify e iTunes en cuestión de horas.

—Mav, lo digo en serio —insiste Ava—. Estoy preocupada por ti. —Exhalo y miro al frente para que Susie pueda dar los últimos retoques—. ¿Por qué no la llamas?

—¿Crees que no me gustaría? —gruño, enfadado. Me duele el pecho al oír hablar de ella. Todo el equipo se enteró rápido de que habíamos cortado y su nombre dejó de pronunciarse a mi alrededor, así que Ava es la única que se atreve a preguntarme por el tema—. No puedo aún —le digo, nervioso—. Hay algo que tengo que investigar primero.

—¿Investigar? —pregunta ella, confundida—. ¿Qué significa eso?

—De hecho, necesito que me hagas un favor —le pido al recordar que mi hermana controla todos nuestros mensajes y es nuestra relaciones públicas—. ¿Sabes si Owen le habló alguna vez a Ted de una canción nueva antes de morir?

—¿Q-qué? —pregunta ella, y sé que está completamente descolocada por la expresión en su rostro—. Owen le enseñaba a Ted muchas canciones que componía, ya lo sabes.

—No, no hablo de una canción suya —le aclaro—. ¿Te suena que le hablase de la canción de otra persona?

Mi hermana abre la boca y la cierra un par de veces, como si le hubiese hecho la pregunta más complicada de la historia, pero, antes de que pueda decir nada al respecto, la puerta del camerino se abre y Richard entra y decido continuar con la conversación más tarde.

—¡Mav, mi chico! —exclama el recién llegado en cuanto me ve. Posa sus manos sobre mis hombros y me da un apretón amistoso—. ¿Cómo estás?

—Bien —respondo algo seco. Hoy no tengo fuerzas para hacer teatro.

—Nada de eso, Mav —me riñe Rick—. Hoy tienes que estar a tope, ¿me oyes? Ted y su sobrina han venido a ver el *show* y necesito que des el cien por cien, ¿de acuerdo? Quiero que te centres en tu público y que te olvides de la Loca.

—No la insultes —gruño de mal humor, y no lo agarro del traje hecho a medida porque aún me queda una pizca de sentido común. Aun así, la forma en la que doy un paso amenazante hacia delante y lo fulmino con la mirada deja más que clara mi posición. Aria puede haberme mentido, pero no permitiré que nadie hable mal de ella en mi presencia.

—Tranquilo, era solo una forma de hablar —se defiende—. Oye, no sé qué ha pasado entre vosotros, pero te aseguro que has esquivado una bala. Esa relación no podía llegar a buen puerto; una chica así solo causa problemas.

—¿Una chica así? —repito, procurando controlar mi mal humor.

—Una chica capaz de todo por la fama —responde él, como si fuera evidente, y la manera en la que la ha descrito encaja tan poco

con Aria que tengo que hacer un esfuerzo por seguir interrogándolo sin partirle la cara.

—Te recuerdo que fuiste tú quien me obligó a trabajar con ella —replico en tono cabreado. Ahora mismo no sé si agradecer que me diese la oportunidad de conocerla de verdad o culparlo por mi corazón roto—. ¿Por qué insististe tanto en que la contratásemos si tenías tan mala imagen de ella?

Richard sonríe, tranquilo.

—Porque sabía que es buena en su trabajo —contesta, y, al contrario que la primera vez, su explicación no termina de convencerme—. Y tenía razón, porque... ¿«Chicle de menta»? ¡Lo está petando, chaval! Es increíble.

—Sí, pero ¿por qué ella? —insisto, ignorando su cambio de tema.

—Ya te lo he dicho: porque sabía que era buena y que podría crear otro *hit* para vosotros que encajase con vuestra música —responde Richard, con fingida paciencia.

—¿Otro *hit*? —inquiero, con las alarmas sonando a toda potencia en mi cabeza—. ¿Otro además de cuál?

Ya sé la respuesta. En el fondo ya la sé. La actitud tranquila de Richard desaparece de repente y su siguiente carcajada es más bien incómoda.

—Ya me entiendes —pronuncia él. «La verdad es que no», pienso —. Es una forma de hablar —se defiende—. Quería decir que sabía que podría escribir un *hit* que encajase con vuestra música porque ya lo había hecho para otros artistas de éxito.

—Pero no has dicho «un», has dicho «otro» —insisto, y mi mánager se pasa la mano por la frente, como secándose un sudor inexistente.

—¿Por qué te pones tan quisquilloso ahora? —pregunta, claramente a la defensiva—. ¡Es solo una forma de hablar! —repite,

y se ríe, como si el absurdo estuviese siendo yo por obsesionarme con «detalles».

Me viene a la mente el recuerdo de Aria en el despacho de Richard, antes de empezar el *tour*, y lo tensa que estaba; la mirada de odio que le lanzaba a mi representante y lo incómoda que parecía, aunque quisiera fingir lo contrario. Recuerdo que ella ya se había hecho un nombre en la industria de la música como compositora y que nunca me paré a preguntar por qué desapareció sin dejar rastro, por qué dejó el mundo de la música para centrarse en la ciencia y ser profesora adjunta. Ahora me parece tan evidente que había algo que no encajaba que me siento un imbécil por haber pasado un solo segundo creyendo algo que no se sostiene por ningún lado. Solo sé que Richard, como mánager, es muchas veces el nexo entre nosotros y la discográfica, y que sabe algo que no me está contando, así que decido arriesgarme y ver cómo reacciona.

—Tú lo sabías, ¿verdad? —suelto con la respiración acelerada—. Tú sabías que ella compuso «Jaque mate», por eso mencionaste su nombre en esa reunión con Ted e insististe en que era la adecuada. Sabías que podía componer un *hit*... porque ya lo había hecho en el pasado, ¿no?

Richard no pierde la sonrisa, aunque se vuelve completamente forzada. Mira a su alrededor, pero las maquilladoras hace rato que han dejado el camerino y solo estamos él, Ava y yo; ella observa la escena con los ojos muy abiertos y tiene la *tablet* pegada al pecho.

—No sabes de lo que hablas —dice, aunque tengo la impresión de que he acertado de lleno.

—Mav, no creo que... —interviene mi hermana, pero no tengo ganas de escuchar sus rollos pacifistas y sus movidas diplomáticas.

Me da igual que Richard haya sido mi representante durante años, porque no pienso parar hasta que descubra lo que ocurrió con esa

maldita canción que tantos dolores de cabeza me ha traído.

—No, Ava —la corto—. Quiero una respuesta clara. —Miro a mi mánager a los ojos y no aparto la mirada hasta que él me la devuelve—. Sabías que Aria compuso la canción, ¿sí o no?

—Mira, Maverick —empieza a decir Richard en un tono profesional que hace que quiera pegarle un puñetazo—, soy tu mánager, y a veces tenemos que tomar decisiones que vosotros, los artistas, no entendéis, pero es por vuestro bien. Y ahora, por tu bien, te pido que dejes el tema. ¿A quién le importa esa estúpida canción, de todos modos? ¡Eso es agua pasada! ¿A quién le importa si Owen la escribió o no?

Me hierve la sangre al oír sus palabras, porque es más que evidente que no está negando nada de lo que he dicho, y el nudo que tengo en el estómago desde hace un par de semanas cada vez se vuelve más pesado, hasta que tengo ganas de vomitar y me pregunto si me he equivocado en todo, y si he perdido lo mejor que me ha pasado en la vida por ello.

—¡A mí me importa! —grito, cansado de tanta mentira y de no saber a quién creer—. ¡Estás hablando del tiempo, el trabajo y el talento de alguien! —«De Aria». De pronto me vienen a la mente sus ojos tristes al oír los acordes de esa estúpida canción y no sé en qué momento pude creer que esa expresión era la de alguien que había mentido—. ¿Quién dijo que Owen la había compuesto? ¿Fue el propio Owen? ¿Fue él quien robó esa canción?

Sé que estoy casi chillando, pero no puedo parar. Siento que estoy a punto de dar con el quid de la cuestión y me invade el vértigo, pero me agarro a la mesa del camerino, sin darle un centímetro de espacio a Rick para retroceder. Ava me apoya una mano en la espalda y parece a punto de llorar por la violenta situación, pero ahora no puedo preocuparme por eso.

—No, Owen nunca supo nada —confiesa Richard, y el suelo parece moverse bajo mis pies.

Intento coger aire, pero los pulmones no me responden.

—¿Fuiste tú? —pregunto, mirándolo a los ojos—. ¿Tú le robaste la canción a Aria y me hiciste creer que la había compuesto Owen?

Intento recordar quién me dijo que la había compuesto mi amigo, pero los días después de que me dieran la noticia de su muerte son un borrón en mi memoria; solo recuerdo verlo todo gris y una sensación de entumecimiento, de parálisis total. Recuerdo cantar «Jaque mate» en el entierro, convencido de que lo estaba homenajeando, cuando en realidad estaba escupiendo en su tumba sin saberlo, cantando una canción que nunca fue suya. Siento un pinchazo en el pecho, y otro ataque de pánico a la vuelta de la esquina, pero parpadeo para centrarme: no quiero perder la oportunidad de llegar al final de este misterio.

—¿Sinceramente? No —responde Richard, y eso me descoloca muchísimo, porque estaba convencido de haber encontrado al culpable—. Me gustaría poder llevarme el mérito de ello, porque la verdad es que fue mano de santo, pero la idea no fue mía.

Lo miro a los ojos durante unos segundos y lo creo, pero lo que no me espero es lo que oigo justo antes de que me dé tiempo a preguntar nada más.

—F-fue mía —dice Ava con voz temblorosa.

Me giro de golpe hacia mi hermana y veo sus mejillas llenas de lágrimas y una expresión de culpa que hace que quiera caer de rodillas.

—¿Qué? —susurro—. No...

—Lo siento mucho, Mav —llora ella—. No quería que sucediera nada de todo esto. Te juro que no quería...

—¿Cómo pudiste? —pregunto, furioso y traicionado—. ¿Sabes la de problemas que me hubiese ahorrado de haber sabido todo esto? ¡He estado llamando a Aria mentirosa durante meses! ¡He roto con ella por culpa de este tema, maldita sea! —grito, y me doy cuenta al momento de la gravedad del asunto.

Aria había tenido razón todo este tiempo. Tal vez yo también, a mi manera, pues, al parecer, Owen era inocente en todo el asunto, pero al principio Aria había dicho la verdad y yo no había querido creerla. Ella insistía en que los Trailer Trash le habían robado la canción y así había sido, solo que el culpable no había sido Owen, sino mi propia hermana.

—Por favor, deja que te lo explique —pide ella, y yo le lanzo una mirada colérica y me aparto cuando intenta agarrarme del brazo—. ¡Mav, lo siento!

—No te disculpes, Ava —la defiende Richard—. Deberías estarle agradecido, muchacho. Lo que hizo te salvó el trasero.

—Explícate —le exijo a mi hermana, con el corazón a mil.

Ella se seca las lágrimas y coge aire.

—Owen y Aria se conocieron en una fiesta de promoción de un cedé. No recuerdo quién era el artista, pero era uno de los cantantes con los que Aria había colaborado —empieza Ava, y yo asiento—. Al parecer estuvieron charlando de música, y Aria le enseñó la canción que había compuesto, «Jaque mate». Le contó que, aunque ya trabajaba como compositora, su sueño era ser cantante y componer su propia música..., y, no sé, al parecer Owen se ofreció a enseñarle la maqueta a Ted.

El corazón se me encoge al imaginar esa escena, lo que pudo haber sido. En otra vida, Owen llegaba a entregarle la maqueta a Ted; en otra vida, mis dos personas favoritas se hacían amigos; en otra vida, Owen me presentaba a Aria y yo la conocía en otras

circunstancias; en otra vida, Owen seguiría vivo; en otra vida los tendría a los dos a mi lado. Por desgracia, esta era la vida que tenía.

—Owen me pasó la canción que Aria había grabado, la maqueta de muestra, y me pidió que se la entregase a Richard o a Ted directamente si tenía la oportunidad de cruzarme con él —prosigue mi hermana—. Me dijo que había conocido a una compositora increíble con una voz increíble y que sabía que llegaría lejos, que quería ayudarla a dar a conocer su talento. —Los ojos se me empañan de emoción, pero trago saliva para no interrumpirla, ávido de saber lo que ocurrió—. ¡Y esa era mi intención! ¡Juro que lo era! —promete Ava—. Solo que, cuando fui a la discográfica para hablar con Ted y enseñarle la maqueta, me encontré con Ted y Richard discutiendo. Me oyeron en la puerta y me hicieron entrar. Fue horrible, Mav. Ted dijo...

—¿Qué? —pregunto con urgencia, pero ella niega, como si fuese incapaz de repetir las palabras del magnate de la música.

—Ted quería a Owen fuera del grupo —suelta Rick en tono grave, y a mí casi se me doblan las rodillas de la impresión.

—¿Qué? —repito, casi ahogándome—. No se podía echar a Owen del grupo. ¡Owen era el grupo! —me quejo, alterado.

—Owen había tenido muy mala publicidad por su problema con las drogas —explica Richard.

—¡Estaba reformado! —lo defiendo, exaltado—. Salió de rehabilitación y no volvió a meterse nada. Estaba completamente limpio.

—Sí, pero su imagen aún no, y hacía tiempo que no componíais nada nuevo —explica Richard—. Así que, cuando Ted insinuó que Owen ya no aportaba nada al equipo, Ava intervino y dijo que eso no era cierto, que Owen seguía componiendo grandes éxitos...

—Y le habló de «Jaque mate» —termino yo por él mirando a Ava, que tiene los ojos rojos por las lágrimas y me observa con expresión culpable.

—Lo siento —repite ella—. Solo quería salir del paso —añade—, demostrar que Owen seguía siendo vital para los Trailer Trash. Sabía lo importante que era él para ti y sabía que no ibas a aceptar que lo echasen del grupo, que ibas a irte con él, que todo se iba a ir al traste. —Llora y, aunque no estoy de acuerdo con lo que hizo, lo entiendo, y entiendo que lo hizo por amor, que intentaba protegerme, proteger a Owen—. Le dije que Owen había compuesto «Jaque mate» y tenía toda la intención de avisaros para que hubiese otra canción nueva que poder presentar en lugar de esa. O tal vez incluso mencionar a Aria como compositora, si se animaba a vendérnosla. Quería encontrar una solución, pero entonces todo se descontroló muy rápido: Owen murió a los pocos días, Ted te llamó y te habló de la canción y tú cantaste ese tema en el funeral, diciendo públicamente que la había compuesto Owen.

Cierro los ojos, porque me doy cuenta de que, sin querer, yo provoqué todo el embrollo.

—La chica, Aria, vino unos días después del entierro para pedir reconocimiento por su trabajo, pero no podíamos permitirnos que se supiese lo que había ocurrido, así que le pregunté si tenía alguna prueba de que ese tema era suyo y, cuando dijo que no, amenacé con denunciarla por difamación si se oía el más mínimo rumor o si hablaba con la prensa de ello —explica Richard.

—Yo no sabía eso —exhala Ava, claramente arrepentida.

—Cuanta menos gente lo supiese, mejor —responde mi representante—. Mav se enteró porque oyó parte de la discusión que tuve con ella ese día.

En ese momento, recuerdo haber oído a una mujer discutiendo de manera furiosa con Richard. Recuerdo, cuando se fue sin que pudiese verla, preguntarle quién era y que respondiese: «Nadie, una loca que quería llevarse el mérito del trabajo de otros». Después me contó que iba diciendo por ahí que Owen le había robado una canción y exploté de furia al pensar que alguien estaba difamando a mi amigo, recientemente fallecido. Solo que, al verlo con perspectiva, la única que salió herida de allí fue ella. Y ahora sospecho que, convencida de que Owen había sido el culpable, ha intentado protegerme de la verdad; que ha intentado cargar con la culpa de algo que le han hecho a ella, y que por eso me mintió en esa habitación de hotel de Austin.

—No me parece bien que me hayáis ocultado algo tan importante durante tanto tiempo —les recrimino a los dos—. Sé que solo mirabais por mí y por el grupo, pero nada de lo que habéis hecho está bien, y tengo que plantearme muy seriamente si puedo seguir confiando en vosotros y teneros en mi equipo. —Richard abre la boca para replicar, pero yo lo corto con una mirada—. Que seas mi mánager no te da la potestad de tomar decisiones por mí, mentirme y ocultarme cosas que me conciernen. Si Ted no está contento con el grupo, necesito saberlo, no que cometáis inmoralidades e ilegalidades para ocultar los problemas antes de que me entere de ellos —sentencio, y Rick asiente, con la cabeza gacha. Ahora mismo no tengo la claridad mental para decidir qué quiero hacer con ellos, pues solo hay una cosa que tengo clara—. Dios, tengo que llamar a Aria —susurro casi para mí mismo—. Tengo que llamarla y suplicarle que me perdone por no creerla.

—Siento lo de Aria —susurra Ava, avergonzada—. No quería causar problemas entre vosotros. No sabía que ella seguía herida por lo que hice.

—Claro que lo estaba —la riño. Quiero gritarle para que se dé cuenta de lo que ha hecho, pero cuando la miro solo veo a mi hermana pequeña y soy incapaz de hablarle mal—. Algo así no se supera tan fácilmente.

—Lo siento —repite ella.

—¿Dónde está mi móvil? —pregunto en tono urgente, pero Ava no tiene tiempo de responderme, porque llaman a la puerta y uno de mis trabajadores me dice que me están esperando en el escenario. La música de los teloneros ha dejado de sonar y oigo con nitidez los gritos de mis fans, chillando mi nombre. Maldigo para mis adentros, pues sé que, aunque le debo a Aria una llamada y una disculpa, les debo también mi presencia a mis fans, y no es algo que pueda aplazar. Exhalo, cansado de tener que anteponer mi carrera a mi vida personal, pero decido que Aria se merece más que una llamada rápida de cinco minutos y lanzo una última mirada de reprimenda a Richard y Ava—. Seguiremos hablando de esto —les advierto, y ellos asienten con pesar antes de que salga del camerino y siga a mi trabajador por los pasillos subterráneos del estadio.

Me subo a la plataforma que me da entrada y me coloco los auriculares In-Ear para sofocar el sonido de mi público, y sofoco también los chillidos de mi corazón, que me piden que lo deje todo y salga corriendo a buscar a la chica a la que amo.



CAPÍTULO 31

HARD ROCK STADIUM,
Miami,
FLORIDA

Aria

Cuando el helicóptero de Etta aterriza en Miami, en la parte trasera del Hard Rock Stadium, estoy hecha un flan: me tiemblan las rodillas y el corazón me va a mil por hora. Después de hablar con ella, me he dado una ducha, he repasado mi pelo del mismo color azul eléctrico, que había quedado completamente desvaído estos últimos días, y me he arreglado para llevar a cabo mi plan. Necesitaba la confianza y la seguridad que el azul me da más que nunca, ya que no podía ni pensar en la posibilidad de que ese plan saliese mal.

Mi hermana y mis padres han querido unirse a mi locura, aunque sea solo como espectadores, para darme ánimos. Yo solo he aceptado porque no he podido dejar de lado la posibilidad de que Maverick no quiera verme ni en pintura y que nada de lo que haga hoy sirva para recuperarlo, en cuyo caso voy a necesitar el apoyo de mi familia más que nunca. Me bajo del enorme vehículo de un salto antes de tenderle la mano a la madre de Mav para que no se caiga

al bajar. Mis padres se ayudan entre ellos y Addie me sigue, dando saltitos.

—¡Qué emocionante! —chilla mi hermana al ver el estadio que tenemos detrás—. ¡Esto es como en las películas!

—Sí, solo que en las películas todo termina bien —le recuerdo, con una sonrisa forzada y los nervios a flor de piel.

—Esto también saldrá bien, corazón —me anima Etta, dándome una palmadita en el hombro. Mi padre me estrecha la cintura y mi madre asiente enfáticamente—. Maverick está loco por ti, no tardarás nada en convencerlo para que te dé otra oportunidad. ¡Estáis hechos el uno para el otro!

—Es cierto, cariño —añade mamá—. Ambos os queréis, es imposible no verlo.

Yo asiento con la cabeza, porque no quiero llevarles la contraria y recordarles que a veces el amor no es suficiente para que dos personas estén juntas; quiero creer lo que están diciendo y me refugio en sus palabras.

Los cinco caminamos hacia el estadio —el concierto ya está muy avanzado y se me encoge el corazón al oír la voz de Maverick en el micrófono y esas canciones que tan bien me conozco— y, aunque no tenemos entradas, Etta pide a los porteros que pregunten al equipo si la conocen. En cuestión de minutos, sus *walkie-talkies* suenan de nuevo con órdenes de dejar pasar a la mujer y a cualquiera que vaya con ella. Los porteros del estadio nos conducen por los pasillos hasta el *backstage*, pero otros miembros del personal de seguridad nos cortan el paso justo cuando empiezo a ver al equipo de los Trailer Trash.

—¡Eh! ¿Cómo habéis llegado aquí? —pregunta un hombre, cogiéndome del brazo con brusquedad.

Yo intento zafarme, pero no me suelta.

—Nos han dado indicaciones de dejarlos pasar —se defiende uno de los de la puerta de entrada.

—¿Quién? —pregunta el otro.

—Esto es increíble, mi hijo se enterará de esto —se queja Etta—. ¡Suéltela!

—No pasa nada —intervengo yo en tono conciliador—. En el equipo me conocen, ¿de acuerdo? —le explico al segurata—. Conozco a Maverick Sutton, él es... —Mi voz se pierde en cuanto veo una melena pelirroja entre el gentío de trabajadores—. ¡Ava! ¡Ava, aquí! —chillo, haciendo movimientos con la mano libre.

La joven se gira y pone los ojos como platos en cuanto me ve.

—¿Aria? —Se acerca a nosotros y yo exhalo, aliviada—. ¿Qué haces aquí? —me pregunta, pero entonces ve que el de seguridad me tiene cogida del brazo y le lanza una mirada de reproche—. Suéltela ahora mismo y déjelos pasar, están conmigo.

—Sí, señorita Miller —responde el hombre, antes de soltarme con gesto arrepentido y largarse, seguramente por miedo a ser despedido, aunque solo estaba haciendo su trabajo.

—Gracias —le digo a Ava, y le doy un abrazo que ella me devuelve con gusto.

—¿Qué haces aquí? —pregunta de nuevo.

—He venido a hablar con Mav —respondo—. Necesito que me escuche y pedirle perdón.

—Aria, tengo que contarte una cosa... —empieza a decir ella, en un tono de disculpa que no entiendo, pero la corto antes de que pueda terminar la frase.

—Sea lo que sea, me lo puedes contar después —contesto con urgencia—. Necesito que me hagas un favor y que no hagas preguntas. ¿Me ayudarás?

La miro esperanzada.

Ella abre la boca, como si fuese a discutir, pero entonces suspira y asiente.

—Lo que sea —acepta, y la abrazo de nuevo.

Le cuento mi plan, en el que accede a participar.

—Gracias —le digo con sinceridad—. Sabía que podía contar contigo. —Ella pone una cara rara, y sonríe débilmente—. Chicos, me tengo que ir o no me dará tiempo de llegar a la última canción —añado, despidiéndome de mi familia y de Etta con abrazos.

Ellos me dan palabras de ánimo y sonrío, con el corazón latiendo a mil por hora antes de girarme para continuar con mi plan.

—Aria —me llama Ava, y la miro con curiosidad—, me alegra que estés aquí —pronuncia con una sonrisa tímida que yo le devuelvo—. Corre, ¡yo te cubro!

Asiento y salgo disparada. Me cuelo en el vestuario de los bailarines y me pongo uno de los conjuntos que hay colgados en las perchas para camuflarme entre ellos. Cuando terminan la canción, salen del escenario por un lateral y me mezclo con ellos sin que me vean los de seguridad. Al inicio del siguiente tema, los sigo hasta que estoy subida al escenario, en una de las últimas filas, y empieza a sonar la última canción del concierto. Maverick está varias filas por delante de mí y, aun así, el corazón se me acelera al verlo, al tenerlo tan cerca. Mis brazos y mis pies siguen la coreografía como puedo, esa que me sé de memoria después de verla repetida ochocientas mil veces en los ensayos y en el millón de conciertos a los que he asistido a lo largo del *tour*, pero, evidentemente, no estoy a la altura del resto de los compañeros, lo que hace que, enseguida, Maverick se fije en mí.

Se sorprende tanto al verme que gira el cuello dos veces, como si la primera su cerebro no hubiese registrado bien mi presencia. Pone los ojos como platos y demuestra que sus conciertos tienen cero

playback, porque se salta una línea de la letra de la canción solo de la estupefacción. Aun así, como todo un profesional, continúa cantando y bailando al ritmo de la música, si bien no deja de mirarme en ningún momento. Los fans también parecen haber pillado mi intrusión, y cualquiera diría que me reconocen, porque se ponen a chillar como locos y las cámaras me apuntan. De perdidos al río, decido que voy a ir saltando hasta avanzar filas y quedar cerca de Maverick, que me observa pasmado.

—¿Aria? —pregunta anonadado, hablando lejos del micro entre línea y línea de la canción.

Me observa como si no se lo creyese y yo sigo con la coreografía, intentando no molestar demasiado al resto de los bailarines, que me miran como si me hubiese vuelto loca. Los de seguridad del estadio, a un lado del *backstage*, parecen no tener claro si sacarme del escenario esposada, pero veo claramente a Roy y a Javier dándoles indicaciones para no intervenir, y lanzándome unos guiños de ojo cómplices. El tema termina y los bailarines abandonan el escenario, pero yo no me muevo de donde estoy. Maverick se gira hacia mí y yo trago saliva antes de girarme hacia él.

—¿Qué haces aquí? —pregunta, en cuanto recupera el aliento de tanto saltar por el escenario y entonar a la vez. Se seca el sudor de la frente con el dorso de la mano y me observa con una expresión que no sé descifrar.

Quiero pensar que se alegra de verme, pero no pondría la mano en el fuego por ello.

—Sé que ahora mismo no quieres ni verme, pero no pienso irme de aquí hasta que me escuches —le advierto.

Echo un vistazo hacia el *backstage* y lanzo una mirada inquisitiva a Ava, preguntándole con mi expresión si ha podido completar su parte del plan.

Ella me levanta los pulgares en señal de éxito y el nudo de nervios que tengo en el estómago se hace cada vez mayor. Con manos temblorosas, cojo el micrófono que tiene Maverick en la mano y me dirijo al centro del escenario. Él me sigue con la mirada, flipando, y yo levanto el micro y hablo hasta que mi voz se proyecta en uno de los estadios más grandes del mundo, delante de más de ochenta mil personas. Maverick camina con lentitud hasta que se para a dos pasos de mí, contemplándome con ojos curiosos y sorprendidos.

—Hola, me llamo Aria Simmons; igual algunos me conocéis, la mayoría de vosotros seguramente no. Habréis oído rumores de mi relación con Maverick, también sobre nuestra ruptura, y, sea lo que sea lo que hayáis visto en las noticias, os aseguro que tuve toda la culpa y... —Me giro hacia él, que se ha quedado boquiabierto—. He pensado mil maneras diferentes de disculparme y de decirte lo que siento por ti, y he decidido que la forma más fácil y más sincera es la que mejor nos funciona a ambos. Estos días no he podido parar de pensar en ti y te he escrito una canción.

El público se vuelve loco, pero yo no puedo apartar los ojos del rostro que me quita el sueño cuando no lo tengo cerca. Mav está muy quieto, casi como si no pudiese creerse lo que ve y lo que oye, como si pensase que se lo está imaginando. Tal vez se cree en una pesadilla y no puedo culparlo, pero ya es demasiado tarde para echarme atrás.

—Espero que te guste —le digo en voz baja—. Esto es «La ecuación de nosotros». Allá va.

Pensaba que en la vida
todo podía calcular,
pero encontré una ecuación
que no lograba descifrar.

Una incógnita, una equis,
que solo se quería aislar.
Un cálculo a medias,
un número sin su par.

Y si para resolvernos tengo que simplificar,
la ecuación de nosotros no la quiero completar.

Tú y yo somos una secuencia sin final,
la atracción de dos cuerpos en trayectoria horizontal.
Le sumas a mi vida y le restas todo el mal,
multiplicas lo increíble y divides lo normal.
Hacerme mayor contigo, un crecimiento exponencial,
que el tiempo que esté sin ti sea infinitesimal.
Quiero ser tu «para siempre», coma de tu decimal,
porque por fin he encontrado el resultado, a mi igual.

Tuve que perder el norte
y toda mi estabilidad
para encontrar a mi persona,
mi centro de gravedad.

Eres el núcleo de mi átomo,
eres mi reactividad.
Mis neutrones y protones,
me das electricidad.

Y si para resolvernos tengo que simplificar,
la ecuación de nosotros no la quiero completar.

Tú y yo somos una secuencia sin final,
la atracción de dos cuerpos en trayectoria horizontal.
Le sumas a mi vida y le restas todo el mal,
multiplicas lo increíble y divides lo normal.
Hacerme mayor contigo, un crecimiento exponencial,
que el tiempo que esté sin ti sea infinitesimal.
Quiero ser tu «para siempre», coma de tu decimal,
porque por fin he encontrado el resultado, a mi igual.

Tecnecio, Yodo, Erbio, Oxígeno,
Tc, I, Er, O.
No sé cómo más decirlo.

Tecnecio, Yodo, Erbio, Oxígeno,
Tc, I, Er, O.
No sé cómo más decirlo.

Y si para resolvernos tengo que simplificar,
la ecuación de nosotros no la quiero completar.

Tú y yo somos una secuencia sin final,
la atracción de dos cuerpos en trayectoria horizontal.
Le sumas a mi vida y le restas todo el mal,
multiplicas lo increíble y divides lo normal.
Hacerme mayor contigo, un crecimiento exponencial,
que el tiempo que esté sin ti sea infinitesimal.
Quiero ser tu «para siempre», coma de tu decimal,
porque por fin he encontrado el resultado, a mi igual.

He encontrado el resultado, he encontrado a mi igual.

Entono cada nota y pronuncio cada una de las palabras con cada una de las emociones que llevo sintiendo por él estos meses, con cada una de las emociones que he estado reprimiendo estas semanas. Intento que vea en esta canción todo lo que siento por él y todo lo que a veces me cuesta expresar con palabras, y dejo que vea lo mucho que lo siento y lo mucho que me arrepiento de todo lo que he hecho. Él sigue muy quieto, como una estatua, sin reaccionar, y cuando termina de sonar la última nota y el público aplaude, me quedo en silencio, mirándolo, esperando una reacción que no llega. Empiezo a dudar y me da miedo haberme equivocado, haberla cagado aún más, haberlo perdido del todo, pero entonces pestañeo y de repente sus manos están en mis mejillas y su boca está sobre la mía. El público se vuelve completamente loco, pero yo apenas oigo los gritos de lo fuerte que me late el corazón en los oídos. Siento el sabor mentolado de su aliento sobre el mío y su lengua acaricia la mía sin darle ninguna tregua, sin ninguna vergüenza pese a los miles de personas que están siendo espectadores de nuestro arrebato de pasión, y no podría importarme menos que el mundo entero esté mirando. Por una vez, quiero hacer lo que quiera sin que me importen las consecuencias, quiero chillar a los cuatro vientos que estoy enamorada de Maverick Sutton.

Después de unos segundos de estupefacción, mi cuerpo reacciona y mis brazos envuelven su cuello, devolviéndole el beso con más desinhibición aún que antes. Sin dejar un centímetro de espacio entre nosotros, me pego a su cuerpo, sin importarme que esté sudado por las horas de concierto, sin importarme nada más que sentirlo contra mí de nuevo, y noto que mis pies se despegan del suelo cuando me coge en brazos. Mis piernas se enrollan a su alrededor y los gritos de los fans se vuelven casi afónicos. Sé que estoy dando el espectáculo de mi vida y no podría importarme

menos. Me separo de los labios de Maverick cuando empiezo a marearme por la falta de oxígeno y lo miro con una sonrisa. Él camina conmigo entre sus brazos hasta sacarnos del escenario y, ahora que estamos relativamente solos, esta vez con el micrófono apagado, le digo unas palabras que son solo para sus oídos.

—Siento haberte mentido —me disculpo con sinceridad—. Al principio no tenía la mejor de las intenciones y no tengo excusa para eso, pero te juro que me enamoré de ti por cómo eres y todo eso dejó de importarme en cuanto te conocí de verdad.

—No, lo entiendo —responde, y yo lo miro sorprendida—. Aria, soy yo quien lo siente. Tenías razón cuando decías que te robaron la canción y no quise creerte. Me cegó el pensar que Owen nunca podría haber hecho algo así y no quise seguir escuchando nada relacionado con ese tema. Te merecías mucho más que eso. Tendría que haberte escuchado y tendría que haber investigado para llegar a la verdad. Lo siento, Hoyuelos.

—Me da igual —le digo sincera—. Me da igual esa estúpida canción y me da igual quién me la robara. No necesito averiguarlo.

—No hace falta —afirma Mav—. Ya sé lo que ocurrió. Fue mi hermana quien te robó la canción. Tenía un buen motivo y se siente fatal por ello, pero eso no es excusa.

—¿Qué? ¿Ava? ¿En serio? —pregunto, alucinada, pues en mi listado de sospechosos su nombre no estaba ni medianamente cerca de ser uno de los principales, pero en este momento solo me río y me doy cuenta de que he dejado todo eso completamente atrás—. ¿Sabes qué? La perdono. Hiciese lo que hiciese, solo sé que esa canción me llevó hasta ti, y lo único que necesito saber es que podemos empezar desde cero.

Lo miro esperanzada y él me sonríe con esos dientes perfectos y me abraza contra su pecho.

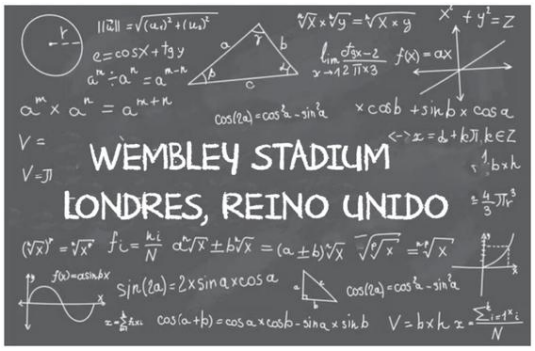
—Nada me gustaría más —responde con una sonrisa franca, y yo exhalo aliviada—. Y creo que mis fans estarán muy de acuerdo con esta decisión —añade, haciendo referencia al espectáculo que les acabamos de dar—. Ha sido una canción preciosa. Eres una gran artista —dice, y lo abrazo hasta que siento el rítmico latido de su corazón bajo mi oído.

—Te quiero, Superestrella —declaro.

—Creo que tendrás que encontrarme otro mote, porque dentro de nada la superestrella serás tú —suelta él muy serio, y yo me río.

Etta y mi familia se acercan a nosotros, eufóricos, contentos por nuestra reconciliación, y todos nos abrazan con alegría. Yo devuelvo los abrazos y sonrío al mirar al culpable de que haya vuelto a componer, y suspiro feliz de demostrar que hasta de los instrumentos más desacordes y disonantes puedes sacar una bonita melodía si te tomas el tiempo suficiente de afinarlos.

Epílogo



Aria

Mi carrera como cantante despegó después de esa noche en Miami. En cuestión de semanas, había firmado un contrato con una discográfica *indie* bastante pequeña de Nueva York y estaba cantando canciones originales en Coachella. Maverick y yo nos convertimos en una de las parejas protagonistas en los eventos de música, como los American Music Awards, los Billboard Music Awards, los MTV o los Grammy. Además de componer mis propios álbumes en solitario y de hacer mil y una colaboraciones con los Trailer Trash, seguí componiendo para el grupo y, junto con Mav, fui co-compositora de algunos de los *hits* más famosos de la banda. Durante el año de nuestro segundo aniversario como pareja, Maverick recogió tantos *grammys* que no le cabían en los brazos, y fui la segunda mencionada en sus múltiples discursos de agradecimiento, solo por detrás de Etta, quien sería por y para

siempre la primera a la que agradecer por el éxito de mi chico, después de él mismo y todo su trabajo diario, claro.

Pese al éxito de mi carrera como cantautora, no dejé de lado en ningún momento mi otra pasión —la ciencia—, aunque sí que me retiré de la docencia, pues no tenía tiempo para todo. Poco después de terminar de grabar mi primer álbum, conseguí que Sony Group Corporation financiase mi investigación sobre composición de canciones a partir de estructuras algebraicas y pusiese a mi disposición a un buenísimo equipo de científicos que me ayudaron a perfilar todas y cada una de las tangentes de ese tema tan amplio y tan poco estudiado. Seguí colaborando con el MIT como investigadora y como profesora en clases puntuales para estudiantes de máster, escribí numerosos artículos científicos que se publicaron en revistas de renombre, di charlas a los estudiantes que estaban intentando descubrir su rama de especialización —sobre todo en un intento de animar a chicas y mujeres a perseguir sus sueños en el mundo STEM— y participé en múltiples congresos y eventos científicos como experta en *music technology* y física cuántica avanzada.

Maverick, por su parte, decidió perdonar a Ava y a Richard por lo ocurrido con la canción —después de asegurarse mil y una veces de que no me molestaba su decisión de mantenerlos en el equipo—, pero les dejó cristalino que no pensaba dejar pasar ninguna otra jugarreta por el estilo y que no tendría ningún problema en despedirlos si se enteraba de que habían vuelto a tomar decisiones sin él o a ocultarle cualquier tipo de información que le pareciese relevante o pertinente conocer. Con quien sí que decidió romper contrato fue con Ted y su famosa discográfica, Shooting Records, lo que provocó un enorme lío de abogados y denuncias, pues Ted no quería perder a uno de sus mejores artistas, y mucho menos

entonces, cuando volvía a estar en el punto álgido de su carrera. Maverick, incapaz de seguir el ejemplo de su compañera Taylor Swift y volver a grabar las canciones y los álbumes al estilo *Maverick's version* —pues se negaba por completo a sustituir la voz de Owen por la suya—, aceptó que el magnate se quedara con los derechos de los discos en los que había participado Owen y que el grupo cambiara de discográfica para sus nuevos discos sin él.

Viajar se había convertido en nuestro modo de vida, y rara era la vez en la que no nos encontrábamos en un avión de camino a un evento, a uno de sus conciertos, a uno de los míos, a algún compromiso musical o a alguno de mis compromisos científicos. Aunque esa era una de las partes más maravillosas de mi trabajo y me había permitido conocer países, culturas y arte de todo el mundo, algunas veces, nuestros horarios no encajaban y pasábamos separados varios días o semanas, lo que solo hacía que valorásemos aún más el tiempo que podíamos pasar juntos y disfrutásemos al máximo de la presencia del otro. Aun así, nuestros trabajos nos obligaban a ser comprensivos y a hacer sacrificios por el otro, para poder apoyarnos mutuamente sin reprocharnos nada. Mav y yo hablábamos a menudo del futuro, y ambos teníamos claro que no queríamos tener hijos en un futuro próximo y, seguramente, que no los tendríamos nunca, pues nuestro estilo de vida era muy inestable y no era algo a lo que quisiésemos renunciar. Ambos estábamos de acuerdo en que, al menos por el momento, ya teníamos suficiente con nuestra familia de dos. Cuando Mav me pidió matrimonio al final de su tercer *tour* mundial, no pude ser más feliz, pero ambos nos dimos cuenta enseguida de que, con nuestras agendas, era complicado organizar una boda multitudinaria al nivel que se esperaba de nosotros. La presión por los titulares de «la boda del año» empezó a agobiarme y volví a enamorarme de mi chico por

partida doble cuando, en medio de su cuarta gira, nos llevó de forma espontánea a una capilla de Las Vegas. La ceremonia fue superíntima e improvisada, con un vestido corto veraniego de color blanco, un velo de cinco dólares y unas flores de plástico, pero estuvimos acompañados de las personas que más queríamos; Etta, Ava, Addie, mis padres y Spotify, la corgi de Mav, estaban en la capilla cuando entré, y fue la ceremonia más perfecta que podría haber deseado. La prensa, por supuesto, no estuvo de acuerdo con esa «indignante traición nacional», pero solo nosotros y la familia teníamos las fotos de ese íntimo momento, y así es como Mav y yo lo habíamos preferido.



—¿Estás lista? —me pregunta mi marido desde un lado del *backstage* del estadio de Wembley.

Sus ojos están marcados con delineador negro, y su rostro está contorneado con un sutil maquillaje que deja su piel perfecta para las cámaras. Cinco años después de nuestro primer beso, aún me sorprendo babeando por lo guapo que es.

Llevo unos pantalones cortos de látex de color azul que van a juego con mi melena azul eléctrico, color que suelo vestir en los escenarios y que se ha convertido casi en parte de mi *alter ego*. La purpurina me brilla por todo el cuerpo y llevo un peinado estrambótico lleno de trenzas, pero nunca me había sentido más yo misma.

—Estoy lista —le aseguro.

Con una mano agarro mi micrófono azul, ese que él me regaló y que viaja conmigo a todas partes, y, con la otra, me coloco uno de

los auriculares In-Ear en la oreja. Estoy a punto de colocarme el otro cuando oigo la voz de Maverick.

—Gracias por estar aquí —me dice con sinceridad, y yo le sonrío.

—Gracias por quererme aquí —le respondo con sencillez.

—Aunque me pase la vida dando vueltas por el mundo, sé que cuando estoy contigo estoy en tierra firme —añade—. Así que gracias por ser mi toma de tierra.

La garganta se me cierra y me pongo de puntillas para besar sus labios, que siguen sabiendo a menta.

—Te prometo que siempre seré tu hogar si tú me prometes que siempre volverás a casa —le susurro en los labios con tono solemne.

—Te lo prometo —responde él, antes de darme un último beso.

Termino de colocarme el otro auricular en su sitio y, automáticamente, el sonido del estadio desaparece, dejando paso al rítmico latido de mi corazón. Maverick me ofrece la mano y yo se la tomo, y caminamos así, mano en mano, hasta que los dos estamos bajo la luz cegadora de los *flashes* y los focos, dejando que los aplausos completen la melodía de nuestra vida, pero siempre sabiendo dónde encontrar al otro en medio de la multitud.

Agradecimientos

Otra novela terminada, y sigo sin saber qué poner en los agradecimientos para que no sean un aburrimiento... Aunque supongo que casi nadie los lee, así que voy a ser repetitiva como en *El día de la marmota* y a soltarlo todo tal cual lo siento.

Gracias infinitas a Esther Escoriza, mi editora, por haberse fijado en mí y haber confiado en el manuscrito: llegaste después de un año complicado, y ahora entiendo que fue porque la vida me estaba reservando una gran sorpresa. Cuando empecé a escribir, publicar con una editorial me parecía un sueño tan lejano como las estrellas... y ahora estoy en Planeta, así que gracias.

Siempre, siempre, siempre, gracias a Eva Fraile, mi agente literaria, porque sin ella no tendría la mitad de las oportunidades que tengo, pero, sobre todo, porque es agente, compañera, psicóloga y amiga. No me cansaré de decirlo: el camino se hace mucho más fácil contigo cerca.

Gracias a Marga (@margacong) por la mejor portada que se podría desear; la ilustración encapsula perfectamente la esencia del libro.

Gracias al equipo de MatchStories por ser parte esencial del proceso de creación de esta obra: diseño de cubierta, comunicación, marketing y todo lo que hacéis por ella. No puedo dejar de agradecerte el trabajo que has hecho, Mireia. 10/10, brutal. Como

alguien que ha estudiado Traducción e Interpretación y a quien le encanta que la corrijan para seguir aprendiendo de la escritura, tengo que decir que he disfrutado mucho de esta corrección y leyendo todos los comentarios. Me han parecido aportaciones superpertinentes y bien encontradas, y me quedo muy tranquila, porque sé que ahora la historia está definitivamente en su mejor versión, así que gracias por el currazo.

Tampoco puedo olvidarme de María Aguado, quien está ahora mismo cursando un doctorado de computación cuántica aplicada a la música (y sin despeinarse), y cuyo trabajo de *computer musician* inspiró el argumento de esta novela. Gracias, María, por haberme ayudado a darle forma al personaje de Aria con tu infinita pasión por la música y la ciencia, y por haberme ayudado a documentarme para que pudiese representar con fidelidad el maravilloso mundo de los *music technologists*. Eres una fenómeno y espero que tu pasión te lleve tan lejos como mereces.

Gracias a mi amiga Amanda, por haberme presentado a María por pura casualidad y haber inspirado indirectamente esta historia, pero, sobre todo, por el apoyo que me brinda cada día para que siga escribiendo, y la paciencia de aguantar que le cuente todas mis ideas.

Si hablo de apoyo, no puedo sino mencionar a familia, directa e indirecta, y amigos, que están siempre ahí para darme aliento sin falta, escuchando todas las novedades que les cuento y leyendo mis libros en primicia. Os quiero.

Quiero darle las gracias también a toda la gente que me manda mensajes por redes para decirme que les ha encantado mi anterior obra o para recalcar las ganas que tienen de leer la siguiente: esas notificaciones me dan la vida.

Gracias a las lectoras cero de esta novela, en especial May y Ángela; la primera, por la flexibilidad, disponibilidad, minuciosidad y cariño con el que se lee mis relatos, y la segunda, por ser mi *spotter* desde las sombras de Ginebra.

Gracias a ti, que has elegido este libro, por haberle dado una oportunidad y porque solo gracias a gente como tú puedo cumplir mi sueño. Espero que hayas disfrutado tanto leyéndolo como yo he disfrutado escribiéndolo.

Por último, y por eso más importante, a David, mi pareja, por estar siempre a mi lado animándome a no desfallecer cuando el mundo de la escritura se vuelve complicado; el síndrome del impostor se esfuma cuando te tengo cerca. Nuestra historia es mi inspiración de lo que es un verdadero romance, y puedo plasmarlo gracias a ti. Te quiero.

Banda sonora

«Vampire», ℗ 2023 Olivia Rodrigo, bajo licencia exclusiva de Geffen Records, interpretada por Olivia Rodrigo.
«The Grudge», ℗ 2023 Olivia Rodrigo, bajo licencia exclusiva de Geffen Records, interpretada por Olivia Rodrigo.
«Could Have Been Me», ℗ 2016 The Struts, bajo licencia exclusiva de Interscope Records, interpretada por The Struts.
«Do Re Mi», ℗ 2017 Beartrap, LLC, bajo licencia exclusiva de Alamo Records, LLC/Sony Music Entertainment, interpretada por blackbear.
«Vigilante Shit», ℗ 2022 Taylor Swift, interpretada por Taylor Swift.
«Who's Afraid of Little Old Me?», ℗ 2024 Taylor Swift, interpretada por Taylor Swift.
«Look What You Made Me Do», ℗ 2017 Taylor Swift, interpretada por Taylor Swift.
«Paint the Town Red», ℗ 2023 Kemosabe Records/RCA Records, interpretada por Doja Cat.
«AVA», 2022 UMG Recordings, Inc. & 10K Projects, LLC, interpretada por Natalie Jane.
«I Love You, I'm Sorry», ℗ 2024 Gracie Abrams, bajo licencia exclusiva de Interscope Records, interpretada por Gracie Abrams.
«The Search», ℗ 2019 NF Real Music, LLC, interpretada por NF.
«Wrecked», ℗ 2021 KIDinaKORNER/Interscope Records, interpretada por Imagine Dragons.
«I Sent My Therapist to Therapy», ℗ 2023 Elektra Entertainment LLC, interpretada por Alec Benjamin.

«Fine», ℗ 2022 Kyle Hume, interpretada por Kyle Hume.
«Numb Little Bug», ℗ 2022 Republic Records, una división de UMG Recordings, Inc. (Moon Projects, LLC), interpretada por Em Beihold.
«Good to Be», ℗ 2023 Mark Ambor, LLC en asociación con Hundred Days Records, interpretada por Mark Ambor.
«Different», ℗ 2016 Island Records, una división de UMG Recordings, Inc., interpretada por James TW.
«Umbrella», ℗ 2016 Def Jam Recordings, una división de UMG Recordings, Inc., interpretada por Rihanna con la colaboración de Jay-Z.
«Strong», ℗ 2013 Simco Limited, bajo licencia exclusiva de Sony Music Entertainment UK Limited, interpretada por One Direction.
«I Got You», ℗ 2017 Warner Records Inc., interpretada por Bebe Rexha.
«Nonsense», ℗ 2022 Island Records, una división de UMG Recordings, Inc., interpretada por Sabrina Carpenter.
«Guilty Conscience», ℗ 2023 RCA Records, una división de Sony Music Entertainment, interpretada por Tate McRae.
«Daydream», ℗ 2022 Lilikoi Productions, LLC, bajo licencia exclusiva de Nettwerk Music Group Inc., interpretada por Lily Meola.
«Party in the U.S.A.», ℗ 2009 Hollywood Records, Inc., interpretada por Miley Cyrus.
«Never be the Same», ℗ 2018 Simco Ltd., bajo licencia exclusiva de Epic Records, una división de Sony Music Entertainment, interpretada por Camila Cabello.
«Shivers», ℗ 2021 Warner Music UK Limited, interpretada por Ed Sheeran.
«Baby», ℗ 2010 The Island Def Jam Music Group, interpretada por Justin Bieber, con la colaboración de Ludacris.
«Jealous», ℗ 2014 Island Records, una división de UMG Recordings, Inc., interpretada por Nick Jonas.
«Can I Be Him», ℗ 2016 Sony Music Entertainment Germany GmbH, interpretada por James Arthur.
«Alone, Pt. II», ℗ 2019 Kreatell Music, bajo licencia exclusiva de Sony Music Entertainment Sweden AB, interpretada por Alan

Walker y Ava Max.

«Carry you Home», ℗ 2024 Atlantic Recording Corporation, interpretada por Alex Warren.

«Vulnerable», ℗ 2020 Interscope Records, interpretada por Selena Gomez.

«Best Friend», ℗ 2022 Republic Records, una división de UMG Recordings, Inc., interpretada por Conan Gray.

«In the Stars», ℗ 2022 Warner Records Inc., interpretada por Benson Boone.

«Eyes Closed», ℗ 2023 Warner Music UK Limited, interpretada por Ed Sheeran.

«Lose Yourself», esta compilación ℗ 2002 Shady Records/Interscope Records, interpretada por Eminem.

«Unstoppable», ℗ 2015 RCA Records, una división de Sony Music Entertainment, interpretada por Sia.

«Lose Control», ℗ 2023 SWIMS Int., bajo licencia exclusiva de Warner Records Inc., interpretada por Teddy Swims.

«Beautiful Things», Night Street Records/Warner Records, ℗ 2024 Warner Records Inc., interpretada por Benson Boone.

«Be Kind», ℗ 2020 Joytime Collective, bajo licencia exclusiva de UMG Recordings, Inc., interpretada por Halsey y Marshmello.

«Austin (Boots Stop Workin')», ℗ 2023 Warner Records Inc., bajo licencia exclusiva de Dasha, interpretada por Dasha.

«Before You Leave Me», ℗ 2024 Atlantic Recording Corporation, interpretada por Alex Warren.

«Making the Bed», ℗ 2023 Olivia Rodrigo, bajo licencia exclusiva de Geffen Records, interpretada por Olivia Rodrigo.

«Old Phone», lanzamiento en el Reino Unido de Gingerbread Man Records y Atlantic Records, bajo licencia exclusiva de Warner Music UK Limited, ℗ 2025 Ed Sheeran Limited, interpretada por Ed Sheeran.

«I Wish You Cheated», ℗ 2023 Alexander Stewart / FAE, interpretada por Alexander Stewart.

«Feel Like Shit», ℗ 2021 RCA Records, una división de Sony Music Entertainment, interpretada por Tate McRae.

«SNAP», ℗ 2022 Nvak Collective, interpretada por Rosa Linn.

«Burning Down», ℗ 2024 Atlantic Recording Corporation, interpretada por Alex Warren.
«I Miss You, I'm Sorry», ℗ 2020 Gracie Abrams, bajo licencia exclusiva de Interscope Records, interpretada por Gracie Abrams.
«Back to December», ℗ 2010 Taylor Swift, interpretada por Taylor Swift.
«Still Into You», ℗ 2013 Atlantic Recording Corporation para Estados Unidos y WEA International Inc. para el resto del mundo, interpretada por Paramore.
«Applause», ℗ 2013 Interscope Records, interpretada por Lady Gaga.
«Sweet Child O' Mine», esta compilación ℗ 2018 UMG Recordings, Inc., interpretada por Guns N' Roses.
«How Do I Say Goodbye?», ℗ 2022 Universal Music Australia Pty Ltd., interpretada por Dean Lewis.
«Nothing Else Matters», ℗ 1991 Blackened Recordings, interpretada por Metallica.
«Don't Stop Me Now», ℗ 2014 Hollywood Records, Inc., interpretada por Queen.
«Sk8er Boi», ℗ 2002 Arista Records, LLC, interpretada por Avril Lavigne.
«Take Me to Church», ℗ 2014 Rubyworks, bajo licencia exclusiva de Columbia Records, una division de Sony Music Entertainment, interpretada por Hozier.
«Creep», ℗ 1992 LLLP LLP, bajo licencia exclusiva de XL Recordings Ltd., interpretada por Radiohead.
«Dream On», ℗ 1973 Aerodisc Partnership, interpretada por Aerosmith.
«Rolling in the Deep», ℗ 2014 XL Recordings Ltd., interpretada por Adele.
«Every Breath You Take», ℗ 2002 A&M Records Inc., interpretada por The Police.
«Shook Me All Night Long», ℗ compilación 1997 Australian Music Corporation Pty Ltd./Leidseplein Presse B.V., interpretada por AC/DC.

Biografía



Sònia Meseguer Alcaine nació en Barcelona el 21 de marzo de 1998. Es el fenómeno «libro y mantita» en persona, y no encontraréis a nadie que sea más fan de Harry Potter. Mientras esperaba a que le pusieran su nombre a un hechizo, decidió empezar Traducción e Interpretación para hacer tiempo, porque traducir una saga de éxito era su sueño desde los quince años. Pero, tras tanto trasladar las palabras de otros, decidió que ya era hora de inventar sus propias historias. En 2023 publicó La lista de deseos de Ethan J. Goldman, y, cuando no está pensando en conversaciones imaginarias u olvidando el color de los ojos de sus propios personajes al escribir, disfruta hablando de sus novelas en sus redes sociales.

Encontrarás más información de la autora en:
Instagram y Tiktok: @smalcaine

MatchStories es una colección de Esencia Editorial

Un amor desacorde
S. M. Alcaine

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
© Ilustración de la cubierta: Margarita H. García
© Fotografía de la autora: Núria Antonijoan

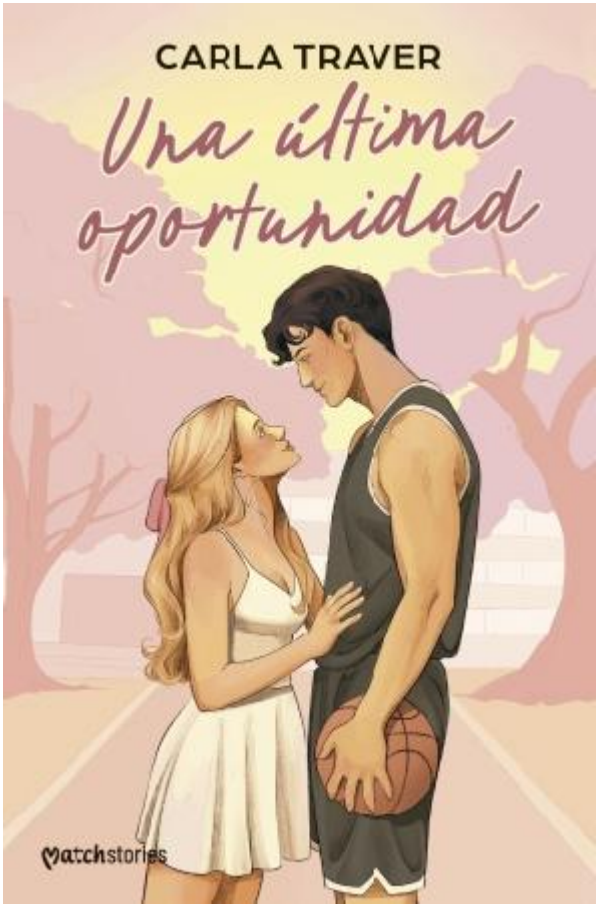
© S. M. Alcaine, 2026, autora representada por Eva Fraile

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2026

ISBN: 978-84-08-31242-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta



Una última oportunidad

Traver, Carla

9788408315582

472

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Ser solo amigos nunca fue suficiente, pero ahora el tiempo juega en su contra.

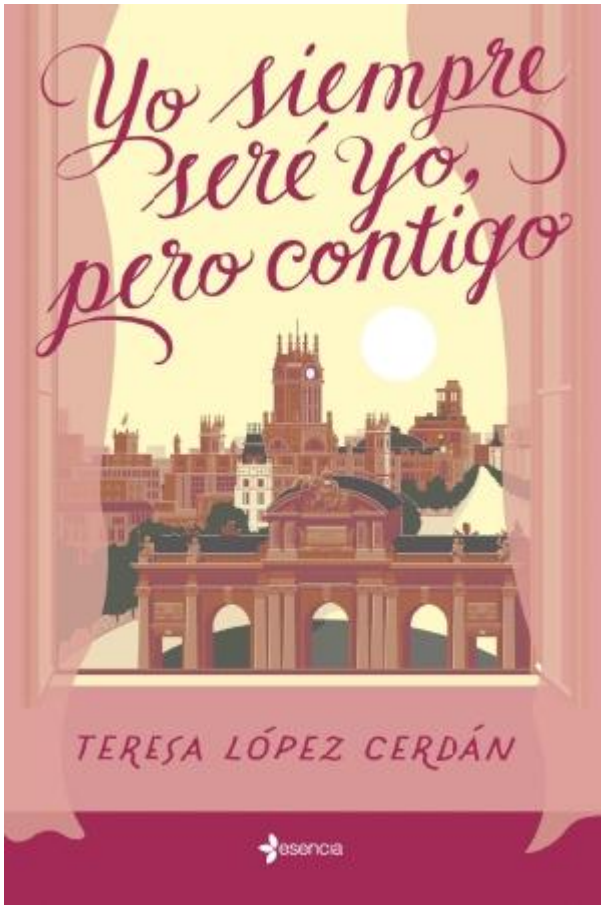
Alexandra Baxter lo tiene todo planeado: **estudiar, cumplir su promesa y no volver a equivocarse con nadie.** Después de una relación que la dejó marcada, no piensa arriesgarse otra vez…, y mucho menos con alguien del **equipo de baloncesto.**

Blake King lleva años a su lado, **ocultando sentimientos** que ya no puede seguir callando. **Capitán del equipo, seguro y decidido,** sabe que este curso es **su última oportunidad** para demostrarle a Alex que lo suyo puede ser **algo más que amistad.**

Entre **clases, partidos y promesas difíciles de cumplir,** lo que empezó siendo **una amistad de toda la vida** comienza a transformarse en **algo imposible de ignorar.**

Porque a veces **el mayor salto no se da en la cancha…, sino en el corazón.**

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Yo siempre seré yo, pero contigo

López Cerdán, Teresa
9788408286554
288

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

No te pierdas el desenlace de Yo siempre seré yo, a pesar de ti: una novela de amor pero, sobre todo, una novela de superación como mujer y como persona.

La vida de Laura ha dado un giro de ciento ochenta grados.

Ya nadie la llama Karma, por fin ha dejado El Corte Inglés y, con los treinta, ha llegado el momento de poner toda su estabilidad en riesgo lanzándose a **probar suerte en el mundo del teatro junto con su inseparable Roberto.**

Laura rehará su vida desde las raíces, empezando por la terapia y acabando con su corazón, **y descubrirá qué significan para ella el sexo de una noche, el sentido del amor romántico y la necesidad de ser ella a pesar de todo el mundo.**

¿Cómo intentar ser una mujer con el amor propio por bandera en la capital de España, vivir de su sueño y no morir en el intento?

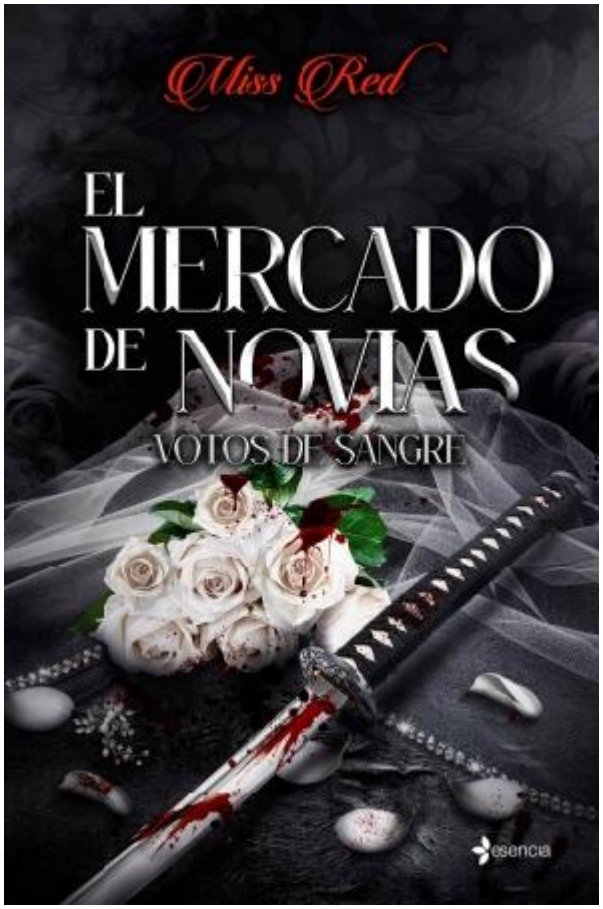
Opiniones de los lectores sobre *Yo siempre seré yo, a pesar de ti*:

«No es otra novela de amor, es LA MEJOR.» Ana

«Un soplo de aire fresco, de autoquererse.» LRC

«Un libro necesario, para reír, llorar, reflexionar… Es un libro que muchas necesitábamos, un libro de amor: amor romántico, amor hacia tus amigos, hacia la familia, y, el más importante, amor propio.» Carlota Moral

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



El mercado de novias, 1. Votos de sangre

Red, Miss
9788408315629
544

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Él juró no amar a otra mujer. Ella, que no amaría a ese monstruo.

Cada año, en la periferia de una ciudad cosmopolita y moderna como **Barcelona**, se celebra el **mercado de novias,** un evento clandestino donde las mujeres se **venden como mercancía.**

Y este año **Anastasia Angelova** no podrá decir que no.

Obligada a cumplir una **tradición ancestral en pleno siglo xxi,** deberá **dejarse comprar y fingir ser la esposa perfecta.**

¿La esposa perfecta? **Ni en sueños.**

Anastasia solo busca **libertad,** pero para lograrla no tendrá más remedio que caer en manos del único hombre capaz de romperla y reconstruirla al mismo tiempo: **Máximo Kovalenko.**

Frío como el acero, temido en medio mundo…
y **peligrosamente irresistible,** aparece de la nada dispuesto a **pagar cualquier precio por ella.**

Lo que debía ser un trato se convertirá en una guerra de poder y deseo.

Porque la mujer que él creía su **herramienta más útil** terminará siendo su **debilidad más ardiente.**

Y el **acero,** por muy inquebrantable que parezca…, **siempre acaba cediendo al fuego.**

«Una historia intensa, de amor y odio, que no deja indiferente. Un mundo de intrigas y venganzas que te mantiene en vilo hasta la

última página».

@may_jones_mj

«Personajes muy distintos entre sí, con carácter y dispuestos a luchar por lo que quieren; lugares y escenas descritos con tal detalle que sientes que estás allí. Las escenas spicy son las justas y necesarias para impulsar la trama».

@lauradelas

«Un mafia y dark romance ambientado en un castillo donde el villano solo vive para la venganza y el dolor… hasta que aparece ella, la única capaz de poner color a su mundo gris».

@ichangeelaa

«Esta novela, que aborda la guerra entre mafias, el deseo que no debería sentirse y la lucha contra sentimientos inesperados, te atrapa desde la primera página y no te suelta. Miss Red vuelve a lograr una auténtica obra maestra, llena de giros sorprendentes y un final que no se queda atrás».

@lecturasdenatalie

«La historia de Anastasia y Máximo es adictiva y descarnada, y demuestra que el amor puede ser la luz capaz de eclipsar nuestra voz interior… pero también convertirse en el arma más peligrosa y letal que existe».

@laurelleeyescribe

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Las guerreras Maxwell, 10. Una herencia salvaje

Maxwell, Megan
9788408300243
632

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Adéntrate en la décima entrega de «Las guerreras Maxwell» y descubrirás que el amor es capaz de desafiar el destino y unir dos corazones en un solo latido.

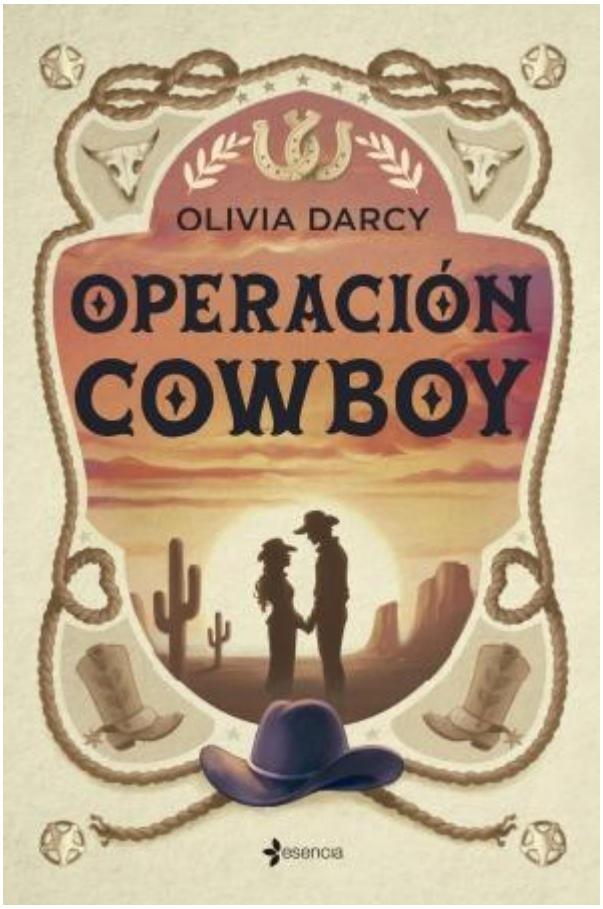
Amanda McRae, la hija pequeña de Duncan y Megan, es **una joven apasionada y de fuerte carácter**, conocida por su franqueza y su amor por los niños. Desde siempre ha soñado con unos misteriosos ojos grises que cree que pertenecen al hombre de su vida, por lo que descarta a cualquier pretendiente que no posea esa mirada enigmática.

Brodrick Fraser, conde de Aviemore, acaba de quedar viudo tras un matrimonio sin amor que terminó en tragedia y con dos pequeños a su cargo.

El destino los reúne cuando Amanda y sus padres visitan el castillo del conde para presentarle sus condolencias. Durante su estancia, **la conexión que sintieron meses atrás en el castillo de Eilean Donan resurge con una fuerza inesperada**.

Lo que **comienza como una mera obligación** se convertirá en una **apasionada y emotiva historia de amor**. Amanda y Brodrick descubrirán que, a veces, el amor surge de las situaciones más inesperadas y complicadas; que vale la pena luchar por lo que realmente importa, y que los sueños se cumplen no solo soñándolos, sino también trabajando por ellos.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Operación Cowboy

Darcy, Olivia

9788408315568
352

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Seis meses. Un trato. Una última temporada. Y dos personas que no creían en el «juntos para siempre».

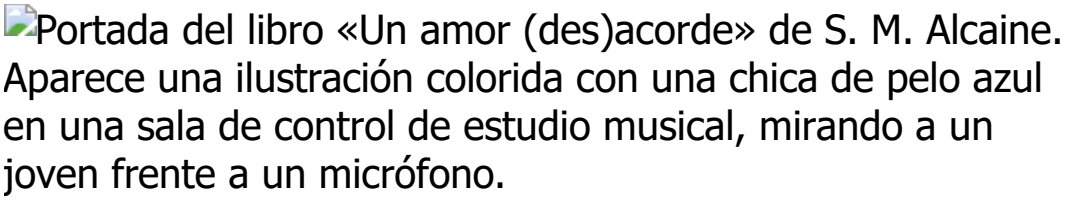
Mi vida pende de un hilo. O, más en concreto, de **un vaquero testarudo que no quiere volver al ruedo.** Tengo dos semanas para convencer a **Nate Sullivan —la leyenda desaparecida del rodeo—** de que regrese al circuito, o la agencia de marketing deportivo donde trabajo me despedirá.

Lo que descubro en **Montana** destroza todas mis expectativas: el **cinco veces campeón mundial** vive **escondido del mundo, protegiendo algo demasiado valioso como para dejar que nadie lo descubra.**

Le ofrezco un trato que no puede rechazar: **yo le prometo no desvelar su secreto** a cambio de que salve mi trabajo. Lo que no le digo es que ya he perdido **mi apartamento, mi dignidad y casi mi carrera por su culpa.**

Tampoco le menciono que cada vez que **sus ojos verdes se clavan en mí**, o que **sus manos encallecidas rozan mi piel,** mi cuerpo entero se convierte en un hervidero de sensaciones que no puedo controlar.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


Portada del libro «Un amor (des)acorde» de S. M. Alcaine. Aparece una ilustración colorida con una chica de pelo azul en una sala de control de estudio musical, mirando a un joven frente a un micrófono.